
La Indomable
Señorita Belford
Kate Bristol
Una historia de Regencia IV

La Indomable Señorita Belford

Kate Bristol

Una historia de Regencia IV

ÍNDICE

PRIMERA PARTE
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
SEGUNDA PARTE
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
TERCERA PARTE
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 52
Epílogo
Recomendaciones
NOTA DE AUTORA

Primera edición en formato digital: Julio, 2025
Título Original: La indomable señorita Belford
© **Kate Bristol**, 2025

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

PRIMERA PARTE

SUEÑOS Y ESPERANZAS

Capítulo 1

Londres, abril 1814.

Amanda, a sus quince años, tenía algo muy claro. Tan claro como que el sol saldría a la mañana siguiente y eso era que se casaría con su mejor amigo y vecino, David Chambers.

Con apenas dos años de diferencia, y a falta de un compañero de juegos mejor, David y Amanda habían pasado su infancia entre risas en la hermosa tierra de Somerset. Nada parecía poder separar a esos dos críos que crecieron compartiendo su tiempo y actividades, hasta mucho después de que fuera evidente que ella debía comportarse como una señorita, y él como el caballero que era. No en vano, era el hijo de un vizconde.

Por supuesto que hubo un tiempo, cuando Amanda se marchó al internado y él a Eton, que no pudieron verse todo lo que hubieran querido, pero quizás por ello los veranos, cuando se reencontraban, eran más especiales.

Fueron inseparables en su niñez y, aunque todos los niños crecen, Amanda pensaba que aquello no tenía por qué influir en ellos.

Amanda tenía muy claro que seguirían siempre así, juntos y felices. ¿Y cómo puede una señorita compartir tiempo y actividades con su amigo? Pues muy sencillo. ¡Casándose con él!

Amanda se jactaba de tener grandes ideas, pero aquella sin duda era la mejor que se le había ocurrido. Casarse con David lo resolvería todo. No tendría que asistir a Londres para pasar una tediosa temporada, después de un desagradable debut. Se casarían y permanecerían ahí, por siempre juntos y felices. A pesar de que casarse con David significara emparentar con su hermano mayor y poseedor del título de vizconde de Glastonbury, su eterno enemigo Edward Chambers.

Sí, según Amanda, él sería el único que pusiera impedimentos para que ella alcanzara su felicidad. Ni siquiera su madre, lady Marianne, condesa viuda de Shepton, podría oponerse.

Los Belford gozaban de buena posición y por ello Amanda era considerada un buen partido. Si lo pensaba bien, su amistad fue fomentada por sus padres. Estos quisieron que Robert Belford y Edward Chambers, fueran amigos. Por ese mismo motivo no se

oponían a que Amanda y David de edad similar compartieran horas de juego.

Los dos pequeños sintieron verdadera adoración el uno por el otro y se convirtieron en compañeros inseparables.

Por supuesto de vez en cuando Edward se les unía, sin ganas y con la mirada puesta en otra parte. Amanda siempre había pensado que prefería estar entre sus libros o practicando el tiro con arco antes de estar con su hermano menor y una chiquilla que apenas conocía. Y es que a muy corta edad y siendo seis años mayor que David, Edward había tomado instrucción en Eton, y eran pocos los periodos que pasaba con la familia. Sus padres eran amorosos, pero siempre habían tenido claro que darle una educación distinguida a su primogénito, era una prioridad. Edward es quien llevaría el peso del legado familiar.

Al ser el segundo hijo, a David solo le quedaba el ejército o la vida clerical, y como bien sabía Amanda, un joven que se dormía en los sermones era imposible que los diera.

Así que… soldado.

David estuvo encantado con la idea desde que tenía siete años y el regimiento del capitán Hopper llegó a la ciudad de Bristol. Amanda nunca había visto unos ojos tan abiertos, pero por supuesto

que ella no podía permitir que quien debía ser su marido arriesgara la vida de aquella manera. ¡No iba a dejar que fuera militar!

Pero si algo había sido David, a parte de cabezota, fue perseverante.

Iba a ser soldado y nadie se lo impediría, ni siquiera su hermano quien tampoco se mostraba muy de acuerdo en la elección de su oficio.

Cuando cumplió los dieciséis y vio que no se le había quitado el delirio de empezar la carrera militar, decidió oponerse firmemente.

—David, no es posible que te decantes por el ejército —le había dicho Edward.

—Ah, ¿no?

Con su oposición, solo consiguió que David fuera tajante en su decisión. Y de esa forma, en parte porque entendió que era lo correcto, y en parte porque quería a su hermano… Edward Chambers, claudicó .

—Está bien —dijo Edward—. Hablaré con el tío Raimon y te recomendaremos…

Su hermano lo abrazó con fuerza antes siquiera de terminar de hablar. Le palmeó la espalda con entusiasmo.

—Ya verás, no vas a arrepentirte de tener un héroe en la familia.

Edward negó con la cabeza.

—Harás la instrucción, pero ni sueñes en entrar en combate.

—No —dijo David sonriente—, al menos no de momento.

De momento iría a Brighton, arropado por su tío Raimon y con el título de alférez.

Y así fue como Edward finalmente aceptó el destino militar de David.

Quien no lo hizo, fue Amanda.

Arrastrada a Londres por su madre, que había decidido pasar la temporada en la ciudad, Amanda recibió con alegría la carta de su amigo David. Durante los dos últimos años, apenas lo había visto. Esperaba que le dijera que ya habían llegado a la ciudad, tal y como le prometió en su última carta.

Pero no fue así.

Querida Amanda,

Lamento mucho no poder cumplir mi promesa de visitarte en Londres. No he completado mi instrucción que me resulta de lo más interesante, y de la cual no puedo hablarte.

—Como si me importara —bufó Amanda. Después de seguir leyendo la carta, no tan extensa como a ella le gustaría, esta terminaba con unas palabras que hubiera preferido no leer.

Estoy seguro de que pronto podré contarte algunas de mis aventuras como oficial, pero no será en Londres durante esta temporada, mi deber me reclama en otro sitio.

Cuídate mucho.
Tu amigo, David Chambers.

—¡No!

La reacción de Amanda fue tan melodramática como siempre.

Le faltó tiempo para estrujar la carta y patear el suelo. Por supuesto no dudó en escaparse de casa y correr por las despejadas calles de las afueras de Londres, donde los Chambers y los Belfort tenían sus residencias.

No lo hizo para buscar a David, quien seguramente no se habría movido de Brighton, sino para encararse con el único culpable

de todo, el demonio encarnado, culpable de todos sus males: Edward Chambers.

Capítulo 2

Edward entró en su casa londinense de mucho mejor humor. El motivo principal es que ya no debía preocuparse porque su hermano pequeño estuviera en peligro inminente.

Podía respirar tranquilo, al fin y al cabo, los soldados ya no iban a desplazarse al continente. Y es que, Napoleón había sido derrotado en Leipzig. Y después de su abdicación y una vez firmado el tratado de Fontainebleau, era cuestión de tiempo que le buscaran un lejano lugar de destierro.

Edward subió los peldaños de su majestuosa casa en las afueras de Londres pensando en la carta que había recibido aquella mañana. El capitán, Anthony Hilton había decidido velar por su hermano, como también lo haría Frederick Knigth, el joven había visto potencial en David y entre los dos decidieron que debía tener una instrucción más específica. Significase, lo que significase eso, a David lo tranquilizó saber que estaba en buenas manos.

Suspiró de alivio por estar en casa cuando Benson, su fiel mayordomo, le abrió la puerta para recibirlo.

El conde llegó a casa mucho más pronto de lo que esperaba.

—Buenos días, milord. —El señor Benson, lucía la misma seriedad de siempre.

—¿Sin novedades Benson?

El silencio del mayordomo hizo que sintiera un aguijonazo en la sien. Había problemas.

—Vera… —vaciló.

—Nada grave ¿verdad?

Ya había tenido suficientes problemas al saber que sus inversiones no estaban siendo del todo rentables. La fábrica en la que había invertido, había sufrido diversos ataques de los lulitas, y mucho se temía que eso solo era la punta del iceberg.

—Nada grave, señor —dijo, mirándolo por un segundo de reojo, hasta volver a su postura estirada y su rostro impasible de siempre—. Pero… tiene una visita inesperada.

—¿Inesperada? — Edward alzó una ceja.

—Bueno, quizás no del tono inesperada.

Edward suspiró.

¿Por qué no le extrañaba llegar a Londres y encontrarse con que tenía visitas y un sinfín de invitaciones a las que no quería contestar? Como vizconde soltero, no podía librarse de las matronas, pero esa visita nada tenía que ver con ninguna de ellas.

—¿Mi visita es una dama?

Por la mueca de Benson, tampoco sabía qué contestar a eso.

—Llegará a serlo algún día.

—Amanda… —resopló Edward, entendiendo todo de golpe.

—Hay visitas peores —Benson pronunció esas palabras tan bajito que el vizconde no estuvo seguro de no habérselo imaginado.

—¿Dónde? —Se escuchó preguntando dónde estaría tan indeseada visita.

—En la biblioteca, milord —respondió el mayordomo alejándose de la entrada. Caminó sobre la alfombra del pasillo, con sus pulcros zapatos negros, hasta la puerta de servicio.

—Por supuesto.

Amanda Belfort no podía estar en ninguna otra parte.

Al llegar a la biblioteca, le extrañó encontrarse las puertas abiertas de par en par, y el llanto desconsolado de una mujer llenando cada rincón de la estancia.

—¿Qué demonios?

Apresuró el paso hasta que entró y vio la inesperada estampa. Dos doncellas intentaban consolar a la pequeña de los Belfort que se tapaba el rostro con ambas manos y berreaba como si el peor de los infiernos hubiera llegado a esa casa.

—¿Qué ha pasado? —se escuchó al conde gritar.

Amanda eligió el momento en que ponía un pie en la estancia para clavar sus ojos azules en él. Siempre le había parecido que eran demasiado grandes para una mujer tan pequeña. Porque no debía olvidar que la muchacha ya no era una niña.

Frunció el ceño.

—¿Qué haces llorando en mi biblioteca?

—¡Oh! Qué cruel y grosero eres.

Su llanto cesó y Edward solo vio a la niña malcriada de siempre. La miró de la cabeza a los pies con los brazos estirados y los puños apretados.

Puso los ojos en blanco.

Entendía que debía llorar por cualquier nimiedad.

—Entiendo que no se ha muerto nadie.

—No, no se ha muerto nadie, patán insensible —le gritó, volviéndose a sentar en el sofá tapizado de seda.

Las dos doncellas soltaron una exclamación, como si no pudieran dar crédito a que la señorita hubiera insultado de aquella manera a su señor.

Edward se vio forzado a poner una expresión severa y les indicó a las doncellas que los dejaran solos.

—No cerréis la puerta.

Amanda parpadeó.

—¿Por qué no? —preguntó, entre lágrimas.

—Porque yo soy un hombre y tú…

—¡Una mujer! —gritó, pateando el suelo—. Eso es indignante.

—¿Ser una mujer es indignante? —le preguntó Edward, sin comprender.

—No, eso no. Lo indignante es el hecho de que, por ser una mujer, no puedas cerrar las puertas de tu biblioteca.

—Por Dios… —gimió Edward que ya había tenido suficiente drama por esa temporada.

Se llevó las manos a la cabeza mientras se acercaba para sentarse en la silla del escritorio que presidía el rincón derecho de la biblioteca. Lejos de Amanda y sus berrinches. No lo consiguió, la muchacha se levantó como un resorte y lo siguió hasta sentarse en una de las dos sillas tapizadas, frente a él.

—Indignante es que todo tenga que cambiar simplemente por el hecho de…

—¿Hacerte mayor? —preguntó él con condescendencia.

—Sí, hacerme mayor. Y ser una mujer.

—Sigo sin comprender, Amanda —suspiró, haciéndole ver que estaba perdiendo la paciencia.

—Si fuera un hombre podrías cerrar la puerta de tu biblioteca.

—Dios Santo, ¿quieres que cierre la puerta de la biblioteca? —preguntó exasperado—. Lo haré si dejas de berrear.

—¿Esas son palabras para una dama?

Edward resopló, y al volver a ver esos grandes ojos azules se recostó en la silla y suspiró dándose por vencido. Amanda hablaría cuando le diera la gana, como siempre.

Se serenó un poco al pensar que siempre había sido así y el tiempo no parecía que la encaminara a ser menos dispersa en sus argumentos.

Ladeó la cabeza observándola.

¿Cuántos años tenía? ¿Quince? ¿Por qué hablaba de mujeres y su condición? Su hermano Robert Belford, tenía un serio problema en casa. No debería dejar que Amanda frecuentara ese club de lectura femenino. Leer novelas podía dañar la mente de una mujer y

mucho más esos panfletos revolucionarios que habían llegado desde Francia. Sí, Amanda parecía inclinarse hacia ideas revolucionarias, y esas ideas progresistas seguramente le sacarían los colores a su amigo si no ponía remedio de forma inmediata. Sin duda, debía ser difícil de soportar para un miembro conservador del parlamento como Robert Belford, tener a Amanda como hermana. Sobre todo, porque no era una jovencita que se guardara sus opiniones.

—¿Me dirás que te pasa?

—¡A buenas horas lo preguntas! —Amanda lo miró indignada —. A nadie parece importarle como me siento.

—A tu hermano seguro que le importa.

—Por supuesto que no, a Robert no le importo, se ha ido a Somerset, otra vez. Y yo aquí comprándome vestidos con mi madre y con Belinda Withman que es más tonta que un zapato.

—¿No te cae bien Belinda Withman?

Como amigo de Robert, sabía que estaba comprometido con la esa hermosa joven. Cualquiera diría que era una candidata excelente y quizás que Amanda pensara que no lo era, confirmaba todo lo contrario.

—Es la esposa que mi madre ha elegido para mi hermano —lo dijo como si eso debiera explicarlo todo.

Pero para Edward no significaba nada.

—¿Y?

Amanda lo miró como si fuera tonto.

—Amanda, tengo asuntos que atender. —Chasqueó la lengua e intentó despacharla rápido.

Su falta de interés no le gustó en absoluto a Amanda.

—¿De verdad no te importa lo que pasa en el mundo?

—Por supuesto —dijo él recuperando el buen humor.

Se puso en pie y se apoyó contra el escritorio con los brazos cruzados. La miró como quien mira a un niño a punto de hacer un berrinche, con paciencia, pero convencido que al final tendría que pellizcarle una oreja para que reaccionara.

—No lo parece.

—Me importa lo que pase en el mundo, pero lo que pase en la sociedad… un poco menos.

—Mi hermano es tu amigo.

—Y cuando me traiga la invitación de boda, lo felicitaré.

Amanda bufó de forma muy poco femenina y se palmeó las piernas, frustrada.

—Vamos, sigue contándome —la animó Edward—. Me importa lo que pase por esa cabeza —se maldijo por decirlo en voz

alta—. Lo que quiero decir, es que no soy indiferente a tu sufrimiento.

No eso tampoco era lo que quería decir. Desde luego era verdad, siempre había pensado que Amanda merecía más cariño y atención de su madre y aunque le doliera decirlo, también de su hermano Robert.

Ella alzó el mentón, pero asintió complacida.

—Gracias.

—¿Me lo cuentas para que pueda empezar con mi trabajo?

Ella pateó el suelo de forma muy poco femenina.

—Quieres librarte de mí cuanto antes. Eres horrible, por eso David es mi hermano Chambers favorito.

Los ojos de Amanda volvieron a llenarse de lágrimas.

¡Dios! ¿Toda esa escena era por David? Quería jurar que no.

—Lo sé, tú y yo no somos amigos —dijo el vizconde de Glastonbury muy serio—. Ni siquiera sé como te tolero en esta casa. Eres una distracción indeseada.

A medida que hablaba la muchacha iba agrandando los ojos cada vez más.

—¿Por qué dices eso?

—Entiendo que mi hermano y tú os tengáis tanto cariño, no en vano habéis crecido juntos como familia, tan solo separados por unos prados de distancia. Pero la ausencia de David no es motivo para que te pongas así.

Ella se levantó de golpe y apretó los puños a ambos lados del cuerpo. Lo miró totalmente furiosa.

—No es su ausencia lo que me pone furiosa. Ausencia que, por cierto —le señaló con el dedo—, propiciaste tú.

Ya empezaba de nuevo.

—Que él eligiera ser militar, no es culpa mía, Amanda.

—Bien que te encargaste de recomendarlo.

—Es mi hermano —la enfrentó con el mismo ceño fruncido que ella—. Y es muy capaz como soldado.

—¡No me importa! —dijo Amanda decidida—. Quiero que vuelta. Él también será feliz aquí cuando vuelva. Este es su hogar.

—Mi hermano odia Londres.

—¡Digo en Somerset! Ya sé que odia Londres. Yo también lo odio y tengo que estar aquí, sin mi amigo, por tu culpa.

—Amanda… —Edward se llevó la mano a la frente y pareció terriblemente cansado. Que ella hablara de la vuelta de David como

si fuera una posibilidad plausible, le entristecía, porque eso solo la haría sufrir más.

—Edward —dijo muy decidida—, tienes que ayudarme.

Sabía que la amistad entre su hermano David y Amanda era más fuerte que muchos matrimonios. En cierta forma admiraba esa lealtad y… casi podía decir que la envidiaba. Estaba muy seguro que cuando él se casase, su esposa no haría ni la mitad de lo que Amanda, para que su hermano volviera sano y salvo de la instrucción.

—Amanda, mi hermano será militar. Es militar —se corrigió—. Está con su regimiento y no volverá por mucho que protestes.

—¡No es eso!

No sabía qué había podido decirle su hermano a su amiga, para tenerla tan alterada.

—¿Has recibido una de sus cartas?

Ella asintió.

—Así es, una respuesta a mi última misiva, donde le hacía participe de la decisión que había tomado respeto a mi futuro.

Edward entrecerró los ojos.

—¿Qué decisión? ¿Qué te ha dicho…? —pronto palideció. No era lo que David había dicho, sino lo que Amanda le había

preguntado—. No me digas que lo has vuelto a hacer.

—¡Le he pedido que se casara conmigo!

—¡Amanda! —Levantó las manos al cielo para después posarlas sobre su rostro, avergonzado por la posición en la que claramente se había puesto ella solita.

El vizconde no daba crédito.

Se llevó las manos a la cabeza, esta vez las dos, incapaz de asimilar que esa muchacha fuera tan…

—¡Dios! Una dama no hace eso.

—¿Por qué no? Tengo dieciséis años, es hora de tomar el toro por los cuernos… —Hizo un gesto firme al cerrar los puños.

—Nadie tomará nada por los cuernos —le dijo incrédulo y esperando que se calmara.

Lo miró entrecerrando los ojos, como si él fuera el duro de mollera. Hizo un ruido poco femenino, cruzándose de brazos.

—¿Todo el mundo puede decidir sobre mi futuro menos yo?

Él hizo un gesto con la mano, dispuesto a ignorarla.

—Ve al grano, ¿qué te ha dicho?

Si su hermano aceptaba casarse con ella, tendría unas serias palabras con él. Amanda era buena chica, pero voluntariosa, absorbente… Parecía no saber que había una vida más allá de David.

—¡No quiere casarse conmigo! —Lo dijo con rabia y pateó el suelo con sus escarpines.

—Gracias al Cielo —dijo en un tono apenas audible.

—¡Edward!

—Por favor —él puso los ojos en blanco cuando ella insistió en captar su atención— ¿Eso es todo? No es la primera vez que te rechaza.

—Sí, pero es la primera vez que lo hace lejos de tu perniciosa influencia.

El vizconde abrió la boca con incredulidad, después para consternación de Amanda, se echó a reír sin poder parar hasta que le dolieron las costillas.

—Amanda, dudo que sepas qué significa perniciosa. Y de verdad, ¿pensabas que te rechazaba porque yo lo manipulaba?

—¡Sí! —Lo miró como si no hubiera otra opción posible— ¿Por qué no iba a querer casarse conmigo entonces?

—¿Lo dices en serio? —Parpadeó confuso—. Pues poque eres una niña.

—¡No lo soy!

Sí lo era, y no podía entender qué hacía él, un hombre hecho y derecho hablando a una niña…

—Amanda…

Pero ella no lo escuchaba, se paseaba furiosa por delante del escritorio de caoba, como si no pudiera entenderlo.

—Todos los planes de mi futura vida con David se han ido al traste y seguro que tú tienes algo que ver —lo apuntó con el dedo índice—. Le diste instrucciones para que me rechazara si yo me declaraba de nuevo, estoy segura. Le has proporcionado un cargo de oficial y ahora no volverá pronto de su instrucción porque ser oficial está de moda.

—David no hace nada porque esté a la moda.

—No. Él está por encima de eso, pero… —se plantó frente a Edward y le miró a los ojos, con el mentón alzado y pura determinación en la mirada—. Haz que vuelva.

Se hubiera reído si esa muchacha no lo dijera totalmente en serio.

Lejos de consolarla, Eduard entrecerró los ojos y se alejó de ella para salir de la biblioteca.

—Vete a casa Amanda, no hagas que llame a tu hermano —dijo queriendo despedirse con esas palabras.

—¡Eres un grosero! —lo señaló con el dedo cuando le dio la espalda para ignorarla y dejarla a solas.

Mientras se alejaba, la cabeza de Edward se movía en negación.

Esa muchacha había pasado su niñez enamorada de David, sabía que era su pilar, y entendía su desolación, pero no podía permitir que ahora que se había ido para formarse como militar, allanara su casa cada dos por tes para molestarlo con esas chiquilladas.

—Amanda —se dio la vuelta al llegar a la puerta, al recordar que debía advertirle algo—, mañana me iré a Somerset, no te molestes en venir aquí. No habrá nadie.

—No lo haré si me dices donde está David. Dice que abandona Brighton por una nueva instrucción.

Edward se encogió de hombros.

—No lo sé, de prácticas. Quizás en York.

—¿York? —dijo boquiabierta—, ¿Qué haría en York? Seguro que Francia está más cerca.

—Lo está.

No pensaba decirle que David estaba más cerca de Londres de lo que creía. No incentivaría que esa muchachita loca se escapara para ver a su hermano. Le recorrió un desagradable escalofrío por la espalda.

—Y hablando de Francia y los franceses… —dijo Amanda.

—No hablábamos de eso.

—No ira a la guerra, ¿verdad?

La cara de Edward mudó ante esa posibilidad, después dijo muy estoico y con una seguridad que no tenía.

—No, no irá.

—¿Me lo prometes?

Para absoluta sorpresa de Edward, Amanda se lanzó contra él y lo agarró por las solapas de su chaqueta.

—¡Amanda! —la miró sorprendido.

—Edward —dijo con ojos llorosos—, prométemelo.

Él vio terror en sus ojos y cierta desesperación. Pero había algo más, por primera vez, Amanda lo miraba como si él fuera capaz de poder con todo lo que se propusiera, incluso que su hermano no fuera a la guerra y que volviera a casa. Para su desasosiego, él sabía bien que no era Dios y que, si lo separaba de su regimiento usando sus influencias, ante el más mínimo indicio de conflicto bélico, David no se lo perdonaría jamás.

Y aun así dijo:

—Te lo prometo —su mano le acarició la mejilla, que estaba húmeda por una lágrima furtiva—. A Napoleón le espera una vida en

el exilio y Europa estará segura una temporada.

La miró sin saber que dibujaba una tierna sonrisa por aquella niña que… ya no era tan niña.

Carraspeó.

—Y ahora vete a casa.

Ella se sintió satisfecha, como si supiera que las promesas de Edward se cumplirían. Porque si algo tenía su mayor enemigo, era palabra.

Edward era un hombre de honor.

—De acuerdo. Te creo.

Pero no se movió y él aguantó su repentino abrazo, mientras de sus ojos volvían a brotar las lágrimas y llenaba de mocos su impoluta camisa.

Pobre Amanda.

Pobre, porque, aunque era cabezota, sabía que terminaría por darse cuenta de que no podía seguir insistiendo ante esa locura. David la quería demasiado como para casarse con ella. Porque la quería, por supuesto, pero no la amaba, y el pequeño de los Chambers sabía que Amanda merecía ser amada. Una muchacha con tanto fuego, no podía casarse con alguien que se consideraba su hermano.

—Vete —susurró.

Se inclinó sobre su frente y la besó en un tierno impulso, y ella parpadeó confusa, pero finalmente asintió.

—No volveré sin avisar.

La sonrisa de Edward apareció por arte de magia y ella soltó una carcajada entre lágrimas.

—Sabes que eso no es cierto.

—Lo sé. —Amanda se encogió de hombros—. Pero esta vez no has sido tan grosero, solo quería animarte un poco. —Y dicho esto salió corriendo por el pasillo hasta el recibidor.

Edward respiró hondo al escuchar como se cerraba la puerta principal de un portazo.

—Que chiquilla… —se quejó.

Era una suerte que su tía Regina estuviera de visita, así podría fingir que la había ido a visitar a ella, aunque la dama a esas horas estuviera en la modista. ¿Qué le pasaba por esa cabecita suya? ¿No se daba cuenta que podía arruinar su reputación?

¿Qué hubiera pensado la gente si Amanda se presentara en la casa de un vizconde soltero? No quería ni imaginárselo. Aun así, debía hablar muy seriamente con Robert. La gente empezaría a murmurar si esa niña no cambiaba su conducta. Una cosa eran sus

visitas indeseadas en el campo, la otra que entrara en la casa de un hombre soltero en la ciudad.

Suspirando, volvió a sus quehaceres.

Ya que Amanda se había marchado, sería mejor volver al trabajo. Resopló molesto y se sentó tras su escritorio mientras su mente estaba enredada en otros asuntos. Debía encargarse de muchas cosas, comprar maquinaria nueva y mejorar las condiciones de sus propiedades, era lo único que lo empujaba, año tras año, a acudir a Londres. Porque desde luego no era la estúpida temporada.

Unos pasos acelerados captaron su atención.

—Milord…

Su fiel mayordomo se quedó frente el escritorio con la bandeja de plata donde había doblado un planchado periódico.

—¿Qué ocurre?

—Acaba de llegar de Londres, creo que querrá leerlo ahora mismo.

Edward estiró el brazo para tomarlo y tragó saliva cuando su mirada se fijó en el titular.

Napoleón se exilia a Elba.

Se sentó, y suspiró aliviado. Ratificó que David estaba a salvo.

No había conflicto bélico al que ir.

Capítulo 3

Julio, 1815.

Puede que Napoleón abdicara y se exiliara a Elba, pero no se quedó ahí mucho tiempo. No importó cuanto rezara Amanda, algo que le molestó bastante, ya que por una vez que mostraba fervor religioso para pedirle un favor a Dios, este la ignoró por completo. Y es que David se fue a Bélgica.

Fue una tragedia. Recordaría siempre cuando el propio Edward acudió en persona para hablar con ella y su hermano Robert, para contárselo. Como si no quisiera ser testigo del bochornoso espectáculo que finalmente protagonizó Amanda con sus lloros, Robert los dejó a solas en la biblioteca con las puertas abiertas, mientras se excusaba diciendo que iba a pedir que les sirvieran té.

—¿No puedes hacer nada?

—No, Amanda.

—¿No puedes, o no quieres?

—Ni lo uno, ni lo otro —respondió, sintiendo verdadera lástima por ella, porque sabía que realmente se creía enamorada de David.

—Eres muy cruel. Si David se muere…

—¡Amanda! —le gritó, al entender cuales iban a ser sus siguientes palabras.

Ella hipó y alzó el mentón, pero de nuevo empezó a llorar en silencio.

—Lo siento —dijo entre sollozos—, es que… no quiero que le pase nada.

—No le pasará nada. Ten fe, Amanda.

Asintió, con energía, con la esperanza de que con ese simple gesto se cumplieran sus deseos.

Tendría fe, tal y como le pedía Edward, y rezaría para que David volviera sano y salvo, junto a ella.

Y desde luego, el milagro se hizo.

El menor de los Chambers volvió pronto a casa después de la derrota de Napoleón en Waterloo. Y aunque Amanda se sentía dichosa porque sabía que estaba bien, no podía sentirse más

frustrada. David se había marchado otra vez con su regimiento, y pasó un año en el que apenas lo había visto.

En ese año habían ocurrido cosas.

Su buena amiga Rose Knigth se había quedado embarazada y su hermano Robert se había casado. Pero no con Belinda Withman, quien lo había abandonado semanas antes de la boda para irse con otro pretendiente, sino con la hermana de esta, Livia.

No parecía ser un matrimonio por amor.

El día de la boda, por la expresión de los novios, Amanda intuyó que el enlace no agradaba a ninguna de las dos partes. No fue hasta mucho después que se enteró que Robert había obligado a Livia a casarse con él a cambio de sacar de la cárcel de deudores a su padre.

¡Qué horror!

En ocasiones miraba a su hermano Robert y se preguntaba si realmente se parecían en algo, desde luego no era como ella, ni como el hermano pequeño de ambos, Charles que seguía en Eton, lejos de aquella casa que se había convertido en todo menos un hogar.

Livia y Robert se detestaban, aunque a veces, Amanda pensaba que había alguna chispa en los ojos de ambos. Sobre todo,

después de su viaje a Escocia donde habían ido de luna de miel.

Se alegró de que se toleraran, aunque quien no parecía tolerar a Livia, era sin duda su madre. Lady Marianne la detestaba y eso a Amanda la entristecía.

Algunos podrían decir que el matrimonio de los Belford era una tragedia, pero para tragedia la que había acontecido en enero de ese año.

Frederick Knigth había regresado de una de sus misiones, y nada menos que con David Chambers. Amanda hubiera estado feliz de verlos de nuevo, pero para desgracia de todos, las circunstancias en las que volvió Frederick, no alegraron a nadie. Lo había hecho gravemente herido, y ahora se recuperaba en casa de su hermano, el coronel Knigth, mientras la vida parecía seguir para todos.

Pero a pesar de todos estos cambios, unos más traumáticos que otros, lo que más atormentaba a Amanda, era estar lejos de David. La esperanza de volver a verle, era su única alegría. Se sentía contenta de que hubiera vuelto a casa, aunque su regreso estuviera atado a la convalecencia de Frederick Knigth.

Estaba decidida a volver a verle, temía que, si tardaba más tiempo él se olvidaría de ella y todos los planes de futuro que tenía en su cabeza no se harían realidad. Y para una persona que había

pasado media vida construyendo castillos en el aire, imaginándose como sería su futuro, eso era poco menos que catastrófico.

Las escasas visitas que le había hecho desde que Frederick estaba en Rosewood House, recuperándose con su familia de las heridas, la habían dejado intranquila.

Cierto era, que la trataba con el afecto de siempre, pero David estaba más distante. Su blando corazón no entendía muy bien por qué, aunque pensaba que la distancia tenía mucho que ver. Y esta no mejoró, pues al poco, desapareció de nuevo sin despedirse.

Aquello la desanimó. No obstante, semanas después, corría el rumor de que David pronto le haría una visita a su hermano Edward.

Así pues, muy decidida, Amanda estaba preparada para hacer guardia todos los días para ver los posibles movimientos de carruajes o caballos que transitaban por el camino. Disgustada pensó que algo podía escapársele en los momentos que no estaba con la nariz pegada al cristal de su ventana, así pues, no tenía más remedio que ir a comprobar con sus propios ojos si David había llegado. Y es que en la casa de Londres podría haber sobornado a algún criado para suplir sus guardias, pero en Somerset todo el mundo estaba demasiado ocupado en la propiedad como para

hacerlo. Además, un soborno al personal equivaldría una buena reprimenda de Robert.

Como ya era costumbre en ella, se escabulló de la casa.

Lo hizo por la puerta de servicio y echó a correr por el prado que separaba las propiedades de los Chambers y los Bedford. Parecía que nadie la hubiera visto escabullirse de la casa, pues cuando llegó a la casa del vizconde, nadie la había seguido.

Por supuesto, no podía simplemente llamar a la puerta. Edward le había prohibido visitarle mientras no estuviera su tía en casa, y como la mujer no vivía allí, el vizconde había encontrado la fórmula perfecta para prohibirle que lo visitara durante todo el año, excepto por Navidad que Regina solía aparecer cargada de regalos.

Miró la entrada de la casa y se dispuso a buscar otro modo para entrar ¿Desde cuándo las prohibiciones de Edward le habían impedido hacer algo?

Admiró la hermosa casa de altas ventanas, pero lo justo para pasar frente a la fachada con paso acelerado. No sería tan tonta de volver a llamar a la puerta principal. Benson la echaría de allí. Tenía ordenes de Edward, bien lo sabía ella.

Así que no le quedaba más remedio que entrar en la biblioteca por otra ruta.

Se subió al parterre y tuvo cuidado de no arañarse las medias con los hermosos rosales. Hacía buen tiempo, no era posible que todas las ventanas estuvieran cerradas. Miró por una, luego por otra y empujó con las manos, pero ninguna cedió. Hasta que empujó con más fuerza y se escuchó el crac del cristal al partirse.

—¡Ups!

***

Edward cabalgaba sobre su montura, volvía de la ciudad de Exeter. Apenas había logrado solucionar varios asuntos, cuando había nuevos problemas entre sus arrendatarios. Nunca, nadie, le advirtió que llevar una propiedad daría tantos quebraderos de cabeza, pero sus padres habían muerto demasiado jóvenes y a él le tocó asumir muchas cosas sin ser experto en nada.

Suerte de su administrador, un hombre fiel y leal a su padre que siempre lo había sabido aconsejar bien. De su personal no podía tener queja alguna. Edward era un terrateniente a quien le gustaba mantenerse a parte de la sociedad. No le gustaban los bailes,

aunque sí las reuniones privadas y cenas con sus amigos. Echaba de menos tener tiempo para visitarlos.

Los Knigth le habían invitado en un par de ocasiones durante los últimos meses y solía ir con Robert Belford a cabalgar con frecuencia, pero ahora había estado sin verle una larga temporada después de que se fuera a Escocia de luna de miel.

De sus anteriores amigos había perdido la pista a Daemon Sinclair. Le había disgustado enormemente enterarse de su afición al alcohol y a las mujeres. Le decepcionaba que un hombre como Daemon hubiera decidido malgastar su vida zambulléndose en la bebida, solo para mortificar a su padre. Daemon, iba a heredar el condado y como él, ya era vizconde. Y a pesar de ese disgusto, Edward sintió que si le hubiera tendido la mano cuando cayó en el abismo, quizás a esas alturas no sería un hombre con una reputación tan terrible. Pensó en que quizás debería invitarle a pasar una temporada en su finca. Era probable que aún pudiera salvarlo.

Edward suspiró al acercarse a su casa.

Invitar a sus amigos o ir a visitarlos, no era una solución permanente a su soledad, tal y como le había recordado su tía Regina, quien últimamente parecía muy empecinada en casarlo, algo que le llamaba la atención, pues aunque tuviera poco más de

cuarenta años y llevara muchos de ellos viuda, Regina no había querido volver a casarse. Pensó que era porque la experiencia no fue grata, pero en una noche de invierno le confesó: *Nunca volvería a dejar mi libertad en manos de un hombre*. Y con esas palabras, jamás de volvió a hablar del tema.

David se había marchado y no pensaba volver más que de visita. La vida en el ejercito le había sentado bien, y cuando llegó dos días atrás, pensó que ni tan siquiera se quedaría un día. Pero por lo visto, había decidido que al menos tres sería lo indicado para explicarle a su hermano mayor todo lo que había decidido hacer con su vida. Que hubiera acompañado a Frederick en su convalecencia, le hizo sentirse orgulloso. Era un buen oficial y un gran amigo.

Esa visita esporádica y el hecho de que su tía no volvería de Nottingham hasta el verano, lo hizo sentirse muy solo.

Suspiró.

Debía ser consecuente con su título y responsabilidades.

Necesitaba una esposa.

Hizo una mueca, si Regina lo escuchaba daría saltos de alegría y lo agobiaría con una larga lista de candidatas aceptables. Necesitaba alguien que fuera inteligente y tuviese una buena conversación. No importaba que fuera bonita o no, se conformaba

con que no odiara charlar con él en las solitarias noches de invierno. No le gustaban las mujeres que parloteaban sin cesar de muselinas o del tiempo. No le gustaba el parloteo.

Puso los ojos en blanco cuando por su mente cruzó la imagen de Amanda Belford. Ella parloteaba sin cesar, aunque sí era cierto que decía cosas muy interesantes. Daba argumentos de los que no estaba en total desacuerdo, pero un hombre no podía alentarla en esas ideas, su hermano Robert estallaría si supiera que él la animaba a tener ideas revolucionarias.

Sonrió, al recordar sus grandes y bonitos ojos azules, y su envidiable vitalidad.

—Amanda —suspiró.

Desde que David no estaba, apenas se habían visto.

Cuando le prohibió la entrada a su casa, no pensó que se lo tomara al pie de la letra. Esperaba que al menos lo visitara de vez en cuando para regañarle… por cualquier cosa. Por supuesto, que fuera el responsable de que David no viviera allí por haberle permitido alistarse en el ejército, era su tema favorito, pero podría encontrar otros. Como que los gatitos del establo pasaban frío porque no les había dejado ni una raída manta para el invierno, o que era un ogro

porque… ¿su mal carácter provocaba la lluvia? No lo sabía, Amanda podía ser tan original…

Otro suspiro.

En alguna parte, muy enterrada bajo un montón de rechazo, admitiría que la echaba de menos.

Había tomado un atajo desde la carretera principal, su belleza parda trotó hacia la casa y… Edward por poco se cae cuando, colgando de una ventana de la planta baja, medio cuerpo de una mujer luchaba, o bien se daba impulso para entrar en la biblioteca por una ventana.

—¿Pero qué demonios…? —No había duda, solo podía haber una mujer con semejante desfachatez— ¡Amanda!

Saltó del caballo y corrió hacia el parterre.

Apartó los rosales y se alegró de tener guantes de cuero, por lo que evitó que las espinas le arañaran las palmas.

—Amanda… —apretó los dientes y dio rienda suelta a su furia cuando tomó a la joven por la cintura y la arrastró hacia él.

Capítulo 4

El cuerpo de Amanda chocó contra algo duro, quizás un muro.

Pero eso no podía ser, no había pared alguna a su espalda, solo los jardines que el viejo Bob se esmeraba tanto en cuidar y…

—Amanda.

El aire se le escapó de los pulmones y no recuperó el aliento cuando aquellos ojos inquisidores la miraron con intensidad, pues se olvidó de respirar.

Finalmente se dio cuenta que no había peligro.

—Edward —protestó, poniendo los ojos en blanco.

No podría ser de otro.

—¿Qué estás haciendo? —dijo, cuando al fin tuvo los pies en el suelo.

Después resopló, de forma poco elegante.

—¿No lo ves? Me parece muy evidente.

—Que quieres allanar mi casa. Sí, también me lo parece.

Logró ponerse totalmente erguida y no fue hasta que los ojos del vizconde fueron hacia su cintura, que se dio cuenta que la estaba abrazando.

—Ya puedes soltarme, no me voy a caer —se quejó.

Ahora, quien parecía a punto de caerse, era él.

Retrocedió sin mirar atrás, tropezando con los rosales e intentando recuperar el equilibro en el paseo de grava. Tras lograrlo, carraspeó, nervioso.

Maldita sea, solo era Amanda, se amonestó por darle más importancia al gesto de haberla tocado de aquella manera tan íntima. A ver, un caballero nunca agarraba por la cintura a una dama. Pero había que decir que una dama tampoco trepaba por las ventanas y quedaba colgando de ellas.

—¿Estás bien? —preguntó ella, confundida, al ver la extraña expresión de su rostro.

—Estoy bien —dijo molesto, mientras se sacudía la chaqueta.

—Pues no lo parece. —Frunció el ceño, como si intentara averiguar el porqué de ese extraño comportamiento.

Edward se alisó el chaleco y comprobó que la corbata estaba en su sitio.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Amanda, ya con una sonrisa bailando en sus labios.

—¡Sí!

No, no estaba bien. ¡Estaba furioso!

Amanda lo sabía porque es el tono que utilizaba cuando ya había terminado la paciencia.

—Sinceramente, esperaba que me soportaras un poco más.

—Soportar…. —Fue entonces cuando los labios de Edward se movieron sin sonido alguno, sus ojos parpadearon a gran velocidad y sus piernas se movieron con rapidez hasta abalanzarse sobre ella— ¡Amanda!

La tomó del reverso de la mano y observó su palma sangrar.

—¡Dios mío! —exclamó, mientras la sangre de Amanda le manchaba la piel.

—Oh, esto… —se mordió el labio—. Lo lamento, creo que he roto el cristal de la ventana. No quería, pero es que no se abría y empujé un poquito con demasiada fuerza y…

Edward cerró los ojos por unos largos segundos, durante tanto tiempo que ella pensó que no la escuchaba o que le había dado una apoplejía.

—¿Edward? —susurró, expectante, mirándolo con esos ojos de cervatillo.

—¡Cállate! —espetó.

Aunque no había gritado, el tono era demasiado seco para admitir cualquier réplica.

—Por supues… —empezó a decir la joven en un susurro, pero nuevamente Edward la hizo callar.

—Sssh… —chistó furioso, y aún así, el tono que sucedió a continuación fue contenido—. ¿Quieres entrar en mi biblioteca? Bien, vamos… voy a curarte esa mano y luego… luego disfrutarás mirando los libros y memorizando cada rincón.

—Ah, ¿sí? —dijo asombrada—. Oh, Gracias.

—No hay de qué —los ojos de Edward se posaron en los suyos y ella tragó saliva, estaba demasiado cerca y… bastante enfadado—. Memoriza esta biblioteca, porque será la última vez que la veas en tu vida.

—¡Edward! —Iba a darle un buen sermón sobre lo desalmado que era, e incluso hubiera puesto los brazos en jarras, pero no tuvo tiempo.

No pudo decir más.

El vizconde tomó su pañuelo y se lo envolvió en la mano, después de asegurarse que no tenía ningún cristal incrustado. Con la otra mano, la agarró de la muñeca y tiró de ella.

—Vamos.

Amanda prácticamente voló tras él.

Estaba enfadado. ¡Vaya que si lo estaba!

Frunció el ceño, intentando recordar cuando fue la última vez que lo había visto así.

—¿Vamos a la biblioteca? —preguntó, al ver que la arrastraba lejos de allí.

No respondió, pero abrió la puerta principal y gritó a Benson para que este acudiera a su encuentro. El mayordomo lo hizo y miró con cara de reproche a la muchacha.

—Hola Benson —lo saludó, alegremente, pero el hombre permaneció serio.

—Señorita —dijo, con su habitual mal humor. La miró juzgándola y eso le hizo comprender que era el mayordomo ideal para Edward.

—Se ha cortado en la mano —indicó este, intentando mantener la calma—, tráigame lo necesario para curarle la herida. Estaremos en la biblioteca.

Benson parpadeó confuso, pero al ver el pañuelo envolviendo la mano de la señorita, se puso rápidamente en movimiento. A Amanda le gustó eso, que no perdiera tiempo en obedecer, quizás le caía bien después de todo y quería curarla cuanto antes.

—No es el ogro que parece —se dijo a sí misma. Al ver que Edward la miraba por encima del hombro, añadió—. Es un poco como tú. Gruñón, pero en el fondo una buena persona.

Como si él quisiera darle la razón, se escuchó un gruñido, hasta que abrió la puerta de la biblioteca y la obligó a sentarse en el sofá de seda.

—Quédate ahí.

—No me moveré —hizo que sus carnosos labios se plegaran hacia dentro, esperando la regañina que estaba por llegar.

—¡Eres una insensata! —estalló y ella lo miró muy quieta.

No podía decir que él no tuviera razón.

Edward sintió que su pulso seguía acelerado. Se habría roto la crisma, de no haber intervenido.

Sí, seguramente se hubiera caído de cabeza sobre los cristales, y… ¡Dios! Solo de pensar que hubiera podido desangrarse o desfigurarse…

—Edward —Amanda abrió los ojos como platos—. Te estás poniendo blanco.

Él dejó de andar arriba y abajo y se inclinó sobre ella, agarrando el respaldo del sofá y enmarcando su cuerpo entre sus fornidos brazos.

Amanda tragó saliva.

No muchas veces tenía la oportunidad de ver de cerca los ojos del vizconde, mucho más azules que los suyos, con pequeñas vetas del color de la medianoche. Sus labios eran demasiado carnosos comparados con los de otros caballeros, su mentón, aunque no del todo cuadrado, era muy masculino y su pelo como el sol era una maravilla. Parecía tan sedoso… ¿Cómo sería al tacto?

Soltó un suspiró.

Se encogió de hombros y miró de repente a un lado al ver como Edward apretaba el respaldo del sofá.

Estaba muy cerca. Y si se acercaba más, podría sentir su aliento, incluso escuchar los latidos de su corazón, si no fuera porque el suyo propio la ensordecía.

Tragó salvia.

¿Se había fijado nunca en lo musculosos que eran sus brazos?

Sí, lo había hecho, incluso lo había visto bajo el sol del verano, sin camisa, haciendo trabajos que para nada se atribuirían a un vizconde. Había trasplantado un árbol de tamaño considerable con la ayuda del viejo Bob, y hasta un día lo había encontrado en medio del camino, cambiando él mismo una rueda de carro.

Sí, Edward podía ser insoportable, pero tenía algo bueno y es que no era para nada un hombre que despreciara a los demás por haber nacido con menos estrella que él, por lo que no le importaba lo más mínimo ensuciarse las manos.

De nuevo miró sus brazos y parpadeó confusa cuando se sintió extrañamente atraída por esos músculos que tiraban la tela de la camisa sobre ellos.

—Me estás volviendo loco, Amanda.

Pestañeó de nuevo, y volvió a mirarle a los ojos. Su voz había sonado tan… ronca.

—¿Sí?

—Eres… una insensata.

—Eso ya lo has dicho.

—¡Pues lo seguiré diciendo!

Ella asintió dándole la razón.

Livia, su cuñada había dicho que, si querías mantener la paz en un matrimonio, la mujer debía asentir ante las órdenes de su marido, para apaciguarle. Luego, hacer lo que le viniera en gana, porque una también debía estar en paz consigo misma. Amanda sabía que Edward no era su marido, pero al fin y al cabo era un hombre y no quería que se enfadara más de lo que ya estaba, por lo que procedió a tomar ese consejo. Y asintió de nuevo.

—Cuando Benson llegue, te curaré, porque no quiero que pierdas la man…

—¿La mano? —Se asustó—. Es solo un rasguño.

—¡Es lo que yo digo que sea! —gritó.

Ella lo miró, contrita.

—¿Desde cuando eres tan gruñón?

—¿Me lo preguntas en serio? —se echó hacia atrás.

En seguida Amanda notó como si el aire que había entre ambos se enfriara. No había sido consciente del calor que desprendía Edward hasta que se apartó.

—Siempre que te tengo delante me exasperas.

—Eso es muy grosero —Alzó la barbilla y no pudo evitar reírse un poco de él—. Oh, Edward…

—Amanda —la reprendió de nuevo—. Esto no es divertido, podrías haberte hecho mucho daño.

—De acuerdo, no me reiré, pero tranquilízate un poco. —Observó su tez—. Ahora has pasado del blanco al rojo. Te veo muy acalorado. Será mejor que abras la ventana para que corra el aire, de hacerlo yo, podría romperla.

Edward retrocedió nuevamente y tiró de su corbata.

Le faltaba el aliento, pero todo era culpa suya. No soportaba tener que hacer el papel de hermano mayor y menos con Amanda, que no era nada suyo.

Cuando escuchó unos golpes en la puerta abierta de la biblioteca, Edward vio a Benson, aliviado porque se hubiera dado prisa.

—Oh, gracias Benson —dijo el vizconde cuando el mayordomo entró en la sala con una bandeja con todo lo necesario para hacerle una cura.

—Creo que ya no sangra —dijo Amanda, dedicándole una sonrisa al mayordomo, que permaneció huraño e impasible.

—Yo diré si está sangrando o no. —Edward se sentó a su lado y le desenvolvió la mano.

El pañuelo tenía sangre y por la mirada que le echó el vizconde, Amanda tuvo que apretar los labios y agachar la cabeza, derrotada.

Gracias al Cielo, el corte era poco profundo. Solo haría falta limpiar la sangre…

—¿Quizás un poco de alcohol?

—No te dolerá tanto como para que tengamos que anestesiarte —dijo Edward.

—Es para la herida —dijo, con el ceño fruncido—, pero que sepas que ya me dejan beber vino.

Edward puso los ojos en blanco.

—No te creo nada, Robert no lo permitiría.

—Pronto será mi debut, como bien sabes. ¿No has visto mis vestidos? —levantó una pierna. La suave tela le llegaba a los tobillos.

Edward apartó la vista al escuchar que Benson carraspeaba.

Maldita niña, acabaría con él.

—¿Y qué con eso?

—Ya no soy una niña.

—¡Sí! No eres una niña —dijo molesto—, recuérdalo antes de lanzarte de cabeza por una ventana.

Ella guardó silencio, algo enfurruñada por su mal carácter.

—No eres divertido —le susurró, casi de manera inaudible. De hecho, si hubieran estado solos le habría sacado la lengua.

Edward abrió la boca para decirle algo, pero la cerró de inmediato.

Giró la palma de la mano para examinarla, una y otra vez.

—Mi amiga Alice dice que hay que lavarse las manos… —Amanda no terminó de hablar porque Edward había vuelto a cerrar los ojos pidiendo paciencia. Esa era la señal de que cualquiera de sus comentarios no sería bienvenido—. Me callo. ¿Al fin y al cabo, qué puede pasar, que pierda la mano? ¡Aaaah!

La mesilla de licor estaba demasiado cerca y la paciencia del vizconde tenía un límite.

Cuando vertió el alcohol sobre su mano tal como había pedido, Edward escuchó con deleite su grito.

Amanda apretó los labios, su sonrisa malévola venía a decirle que ella se lo había buscado. Benson no ayudaba, pues también sonrió hasta que ella lo miró abiertamente.

—Sois perversos.

Esa sonrisa desapareció con tanta velocidad que no supo si en verdad había estado ahí alguna vez.

—Ya está —Edward le secó la mano y aunque le escocía horrores, no pensaba hacer ninguna mueca—. Te la vendaré, pero gracias a Dios no necesitas puntos.

—Gracias.

—No hay de qué —respondió, tan seco como ella.

Una vez anudada la venda, él le sostuvo la mirada.

—Y ahora, vete a casa.

Lejos de levantarse, Amanda apoyó la espalda en el respaldo del sofá. Se cruzó de brazos, delicadamente, para que la herida no tocara su antebrazo y lo miró en silencio.

Benson vio en ese duelo de miradas una buena ocasión para recoger todo lo que había traído y salir por la puerta, tan rápido como pudo.

—Estaré disponible si me necesita, señor.

—No cierres la puerta —ordenó Edward sin dejar de mirar a Amanda.

Ella resopló hastiada de todas esas normas sociales que creía que no tenían por qué ir con ella.

—¿Y bien? —la animó a hablar—. ¿Piensas quedarte aquí mucho rato? —Ella no respondió—. Al menos dime por qué has venido. Porque está claro que quieres algo.

—Quiero ver a David.

—Oh, Señor, dame paciencia —Edward se levantó de la silla desde donde le había estado haciendo las curas y empezó a dar vueltas al sofá—. No lo repetiré, Amanda, vete a casa.

—No pienso hacerlo sin ver a David.

—David no está aquí —le gruñó—, así que vete. Pensé que había quedado claro que no podías aparecer por aquí sola.

—Sí, si no está tu tía no soy bienvenida. Y, por cierto, al parecer nunca lo seré. ¿De verdad existe tu tía Regina?

—Existe.

Ella chaqueó la lengua como si no acabara de creérselo.

—También podrías venir con la compañía adecuada.

Amanda suspiró.

—Robert ha vuelto de Escocia, y creo que está por escribirle a mi prima Violet para que venga a acompañarme en la próxima temporada.

Él la miró de reojo.

—¿Harás tu debut?

Amanda asintió y los ojos del vizconde regresaron al dobladillo de su vestido nuevo.

—¿Has visto mi nueva ropa? Ya soy toda una señorita. Seguro que ya te ha llegado la invitación para el baile. No puedes rechazarla, ni David tampoco —en ese momento pareció que hablaba sola, imaginándose de que rechazar la invitación de un conde no era posible, si no querían quedar mal. Sí, David asistiría.

—Hablo en serio cuando digo que no puedes aparecer cuando se te venga en gana —Edward captó su atención de nuevo—. ¡Y menos entrando por una ventana!

La risa de ella lo interrumpió.

—Eso rima. Y sin haberlo deseado, te ha salido un pareado.

—¡Amanda! —Su mal humor la hizo agachar la cabeza—. Deberías empezar a comportante. Por eso te prohíbo volver a esta casa… —Abrió la boca con terror—. Sin acompañante —añadió— ¿Qué demonios dirá la gente si te ve? ¿De verdad quieres ser el centro de las habladurías de los vecinos?

—El vecino más próximo está a cinco millas.

—¡El servicio! —gritó él— ¿Quién del servicio no te ha visto?

—¡No cuentan! A ellos les caigo bien.

—Sí cuentan. De hecho, ellos son los que cuentan, lo saben todo de todos. No quiero que tu reputación se vea afectada por tu mala cabeza.

Los ojos de Amanda se humedecieron, lo suficiente como para que Edward se sintiera culpable.

—Lo hago por tu bien —susurró.

Ella no lo veía así, pero, al fin y al cabo, esa era su casa.

Y era cierto, había venido sin acompañante, lo que le valdría otra regañina de su madre y de Livia cuando volviera. Siempre y cuando se enteraran. Quizás debería trepar hasta el primer piso… No. Con la mano así sería imposible. Se miró el corte y después a Edward.

—Está bien, me voy —se puso en pie y él pareció muy aliviado—. Me marcho, pero cuando David vuelva quiero que me avises. ¿Ha ido a ver a Frederick?

—No, él… —Edward se calló de golpe, entendiendo que la sonrisa de triunfo era porque había conseguido que hablara sin pensar.

—¿No? ¿Está aquí?

—No —dijo severo—, ¿y quién te ha dicho que va a volver?

—No te hagas el tonto —le sonrió triunfal—. Sé que ya habéis respondido a la invitación de mi hermano. Vendréis a la fiesta.

—Nosotros y medio Somerset.

—Bien, solo quería verlo antes para no pillarlo desprevenido.

—¿Desprevenido?

—Se que vendrá —le dijo alzando el mentón—, y cuando vuelva, insistiré en casarme con él.

Edward puso los ojos en blanco.

—Niña cabezota.

Amanda alzó el dedo índice y le apuntó con él.

—Seguro que toda la culpa es tuya.

—¿Qué? —preguntó, desconcertado—. ¿De qué estás hablando ahora?

—Tú no quieres que me case con David.

Él parpadeó.

—Lo cierto es que no —dijo llanamente.

Estaba muy orgulloso de que se le notara.

—¡Lo sabía!

—Eres demasiado… —cerró la boca antes de decir alguna inconveniencia.

Pero lo cierto es que Amanda lo volvería loco con sus ocurrencias. ¿Casarse con su hermano?, ¿vivir ahí con él? Se le agrandaron los ojos por el pánico.

¡Ni hablar!

No iba a vivir el resto de su vida bajo el mismo techo.

No podía permitir tal cosa, no solo porque no era lo que David deseaba, sino también rechazaba esa idea por su propia salud. Amanda era demasiado intensa, y aun así dijo:

—Yo no me he interpuesto entre vosotros.

Era evidente que ella no le creyó. Porque si algo que tenía tan claro como el agua es que sabía bien a quien culpar de todo. Edward, a ojos de la muchacha, era prepotente y arrogante. Le detestaba por el simple hecho de considerar que jamás había querido a su hermano como este se merecía. No quería que fuera feliz, porque de lo contrario, los dejaría en paz, y no estaría repitiendo, una y otra vez, "sobre mi cadáver", ante la idea de una feliz unión. Se suponía que Edward era uno de los mejores amigos de su hermano Robert, ¿por qué no la apreciaba a ella?

—Escúchame bien —dijo Amanda, alzando el mentón—. Me casaré con tu hermano. No daré mi brazo a torcer por mucho que te opongas.

—Que Dios nos asista —gimió—. Amanda… vete a casa.

Ella no se hizo más de rogar, miró la ventana abierta, pero Edward se interpuso en su camino. Señaló la puerta y le ordenó.

—¡A casa!

Con un bufido y un taconeo acelerado por sus zancadas largas, Amanda se marchó.

—Va a acabar con mi paciencia y conmigo.

Se llevó una mano a la frente y cerró los ojos al tiempo que se apoyaba en la mesa. Amanda Belford conseguiría acabar con sus nervios.

Capítulo 5

Después de lanzarse sobre el sofá para descansar del dolor de cabeza que le había provocado la señorita Belford, Edward escuchó abrirse la puerta de la estancia contigua a la biblioteca.

—¿Ya se ha ido?

—Eres un cobarde —Ni siquiera se molestó en mirar a su hermano David.

—Mis medallas no dicen lo mismo, pronto seré capitán. El nombramiento ya es oficial.

Edward resopló. Se apartó el brazo de la cara, lo suficiente para mirarlo con un ojo abierto.

—¿De veras? ¿Y el capitán Chambers correrá a esconderse cada vez que la señorita Belford quiera decirle todo lo que piensa sobre sus planes de futuro?

Su hermano se acercó hasta golpearle una pierna para que le dejara espacio y poder sentarse. Lo hizo con una sonrisa.

Aquello parecía grave, pero no era el fin del mundo.

David sospechaba que, en un año, Amanda dejaría de comportarse como una niña cabezota y se daría cuenta de como era la vida en realidad.

—Vamos, Edward. Es que ya sabes como es, y no quiero hacerle daño.

—Le hará más daño saber que te has enamorado de otra persona, y que no se lo has dicho.

David se pasó las palmas de las manos por la cara.

—¿Tú crees? —Ya sabía la respuesta—. Es que soy… tan feliz.

—Y egoísta.

Puede que lo fuera un poco, pensó David, pero ese último año había sido realmente intenso, viviendo mil y una emociones. Había salvado la vida a Frederick Knigth en su última misión contra espías franceses, lo habían ascendido, o lo harían en pocos días. Y por si todo eso fuera poco… también se había enamorado.

Enamorado de la criatura más dulce y encantadora del mundo. Y por si su felicidad no fuera suficiente, ella le correspondía.

Georgina Swanson era la hija del coronel Swanson, un hombre valiente, condecorado y muy bien considerado por las altas esferas militares. Enseguida vio con buenos ojos que su hija se

casara con el hermano de un vizconde, y por supuesto, David era aún más dichoso por no ver impedimento alguno en esa unión.

A Edward, siempre tan precavido y analítico, también le pareció bien emparentar con los Swanson, aunque eso significara que su trabajo de capitán lo mantendría alejado de él. Se marcharía con su suegro y su nueva esposa a Italia, donde le habían dado un puesto en el que serviría de enlace internacional. Aunque David sabía que, en realidad, sería un espía. Un espía bien adiestrado, trabajando para la corona.

Ignorando la felicidad de su hermano, Edward se incorporó y quedó sentado en el sofá junto a él.

Habló mirando al frente.

—Eres su mejor amigo, no puede ser que te cases con otra y no se lo digas.

Por supuesto estaba hablando de Amanda, y por el tono de voz que utilizó, David se dio cuenta que para Edward esa cuestión era importante.

—Quiero hacerlo, pero luego la veo enfadarse…

—Lo que yo decía —chasqueó la lengua—, un cobarde.

—¡No puedes llamarme cobarde! ¡Seré capitán! —se burló, quitándole hierro al asunto.

Edward se golpeó las piernas con las palmas de las manos y se levantó para servir a ambos un vaso de whisky.

—¿Sabes? —lo acusó Edward—. Por tu culpa me he convertido en lo que Amanda siempre me ha acusado de ser.

—¿Y eso es…?

—La persona que impide que te vea.

David hizo una mueca.

—Solo es un pequeño favor.

—No es pequeño, y no quiero hacerte estos favores. —En el fondo sentía lástima porque de todos ellos, era la quien estaba siendo engañada, o al menos la que no tenía toda la información.

—Pero Amanda no sabe que yo te lo he pedido.

—¿Sabes? Eso de que Amanda ya no es una niña y se ha hecho mayor, es totalmente cierto —lo acusó—, y lo mismo va para ti. Eres un hombre, por el amor de Dios. Así que actúa como tal —dijo severo—. Déjale claro que no vas a casarte con ella, que tus sentimientos son fraternales…

—Se lo he dejado claro miles de veces, pero no me escucha —le interrumpió David.

Había cierta desesperación en su mirada, y es que Edward lo conocía bien, lo que menos querría en la vida es hacer daño a

Amanda, pero a veces el dolor era inevitable.

—Le partiré el corazón. No puedo decirle que…

—¿Qué amas a otra?

—No, no puedo. Con el tiempo y la distancia, me olvidará.

Edward resopló.

—No lo hará.

—Pues tendrá que hacerlo, porque por mucho que la quiera, no voy a casarme con ella. Me casaré con Georgina mucho antes de lo que pensáis, y me largaré a Italia.

Edward claudicó.

—Está bien, yo se lo diré. Le diré que tu corazón…

—¡No! Tampoco quiero que se tire por un acantilado.

Edward se rio de su hermano.

—Créeme, ella cree que te quiere, pero ni loca va a quitarse la vida por ti. Simplemente se tirará de los cabellos y luego pateará el suelo hasta convencerse de que eres el peor de los villanos. Cosa que eres.

—¡Gracias!

—Quizás un villano no, pero sí un cobarde. Y eso te hace quedar muy mal siendo militar.

—Solo soy cobarde con ella. Amanda es…

—¿Intensa? —Edward sonrió.

Así es como él la veía, una muchacha que sabía lo que quería y se lanzaba de cabeza a por ello. Lástima que lo que anhelaba no fuera posible.

—Amanda —dijo David pensativo—, tiene el don de hacerme bailar al son que toca. No quiero que en esto se salga con la suya.

Podía entender las palabras de su hermano.

—¿Sabes qué es también Amanda? —David negó—. Ineludible —le dijo Edward—, por lo que, tarde o temprano, estarás acorralado y la herirás aún más cuando te alejes de ella para siempre sin haberle dado una explicación.

Finalmente, David, pensativo, asintió.

—Está bien. Se lo diré, pero no hoy. Debo volver con Fredrick.

Su hermano lo miró y cambió de tema.

—¿Cómo está?

David asintió.

—Se va recuperando. Aunque… tiene unos fuertes dolores.

—Lo lamento por él —dijo, sincero—. Quizás debería visitar a Lyonel, he tenido mucho trabajo aquí, pero tal vez en dos semanas…

—Creo que te lo agradecerá. Les irá bien una distracción.

—¿Qué dice el médico? ¿Volverá a caminar?

El silencio de su hermano no presagiaba nada bueno.

—Lo cierto es que el coronel está buscando otra opinión. Las heridas exceden el conocimiento del médico…

—Entiendo. —En verdad lo sentía mucho por su amigo. Debía ser duro que un hermano volviera herido y no pudiera recuperarse fácilmente—. Quizás pudiera convencer al doctor Powell de que me acompañe.

—Quizás.

Los dos hermanos se reclinaron juntos en el sofá. Uno junto al otro, pensativos y disfrutando de la copa mientras cada uno estaba zambullido en todo lo que deberían hacer las próximas semanas.

—¿Cuándo será la boda?

David sonrió.

—Lo más pronto posible.

Ahora quien sonreía ampliamente era Edward.

—No esperaba otra cosa.

Edward asintió.

—Sobre Amanda… —empezó a decir el vizconde.

—Te prometo que antes del baile de máscaras al que nos han invitado los Belford le diré lo de mi compromiso.

—¿Entonces te quedarás aquí hasta la fiesta?

—Finalmente sí, el coronel ha decidido venir y hacer el anuncio en casa de los Belford.

Edward lo miró meneando la cabeza y cerró los ojos cuando el dolor regresó, golpeando sus sienes con fuera.

—Habla con Amanda.

—Por supuesto.

No replicó a David, pero sabía la verdad.

No se lo iba a decir.

La catástrofe estaba a punto de desatarse, la incógnita era cuando.

Capítulo 6

Marzo 1816, fiesta de los Belford.

Edward tenía razón sobre que su hermano se acobardaría y no sería capaz de hablar con Amanda.

Las semanas pasaron y llegó el baile de los Belford. En el fondo, el vizconde esperaba que Amanda madurara por arte de magia en aquellos días de primavera y se sacara de la cabeza, la absurda idea de casarse con David. En la mente de Edward esa idea tenía sentido, pues durante ese último año, los dos amigos se habían visto más bien poco. Y al no tenerlo en su vida, no era de extrañar que aquellos sentimientos infantiles se hubieran atenuado con su ausencia.

Al parecer, se equivocó.

Había sido un iluso, y es que los sentimientos de Amanda eran siempre intentos, no solo referentes a su hermano, sino con todo lo que hacía.

Era una joven apasionada, que defendía sus ideas liberales, aunque esos comentarios hubieran desencadenado algunos silencios incómodos en ciertas reuniones, sobre todo entre los amigos más conservadores de su hermano. Aún se acordaba de como el señor Evans había golpeado con fuerza a su caballo y ella lo había golpeado a él dejándolo cojo por dos semanas con una patada en la espinilla. Solo tenía seis años.

Sí, nunca había sabido contenerse, y esa noche, durante la fiesta de máscaras de los Belford, Edward temía que quizás protagonizara alguna escena que podía poner los ojos de los presentes sobre ella, manchando así su reputación.

Avanzó entre los invitados hacia ella.

—Buenas noches, Amanda.

Se aclaró la garganta cuando ella se volvió hacia él y sus ojos azules parecieron brillar con malicia detrás de la máscara.

—Buenas noches, ¿debo fingir que no sé quién eres?

—Creo que sería imposible que no me reconocieras después de tantos años, a pesar de la máscara.

Amanda, que estaba acompañada por su cuñada Livia, le sonrió con afecto.

—Edward —suspiró.

Puede que le hubiera prohibido ir a su casa, pero su enfado se disipó durante esos días de primavera. Pues Edward, sí fue a visitar a Robert y le trajo flores de su invernadero, y la promesa de que David iría pronto a visitarla.

No fue, pero Amanda pensó que esta vez no era culpa suya.

Se estableció una especie de tregua con el vizconde.

Livia se acercó un paso para saludar al amigo de su marido.

—Me alegra verle —dijo Livia.

—Está muy hermosa esta noche, el matrimonio parece sentarle bien.

—Una hace lo que puede —le respondió Livia con una sonrisa.

Después, Edward se giró hacia Amanda y le hizo una petición de lo más sorprendente, incluso para sí mismo.

—Había pensado que quizás podría reservarme un baile.

Amanda parpadeó sin apenas poder creerlo.

—Bueno… —miró a Livia, que asintió con interés—. Por supuesto, no tendría inconveniente.

Tomó su libretita y apuntó el nombre de Edward, sin apellido, ni título. Hubiera resultado raro poner vizconde de Glastonbury.

La velada transcurrió entre bailes y sorbos de ponche, pero por más que ella lo buscara, la joven no pudo dar con David.

Cuando tocó el turno de bailar la pieza prometida, Amanda quedó gratamente sorprendida. Edward, lejos de lo que habría imaginado, resultó ser un diestro bailarín, algo que agradeció, pues a ella le faltaba el talento que a él le sobraba.

Mientras giraba entre sus brazos, Amanda se sorprendió a sí misma al pensar en él como alguien tan… apuesto.

Sus manos la sostenían con suavidad y sus pasos la guiaban por la pista de baile como si hubiera nacido para eso. Pestañeó, confusa, cuando sus ojos azules se posaron sobre los suyos y le sonrió.

Necesitaba distraerse, decir cualquier cosa para deshacer ese nudo en su estómago. Una vez más recurrió a su tema favorito.

—¿Ha llegado David? —preguntó, mirando por encima de su hombro.

Edward soportó bien esa punzada de preocupación. Preocupación que sentía por Amanda. Porque, por supuesto David iba a asistir, pero no lo haría solo.

—Amanda, hay algo que deberías saber…

Ella lo miró con aquellos ojos grandes y hermosos y por un momento abrió la boca sin que saliera más que un leve quejido.

—¿Sí?

—Yo…

Parpadeó vivamente. ¿Cómo decírselo de una manera poco dolorosa?

—¿Te estás ruborizando? —preguntó Amanda.

—No, es solo que… hace calor.

—¿Tú crees? —preguntó, confundida.

Edward odió a David por primera vez en su vida.

Ya era horrible tener que partirle el corazón a Amanda, pero lo era aún más que las malas nuevas se las tuviera que dar él. ¿Cómo reaccionaría cuando le comunicara que su hermano iba a casarse? Y, además de forma inmediata.

—Amanda… David va a venir.

—¿Sí? Lo sabía —su sonrisa fue tan genuina… sus ojos brillaron con tanto amor que él tragó saliva y por un instante se concentró en los pasos de baile para vaciar su mente.

En un giro, entre los brazos del vizconde, Amanda tropezó y Edward fue lo suficientemente rápido para agarrarla de la cintura con fuerza y evitar que cayera de bruces en medio de la pista.

Por fortuna para Amanda, nadie se percató del incidente, y la sonrisa de Edward hizo que se ruborizara, aunque tampoco pudo evitar sonreír.

—Yo… —Amanda lo miró a los ojos, iba a agradecerle haberla salvado, pero sus palabras se quedaron atascadas en su garganta.

—¿Sí?

En ese momento cesó la música, y el anfitrión se encargó de decir unas palabras para que todos los asistentes se quitaran las máscaras.

Reía cuando se desprendió de la suya y posó los ojos en el rostro de Edward.

Era un hombre muy apuesto, se dijo.

Siempre lo había considerado así, aunque no pensaba verbalizarlo. También se preguntaba por qué no se había casado. Era cierto que siempre atacaba su carácter exasperante, pero había visto como trataba con amabilidad y corrección a todas las damas, sin importar su edad o condición. Así pues, era un hombre culto, educado y sociable.

—¿Qué? —preguntó Edward, al ver que sonreía.

—Nada, solo… hoy pareces, más accesible.

Él frunció el ceño y Amanda se rio alegremente mientras no dejaba de aplaudir, como todos los demás invitados, mientras iban cayendo las máscaras y antifaces.

A Amanda le pareció mentira haberse divertido tanto. Casi se sintió decepcionada de tener que separarse de Edward.

Cuando él hizo una reverencia, la tomó del brazo para regresar junto a Livia. Al inclinarse para besar su mano a modo de despedida, ella le sonrió. Al fin parecían dos personas que disfrutaban de su compañía mutua, y no unos archienemigos desde el tiempo en que ella gateaba.

—Gracias por el bai… —Las palabras de Amanda murieron en su boca, pues ¡Ahí estaba! —. ¡David, está aquí!

Edward se volvió con rapidez para mirar como su hermano sostenía su máscara entre las manos, mientras hablaba al oído a una hermosa dama.

Cerró los ojos, no hacía falta adivinar quien era esa belleza. Pero Amanda no conocía su identidad. Cuando los ojos del vizconde volvieron a abrirse y miró a su pareja de baile, esta tenía el ceño fruncido y los labios entreabiertos como si fuera a preguntarle algo. Una pregunta que él rezó para no tener que responder.

Amanda estiró el cuello y además de ver a David y a la hermosa muchacha, se percató que un hombre de cierta edad, militar y con el uniforme de gala, levantaba la copa junto al anfitrión

que era su hermano Robert, esperando captar la atención de los presentes.

David asintió al general Swanson y el corazón de Amanda se aceleró.

—¿Qué está pasando?

La belleza rubia que estaba con su amigo del alma, con el hombre que amaba, lo miraba con absoluta devoción.

—Amanda… —Edward la miró con sentimiento—. Lo siento muchísimo.

Ella parpadeó, sin saber qué le estaba diciendo, pero de nuevo sus ojos se centraron en David y la buena pareja que hacía con la muchacha.

—Edward… ¿qué está pasando? —gimió Amanda al tiempo que su mano derecha buscaba algo donde asirse. Pero él ya estaba demasiado lejos para oírla, rumbo al recibidor donde se estaba reuniendo la gente.

Vio a David subir varios peldaños de las escaleras para que todo el mundo lo viera mejor. En su mano brillaba una copa de champán y los camareros iban repartiendo más por el salón, zigzagueando entre los invitados.

La mano de Amanda finalmente encontró algo donde agarrarse. Su amiga Edith había ido al rescate.

—¿Qué está pasando? —preguntó Edith.

Cuando la muchacha miró la espalda de Edward que avanzaba entre los invitados para acercarse a su hermano. Entonces, supo exactamente lo que se iba a presenciar en el salón. No obstante, Amanda con la mirada fija en David, balbuceó.

—No lo sé.

Livia también miró a Edward y se acercó con rapidez a Amanda, tomando su mano.

—Creo que deberíamos irnos quizás a una salita más…

Pero Amanda no escuchaba a su cuñada, seguía mirando con atención el rostro de David y el de la bella muchacha. Se miraban como si…

—¿Qué ocurre? —quiso saber— ¿Quiénes son esos, Livia?

—El general Swanson y su hija Georgina —respondió, apenas sin voz.

—¿Y por qué se dirigen a la escalera, junto a David?

Livia apretó su mano con más fuerza.

—Lo siento, cariño. Acabo de enterarme, yo…

Amanda pareció despertar del trance y fijarse en su hermano, que como anfitrión estaba posicionándose a su lado.

—Harán un anuncio.

Amanda no la escuchó.

—¿Qué hace Robert?

Livia apretó su mano con más fuerza al escuchar la voz de su marido.

—Buenas noches —empezó a decir Robert—, espero que estéis disfrutando de la velada.

Hizo una pausa durante la cual los asistentes asintieron, las damas empezaron a cuchichear en los corrillos y todos estaban expectantes porque tres caballeros y una hermosa joven, parecían ser los protagonistas de la velada.

—Esta noche, el general Swanson, a quien muchos conocéis, me ha pedido poder hacer un importante anuncio. —Entre los vítores de algunos oficiales, Edward se acercó a su amigo—. El vizconde de Glastonbury no ha querido quedarse atrás y juntos tienen unas palabras que dedicaros.

Amanda sentía como Livia intentaba tirar de ella, pero solo tenía ojos para Edward. Lo vio posicionarse junto a David y sus oídos empezaron a escuchar un extraño silbido.

Un discurso.

Edward, acicateado por Robert, su propio hermano, estaban dando un discurso. ¿Sobre qué? Amanda empezó a tambalearse sobre sus pies.

—Amanda… vamos a la salita.

Al ver que Edward hacia el anuncio, Amanda estiró el cuello para escucharle mejor.

—Es un honor tener como hermano a alguien tan valiente y que, por méritos propios, esta noche se le ha concedido el título de capitán.

—Oh —Amanda miró a Livia y le sonrió maravillada—. Capitán, Livia.

¿Era eso? El coronel Swanson iba a apoyarle en su título de capitán. Suspiró aliviada y se llevó una mano al pecho para tranquilizarse.

—Por un momento, pensé… —se rio como si hubiera sido una tonta— ¿No es fantástico? —Se sintió completamente aliviada—. Por un momento había pensado que el anuncio era sobre…

Livia la miraba con fijeza, y esa mirada cargada de pena, la hizo callar.

—Amanda…

Parpadeó confusa y la sonrisa desapareció de su rostro.

—¿Qué está pasando?

Livia no respondió.

Una voz más profunda captó su atención. El general había alzado la copa.

—Las buenas noticias no se terminan aquí. Esta noche, tengo el placer de anunciar el compromiso de mi hija, Georgina Swanson, con el capitán David Chambers, cuyo nombre y honor aportarán un valor incalculable a nuestra familia. Así pues, un brindis por los novios.

Gritos, aplausos y risas la rodeaban mientras Amanda empezaba a temblar de la cabeza a los pies.

—¡Por los novios!

Se estaba mareando. Todo a su alrededor daba vueltas, como si estuviera en un carrusel. Se sintió sola, desamparada ante esa sensación, hasta que…

Un caballero se puso a su lado, y con disimulo, la asió por la cintura para que no cayera redonda al suelo.

—Saquémosla de aquí.

—Sí —era la voz de Livia, y la de…

Amanda alzó la mirada y se encontró con los ojos azules de Edward. ¿Cómo se había podido dar tanta prisa? La respuesta es que en todo momento había estado pendiente de ella.

Edward estaba furioso, apretó los dientes, su hermano era un cobarde que había permitido que su mejor amiga se llevara el mayor disgusto de su vida.

—Aguanta, Amanda —le dijo Edward sacándola de ahí—. Que nadie te vea llorar.

Amanda aguantó. Aguantó cuando David se adelantó junto a Robert, y mostró el anillo de compromiso que esa joven lucía en el dedo corazón, para que todo el mundo lo viera.

Más aplausos, la gente estaba feliz y ella… destrozada.

—Edward… —gimió, buscando sus ojos para que en verdad le confirmara que aquello no era una pesadilla, sino la realidad donde ella acababa de perder al amor de su vida.

Con la mirada fija en los recién comprometidos, vio como la belleza rubia se ruborizaba ante el casto beso que David le dio en la mejilla.

—David es un cobarde —gimió, enfadada.

Livia y Edward se miraron.

—Quería decírtelo —dijo el vizconde.

—Ya veo… —se burló, con una sonrisa que la desgarraba por dentro, sin querer mirarle siquiera—. Debes haber disfrutado viendo como tus planes salían bien.

—Amanda —dijo Livia, a lo que él le hizo un gesto como que no importaba.

Esta vez, Amanda sí lo miró. Y en sus ojos él pudo ver el dolor y la rabia de saberse traicionada.

—Lo tenías planeado —acusó, intentando que su voz no pareciera un sollozo, sin lograrlo—. Siempre has hecho lo imposible para que no estemos juntos. No te perdonaré.

—No he hecho nada semejante —debatió él, entre ofendido y dolido.

Pero no había nada que pudiera decirle para aplacar su dolor.

Amanda dio media vuelta y sin dejar de mirarle a los ojos, la ira, el dolor y todo el rencor que sentía se materializaron en una sonora bofetada.

Un silencio sepulcral reinó unos segundos hasta que la copa de lady Marianne, la anfitriona y madre de Amanda, cayó al suelo.

—¡Amanda!

Los murmullos se iniciaron, al ver que la debutante, quien iba a ser una joya reluciente entre las otras damas, se acababa de

convertir en una paria.

Había golpeado a un hombre en medio de un salón de baile. A un vizconde, ni más, ni menos.

—No has debido hacer esto. —Edward cerró los ojos.

Sería la comidilla de todo Londres antes de que amaneciera.

Capítulo 7

Amanda no había salido de la cama. No le importaba cuanto le dijera su hermano, ni cuanto la amenazara su madre. No pensaba ver la luz del Sol nunca más. Hasta había hecho oídos sordos a las suplicas de Livia de que comiera algo.

Pobre. Livia también se había llevado lo suyo, después de que su hermana Belinda apareciera para echarle en cara que, si ella no se hubiera fugado, Robert jamás hubiera sido suyo, por lo que debía estarle agradecida.

Demasiados disgustos en una sola noche, habían dejado a su madre Marianne hecha un mar de nervios. Había escuchado sus gritos hasta el amanecer. Pero Amanda solo tenía ojos para su propia desgracia.

Estaba destrozada.

La quemaba la traición.

Nunca se había sentido tan sola.

A David no le había importado lo más mínimo su dolor. Simplemente, se quedó mirando a su prometida, sin echar ni siquiera una mirada hacia ella.

Y Edward…

¡Le odiaba!

Él sabía que iba a casarse con esa mujer… Georgina, hasta su nombre evocaba a una reina. Era hermosa, con los ojos demasiado grandes, con un apellido que recordaba a grandes logros de guerra y su familia gozaba de una reputación intachable. El coronel Swanson era un hombre temido y respetado. Desde luego, si David había planeado arrimarse a su sombra para escalar militarmente, no podía menos que felicitarlo.

Se revolvió en la cama y miró hacia la ventana.

Las cortinas estaban descorridas, por orden de su hermano. Quería sacarla de esa cama, pero ella no pensaba obedecer, y mucho menos a él. Había dado el consentimiento, en su propia casa, para que David anunciara su compromiso. No contento con eso, se había guardado bien el secreto. ¿Qué pensaba evitar ocultándoselo? ¿Un escándalo?

No le había salido bien. Robert había visto con estupor como Amanda cruzaba de una bofetada la cara del vizconde. Se lo tenía

bien merecido.

Pero Robert no era alguien a quien una pudiera desafiar.

Su hermano la había obligado a bailar con Edward Chambers y a pedirle perdón.

Por supuesto, de primeras se había negado. *¡Cuando las ranas críen pelo*!, le había dicho ante su insistencia. Pero al parecer, esas ranas debían existir en algún lugar, pues esa misma noche fue arrastrada por el salón y depositada en brazos de Edward.

—No te perdonaré —le había dicho a su hermano.

Y no pensaba hacerlo.

Robert la había obligado a bailar con él, delante de todo el mundo y con la cabeza bien alta.

Aguantó con estoicismo, demostrando a todos que entre el vizconde y ella no había sucedido nada.

A lo que sí se negó Amanda fue a felicitar a David.

Ni siquiera lo miró. Ni le dirigió palabra alguna.

Aquel que un día había jurado ser su mejor amigo, estaba muerto en su corazón.

***

Pasaron dos semanas antes de que Amanda se dignara a bajar al comedor a interactuar con la familia.

Robert seguía molesto, pero eso a ella le daba igual. Él fue cómplice de todo.

—Veo que por fin te dignas a bajar.

Livia miró a su marido con severidad. Sabía el esfuerzo que había hecho Amanda para volver a la realidad. Era fuerte, pero necesitaba llorar y sacar todo el veneno que la carcomía.

Ahora que había dado el paso, todo sería más fácil, pero Livia se temía que, si Robert la presionaba, Amanda volvería a encerrarse en su caparazón.

—¿Te encuentras mejor, Amanda? —preguntó Livia tomando la mano de su cuñada y rogándole con la mirada que se sentara a su lado—. Puedo decirle a la cocinera que te prepare algo que te venga de gusto.

—Nada de eso —farfulló Robert.

—No, nada de eso —mordió Amanda, mirándolo con desprecio—. No tengo apetito. —Miró a su hermano con fijeza.

—Pero comerás.

—Ah, ¿sí? —lo retó, golpeando ambas palmas sobre la mesa —. ¿Vas a obligarme? ¿Y cómo lo harás? ¿Me meterás un embudo

por el gaznate?

Robert se levantó y tiró la servilleta sobre su plato.

—Eres una niña mimada que…

—¡Y tú un traidor!

Robert cortó en seco su discurso y la miró, contrariado. Y sorprendido, no tanto por su desfachatez, sino por sus palabras.

—¿Qué?

Amanda también se puso en pie, retándolo.

—Sabías cuales eran mis sentimientos por David. Sabías lo que me dolería recibir una noticia así. —Su voz se quebró y de nuevo las lágrimas volvieron a brotar—. Pero no te importó. Nunca te importa nada de lo que le pase a tu hermana y mucho menos a tu hermano, que se pasará media vida lejos de aquí para que no estorbe.

—¡Charles está en Eton! —le gritó, como si ella fuera tan tonta como para no entender que un muchacho de su rango necesitaba una educación cuidada.

—¡Me da igual! Nunca nos has querido cerca, y me pregunto si alguna vez nos has querido.

—Amanda… —Livia le tocó el brazo y miró suplicante a Robert. No tenía fuerzas para esa pelea.

Amanda ignoró a su cuñada y siguió enfrentándose a Robert.

—Seguro que cuando ibas a hacer el anuncio de su compromiso te divertiste destrozándome la vida.

—Amanda —Livia se llevó una mano a la frente y Robert se puso rojo de rabia.

—Sois de lo peor —Amanda lo miró furiosa—. Os odio a todos. A David, a Edward y a ti. Sobre todo, a ti, porque eres mi hermano y debiste protegerme, entenderme… ayudarme. Pero te quedarse ahí, sin decirme nada, disfrutando del espectáculo… ¡Sois todos unos cobardes!

El silencio que se dio en el comedor después de que Amanda cerrara de un portazo, solo fue interrumpido por el estallido del cristal, cuando Robert lanzó el plató medio vacío contra el papel pintado de la pared de enfrente.

Livia se marchó con el mismo silencio de un ratón en una habitación llena de gatos.

***

Como había hecho durante las últimas dos semanas, Amanda se encerró en su habitación. Lloró desconsoladamente como iba siendo habitual y, cuando se le secaron las lágrimas, se sentó tras su escritorio para escribir una larga carta, de nuevo a David, diciéndole cuan infame le parecía su comportamiento y lo mucho que se arrepentía de haber compartido su niñez con él.

¿Inmadura? Tal vez, pero la alternativa era batirse en duelo con él y eso no solucionaría nada.

¿Cómo era posible que la hubiese traicionado de esa manera? ¿Acaso no había significado nada para él? Se conocían desde niños; habían sido los mejores amigos, al menos le debía sinceridad y respeto, pero lejos de eso, la había estado evitando, y mintiendo, solo para anunciar su compromiso el día de su debut. ¿Podía imaginarse una crueldad mayor?

No… no podía. No quería creer que David, su amigo del alma, hubiese sido tan cobarde.

La pluma se quedó a una pulgada del papel y una gota de tinta cayó, ensuciándolo, mientras Amanda se distraía con unos golpes en la puerta.

Resopló y contestó con un tono seco.

Cuando la puerta se abrió y miró por encima del hombro se encontró con la delgada figura de Livia. Su mal humor menguó al verla frágil y pálida.

—¿Estás bien?

—No —confesó, dejando caer la cabeza contra el escritorio. Fue un sonido desagradable y Livia chasqueó la lengua.

—No puedes seguir así —se acercó a ella.

—Sí que puedo, tengo el corazón roto.

—Estoy segura que David no quería hacerte daño.

La cabeza rubia de Amanda se levantó de súbito y todas sus buenas intenciones de no descargar su mal humor contra Livia, murieron en el acto.

—¡No! ¡No quería! Pero a… ¡Le odio!

—¿A David?

—¡No! ¡A Edward!

—Entiendo.

—Claro que lo entiendes, eres una mujer inteligente. Todo es culpa suya —le explicó, mientras miraba al vacío y apretaba de vez en cuando los labios en una demostración de que su enfado no iba a desvanecerse en breve—. Él le ha obligado a casarse, seguro que para alejarlo de mí. Me detesta.

Livia se quedó de pie en el centro de ese dormitorio que parecía una leonera.

—Creo que exageras, y sobre todo te das más importancia de la que Edward Chambers te da.

Amanda se dio la vuelta, esta vez por completo, aunque sin levantarse de la silla. Dejó la pluma suspendida y esta goteó de nuevo sobre el papel.

—Eso es cruel —le dijo sorprendida por ser tan dura.

Livia se encogió de hombros.

—Lo siento —avanzó un paso—. Creo que ya te he dejado llorar bastante.

—¿Que me has…?

—No sería tu amiga si no te dijera lo que pienso.

Amanda parpadeó, confusa.

—¿Y eso es?

Livia carraspeó.

—Edward no es tu enemigo, solo quiere que su hermano sea feliz. Y David se ha enamorado de esa muchacha.

—¡No es cierto!

Pero ella, que lo conocía mejor que nadie, sabía que así era. Por como había mirado a Georgina Swanson, era evidente que la

amaba con locura. Y lo sabía, porque a ella jamás la había mirado así.

—Sabes que sí —le aseguró Livia.

—Por favor… —No quería escuchar nada más, pero debió de ver venir que Livia no iba a consentir que se regodeara en su desdicha.

—Te empeñas en odiar a alguien porque estás dolida, y lo entiendo. Pero no te pongas contra Edward. Él fue el único que fue a tu encuentro.

Amanda apartó la mirada.

Aún podía sentir como las manos de Edward la sujetaron con fuerza cuando iba a desmayarse.

De pronto recordó también la mirada dolida después de haberle golpeado y de pronto, sintió una leve picazón en la palma, que se apresuró a apretar con la otra mano.

—Amanda, Edward reprendió severamente a David por no contarte antes lo de su compromiso, e incluso se sorprendió de que Robert no lo supiera. Pensó que tanto David, como el coronel Swanson habrían hablado con él para pedirle permiso y hacer el anuncio.

—Robert lo sabía.

—Apenas unos minutos antes.

—No me avisó…

Livia le acarició la mejilla y se dio cuenta de que estaba húmeda por las lágrimas.

—No, no lo hizo. Y estoy de acuerdo contigo en que debió hacerlo. Pero… no creas que fue para darte una lección. Él te quiere.

Amanda agachó la cabeza y se negó a mirar a su cuñada.

Robert la quería, pero era demasiado severo y bien predispuesto siempre a pensar lo peor de ella y ponerse del lado de sus enemigos.

—Amanda —dijo finalmente Livia—. Hay cosas que no podemos cambiar, y simplemente tenemos que aceptarlas para poder avanzar.

Los ojos llorosos de Amanda buscaron los de su cuñada.

—¿Cómo tu matrimonio? —No lo dijo por ser cruel, sino todo lo contrario.

Livia abrió la boca sorprendida por el cambio de tema.

Su matrimonio con Robert no era un camino de rosas, pero… ella aún mantenía esa pequeña esperanza de que pudieran ser felices.

Amanda sabía que Livia se había casado con su hermano forzada por las circunstancias y, por si fuera poco, su propia hermana Belinda, la antigua prometida de Robert, había aparecido el día de la fiesta para echarle en cara que le agradeciera estar casada con él.

—El dolor mengua, puede que no desaparezca, pero mengua. Te lo prometo.

Amanda se levantó con un impulso y se echó en brazos de Livia.

De pronto, se sintió una egoísta. Había estado demasiada centrada en su desdicha, sin tener en cuenta que Livia, quien siempre había estado a su lado, apoyándola, también sufría.

Alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—Siento haber sido tan insensible contigo. No te he preguntado como te sentiste cuando Belinda apareció. Perdóname.

—Nada que perdonar —le acarició sus largos cabellos dorados —. Respecto a Robert… —dudó—. No puedo creer que lo vaya a defender, pero… habla con él. De verdad que daría cualquier cosa para que fueras feliz.

Amanda lo dudaba, pero… ¿qué más daba? Tampoco es que su hermano pudiera haber hecho algo para cambiar las cosas.

—Procuraré reponerme —era lo único que podía prometer, por el momento.

—Quizás si nos marchamos unas semanas para ayudar a Rose con el bebé…

—¡Oh, sí! —juntó las manos frente a su pecho y los ojos le brillaron, ilusionada.

—Podríamos cambiar de aires —asintió Livia.

—¿Rose te lo ha pedido? —preguntó Amanda, limpiándose las lágrimas, manchándose el pómulo con algo de tinta—. No quisiera ser una carga.

—Sí, me lo ha pedido —respondió Livia, limpiándole el rostro con un pañuelo—. Y no me parece tan mala idea. Se siente sola y nosotras…

Amanda asintió.

—Por mí sí, pero dudo que Robert me deje, o que mamá consienta.

Livia le acarició la mejilla con cariño.

—Deja que yo me ocupe de todo.

Amanda asintió, con la esperanza de que un cambio de aires la ayudara a sanar.

SEGUNDA PARTE

SANANDO HERIDAS

Capítulo 8

Enero 1818.

Habían pasado las Navidades y pronto empezaría una temporada para la que Amanda no estaba preparada.

Ese último año había sido vertiginoso en cuanto a duros golpes y experiencias. No solo el hecho de que David la hubiera ridiculizado al anunciar el compromiso con la señorita Swanson el día de su debut, sino otros más importantes, como el destierro de su madre en la finca que la familia poseía en el norte de Inglaterra. No estaba bien de la cabeza, sus actos hablaban por sí mismos y Robert había tomado la dura decisión de apartarla de la familia, después de que intentara matar a Livia. Tenerla cómodamente instalada en York, sería mucho menos cruel que enviarla a Beldam.

No la había vuelto a ver desde entonces y en las cartas que recibía de su madre, le dejaba claro que se estaba ahogando en un pozo de rabia y rencor. Ignoraba si esas palabras hirientes y llenas

de odio también quedaban plasmadas en las cartas que Robert debía recibir, y de ser así, si a su hermano le afectaban o simplemente había decidido ignorarlas, como juró ignorar a su madre después de que intentara envenenar a su esposa.

Para dejar atrás ese mal trago, la pareja había decidido hacer un viaje. Uno que duró más de lo previsto, pero a finales de año, después de pasar largos meses en Italia, Livia y Robert ya estaban por fin en Londres. Habían vuelto de aquella especie de luna de miel y con una noticia de lo más inesperada. Livia estaba embarazada.

Se le cayeron las lágrimas al pensar que pronto tendría en su vida a su sobrino, y que el sufrimiento de su cuñada por no quedarse embarazada se había acabado.

Pero ese no era el único embarazo que se anunció aquel año, y es que, entre sus amigos, hubo un matrimonio sonado. El capitán Hilton, valiente militar y mujeriego empedernido, se casó con nada más y nada menos que Maranta Farrell, ahora ya, lady Hilton.

¡Nadie se lo podía creer! Y si el anuncio no se hubiera hecho delante de sus ojos, la misma Amanda habría llamado mentiroso a cualquiera que le diera la noticia. Y es que… ¿cómo podían casarse cuando no se soportaban?

Juntos habían decidido refugiarse en el campo, lejos de las lenguas viperinas de Londres. Lo habían hecho alquilando una casa cerca de la suya y de la de los Knigth, lo que era motivo más que suficiente para que Amanda quisiera marcharse de Londres y regresar a la apacible Somerset.

Amanda se dijo que le quedaba mucho que aprender sobre el amor. Al fin y al cabo, su cuñada Livia y su hermano Robert, no se tuvieron simpatía alguna en sus comienzos y ahora estaban felices de esperar su primer hijo mientras se miraban con un amor profundo que había visto en pocos matrimonios.

Por si dos embarazos entre sus amigas y familiares no fueran suficientes, la siguiente en unirse al club de las mujeres en cinta, fue Rose. ¿Cómo había podido quedarse embarazada tan pronto después de dar a luz al pequeño Roger Phillip? Apenas habían pasado siete meses. Por supuesto, había hecho esa pregunta en voz alta, nada más Livia había recibido la carta de Rose y eso le había valido una regañina de su hermano por semejante impertinencia.

Hay cosas que nunca cambiaban.

Cualquiera podría pensar que ese año se había sentido sola, pero lo cierto es que no. La presencia de su prima Violet, que la había acompañado durante la ausencia de su hermano, la

reconfortó. Y aunque sus heridas no habían sanado del todo, sí que se sentía más preparada para enfrentarse al mundo.

Violet estaba casada con el Mayor James Phillip, un alto cargo del ejército, que había vuelto de Waterloo herido en una pierna. El dolor había agriado aún más su mal carácter, pero la prima Violet permaneció a su lado, al menos hasta que tuvo la excusa de abandonar el norte de Inglaterra y trasladarse a Londres, donde creía que podía ser de más ayuda cuidando a Amanda en su temporada.

Pobre Violet, se decía Amanda. Ese no era un matrimonio feliz y mucho menos bien avenido. No obstante, el Mayor consintió trasladarse a Londres una vez Livia y Robert decidieron partir de viaje a Italia. Pero si el mayor le había prometido a Robert quedarse hasta su regreso, no cumplió tal promesa. A una semana o tal vez días de su llegada, el mayor James había decidido que no aguantaba más, y que se largaba de esa ciudad. Por supuesto, Amanda no creyó en ningún momento que la ciudad tuviera la culpa de nada y sí su mala relación con su esposa. No hacían más que discutir, incluso de noche. Amanda había escuchado algunos gritos de su prima que no supo muy bien a qué atribuir.

Con su partida, la casa se quedó más tranquila, pero su prima Violet, quedó visiblemente más triste. ¿Por qué? ¿qué bien le hacía la presencia del ogro? Ninguna, Violet debería estar feliz y contenta. Pero no lo estuvo y no fue hasta que llegó Livia y Robert, días después, que recuperó su sonrisa.

Con su regreso, Amanda pensó que su hermano llenaría su día a día de actividades, pero como Amanda no deseaba quedarse en Londres y a Livia empezaba a notársele el embarazo, Robert anunció el regreso a Thornfield.

—Nos marchamos en unos días —informó, con su característico tono autoritario.

Ahora que estaban reunidos de nuevo, no veía la hora de largarse a Somerset, su verdadero hogar. Livia descansaría unos días después del largo viaje, pero la casa ya era un hervidero de doncellas atareadas y grandes baúles cargados por lacayos.

Amanda resopló, sentada en el sofá tapizado de seda, pero pronto unos golpes en la puerta la sacaron de su ensoñación.

—¿Sí?

—¿Querida? —preguntó Violet, abriendo la puerta—. ¿Te apetece dar un paseo? Hoy ha salido el sol.

¿Cómo podía decirle que no a su prima, si siempre estaba ahí para ella?

—Por supuesto, vamos. —Le sonrió, enarcando una ceja—. No son demasiados los pesados caballeros que quedan en la ciudad…

—Amanda —Violet luchó por no poner los ojos en blanco.

—… por lo que, seguramente, disfrutaremos de un paseo tranquilo y sin sobresaltos.

En otras circunstancias, Amanda se hubiera negado en redondo, pero sabía que, si ella estaba mal por David, Violet lo estaba por el cabezota de su marido, James.

Se vistieron con sus abrigos y sus guantes gruesos que las protegerían del frío invierno. El día había amanecido gris, pero se había despejado a media mañana.

Se dispusieron a pasear por Hyde Park, después de que el cochero las acompañara hacia una de las entradas, con la consigna que volviera a recogerlas en hora y media, siempre que no empezara a llover, algo que parecía poco probable.

Amanda alzó la cabeza hacia el cielo y se dejó acariciar la cara por el sol.

—Disfrutemos de este pequeño periodo de gracia —le dijo Violet—, no creo que el sol vuelva a salir hasta marzo.

—Pero a ti no te importa, ¿no? —se rio Amanda—, siendo escocesa.

Violet se encogió de hombros. Amaba la lluvia. Pero siendo una predilección tan impopular, se había guardado de decirlo en público.

Amanda volvió a cerrar los ojos mientras se agarraba al brazo de su prima. En verdad disfrutó de la sensación de los juguetones rayos solares, y de que no la regañara por pararse en medio del pequeño camino con los ojos cerrados y respirando el aroma de la mañana, y todo eso a pesar de que el lugar estaba bastante concurrido. Pero si de algo disfrutaba todavía más, era de tener a Violet a su lado. Había sido una maravillosa compañía en sus días tristes.

Estar en Londres no había sido tan malo. A pesar de detestar la ciudad, al no tener muchos recuerdos de ella y David ahí, hizo mucho más llevadero el periodo de duelo. Porque eso era lo que había pasado. Un duelo.

Amanda se había enfurecido, se había negado a aceptar aquel compromiso, había llorado y finalmente aceptado que, hiciera lo que

hiciera, no podía cambiar los sentimientos de David por su prometida, y mucho menos por ella. Puede que le tuviera cariño, pero no la amaba. Algo que sabía, a pesar de que se había negado a contestar cualquiera de sus cartas, guardadas en un cajón sin abrir, con la esperanza de que algún día, cuando no sintiera esa quemazón en su interior, pudiera leerlas sin riesgo a lanzarlas al fuego.

—Ojalá estuviéramos en Somerset —dijo Amanda, deseando que su hermano y Livia regresaran ya. De pronto cayó en la cuenta de algo—. Vas a quedarte con nosotros, ¿verdad?

Violet parpadeó y abrió la boca para responder, pero no se animó a hacerlo.

—¿Violet? —insistió Amanda, que se temía que quizás quisiera regresar con su marido—. ¿Vas a irte con ese grosero?

—¡Amanda! —exclamó su prima, parándose unos momentos, mirándola con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —se encogió de hombros, después de que ambas iniciaran el paso de nuevo—. Es un grosero.

—Es mi marido.

—Si Maranta estuviera aquí cuando te hablaba tan mal, le habría roto un paraguas en la cabeza.

Violet apretó los labios para no reírse de esa ocurrencia. No quería dar alas a la animadversión que su prima sentía por su esposo, pero en el fondo, se sentía arropada por sus palabras. Era un alivio para su corazón, tener el apoyo de sus amigas.

—James es mi marido —repitió, sin embargo, algo enfurruñada.

—Menuda ganga te tocó al…

—¡Amanda!

—Lo siento —se disculpó, arrastrando las palabras como una niña pequeña.

Siguieron caminando, pero la mente de Violet seguía dándole vueltas a las palabras de Amanda.

¿Se marcharía?

No lo había pensado.

Cuando James se fue, lo hizo enfadado y esta vez con motivos. ¿Quería verle y aclarar las cosas? Sí, le debía una explicación, aunque… ¿desde cuándo a él le interesaban sus explicaciones? Por no hablar de sus disculpas.

—Creo que esperaré a que Robert y Livia se instalen —dijo, en un tono un poco triste—. Thornfield ha permanecido cerrada muchos meses.

—Sí, te necesitaremos para gestionar tanto caos —Amanda sonrió y Violet también.

Los criados eran demasiado eficientes como para que la casa no estuviera impecable para su regreso. Robert ya debía haber avisado al servicio.

—¿Entonces…?

—Iré con vosotros a Somerset y después… ya veremos.

Eso animó a Amanda.

—Te necesitaré para la siguiente temporada. Y no falta tanto para que Robert vuelva a mandarme aquí.

Violet la miró de reojo. Sabía que, con Livia embarazada, era más que probable que su primo insistiera en que se quedara al lado de Amanda. Y ella… no quería negarse.

Por fortuna, o por desgracia, ¿qué otra cosa más importante reclamaría su presencia?, pensó Violet. No tenían hijos. No tenía por qué volver al lado de su esposo cuando estaba claro que él no la quería ahí. El dolor de su pierna había aumentado y aunque Alice, su amiga enfermera, le enseñó una nueva técnica que podía ayudar a James, ella jamás se animó a proponérselo.

Siguió pensando en su anodino futuro hasta que Amanda se paró en seco.

La mano de Violet seguía apoyada en su antebrazo, pero la paz que había visto en su rostro bajo los cálidos rayos, había desaparecido.

—Amanda, ¿qué…?

A Amanda por poco se le para el corazón, o más bien se le encendió por la rabia al ver a Edward Chambers, vizconde de Glastonbury, caminar a paso rápido con su elegante bastón en la mano.

—Sanguijuela.

El murmullo que Violet escuchó de labios de su joven prima, debió ponerla en alerta, porque enseguida respondió.

—Amanda, sé amable.

Pero ella ya no la escuchaba, lo único que quería hacer era arrancarle la cabeza al que consideraba el culpable de todos sus males.

Fue consciente del instante en que el vizconde las reconoció, su paso se volvió vacilante, pero su sonrisa, aunque al principio algo forzada, no vaciló al ver a Violet, y se mantuvo firme al posar sus ojos en Amanda.

—Buenos días —saludó Edward.

Por supuesto, se detuvo porque creyó que era lo correcto. Al fin y al cabo, Violet era la prima de uno de sus mejores amigos, y Amanda… era Amanda.

—Milord —lo saludó Violet—, qué buena mañana para pasear.

—En verdad lo es. —Edward posó sus ojos en Amanda, por si deseaba añadir algo, pero por la mirada que tenía fija en su persona, y la superficial respiración ofendida, se dijo que mejor que no lo hiciera.

—¿Cómo han estado? —Violet vaciló, sin saber si preguntarle por su hermano. Pero debía hacerlo, al fin y al cabo, lo mejor en esos casos era actuar como si nada hubiera pasado.

—Estamos bien. Mi hermano —miró a Amanda vacilante y ella se esforzó por girar su rostro hacia el gran árbol bajo cuya copa se habían cobijado—. Estamos bien, ya hay fecha para la boda.

Siguió mirando a Amanda, esperando una reacción en ella que no se produjo.

—Pues… —vaciló Violet, consciente de la incomodidad de su prima—, déjeme felicitarle por la boda de su hermano.

El vizconde se tocó el sombrero y le sonrió.

—Muchas gracias, estamos muy felices por el futuro enlace.

—Unos más que otros. —Las palabras de Amanda apenas fueron escuchadas por Violet, pero Edward fue muy consciente de lo que había dicho.

Finalmente, lo miró como si deseara que en ella viera todo lo que sentía.

Violet esperó a que se normalizara la situación, al fin y al cabo, pensaba que, en verdad, Amanda jamás estuvo enamorada de David. Solo había sido una ilusión infantil para no tener que dejar atrás la vida que conocía. Le apretó un poco más el brazo para animarla a hablar. Al ver que no lo hacía, fue ella quien preguntó.

—¿Y dice que ya hay fecha para el enlace?

—Pronto, pero David debe terminar su instrucción, aunque su futuro suegro tiene asuntos que atender en Italia el próximo año, así que esperamos que la boda se celebre antes de partir.

¡Italia! ¿Cuántas veces había hablado con David de ir a ver el Coliseo, o el Panteón…? Pero ahora él iría con otra mujer. Con su esposa.

Apretó los dientes y se le llenaron los ojos de lágrimas.

¡Maldito fuera! Lo que había hecho era una traición.

Al verla tan agitada, Edward contuvo la respiración. Se acercó un poco más y esperó a que lo mirara. Entonces habló con la voz

más dulce que jamás puso para ella.

—Al final te darás cuenta de que fue lo mejor para todos.

Violet apartó la mirada, y retrocedió un paso para fingir no escucharlos, si es que Amanda quería decirle algo para arreglar las cosas.

La mirada azul de Amanda, brillaba por las lágrimas. Apretó los dientes en señal de que no iba a decirle nada. Cuando Edward fue consciente de ello, se tocó el ala del sombrero a modo de despedida.

Se alejó unos pasos, y ella le vio darle la espalda mientras se alejaba.

No, no iba a dejar las cosas así. No después de que la tratara como a una niña estúpida, encaprichada, con la que no se podía razonar.

—¡Edward!

Hizo que se volviera.

Violet se sorprendió por el grito tanto como él.

Y entonces, con los guantes nuevos que su cuñada le había regalado para animarla, cogió una boñiga de estiércol que tenía fresca a sus pies y se la lanzó al cuello.

En verdad iba a su cara, pero falló. Aunque por supuesto, no se libró de que le salpicara la mejilla, y la comisura de la boca.

La sustancia, aún pegajosa, se estampó contra su cuello y su corbata. Luego resbaló por su pecho y las solapas de su chaqueta nueva.

Edward la miró con horror y desconcierto. Pero su espanto ni siquiera se acercó al que sintió Violet, quien se llevó ambas manos a la cara mientras no daba crédito a lo que acababa de hacer su prima.

—No, no, no, no… —murmuró Violet, totalmente en shock— ¡Dios mío! ¡Amanda! —Para su desgracia, gritó tan fuerte que atrajo toda la atención de aquellos que paseaban cerca.

Con una devastadora sonrisa en el rostro, Amanda empezó a reír tan fuerte que tuvo que doblarse en dos. Pero no se quedó mucho tiempo allí. Empezó a correr por el camino de tierra, sintiéndose muy orgullosa de su hazaña.

Y cuanto más corría, más reía y más bien consigo misma se sentía.

Esa misma tarde, todo Londres supo que Amanda Belford había perdido el juicio.

Capítulo 9

—Jamás me sentí más humillada —dijo Violet tirando los guantes sobre la mesa del recibidor.

—Espero que haya aprendido la lección —respondió Amanda todavía sonriendo, muy satisfecha.

—¡Amanda! ¿Cómo puedes hablar así? —Violet abrió la boca varias veces.

No daba crédito. Miró al mayordomo en busca de ayuda, pero este solo pudo mirar a una y a otra sin decir nada, pues no sabía lo que había ocurrido, y no sería ella quien se lo contara.

¡Menudo bochorno!

—¿Qué culpa tiene Edward de nada?

Amanda alzó el mentón.

—Sé que fue él quien…

—¡No lo fue! ¡David no te quería! Aceptarlo es madurar —la interrumpió, con cierta indignación—. Y debes hacerlo o te

convertirás en una amargada como… —¿Yo? Calló de pronto, antes de decir algo que no quería escuchar, y menos de sus propios labios.

Amanda la miró con una lástima que no deseaba mostrarle.

En ese momento, el mayordomo aprovechó para salir de escena.

—Tú no eres una amargada —dijo, mirándola a los ojos. Unos bonitos ojos que se llenaron de lágrimas—. Lo siento, Violet.

—Amanda… —gimió, llevándose una mano a la frente—. ¿No ves que… hay cosas en este mundo que no pueden ser? No podemos hacer berrinches toda la vida por ello. Hay que aceptar lo que no podemos cambiar. David se va a casar. No puedes cambiar eso, Amanda. —La miró con pesar—. Lo siento, pero miremos hacia delante. Encontremos la forma de ser felices. ¿Sí?

—¿Sin David? —sollozó—. No lo veo posible.

¿Por qué todo el mundo pensaba que era un capricho? Bueno, tal vez exageraba un poco con ese amor. Pero el deseo de casarse con él, de vivir en paz en el campo, lejos de Londres… el formar una familia. Todo eso era real.

—¿Segura?

—¿Segura de qué? —preguntó Amanda, al haber perdido el hilo de la conversación.

—¿No puedes ser feliz sin David? Yo te veo muy capaz de ser feliz saliendo a buscar lo que deseas. —Violet estaba convencida de ello—. Sé que amabas la idea de un matrimonio con tu mejor amigo, pero… ¿y si encuentras a alguien a quién amar de verdad?

Ella se encogió de hombros.

—¿Cómo Robert y Livia? —dijo, hablando de su hermano y su esposa.

—Como ellos.

—Son una *rara avis*. No se dará.

—Tal vez sí o tal vez no.

—No iré a buscar un marido a quien amar —le dijo tajante, malinterpretando sus palabas y su actitud.

—No digo que lo hagas. Digo que tal vez serás feliz más adelante con lo que la vida te ofrezca. Incluso más feliz que si estuvieras con David.

—Si lo pienso, ya jamás seré feliz con David el traidor —se quejó Amanda, avanzando hacia la escalera a paso muy lento. Pero entonces se giró hacia Violet y la miró a los ojos—. Pero entiendo qué quieres decir, así que… lo haré. De momento, me conformaré y más adelante… quizás sea feliz ¿no?

Violet asintió, conmovida porque por primera vez en mucho tiempo la veía serena y dispuesta a caminar hacia una mejora.

Cerró los ojos y resopló cuando su prima hubo desaparecido por el primer piso. Lo único que lamentaba es que ese cambio se produjera después del incidente con Edward Chambers. Cielos, todos habían presenciado lo ocurrido, eso sería el suicidio social para Amanda.

Con un chirrido la puerta del salón contiguo se abrió y la alta figura de su primo Robert la miró de arriba abajo, interrumpiendo sus pensamientos.

Violet cerró los ojos mortificada al darse cuenta que había escuchado sus exclamaciones al entrar en la casa.

—¿Qué se supone que ha hecho Amanda para que jamás te hubieras sentido tan humillada?

***

—¡Esta loca!

Edward entró en su casa londinense hecho una furia.

Tía Regina asomó la cabeza por el marco de la puerta.

—¿Quién está loca?

—¡Amanda!

Regina parpadeó, todavía con el libro abierto entre las manos y la montura de sus gafas sobre la nariz.

—¿Amanda está todavía en Londres?

—Sabes que sí.

—Bueno —se excusó ella—, las vi la semana pasada, a ella y a su prima Violet. Qué bien me cae esa mujer.

Edward se quitó la corbata y para consternación del mayordomo, la tiró al suelo junto a su chaqueta.

—¡Que me preparen un baño!

Al pasar junto a la tía Regina, esta arrugó la nariz.

—¿Por qué diablos hueles tan mal?

—Es estiércol.

—¿Te has caído sobre…?

—Tu amiga Amanda, la que te cae tan bien, me ha tirado una boñiga a la cara.

Regina contuvo una exclamación y se tapó la boca con el libro que sostenía.

—No puede ser cierto —dijo, y Edward solo pudo ver un brillo divertido en sus ojos. De seguro, estaba sonriendo.

—Lo es, y lo sabrás mañana cuando vayas a cualquier parte de la ciudad a tomar el té. Esa mocosa me arrastra de escándalo en escándalo. Estoy harto. Robert va a tener que meterla en cintura. No aguantaré…

—Ve a bañarte —le dijo muy seria, Regina—, antes de que salga algo de tu boca que no vas a poder remediar.

—No entiendo por qué te cae tan bien.

—Lo entiendes —dijo, aún más seria—, porque tú también sabes lo especial que es. Pero ha sufrido, David no debió tratarla así. Debimos advertirla.

—Ya hemos pagado suficiente por el cabeza hueca de mi hermano. ¡Que se vayan todos al infierno!

Subió los peldaños de dos en dos y tía Regina suspiró de nuevo mirando al mayordomo.

—Esto es un drama.

—Ni que lo diga, milady.

Capítulo 10

Ese enero, la familia regresó a la finca. A pesar de que Amanda debería enfrentarse a sus fantasmas, lo cierto es que volvía animada. Al menos mucho más que Livia, quien se sentía indispuesta debido al embarazo. El traqueteo incesante del carruaje no ayudó demasiado, ni tampoco las miradas de desaprobación que su hermano Robert le lanzaba después del espectáculo protagonizado en el parque.

Todos los hombres del mundo podían irse al infierno, pensó Amanda, empezando por Robert y terminando por Edward Chambers.

Lo único que la tranquilizó fue la mano amiga de Violet que permaneció a su lado durante los días de viaje hacia Somerset. Le había conseguido arrancar la promesa que se quedaría a su lado por un tiempo. Aunque no había especificado cuanto.

El último día de viaje, ya llegando a la finca, Amanda no aguantó más.

—¡Ya hemos llegado!

El entusiasmo de Amanda fue tal que Livia y Violet se miraron sin poder dejar de sonreír.

Quien no lo hacía era Robert, que alargó la mano para sujetar la falda de su hermana, al ver que había golpeado el techo para que el carruaje se detuviera.

—¿A dónde crees que vas?

Pero Amanda fue más rápida que Robert. Le guiñó el ojo al mirarle por encima del hombro y salió del carruaje dando un salto.

—Amanda —advirtió Robert, con cara de pocos amigos.

Pero antes de que él pudiera volver a alargar el brazo para ver si podía atraparla, Amanda cerró la portezuela y salió corriendo.

—¡Amanda!

La joven atravesó la cerca de madera que volvió a cerrar para que las ovejas no se escaparan. No miró atrás, a pesar de los gritos de Robert, que cesaron casi de inmediato. Y es que dentro del carruaje, Livia le había puesto una mano sobre el antebrazo a su marido y Violet intentó calmar los ánimos.

—Déjala que corra un poco. Se ha portado demasiado bien a pesar de las circunstancias —dijo Violet.

—¿Demasiado bien? —la miró su primo, incrédulo.

—Bueno, se podría haber portado mejor con el vizconde, pero de verdad que se esfuerza —lo animó—. Ha sido un mal año para ella. El compromiso de David, la enfermedad de Livia —la miró, apretándole la mano—, la ausencia de su madre.

Livia se puso tensa, pero solo asintió. Comprendía demasiado bien a todo lo que se había enfrentado Amanda, y siendo tan joven, además.

—Está bien, procuraré tener un poco más de paciencia —concedió Robert, posando sus ojos sobre la lejana figura vestida de amarillo claro, que trotaba en medio del prado hacia la Thornsfield —. Pero hazle entender que no puede comportarse así, ya no es una niña.

—No, no lo es. Ya tiene dieciocho, camino a los diecinueve.

—Vamos a casa —le dijo con voz dulce su esposa. No veía la hora de llegar.

Mañana, después de haber descansado, visitaría a Rose y desde luego a Maranta.

***

Amanda llegó a la casa dos horas después de que lo hubieran hecho los demás.

—¿Se puede saber dónde estabas? —le espetó su hermano, mucho después, cuando bajó a cenar con ellos.

—Por ahí —respondió, encogiéndose de hombros, como si desaparecer durante horas fuera lo más normal del mundo en una señorita.

No quiso añadir nada más, y ante su mal humor, Robert decidió que al menos esa noche cenarían en paz.

Amanda no quiso decirles que había visitado sus rincones favoritos, no solo los que eran propiedad de los Belford, sino también los de sus vecinos, los Chambers. Había aprovechado ahora que sabía que Edward seguía en Londres y que David permanecía con su regimiento en Brighton. Esa tarde, había trepado a sus árboles preferidos, se había mojado los pies en el estanque, corrió descalza por el camino de tierra que serpenteaba junto al arrollo, y después volvió a casa, como si los recuerdos hermosos que había compartido con su mejor amigo, le hubieran succionado toda la energía.

David le había escrito en reiteradas ocasiones, pero ella no había contestado ni una sola de sus misivas. No todas las había echado al fuego, algunas las había guardado y leído hacía poco, cuando su corazón pudo soportarlo. Eran cartas cargadas de disculpas y largas explicaciones de por qué su corazón no podía desoír lo que sentía por su prometida Georgina.

¡Púdrete, David!

Amanda podría haberlo dejado así, su silencio sería respuesta más que suficiente, pero el drama le gustaba demasiado. Había juntado las cenizas y después de ponerlas dentro de un sobre le añadió una escueta nota para enviarlas a casa de los Chambers. No envió su misiva a David. Lo hizo a Edward.

Dile al traidor de tu hermano que no me escriba más. Te devuelvo sus cartas para que se las hagas llegar y le informes de como quedarán las cartas sin leer que decida enviar a partir de ahora.

La carta que le dolía no haber quemado, fue la carta de disculpas que su hermano le obligó a escribir y que tuvo que enviar a Edward antes de marcharse.

Que se pudra él también.

La cena transcurrió en intervalos prolongados de silencio, solo rotos por la conversación de las dos damas, Livia y Violet, promovían bajo las intensas miradas que se lanzaban Amanda y Robert.

—Mañana visitaré a Rose, espero que me acompañéis —le dijo Livia a Violet, y a su cuñada.

—No debes cansarte.

—No lo haré —miró a Robert como si no aprobara que estuviera tan pendiente de ella—. Ha empezado el cuarto mes y ya me siento mucho mejor. Las náuseas han desaparecido casi por completo.

—Me alegro.

—¿Visitarás al coronel?

—Por supuesto —respondió a su esposa—. También visitaré dentro de unos días a Edward, me dijo que saldría de Londres justo después de nosotros.

Amanda apretó los labios después de dejar la cuchara en el plato. No se atrevió a mirar a su hermano, pero sí que prestó especial interés en la mantelería fina, como si esta pudiera aplacar su mal humor.

—Hable con él antes de partir.

Amanda notó la mirada de su hermano clavada en ella, y alzó la vista para darse cuenta de que así era.

—¿De veras? —preguntó en un tono demasiado complaciente como para que no fuera fingido.

—Sí, me dijo que apreciaba la disculpa que le habías escrito.

—Que bien —le respondió, burlona.

—Lo que lo desconcertó fue tu otra carta.

Amanda calló y las dos mujeres la miraron interrogantes. Livia contuvo la respiración, mientras que Violet soltó el aire que había retenido mientras cerraba los ojos, temiéndose lo peor.

—Ah, ¿sí? —fingió no saber nada del tema.

—¿Has quemado las cartas de David? —preguntó Robert, de mal humor.

Livia abrió los ojos como platos.

—¿Has quemado las cartas de David? —repitió la frase, pero la voz de Livia era de evidente sorpresa.

—¿Qué pensabais que iba a hacer con ellas, atesorarlas?

—Amanda —la amonestó su hermano—. No me gusta tu tono.

—A veces me pregunto si te gusta algo de mí.

Él no respondió y todo quedó de nuevo en silencio.

—No creo que sea un gesto de buena educación lo que has hecho. David…

—Que se pudra. Como si anunciar su compromiso el día de mi debut lo fuese.

Violet la miró con lástima y Amanda apartó la mano cuando fue a cogérsela.

—Como te gusta el drama, Amanda —le espetó Robert.

Ella se encogió de hombros, como si no le importara, pero no era así. Lo que su hermano no sabía es que nadie jamás había querido estar a su lado, solo David y ahora estaba sola. Él jamás prestó atención a una niña a quien llevaba muchos años. Al igual que Charles, que era demasiado pequeño para poder jugar con ella. Por no hablar de su madre Marianne, que no jugaba con nadie. Fue una madre fría y criticona. Se crio sola, entreteniéndose ella misma. Subiendo a los árboles, nadando a escondidas en el estanque… Solo David la quiso, y ahora…

—Si sigues tan amargada, nadie va a querer estar a tu lado.

—Robert —se quejó Violet.

—Es cierto —le dijo su primo.

—¿Y qué más da si no encuentro a nadie que no quiera estar a mi lado? Mira a Violet, su marido tampoco quiere estar a su lado y es bastante feliz aquí con nosotros.

Violet retiró la mano y Livia la miró horrorizada, al igual que el resto.

—Discúlpate ahora mismo con tu prima.

—Sí, sí —Amanda miró a Violet muy arrepentida—. Ha sonado fatal, pero lo que quería decir es que no pasa nada por quedarme sola, bueno, tú… —No sabía como continuar. Violet parecía una mujer tan independiente, tan segura de sí misma… Sí, eso quería decir—. Lo siento.

No debería haber mencionado a su esposo.

Pensó que quizás su prima hubiera entendido que había querido decir, pero no fue así. Lo supo al ver los ojos de Violet. Estaba profundamente triste, más que lo que ella había llegado a estar por David.

—Si me disculpáis. —Se levantó para irse.

—Violet, lo siento. No era mi intención… —empezó a decir Amanda, pero su prima se limitó a acariciarle el rostro.

—Lo sé, no has dicho nada malo. Ni nada que nos sea verdad, supongo.

Cuando Violet cerró la puerta, Amanda dejó claro a su hermano que iba a disculparse con ella, y que sabía que había sido muy desconsiderada.

—Lo siento. A veces… —A Amanda se le cortó la voz—. Sí que estoy amargada, y es que no soy feliz. Pensé que aquí lo sería, pero no es así. Había querido volver a casa, pero ahora pienso… si realmente esta es mi casa.

—Amanda… —La voz cargada de lástima de Livia le hizo agachar la cabeza mientras las lágrimas acudían a sus ojos.

—Estamos en casa —dijo su hermano, visiblemente incómodo por ese despliegue de sensibilidad—. Pronto todo volverá a ser como antes.

—No lo será.

No lo dijo para llevarle la contraria. Es que simplemente… no podía serlo.

Como bien le decían todos, ella ya no era una niña y… David no estaba. ¡Ni siquiera su mejor amiga Edith, estaba! Como pensara quedarse en América, tendría muy serias palabras con ella en su próxima carta. Tampoco estaba Alice, pero mañana visitarían a Rose, y quien sabe si a Maranta.

—Sí, puede que todo mejore con el tiempo —dijo Amanda, apartándose de la mesa y dando por finalizada la cena.

Capítulo 11

La intención de Amanda era ir a ver a Rose, pero una visita en casa de los Belford, esa misma mañana cambió sus planes.

—¡Alice!

Cuando el mayordomo anunció la visita de su amiga, Amanda no pudo esperar y se precipitó hacia el recibidor.

Se le inundaron los ojos de lágrimas nada más verla. Ahí estaba, hermosa, con su grueso vestido de viaje y su abrigo verde. Llevaba el pelo recogido en un moño, pero eso no hacía más que agrandar sus hermosos ojos pardos y destacar su elegante busto.

—Amanda.

La muchacha se abalanzó sobre ella y la abrazó como si fuera una tabla de salvación.

—Oh, Alice —La meció, casi haciendo que perdiera el equilibrio—. ¡Cuánto me alegro de verte!

—Yo también —respondió la enfermera, apartándose un poco para verla—. ¿Cómo has estado?

Como si examinara a uno de sus pacientes, la observó con ojo crítico. Amanda parecía haber crecido un palmo, aunque era probable que ese efecto se debiera a que estaba más estilizada y, por consiguiente, más delgada. Se preocupó porque no hubiera comido bien o lo suficiente. Tenía ligeras bolsas en los ojos, probablemente de haber llorado, o de dormir mal.

Alice apretó los labios y se guardó de hacerle cualquier comentario que pudiera entristecerla. Aunque debería saber sobre la inminente boda.

—Me miras como si estuviera enferma —se quejó Amanda.

Alice negó en silencio.

—Es solo que te veo cambiada.

—¿Sí?, ¿debo tomármelo bien, o mal?

—No te lo tomes de ninguna manera —respondió su amiga—, solo estás cambiada, hermosa como siempre, y espero que animada.

Una sombra cruzó los ojos de Amanda.

—Todo lo animada que una puede estar. —Miró por encima del hombro, como si no quisiera que terceras personas la escucharan.

No soportaría que su hermano se inmiscuyera en su conversación con Alice para decirle lo tonta que era por estar

llorando por alguien que no la amaba.

—Señorita —dijo el mayordomo, cuando sus miradas se encontraron—. ¿Sirvo té en el salón?

—No —respondió resuelta. Y sin decir más, agarró a Alice de la mano y la arrastró escaleras arriba—. Estaremos en mi habitación, quiero enseñarle mi nuevo guardarropa. Que nadie nos moleste —agregó.

Por supuesto que no quería enseñarle vestidos, solo quería tener un poco de paz y conversar con su amiga, que de seguro tendría algo interesante que contarle. Algo acerca del capitán Frederick Knigth.

Alice la siguió sonriendo, siempre le habían divertido las travesuras de Amanda.

Llegaron a su dormitorio sin aliento por haber corrido sobre la alfombra burdeos del pasillo.

—¡Que alegría! No sabes cuanto te he echado de menos. —Sin pretenderlo, la sonrisa de Amanda era de oreja a oreja.

—Debe haber sido una temporada extraña.

—Muy extraña —asintió, mientras se sentaba en la cama y daba unas palmaditas para que Alice la imitara.

Su amiga se quitó el abrigo y los guantes y se acomodó a su lado.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Amanda—. Por supuesto, quisiera saberlo todo de tu huida de casa de los Knigth.

—No fue una huida —se defendió Alice.

—¿No?

—Bueno… Me marché con prisa.

—¿Para dejar atrás a alguien en concreto?

Alice resopló y puso los ojos en blanco, entonces Amanda se rio. Volvían a ser dos muchachas hablando de la vida sin demasiadas preocupaciones, aunque el tema que habrían abierto podría considerarse muy serio.

—Me engañó.

Amanda torció la boca.

—¿Frederick?

—Menudo sinvergüenza.

Amanda se llevó una mano a la boca e intentó ocultar su risa franca.

—Lo siento.

—No te rías —la amonestó, pero Alice también sonreía—. No sabes lo tonta que me sentí. Estaba tan feliz de haber hecho algo

útil por el capitán Knigth. Pensé que todo lo que me había enseñado el doctor de Londres, había dado sus frutos, que gracias a mí, Frederick… —carraspeó, como si se sintiera incómoda por llamarlo con semejante familiaridad—, el capitán Knigth se había curado.

—¿Y no fue así?

—¡No! Seguro que me engañó desde el principio. Fingió mejoría, quizás solo para pasar el rato.

—¿Pasar el rato?

Alice se encogió de hombros y acto seguido se dejó caer de espaldas sobre la cama. Amanda se tumbó a su lado.

—¿Crees que fingió mejorar?

—Ya no sé qué creer. Pero sí que fingió estar enfermo.

—¿Cómo?

—Yo creo —empezó a decir Alice, frunciendo el ceño por la concentración, recordando los momentos vividos con Frederick—. Creo que le dolía la pierna, muchísimo, y que poco a poco fue mejorando. No creo ni siquiera que fuera por mis cuidados, sino simplemente por… el tiempo. Quizás solo necesitara eso. Pero de pronto, dejó de mejorar, le dolía cada vez más, o eso decía él. Después de unos meses fue evidente que ya no podía hacer nada por él, pero Frederick suplicó a Rose que me pidiera quedarme.

—¿Eso hizo? —le preguntó extrañada—. ¿Por qué no te lo preguntó él mismo?

—Lo hizo, y le dije que no. Que su dolencia escapaba a mis conocimientos. Si no había mejorado con todo lo que le hice, pues ya no podía hacer más.

A Amanda le entristeció escuchar la emoción en la voz de Alice.

—¿Y entonces…?

—Rose se puso a llorar, yo acepté, aunque ya sabes lo mucho que deseaba volver a Clevedon.

—Lo sé.

—Pero la gota que colmó el vaso fue cuando descubrí que me había mentido.

—¿Y cómo lo descubriste? —Amanda se moría de la curiosidad— ¿Seguro que no le dolía la pierna?

—La pierna le duele, y siempre le dolerá. Va con bastón, aunque solo es una ligera cojera. Lo cierto es que el doctor pensó que no quedaría tan bien. Lo tacha de milagro. Yo solo creo que Frederick es un cabezota de cuidado y quería recuperarse a como diera lugar.

—¿Entonces como sabes que te ocultó su mejoría?

—Porque fingía tener dolores horribles, no poder caminar, parálisis súbita… ¡Idiota!

—¿Frederick?

—¡No! Yo. Debería haberme dado cuenta. Pero no fue hasta que lo pillé hablando con el capitán Hilton, que supe que estaba fingiendo solo para retenerme ahí.

Amanda se incorporó sobre un codo y se tapó la boca con la mano, anonadada.

—¡No! —empezó a dibujar una sonrisa tras la mano.

—Síííí —respondió Alice, cerrando los ojos con fuerza—. Me sentí tan humillada. Hice las maletas ese mismo día. Estaba tan furiosa, Amanda.

—Me lo imagino.

—No me despedí de Rose, y me arrepiento. Pero es que ¿qué iba a decirle? ¿Que Frederick nos había engañado a las dos?

Amanda pensó en ello.

—¿Rose ya sabe que estuvo exagerando su dolencia?

—Yo creo que sí. Supongo que ató cabos después de que, al día siguiente de mi partida, Frederick me siguiera… quiero decir… —se calló por haber dicho el nombre de pila del capitán Hilton.

No quería que nadie supiera la relación de confianza a la que habían llegado. Pero era Amanda, ella la comprendería.

—¿Él te siguió? —abrió mucho los ojos.

—Hasta Clevedon. Se presentó en casa de mis padres…

—¡Dios! ¿Qué hizo el almirante? —preguntó, divertida—. ¿Lo hizo caminar por la tabla?

Alice puso los ojos en blanco y luego se echó a reír.

—No, nada de eso. Aunque hubiera sido divertido. Pero Frederick Knigth es muy listo, se presentó frente a mis padres con palabras de agradecimiento hacia mí, diciendo que le había salvado la vida y que estaría siempre agradecido a su familia por tener una hija tan buena en su trabajo ¡Bah! —hizo un gesto con la mano y puso cara de fastidio.

—Tu madre quedó encandilada ¿no?

—¡Sí! ¡Por el amor de Dios! No sabía que ese hombre pudiera ser tan seductor —se exasperó Alice—. Mis hermanas quedaron encantadas con él, menos...

—Deja que lo adivine: ¡Jane!

Alice se rio con ganas y Amanda con ella.

—Jane cala a las personas, y aunque Frederick es un buen hombre, sabía que tenía intenciones ocultas al llegar hasta

Clevedon.

Amanda no dejó de sonreír y con los codos apoyados sobre el colchón y las manos entrelazadas bajo la barbilla, preguntó:

—¿Intenciones ocultas? —Alzó las cejas, cómicamente.

—¡Cállate! —la empujó, provocando su risa.

Al carraspear, Alice se puso seria.

—¿Qué pasa?

Se encogió de hombros, pero finalmente contestó a Amanda.

—Me pidió matrimonio.

—¿Frederick?

Las manos de Alice volaron a su cara y ocultó tras estas las mejillas sonrosadas.

—Sí.

—¡Alice! ¿Y qué le has dicho?

—Decirle, no le he dicho nada. Simplemente… hui.

Amanda boqueó como un pez. No daba crédito a lo que estaba escuchando. Se incorporó, saltando sobre sus rodillas y la cama meció el cuerpo de Alice.

—Cuéntamelo todo.

—No hay más que contar. Me acosaba en el hospital militar. El doctor George… —ella se sonrojó—, pobre hombre. Frederick lo odia

y no lo oculta, se cree que hay algo entre nosotros.

—Y eso no es cierto, ¿verdad?

—No hay nada entre nosotros —dijo como si no pensara hablar del tema—. Pero Frederick decidió quedarse en Clevedon. Nos visita a diario. Mi madre lo trata con amabilidad y mi padre… ¡Dios! Parece que le cae bien, ¿por qué le cae bien?

—Estoy segura que ha aprendido un montón de cosas sobre barcos solo para tener algo que hablar con el almirante.

—Por supuesto. —Alice respiró profundamente y luego soltó el aire, entrelazando las manos sobre su estómago. Miró al techo unos segundos—. Así que me he ido. Recibimos carta de Alana. La tía está realmente enferma, no creemos que termine el invierno y como yo soy la más indicada para ocuparme de ella, me voy al norte. Al pasar por el pueblo supe que habíais llegado y pensé en detenerme a saludar.

—¿Vas a Nottingham?

—Sí, mi tía me ha enviado su carruaje. ¿Te imaginas? Debe verse en las puertas del cielo.

—O del infierno.

—Oh, Amanda.

—Lo siento.

—No es tan mala —sonrió Alice—. De hecho, no sabría decirte como es, ya sabes que su Anderson favorita es Alana, que es quien la ha visitado año tras año. A mamá no le pareció mal, y a papá… Bueno, él dice que Alana necesitaba esos viajes. No sabía a qué se refería hasta que me confesó que iba a casarse con William.

—¿Con el hermano de Daemon Sinclair?

—Con ese mismo.

Amanda no salía de su sorpresa.

—Pero…

—No preguntes, no sé nada más. De momento es un secreto, y te lo cuento porque sé que lo guardarás.

—Por supuesto —dijo Amanda, que asintió completamente en serio—. Lo juro.

—¿Y tienes que marcharte hoy?

—Sí. Antes de que Frederick se dé cuenta de que no estoy en casa.

—Ya debe saberlo.

—Bueno, pero hice prometer a mi padre que no le diría donde estoy. Al parecer. él es de la opinión que, si le intereso, me buscará. Yo soy de la opinión de que le intereso y debo evitar que me encuentre.

—Así que le dijiste que no a su propuesta de matrimonio.

—Algo así.

Amanda conocía a Alice, y supo que su amiga no iba a contarle nada más.

—Y ahora —dijo Alice—, hablemos de ti.

—No hay nada que contar —se volvió a recostar contra el colchón y ambas amigas miraron al techo.

—¿No? —Sonrió Alice, mirándola de reojo— ¿Ni siquiera me hablarás del incidente con la boñiga de caballo?

Ahora quien se llevó ambas manos a la cara, fue Amanda. Pero esta, lejos de consternarse, se echó a reír.

Capítulo 12

Pasaron casi una hora en el dormitorio de Amanda, antes de que Livia fuera a buscarla para ir de visita a casa de los Knigth.

—¡Alice!

Las dos mujeres de abrazaron.

—¿Cómo has estado? —le preguntó a Livia—, ya me ha dado Amanda la buena noticia.

Livia asintió con una sonrisa soñadora y se acarició el vientre.

—Muy bien, la verdad. No veo la hora de ver a Maranta y a Rose para contárselo —miró a Amanda—. No sabía que estabas aquí, ahora venía a buscarla para hacer una visita. Rose nos espera.

—Yo solo me he parado de camino a Bristol —dijo Alice—. Desde ahí partiré hacia Nottingham. Mi tía no se encuentra bien y mi hermana Alana prefiere no estar sola.

—Es muy acertado que vayas tú —indicó Livia, sabiendo que era una gran enfermera.

—Supongo que sí —asintió—. Mis padres se reunirán con nosotros en verano, también quieren visitar a la tía, por supuesto.

—¿Estarás tanto tiempo ahí? —preguntó Amanda, mortificada. Edith estaba en Estados Unidos, y si ahora no podía ver a Alice hasta pasado el verano, iba a aburrirse mucho.

—Creo que estaremos ahí todo el verano.

—Eso es mucho tiempo —suspiró Amanda, desanimada—. ¿Qué haré sin vosotras?

—Recuerda que tienes una temporada en ciernes —le recordó Livia—. Dudo que Robert te permita quedarte en Somerset tanto tiempo.

—Dudo que Robert quiera escoltar a su hermana en una temporada infernal y dejarte aquí sola. Y si vas a decir que ha pedido al mayor James que vuelva a acompañarnos, le deseo suerte. No lo hará.

Livia hizo una mueca, a Amanda no le faltaba razón. Aunque ella sospechaba que a su esposo se le ocurriría algo.

Media hora después, Alice se despedía de sus amigas y de Robert, que parecía muy contento de verla. Alice había influenciado

mucho en la curación de Frederick y al ser amigo de la familia, Robert parecía tomarse ese favor como algo personal.

—Espero verla pronto, señorita Alice.

—Quizás después del verano —le sonrió cuando el caballero la ayudó a subir al carruaje—. Mis padres vendrán a Nottingham y no creo que regresemos antes de septiembre.

—Por favor, cuando le escriba a su padre, no olvide comentar que deben pararse a visitarnos. Me alegrará mucho verle.

—Por descontado.

Robert se despidió con una inclinación de cabeza. Cuando cerró la portezuela, Amanda, Livia y Violet la despidieron agitando la mano. Ya se habían abrazado antes, despidiéndose sentidamente. La más afectada por su partida fue Amanda, pero pensó que la visita a los Knigth la ayudaría a mejorar su ánimo.

No se había perdido de vista el carruaje de Alice, cuando apareció el suyo para emprender el viaje.

En poco más de una hora se plantarían en la Rosewood House, donde ya los esperaban.

—La señorita Alice podría haberse detenido en casa de los Knigth —dijo Robert—, estoy seguro de que a Rose le hubiera encantado verla.

—Y quien no es Rose, también —se rio Violet.

Las demás mujeres rieron, como si fuera una broma que solo entendieran ellas.

Robert frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices?

—Por Frederick —respondió Livia.

—Sí, bueno… —Robert parecía desconcertado—. Por supuesto, le alivió mucho el dolor de su pierna, debe estarle muy agradecido.

—Sí —sonrió Amanda—, pero me temo que Frederick no está en casa.

—¿No? —se sorprendió su hermano.

—No, cuando Alice huyó de él, lo dejó con sus padres en Clevedon.

—¿Qué Alice huyó de…?

Livia miró a Amanda reprendiéndola, como si le aconsejara no revelar secretos a los hombres, aunque ese fuera de la familia.

—Bueno, pronto no será ningún secreto que Frederick Knigth está enamorado de Alice, ni tampoco lo será que tiene muy pocas probabilidades de cazarla.

—Amanda —Violet le tocó el brazo con el dedo meñique para que callara.

Aunque Robert estaba desconcertado, no habló. Se quedó paseando la mirada entre una dama y otra hasta que poco después llegaron a casa de los Knigth.

—Suerte que hemos llegado, creo que necesito alguna que otra conversación masculina sobre caballos y armas para volver en mí.

Livia sonrió.

Ella también necesitaba una bonita conversación con sus amigas.

—¡Maranta está ahí! —El grito de Amanda hizo que Livia mirara por la ventana y que Violet también intentara asomarse.

—Será una gran tarde —sonrió Violet cuando el carruaje se detuvo.

***

El sol lucía espléndido, besando con sus cálidos rayos los campos de Somerset, aunque al llegar a Rosewood House, las nubes lo taparon momentáneamente. Sin embargo, al descender del carruaje ayudadas por Robert, la sonrisa de Rose las iluminó.

—¡Rose! ¡Maranta!

Amanda soltó rápidamente la mano de su hermano y caminó hacia sus amigas mientras Livia y Violet la seguían a escasa distancia.

—Qué alegría que estéis aquí —Les dijo Rose.

Amanda se lanzó en brazos da ambas, Maranta la abrazó con más fuerza.

—Hola —la saludó entre risas—. ¿Cómo has estado?

La aludida hizo una mueca, pero luego sonrió.

—¿Habéis tenido buen viaje? —preguntó Rose a Livia.

—Oh, sí, apenas había baches.

Rose sabía cuan incómodo podía ser un viaje en coche estando en los primeros meses de embarazo. Miró con cariño a Livia y la tomó de las manos.

—Ya se empieza a notar, querida. ¿Cómo te sientes?

—Bastante bien, a pesar de las náuseas matutinas, pero, sobre todo, nos sentimos muy felices —dijo, dedicándole una mirada

de afecto a su esposo, quien se adelantó para saludar a Rose.

—Un bebé siempre es una alegría —Quien habló fue Maranta, dijo una mano se acariciaba el vientre.

Amanda aprovechó para abrazarla de nuevo.

—¿Cuánto falta para que nazcan los bebés? —dijo, mirando también a Livia.

—Aún hay que esperar un poco —dijo Rose mirándose el vientre que apenas abultaba—, ¿Qué tal si nos ponemos al día en el saloncito azul? Pediré al mayordomo que nos traiga un refrigerio mientras los lacayos suben el equipaje a vuestras habitaciones.

—Si me dispensáis, yo iré con tu esposo —le anunció a la anfitriona—, y hablaremos de cosas de hombres —lo dijo con una sonrisa, que no desapareció cuando besó con dulzura a su esposa.

Una vez acomodadas, las cuatro mujeres se pusieron al día. Livia estaba radiante de felicidad, su sonrisa era tan amplia que le dolían las mejillas. Maranta, que siempre creyó que no llegaría a ser madre, lucía un especial brillo en la mirada. Rose les dio algunos consejos para sobrellevar los primeros meses de embarazo.

—Anthony se ha quedado en casa, con Cristopher, tenía algo de fiebre, me ha prometido que cuando se recuperen vendrán a pasar unos días.

—Ahora que estás tan cerca, nos veremos más —dijo Amanda.

Rose se inclinó hacia Maranta.

—Ha sido una bendición que compraran una casa tan cerca, pero con el embarazo es mejor que no tomen tanto el carruaje, celebro que se queden unos días.

—En casos como este, un poco de energía femenina siempre viene bien —dijo Livia, acariciándose el vientre— y el campo siempre es un buen lugar.

—Disfrutemos de ello —dijo Rose—, porque me esperan unos días estresantes, ya que debemos asistir a la boda del pequeño de los Chambers y la modista aún no ha acabado con los arreglos de mi vestido.

Hubo un momento de miradas incómodo, tras el inocente comentario de Rose.

Amanda sintió como su pecho se encogía por unos instantes, pero la mirada de su prima Violet, la apaciguó.

—¿Y cuándo es la boda?

—Oh —Rose la miró y su sonrisa se congeló en la cara. Se sintió muy desconsiderada—. El miércoles —tragó saliva—, el miércoles que viene, querida.

Amanda asintió con una cara que intentaba ocultar sus pensamientos sin apenas conseguirlo. Miró a Livia y esta bajó la mirada. Sabía que no se lo había dicho porque ella le hizo jurar que jamás hablarían de él. No podía reprocharle nada.

Violet carraspeó, dispuesta a salvar la situación.

—Por cierto —apuntó esta, cambiando de tema—, ¿ya ha regresado Frederick?

—Ayer nos hizo llegar una nota diciendo que vendría pronto. No ha dado detalles, pero creo que pronto anunciará algo.

Por la sonrisa de Rose y los ojos brillantes llenos de esperanza, Amanda supuso que no sabía que la propuesta de matrimonio hecha a Alice había sido rechazada. Lo lamentaba, porque creía que realmente el capitán Knigth era un buen partido, pero si lo pensaba bien… no es que estuviera todo perdido.

Lo que sí estaba perdida era su historia con David, y era mejor así.

Entró el mayordomo para retirar los vasos vacíos de limonada y para ofrecerles algo más. Las damas habían quedado satisfechas y

el hombre se retiró mientras todas guardaban un incómodo silencio.

—¿Te encuentras bien, Amanda? —se atrevió a preguntar, Alice, ante la atenta mirada de las demás mujeres.

Ella se encogió de hombros.

—Por supuesto.

Pero no lo estaba y sus amigas sabían por qué.

—Todo pasará Amanda.

La aludida asintió.

—Lo sé, y no creáis que me importa en absoluto lo que haga ese hombre —miró hacia la ventana sin sonreír.

Todas entendieron que lo que había dicho no era cierto.

Capítulo 13

Amanda cerró los ojos y esperó a que repicaran las campanas.

Había salido temprano a cabalgar esa mañana. Por supuesto, Robert como amigo del vizconde, debía asistir a la ceremonia, Livia como su esposa, también.

Pero ella… a ella se la dispensó el hacerlo.

Aun así, David había tenido la desfachatez de enviarle una invitación para la boda.

Una boda que debería haber sido la suya.

Agarró al caballo del morral y con suavidad lo guio hasta detenerse bajo el frondoso árbol, cerca del cementerio. Desde allí pudo ver el murete que delimitaba el camposanto y lo que era el terreno de la capilla. La campana seguía repicando mientras los últimos invitados se disponían a entrar en la iglesia de la familia Chambers.

Amanda no podía tomarse mal que hubiera decidido casarse allí, al fin y al cabo, era la finca de la familia. Habían decidido hacer una boda íntima y aunque en principio el coronel Swanson se había opuesto, luego pensó que era lo mejor. Ya habría tiempo de presentar a David como su yerno a la alta sociedad. De momento, el coronel se había asegurado de emparentar con un noble, el hermano de un vizconde, nada menos. Como también se había asegurado de casar a Georgina con un muchacho que tenía grandes vínculos con la cúpula militar. Era íntimo del capitán Hilton y del capitán Knigth, este último hermano del coronel Lyonel Knigth.

Amanda suponía que esa boda era todo lo que los Swanson y los Chambers podrían desear. Por motivos bien distintos.

David estaba enamorado, y Edward, al fin se quedaría tranquilo al cerciorarse de que ella no podría entrar en su familia.

Los ojos de Amanda se llenaron de lágrimas, pero no parpadeó, se limitó a atar al caballo en una rama baja y susurrarle:

—Espera aquí, Zeus. Enseguida estoy de vuelta.

Sus pies, parecieron cobrar vida sin que su mente estuviera puesta en el esfuerzo de caminar sobre la hierba. Siguió el muro bajo hasta encontrar los postes de madera con tejadillo que daban paso al camino serpenteante por el que se accedía a la pequeña

iglesia. Construida en piedra local, también tenía su tejado de piedra. Aunque no era de un tamaño considerable, sí que tenía una nave central y dos pequeñas laterales. A Amanda siempre le había gustado esconderse tras sus robustas columnas cuando era niña y David tenía que buscarla.

Tragó saliva cuando sus pies se detuvieron junto al pequeño pórtico.

Respiró hondo y de entre las ventanas y la puerta cerrada se filtró la voz del párroco.

Empujó con delicadeza la puerta y esta se abrió sin hacer ruido. Todos los asistentes permanecían en silencio, y cuando Amanda cerró la puerta con el mismo sigilo con que la había abierto, se apresuró a esconder su rostro bajo el sombrero y se encaminó hacia la parte trasera. Ahí se quedó, escondida detrás de una columna octogonal.

Allí no había nadie, por lo que pudo asomarse sin ser vista. Apoyó una mano en el banco de madera, donde sobresalía el adorno en forma de amapola.

Tragó saliva cuando su mirada se centró en el otro extremo de la nave, donde los novios tenían sus manos entrelazadas.

La novia estaba preciosa, con un vestido de encaje amarillo y un fino velo bajo una corona de flores, el cual David apartó con delicadeza.

Él… lucía tan elegante, tan apuesto, y estaba tan feliz. Los ojos se posaban en Georgina con una expresión que jamás le había dedicado a ella.

Amanda empezó a temblar y dos gruesas lágrimas que se esforzó en enjugar escaparon, rebeldes, de sus párpados.

No, no era cierto que David fuera un capricho, en verdad ella lo quería mucho, porque sino, no dolería tanto.

Y le dolía.

Cerró los ojos y se sentó en el banco de madera, con la cabeza gacha, escuchando las palabras del sacerdote. Después le pitaron los oídos al oír el sí quiero, no de uno, sino de ambos contrayentes. Georgina Swanson lo dijo con cierta impaciencia, o eso le pareció a Amanda, mientras que David con solemnidad.

Entró en pánico al ver que la ceremonia terminaba.

Se secó las lágrimas, tragó saliva y se puso en pie de inmediato. ¿Y si la encontraban ahí? ¿Y si su hermano se daba cuenta de su presencia?

Se le encendieron las mejillas y mientras la gente aplaudía, ella huyó.

Si alguien la vio escabullirse, Amanda no lo supo.

Corrió por la hierba húmeda del cementerio hasta que encontró la cancela más alejada. Tuvo que subir la pequeña colina hasta encontrarse de nuevo junto a Zeus, su caballo.

—Ha sido una mala idea —le dijo, con lágrimas en los ojos.

Pero mientras daba rienda suelta a sus emociones y lloraba sonoramente, sabiendo que nadie la iba a escuchar, se abrazó al cuello del caballo, que cabeceó, como si le estuviera dando consuelo.

Se calmó poco después y fijó su mirada en la pequeña entrada de la iglesia.

Los invitados se habían reunido allí para despedirse de los novios. Los niños corrían con cintas blancas y azules, y pequeños instrumentos que hacían ruido y envolvían al gentío. Vio a su hermano junto a Livia, ambos parecían felices y a su corazón le dolió lo que para ella, era una pequeña traición.

Justo cuando Amanda pensó que ya nadie más saldría de la iglesia, a parte de los novios, lo hizo Edward.

Su corazón empezó a latir con fuerza al ver como el vizconde aceptaba las felicitaciones de amigos y conocidos, y se puso a un lago, ahora sí, para ver salir a su hermano.

Por un instante, Amanda pensó que la había visto, que en la lejanía sus ojos se clavaron en los de ella, quizás con una chispa altiva. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y cuando pensó que ya no podía doler más, aparecieron.

Georgina Swanson, ahora la señora Georgina Chambers era una joven hermosa, de cabello castaño dorado, con unas facciones delicadas. Su cara redonda le recordaba a un querubín, pero sus labios carnosos y ojos claros, le decían que en nada se parecía a un angelito. Era una mujer, una mujer hermosa que se había casado con su David.

Su David.

Se burló de sí misma, aunque doliera.

David jamás sería suyo, de hecho, jamás lo fue.

Apretó los dientes y su cabeza se alzó para ver lo que tantos años había deseado y otra había conseguido en apenas unos meses. Los observó subir al cabriolé y cerrar las dos puertas que le quedaban a la altura de las rodillas antes de que la novia pudiera acomodar bien su hermoso vestido amarillo. Una corona de flores le

daba un toque angelical y su sonrisa pareció embelesar a David antes de que este le diera un beso en la mejilla.

Lanzó monedas al aire como era tradición y los niños se precipitaron a cogerlas a ambos lados del carruaje, dejando la parte delantera despejada para que pudieran emprender la marcha.

Los caballos de pusieron a trote de paseo y desde donde estaba Amanda pudo escuchar las risas de la pareja y todos los que se quedaron detrás.

Hubo un instante, mientras el cabriolé pasaba junto a la loma donde ella estaba, que los ojos de David parecieron divisarla. La sonrisa se congeló en el rostro masculino y ella no pudo hacer nada, ni moverse, ni respirar. Una lágrima se derramó por su mejilla, esa fue la única pista de que no se trataba de una estatua.

David no se detuvo, y Amanda no se marchó.

Se quedó allí, junto a Zeus, mucho tiempo después de que los invitados se dispersaran.

No vio si su hermano o Livia habían marchado, tampoco vio al párroco desaparecer por el interior de la iglesia, simplemente, al parpadear, se encontraba sola, en silencio y con el sol del mediodía sobre su cabeza.

Tragó saliva y se volvió lentamente para montar y marcharse del solitario lugar.

Fue entonces cuando lo vio.

—Edward.

Él la miró, pero no con soberbia, ni con cara de triunfo. La miró con una tristeza profunda que no hizo más que desconcertarla.

¿Por qué estaba triste si había conseguido lo que quería?

—Te he visto antes, en la iglesia.

La esperanza de que nadie se hubiera dado cuenta de su presencia, se esfumó.

—Esperaba no haberme hecho notar —dijo, apartando la mirada de él, y tomando las riendas de su caballo.

—Nadie más lo ha hecho.

Bien, algo era, algo.

—Si me disculpas…

Por un instante, Edward se quedó quieto, sin saber qué decir, hasta que su corazón eligió por él.

Dio un paso hacia delante y Amanda se quedó mirando sus pies, seguía sin comprender por qué le hablaba, cuando era evidente que ya no había nada que decir.

—¿Cómo estás? —le preguntó Edward, con un carraspeo, antes de que ella pudiera marcharse.

Se volvió muy seria.

—¿Quieres que te diga que bien, para que no te sientas culpable?

Lo vio apretar los labios.

—Amanda, yo…

—Dejémoslo —interrumpió, dejándolo con la palabra en la boca—. Has ganado, no hace falta que sientas compasión por mí. Ni tampoco que te regodees. Sé generoso, ya que has conseguido lo que querías y deja que me marche sin regalarme el reproche que te está bailando en la lengua.

De pronto, su voz sonó enfadada.

—¿Por qué siempre te empeñas en pensar lo peor de mí?

—Quizás porque jamás me has deseado nada bueno.

Él boqueó, ofendido y con sorpresa. No se esperaba aquellas palabras. Totalmente inciertas, desde luego.

—¿Cómo puedes decir eso?

Ella dejó de tirar de Zeus y lo encaró.

—Porque es la verdad —respondió tajante, y antes de que Edward pudiera rebatirlo, lo cortó nuevamente—. Ya no importa. Se

acabó el juego. Has ganado.

—Yo… esto jamás fue una competición. Yo no he ganado nada.

—Sí, lo has hecho. Has ganado el no tener que volver a verme nunca. Y yo… —negó con la cabeza, para dar más énfasis a sus palabras—. Yo no quiero volver a saber nada de vosotros. Por lo que a mí respecta, los Chambers no existís.

—Amanda, eso es una niñería.

Pero se quedó callado al ver el profundo dolor en sus ojos. Actuase o no de forma pueril, ese dolor era real y Edward tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no alargar los brazos y consolarla.

—Amanda…

Fue inútil que la llamara.

Amanda montó a su caballo blanco al que hizo girar sobre sí mismo y clavó ligeramente los talones en los flancos del animal hasta ponerlo al trote.

No se despidió de Edward. No se lo merecía.

Se lanzó al galope, colina abajo, hasta encontrar el camino de vuelta a Thornfeld.

Cuando empezó a llover, se alegró de que nadie pudiera distinguir las lágrimas en su rostro mojado.

Capítulo 14

Amanda pasó las siguientes dos semanas en cama, aunque no fue a causa de su tristeza por la boda de David, más bien por el resfriado que le había provocado galopar bajo la lluvia. Aun así, mentiría si no dijera que, al recordar su partida, alguna que otra lágrima humedecía sus ojos.

Sí tuvo una imagen recurrente, que cada vez que aparecía, se esforzaba en borrar: los ojos de Edward y su expresión de sorpresa y preocupación el día de la boda, antes de volver grupas y bajar aquella colina. Sin entender por qué, sus ojos ese día le parecieron más azules que el cielo en verano.

Por fin, dos semanas después se levantó para comer con su familia. Su sorpresa fue mayúscula al encontrarlos hablando de ella, aunque no supiera bien por qué se sorprendía.

—No te marches —le suplicaba Livia a Violet—, Amanda te necesita. Me avergüenzo de no poder estar pendiente de ella tanto como quisiera.

—No puedes estar con una mujer enferma en tu estado —la reprendió Robert.

Amanda se dio cuenta que su cuñada había querido cuidarla mientras tenía fiebre.

—No digo eso, es que…

Violet los miró con pesar.

—Creo que debo volver al norte, yo…

—Podrías llevártela.

—¡Robert! —Livia se escandalizó, como si su marido buscara librarse de su hermana.

—¿Qué? No he dicho nada malo —la miró como si no entendiera su actitud—. Podría distraerse…

Livia no parecía muy convencida.

—Se lo propondré.

—¿Proponerme qué? —preguntó Amanda, alzando una ceja.

Aún parada bajo el marco de la puerta del comedor, fue incapaz de quedarse callada por más tiempo.

Su hermano se reclinó en la silla y apartó la mirada, como si no quisiera tener nada que ver con ello, aunque su hermana ya había escuchado que la idea era suya.

—¿Querrías viajar conmigo al norte? —le sonrió Violet, a quien por momentos le iba pareciendo mejor idea—. Podríamos hacer algunas paradas para ver los lagos, y hay algunas abadías de lo más hermosas.

Amanda alzó una ceja.

—¿Abadías?

Violet hizo un gesto con la mano.

—Hay algunas tabernas con una comida…

Comida, muy bien, ya iba gustándole más el cúmulo de motivos por el que debía aceptar esa escapada. Otro, por supuesto, era la forma en que la miraba su hermano Robert. Sí, podría librarse para siempre de esa mirada y no la echaría nada de menos.

—¿Qué? —preguntó él, como si la sola mirada de Amanda lo ofendiera.

—Nada —le espetó—, ¿podrás sobrevivir sin mí una temporada?

Un gruñido fue su única respuesta.

—Yo diría que sí —se burló Violet.

—No puedo negar que me gustaría alejarme un poco de todo. Pero empieza febrero y…

—¿No querías librarte de la temporada? Pues aquí tienes tu ocasión.

Y tú la tuya de librarte de la hermana que no soportas.

—Eso es muy cierto —le dijo sosteniéndole la mirada.

Por un momento nadie más habló, Livia los miraba con cierta lástima y Violet abrió la boca para, seguramente, hacerla sentir mejor. Pero no había mucho que discutir. Por librarse de ella y mandarla al norte, seguramente a Nottingham, su hermano la libraba de la tortura de la temporada. Aunque no se engañaba que sus suplicas hubieran surtido efecto, Robert lo hacía porque él mismo no quería ir a Londres a vigilarla, estando Livia embarazada.

Bendito fuera su sobrino no nato.

—Amanda, yo… —empezó a decir Violet, pero Amanda la miró con cariño.

Se sentó a su lado y tomó su mano.

—No te esfuerces. Voy contigo.

No iba a dejarla decir que echaba de menos a su marido James, aunque era poco probable que lo hiciera. Violet siempre había sido una dama orgullosa. Aunque haberse alejado de él ya hacía dos meses, y en unos términos nada amistosos, la impulsaban sin lugar a dudas a ir en su busca.

—Iremos a Escocia.

—¿A Escocia? —Vaya, su hermano sí que quería librarse de ella.

Violet asintió, ajena a sus pensamientos.

—Pasaremos por Nottingham y visitaremos a Alice, y quizás… —las palabras murieron en sus labios y vio como el semblante de todos se ensombrecía.

—Quizás visitemos a mamá.

Sí, quizás podrían visitar a la loca mujer que había intentado acabar con la vida de Livia.

Carraspeó, e intentó volver a fingir un entusiasmo que apenas sentía.

—Iré contigo, Violet.

Su prima la abrazó y Robert asintió.

—Ordenaré a un par de lacayos que vayan con vosotras.

—No será… —necesario, intentó decir Violet, pero la fija mirada de Robert no la dejó más que asentir—. Nos vamos de viaje. Con lacayos —aseguró Violet.

—Bien.

Amanda no dijo nada más y la comida trascurrió en una relativa calma.

***

La semana siguiente, no hubo lágrimas, ni despedidas mientras preparaban su viaje. Amanda se tranquilizó al darle la impresión que a su prima Violet le agradaba la idea de que marcharan juntas, y no se sintiera obligada por el ogro de Robert, quien podía ser muy exigente en sus peticiones.

—¿De verdad no te molesta que hagamos este viaje juntas? —preguntó, sacando un abrigo del ropero, con un hermoso cuello de piel de armiño.

—Por supuesto que no.

Violet no quería decirle el motivo, pero sospechaba que, si la situación con su esposo se volvía insoportable, Amanda sería la excusa perfecta para huir.

—Bien —se relajó, cerrando el baúl con sus pertenencias—. Yo creo que ya está. Partiremos mañana por la mañana sin contratiempo.

Violet asintió y no hablaron mucho más de todo lo que tenían planeado para las futuras semanas.

Como bien había ordenado Robert, el cochero, junto a dos lacayos, y Amanda suponía que uno de ellos armado, las acompañarían durante todo el camino hasta la finca de los Phillips, al norte de Nottingham.

No hubo lágrimas, pero sí que Livia las abrazó con afecto.

—Escribidme, por favor —suplicó, besando la mejilla de Amanda. Antes de separarse la abrazó de nuevo—. Ya verás que cuando vueltas serás una mujer nueva. Escocia puede cambiar a una muchacha.

Amanda supuso que lo decía por experiencia, pues su cuñada había viajado allí cuando no tenía muy clara la relación con su esposo Robert. El viaje los unió, y ella aseguraba haber vuelto más madura, conociéndose más a sí misma.

Ojalá a ella también le pasara lo mismo.

Amanda miró a Robert y él dio un paso hacia ella. La joven dio otro, pero no se acercaron más. No hubo abrazo, sino solo un leve asentimiento por parte de su hermano y unas advertencias que la exasperaron.

—Procuraré no ser pesada con James, si él no lo es con Violet —le contestó, dándole la espalda y subiendo al carruaje.

Violet no se tomó a mal el comentario. Su primo y James eran muy buenos amigos, era normal que no vieran al Mayor, como lo veía ella. Ni qué decir de Amanda.

La joven fruncía el ceño por el mal carácter James. *¿Cómo es posible que Violet lo aguante?,* solía preguntarse.

—Que tengáis buen viaje —les deseó la pareja cuando Violet sacó la mano por la ventanilla y se despidió.

No se dieron cuenta y ya habían salido de la propiedad.

El viaje fue mucho más a menos de lo que Amanda había supuesto y es que Violet sacó un pequeño bolso de tela y de él…

—¡Libros! —exclamó Amanda.

Violet la miró con picardía.

—Sí, de los que tu hermano no aprobaría.

Amanda los ojeó con entusiasmo y durante esas largas jornadas de viaje, los estuvo leyendo con avidez.

—¿Los tenías escondidos? —se animó a preguntar Amanda.

—No, se los di a Livia en su viaje a Escocia. Ella los escondió para devolvérmelos.

Amanda sonrió, burlona.

Robert no los había visto, seguro. O de haberlo hecho le hubiera encantado ver su cara de horror y desaprobación.

Pasaron las noches en posadas tan respetables como excelentes fueron sus viandas.

Los lacayos, cumplían sus funciones de siempre, pero aparte, también las observaban de cerca, dispuestos a intervenir si había alguien que se pasaba de la raya con las dos damas.

No hubo necesidad de eso.

El paisaje fue cambiando al pasar por la región de los lagos y en verdad Amanda disfrutó no solo de correr por el campo, sino también de subirse a los centenarios árboles mientras Violet negaba con la cabeza y sonreía magnánima. No obstante, el ánimo se volvió más sombrío a medida que se acercaban a la casa de los Phillips.

Desde la gran avenida flanqueada por enormes árboles, Amanda pudo ver el caserón del mayor James Phillips. Abrió la boca sorprendida por su majestuosidad.

—Tu marido es muy rico —parpadeó, sorprendida.

—Eso son las caballerizas.

—¿Qué? —jadeó, abriendo mucho los ojos.

Sabía que al mayor le encantaban los caballos, tanto como a su hermano o al coronel Knigth, pero no sabía que tuviera unos

establos tan enormes.

—Así que lo que más le gusta en el mundo son los caballos.

—Y atormentarme —susurró Violet, pero lo dijo tan bajito que Amanda no estuvo segura de si había hablado.

Nada más detenerse el carruaje, los ojos de Violet se elevaron hasta la barandilla de piedra. Ahí, en el piso superior al cual se accedía por dos escaleras laterales, estaba su esposo, observándola.

Violet respiró hondo por la nariz y soltó el aire muy despacio. No pudo apartar la mirada de James. Era alto y apuesto. Su cuerpo era imponente, siempre lo había sido. Sus mejillas se sonrosaron al recordar qué había bajo la sobriedad de ese traje. Piel bronceada y puro músculo. Salivó al recordar las crestas duras de sus abdominales, su torso fuerte y esas manos… aquellas manos que le habían dado tanto placer.

Carraspeó por el exceso de calor. Por fortuna, Amanda estaba tan impresionada por lo que veía que no se dio cuenta de que su prima se había acalorado.

—Ahí está el ogro.

—¡Amanda! —Se volvió hacia ella y la vio asomándose un poco más por la ventanilla.

Pero sí, ahí estaba James.

Sus ojos jamás le parecieron tan brillantes, ni su barbilla tan altiva. Tenía ambos brazos estirados y su cuerpo se inclinó hacia delante cuando ambas manos se apoyaron en la barandilla de piedra. Cuando vio a su mujer descender del carruaje, se inclinó un poco más hacia delante con esa mirada fija que a ella siempre le había atravesado el alma.

Ya era hora, parecía decir.

Y Violet suspiró sonoramente. Pensaba que había cometido un error al volver antes de que se le pasara su mal humor. Pero forzó una sonrisa y se vio sonriéndole, amable.

—Vamos —dijo Violet—, presentemos nuestros respetos al señor del castillo.

Amanda bajó después de su prima, y tuvo la sensación de que, más que habitar en un castillo, se irían derechito a las mazmorras.

—Parece estar de mal humor —dijo Amanda, al ver esa mirada gélida, como si refunfuñara algo en voz muy baja.

—Siempre está de mal humor —convino Violet.

Avanzó un paso por la gravilla mientras un ejército de criados salía en fila para darle la bienvenida.

—No sabía que vendría, señora —dijo el ama de llaves, algo compungida. Se frotó y apretó las manos entre sí, en evidente nerviosismo—, de saberlo habríamos salido a recibirla como era debido.

—No se preocupe —la tranquilizó Violet—, aunque avisé a mi marido.

—Sí, bien…

Fue evidente que no había dicho nada, y lo que se guardó de decir la fiel ama de la casa, fue que el mayor James no había estado lo suficientemente sobrio como para pronunciar frases enteras o coherentes. Quizás alguna que otra palabra inconexa y algún que otro gruñido, el cual no le dio pista alguna de que ella llegaría pronto.

—Prepararé sus habitaciones.

—Gracias.

Violet no se quedó el tiempo necesario para ver desaparecer a los criados por la entrada inferior, pero sí el suficiente como para aguantar la mirada de James, que seguía en lo alto, con sus ojos entrecerrados.

Escuchó un golpe y fue consciente de que había golpeado la punta de su bastón contra la piedra.

Después, cojeando, desapareció.

—Em… —parpadeó Amanda—. Me siento muy bienvenida.

Violet puso los ojos en blanco.

—A mí me pasa lo mismo.

Capítulo 15

Violet no fue en busca de James cuando entró en la casa. Tampoco lo hizo después de instalarse en su habitación, contigua a la de su esposo, donde suponía que se había encerrado. Ni bajó antes de la cena para dedicarle algunas palabras de como le había ido el viaje. En definitiva, tampoco iba a facilitarle las cosas.

James había abandonado Londres con su altivez y la promesa de no perdonarla jamás después de una esperada confesión. Y aunque Violet había sufrido al ver que no sería perdonada con facilidad, tampoco haría penitencia por sus pecados.

Allá él si no quiere perdonarme. He sido una buena esposa, he estado a su lado, aunque no se lo mereciera, lo he cuidado, perdonado sus infidelidades…

Cerró los ojos mientras esperaba en el comedor a que apareciera Amanda y su esposo para la cena. No quería llorar, ni recordar viejos rencores que en nada los ayudarían ahora.

—Señora —dijo el viejo mayordomo a sus espaldas—. Me envían a informarle que el señor no se reunirá con usted y su invitada para la cena.

Violet alzó una ceja.

Por supuesto, no dio explicación alguna. James nunca lo hacía y ella no iba a preguntar si estaba indispuesto. Su pierna le dolía. Lo sabía, porque siempre le dolía, pero… ¿era excusa para no hacer un esfuerzo? ¿para ni siquiera saludarla, a ella o a su invitada?

Con la dignidad de una reina, alzó el mentón y asintió una vez con levedad.

—Está bien, esperaremos a la señorita Belford y servirán la cena.

—Sí, señora.

Si el desalmado había querido ignorarla, ella no iría en su busca. Su mal humor desapareció cuando Amanda cruzó el umbral de la puerta.

—Bienvenida.

Sin responder, la joven miró en derredor y luego posó los ojos en Violet.

—¿El ogro no cena con nosotros? —preguntó, a media voz.

Como estaba molesta con James, Violet no la reprendió, se limitó a encogerse de hombros y a señalar una de las sillas para que tomara asiento a su lado.

—Jeffrey, puede servir la cena —le dijo al viejo mayordomo y este puso en movimiento a sus ayudantes con una sola mirada.

Una hora después, Amanda sonreía como una gata que acababa de comerse un canario. Y es que enseguida se animó al ver el despliegue de siete platos que había preparado la cocinera.

—Esto es una delicia —dijo, con la boca media llena de un pudin delicioso. Señaló lo que tenía en el plato con la cuchara y volvió a meterse otro pedazo en la boca.

Violet coincidió con ella. Todo estaba delicioso. La comida era de lo poco que echaba de menos cuando se ausentaba de aquella casa. Ante ese pensamiento, Violet gruñó. Menuda mentirosa estaba hecha.

Se negó a pensar en James, o al menos esquivar esos pensamientos cuanto pudiera, y en compañía de Amanda era fácil. Como si alejarse de Somerset la hubiera animado, ahora hablaba un poco más, sonreía sin apenas motivos y disfrutaba de la comida.

Después de los postres, no pasaron al salón. Amanda estaba a punto de quedarse dormida con la mano sobre su estómago lleno.

—¿Te enfadas si te dejo sola? —preguntó.

—Por supuesto que no —respondió Violet—. Todos estamos muy cansados.

—Sí —la miró. Estaba claro que pensaba en su marido ausente—. Quizás mañana James se sienta lo suficientemente bien como para acompañarnos.

—Esperemos que así sea —forzó una sonrisa que no llegó a iluminar sus hermosos ojos.

—Buenas noches, Violet.

—Que descanses, Amanda.

Ya sola en el amplio comedor, con dos lacayos a su espalda y el mayordomo esperando instrucciones, Violet se puso en pie.

La sonrisa desapareció de su rostro.

—¿Señora?

—¿Dónde está mi marido?

El mayordomo tragó saliva, pero carraspeó enseguida, reponiéndose de la mirada furiosa de Violet.

—Está… en el estudio. No ha querido…

—¿Cenar con su esposa?

El hombre sudaba.

—No, quiero decir. No ha querido retirarse a su habitación.

Violet enarcó una ceja y después se limpió la comisura de los labios con una servilleta, dando por finalizada la cena. La lanzó sobre el mantel de lino y se retiró.

El vestido azul oscuro, se pegaba a su cuerpo, haciendo que la cintura pareciera mucho más estrecha de lo que era, por el corsé que llevaba debajo. Una pequeña cola se arrastraba tras ella y se quitó los guantes para dejarlos sobre la mesa alargada del pasillo, antes de plantarse frente a la puerta del estudio.

Alzó la mano para dar un golpe a la madera y anunciar su presencia, pero se lo pensó mejor.

Tomó los pomos de la puerta y los giró, empujando las hojas hasta que estas rebotaron suavemente contra la pared.

Unos penetrantes ojos oscuros la miraron desde el otro lado de la habitación, parcialmente iluminados por una pequeña vela.

—Una entrada triunfal, querida.

Violet no mudó la expresión de su rostro, o más bien su inexpresión.

Lo miró con fijeza, para después darse la vuelta y volver a cerrar la puerta de doble hoja. Tomó aire un segundo y lo echó antes de girarse para encarar a su esposo.

James seguía en la misma posición. Junto a la ventana, en uno de los sillones orejeros de color dorado y burdeos. Su vestimenta, de color negro, parecía atrapar la luz. Llevaba una camisa y unos pantalones del mismo color, y unas lustrosas botas hasta la rodilla. Una de sus piernas, la que tantos quebraderos de cabeza le daba, se encontraba estirada sobre un taburete a juego con el sillón. La otra estaba recogida, y sobre esta última descansaba su brazo y el vaso tallado de licor a medio terminar.

Violet no se engañaba. Ese vaso se había llenado y vaciado muchas veces desde que esa tarde ella llegara.

—Buenas noches.

Él no se inmutó, pero entrecerró los ojos, como si quisiera verla mejor.

—¿Lo son?

—No lo sé —dijo Violet, dando un paso hacia él —dímelo tú.

James respiró con dificultad.

Ella debía saber lo hermosa que estaba bajo la luz de las velas, lo hermosa que era siempre bajo cualquier luz. Los ojos del Mayor se deslizaron arriba y abajo por su cuerpo, su cintura estrecha, sus caderas anchas y el busto alto y pleno. ¡Oh, Señor!

Esos pechos… recordaba muy vívidamente la imagen de haberlos tenido en sus manos.

Carraspeó y seguidamente bebió otro trago mientras ella lo alcanzaba.

Se quedó de pie junto a él, lo suficientemente cerca como para que James pudiera rodear su cintura y atraerla para sentarla sobre sus rodillas, como deseaba hacer.

¿Por qué no?, se dijo.

No sería la primera vez que la estrechaba entre sus brazos, y por el deseo que sentía en su presencia, se juró que no sería la última.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Violet. Y por un momento el tono que utilizó le dio a entender a James que realmente le interesaba la respuesta.

—No.

No hubo más explicación.

La mirada de su esposa se centró en la pierna estirada y él apretó los dientes.

—¿Sabes? —se arrodilló a su lado—. Mi amiga Alice ha conseguido muy buenos resultados con una técnica…

—No me interesa —con un resoplido, giró la cabeza hacia la ventana, donde podía apreciar el reflejo de ambos. Afuera, la noche era demasiado oscura.

Ante ese rechazo, Violet apretó los dientes y desvió la mirada de su muslo y rodilla, hasta sus penetrantes ojos.

—¿No quieres saber de qué se trata?

—Ya sé lo que le hizo a Frederick.

Ella alzó una ceja.

—Entonces, sabrás que le ayudó.

—Fue una indecencia. Yo no dejaré que me manosee el muslo una mujer.

Violet chasqueó la lengua.

—No es necesario que Alice venga a masajearte el muslo —esas palabras captaron su interés, pues se dio cuenta de que la miró de reojo—. Puedo hacerlo yo.

Se instauró el silencio y ahora James la miraba abiertamente.

—¿Te quedarás el tiempo suficiente para intentar curarme?

Ella apretó los dientes.

—Hablas como si no hubiera acudido en tu ayuda cuando fue necesario.

Furiosa, se dio media vuelta, pero James la agarró de la muñeca y tiró de ella para que se quedara donde estaba, de pie, a su lado.

—¿Intentarías ayudarme de nuevo?

Violet se sentó, pero sus pies no se movieron, quedándose donde estaba. Como si necesitara dar explicaciones, añadió:

—Quiero quedarme por un tiempo.

—¿Un tiempo? Pensé que solo estabais de paso.

—Deseo visitar Escocia con Amanda, pero no tenemos prisa —dijo intentando que su respiración fuera lo más normal posible. Su esposo siempre conseguía ponerla nerviosa—. A no ser que quieras que me vaya.

Los ojos de James se encendieron. Hubo una chispa que Violet no supo identificar muy bien.

—¿Qué motivos podría tener para desear que te fueras?

Ella abrió la boca desconcertada, hasta que notó el cinismo en ellas. Esas palabras fueron dichas para atormentarla, como garras que se clavaron en su corazón e intentaron desgarrarlo.

No era estúpida, sabía muy bien por qué James no querría tenerla frente a sí.

—Solo quiero ayudarte —dijo, apartando la mirada y deseando que su corazón latiera más despacio—, si me dejas.

Se arrodilló junto al sillón y jugueteó nerviosa con un pequeño fleco del brazo de la butaca. El silencio se expandió en el tiempo y pensó que no le respondería, pero al cabo de unos minutos, James dijo:

—¿Vas a clavarme agujas? —Bajó la mirada hasta ella, pues sentado como estaba, le sacaba una cabeza.

Vio como ella negaba.

—No. Mis conocimientos no llegan a tanto, pero sé que unas friegas apretando en lugares concretos, podían ayudar a mejorar la circulación.

James carraspeó y desvió la mirada, como si aquella afirmación lo incomodara.

—¿Qué? —preguntó ofendida, Violet—. No sería la primera vez que me dejas tocarte.

Él volvió el rostro hacia ella, súbitamente. La fulminó con la mirada.

—No me provoques, Violet.

—No lo hago —se puso a la defensiva, apretando los puños—, solo intento ayudarte. Y una vez más te pones…

—Tú no sabes como me pongo —interrumpió, clavando su mirada oscura en la suya. Ahora ya no disimilaba su mal humor—. Y si fuera cierto lo que dices, estoy en mi derecho de desconfiar de ti.

Ella apretó los dientes. Podía lanzarle alguna palabra mordaz, pero ¿de qué serviría? Era más que evidente que jamás dejaría de atormentarla.

—Eres un cabezota.

Se levantó furiosa y al volverse para marcharse por donde había venido, la mano de James tomó de nuevo su muñeca, asiéndola con fuerza y reteniéndola a su lado sin mirarla.

Se quedaron así varios segundos, hasta que ella le habló.

—Si no confías en mí, no tenemos mucho más de que hablar.

El tirón fue tan fuerte que el cuerpo de Violet aterrizó sobre el regazo de su marido.

Con los ojos y la boca abierta por la sorpresa, Violet se agarró al respaldo del sillón e intentó levantarse para no aplastarle.

—¿Qué estás haciendo?

Pensó en su pierna, en el dolor crónico que sentía, pero James no le permitió levantarse. Rodeó su cintura con un brazo y la otra mano la agarró del muslo para acomodarla más arriba de su regazo y evitar que el peso recayera sobre su muslo dolorido.

Violet abrió la boca para protestar, pero la lengua de James ya estaba sobre ella, explorándola… sometiéndola.

Soltó todo el aire por la nariz mientras se entregaba a él. Puede que el suyo no fuera un matrimonio tranquilo y mucho menos feliz, pero al menos tenían eso, ¿no?

¡Como lo deseaba!

Violet se agarró a él con desesperación, como si temiera que pudiera cambiar de opinión en cualquier momento, como si apretándolo contra ella pudiera retener ese momento mágico.

James gimió contra su boca, mientras su mano acariciaba su barbilla, abriendo sus labios con el pulgar e introduciendo su lengua en ella, para saborearla.

Violet, notó el sabor del wiski y no le importó lo más mínimo.

El gemido fue más que audible, salió de la garganta de Violet y sintió como millares de estrellitas explotaban ante sus ojos. Un súbito calor le cubrió el cuerpo y cuando Jamanes apretó su abrazo, las manos de Violet buscaron su cara para retenerlo, para que no se apartara, para que siguiera explorando su boca.

Puede que su marido la odiara.

Puede que no quisiera estar casado con ella.

Pero… la deseaba.

Y ella lo deseaba a él. ¡Y le amaba! ¡Cuánto le amaba!

—Maldita sea —gimió ante esa revelación tan cierta como que el sol saldría de nuevo al amanecer.

Sus bocas, manos y brazos se movieron frenéticos sobre el cuerpo del otro. En unos minutos ella tenía sus pechos expuestos después de que James le hubiera bajado el vestido hasta la cintura.

Arqueada hacia atrás, sintió el placer acuciante entre sus piernas y el dolor en sus pezones cuando James los mordió después de succionarlos con fuerza.

Tiró de ella y la puso en pie.

Desconcertada, parpadeó algo confusa hasta que lo vio quitarse la camisa. Se maldijo por sentir semejante alivio al darse cuenta de que no la echaba, sino que intentaba desnudarse. Y lo haría con mayor facilidad sin ella encima y con la pierna dolorida lejos del peligro de ser aplastada sin querer.

James tiró la camisa al suelo y la miró fijamente.

—Desnúdate.

Fue una orden seca, pero el deseo que vio en sus ojos, ese gesto sensual de James al lamerse los labios como si quisiera volver a saborearla, hizo que Violet dejara caer su vestido al suelo y

terminara de quitarse la ropa interior, excepto las medias blancas atadas con una cinta de seda a los muslos.

James rodeó su cintura con el brazo y la atrajo de nuevo hacia él. Violet se dejó caer a horcajadas sobre la protuberancia que aún atrapaban sus pantalones de ante. Con manos hábiles, le desabotonó los pantalones. Las velas se iban consumiendo, pero había suficiente luz cálida como para que se le secara la boca al ver su despliegue de masculinidad.

Lo vio apretar los dientes y después lo escuchó sisear al acariciar su erecto miembro. Tuvo que utilizar las dos manos.

Con la respiración acelerada, Violet disfrutó de su placer, porque siempre le había gustado saber que él la deseaba, que la quería…

—… dentro de ti —gimió James, al agarrarla con fuerza de las caderas—. Quiero estar dentro de ti.

Como si hubiera sido una orden, Violet se agarró al respaldo del sillón, apoyando los dedos de los pies en el suelo e impulsándose solo lo suficiente como para que la punta de su miembro encontrara el camino hacia su humedad.

Echó la cabeza hacia atrás y se dejó llevar por la sensación de que él se fuera introduciendo, poco a poco, en ella.

Lo sintió mover las caderas y la hizo gritar al clavarse por completo en su interior.

James no hizo más que mirarla mientras su esposa tomaba el control. Se movió hasta encontrar un ritmo que los satisfizo a los dos.

Lo miró a los ojos mientras lo montaba.

James seguía con las manos en sus caderas, pero su mirada pasaba de la visión de sus hermosos pechos bamboleándose frente a su rostro, a sus hermosos labios entreabiertos. Sus ojos cerrados y, sobre todo, el sonido sensual que escapaba de su garganta, evidenciando el placer que ella sentía y que le hacía sentir a él.

La agarró con más fuerza de las caderas e intentó impulsarse hacia arriba. Sintió un súbito pinchazo en el muslo, pero apretó los dientes y siguió intentando clavarse en su interior.

—¡James!

Violet lo abrazó contra su pecho al sentir los primeros espasmos.

—Aaaahhh —se deslizó hacia abajo con más fuerza, notando como la llenaba con plenitud— ¡James!

Sintió sus poderosos brazos, rodeándola, hasta que él también se dejó llevar, vaciándose en su cálida humedad.

Siguieron unidos mucho tiempo después de haber consumado el acto. No hubo palabras y Violet no recordó haberse quedado dormida, pero así debió haber sido, pues a la mañana siguiente, se despertó con los rayos del sol entrado por la ventana, acariciándole el rostro.

Se incorporó sobre los codos y se dio cuenta que estaba tendida boca arriba en el suelo, solo cubierta por su vestido. Seguramente, el vestido que James le había tirado encima antes de desaparecer.

Después de esos momentos íntimos, de haber desechado el pudor para olvidarse de todo entre los brazos de su marido, Violet se percató de que estaba sola, de que el caballero, si podía llamarle así, se había marchado dejándola atrás como un objeto desechable, que no iba a utilizar de nuevo esa noche.

—Maldito seas, James Phillips.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al comprobar que la había abandonado de nuevo.

Puede que le gustara su cuerpo, que muriera de deseo por ella, pero no tenía consideración alguna hacia sus sentimientos. No importaba cuanto se preocupase por él, cuanto lo amara. Él la odiaría siempre.

Siempre.

Y empezaba a estar cansada de ese juego.

Capítulo 16

Amanda había observado a los esposos, tanto sus discusiones, como sus largos silencios. Algunos cómodos, otros… totalmente lo contrario. Cuando estos últimos reinaban, ella intentaba ser discreta y desaparecer. Pero si debía ser sincera, le encantaba estar ahí. No solo porque el ogro le había permitido tomar cualquier caballo para su ocio, sino porque muy cerca se encontraba un pequeño pueblo con pintorescas tiendecitas y parroquianos de lo más peculiares. Algunos eran extravagantes en su forma de ser y en el vestir, otros de lo más inocentes y joviales. Violet le había contado de que el pueblo tenía la singularidad de que todos los hombres estaban empleados, trabajaban y llevaban comida a casa, y que las mujeres se dedicaban a sus reuniones caritativas, si es que había algún foco puntual de necesidad en el pueblo, y sobre todo a hacer aumentar la población.

—¿Quieres decir que es un pueblo idílico, sin pobreza, ni malestar?

—Oh, hay malestar —se rio Violet—, sobre todo cuando el señor Perkins bebió más de la cuenta y su mujer le dio con un garrote en la cabeza cuando intentó entrar por la ventana.

—¿Por la ventana?

—Había perdido las llaves, lo gracioso es que se había olvidado de que no cerraban nunca con llave.

Ambas rieron.

—No es muy frecuente ver un lugar que no pasa necesidad.

—Es porque… —carraspeó y sus ojos tomaron un brillo especial—. Son poca gente, se conoce desde siempre, y todos ellos dependen de la propiedad de mi esposo.

—¿Y el ogro…?

—Sí —se rio Violet—. El ogro los provee de empleo y sueldo.

Amanda se sorprendió por ese hecho. No añadió palabra alguna, pero se arrepintió de haber llamado ogro a James. Al parecer, sí que era un ogro, pero no todo el tiempo. En su corazón encontraba tiempo para hacer obras buenas.

—Quien lo diría.

La sonrisa de Violet apareció de nuevo ante sus palabras, y se ensanchó al ordenar al cochero que se detuviera. Miró por la ventana y señaló una coqueta tienda de lazos y sombreros.

—Vamos.

—¿Quieres un lazo?

—No, quiero unos zapatos para caminar por el monte, cuando vayamos a Escocia los necesitaremos.

—¿Y cuándo será eso? Todavía falta mucho para que llegue el buen tiempo.

Violet la ignoró, y principalmente fue porque no tenía respuesta. Deseaba visitar Escocia, por supuesto y sobre todo con Amanda, pero no quería dejar a James ahora que había aceptado que le diera algunas friegas a su pierna. Friegas que parecían ir bastante bien.

Él gruñía menos, bebía menos y se quejaba menos. Hechos que hacían sospechar a Violet que se estaba recuperando.

Entraron en la pequeña tienda y se escuchó un leve tintineo sobre sus cabezas.

—Buenos días —saludó Violet.

Una mujer regordeta y con una cofia adornada con pequeños pimpollos le sonrió de oreja a oreja al salir de la trastienda.

—Señora Phillips, qué enorme placer —se rio, juntando las manos como si fuera una vieja amistad a quien hacía mucho tiempo

que no veía—. Me alegra mucho que haya vuelto, ¿dónde ha estado? —preguntó pensativa—, hace casi un año que no venía por aquí.

—Un poco menos.

Violet se envaró al escuchar que desde la trastienda salía una voz familiar.

Una voz que no había deseado escuchar jamás.

Apretó los dientes y la dueña de la tienda se esforzó para que la sonrisa no desapareciera de su rostro.

—Oh, Maggie Florence se está probando un conjunto de ropa interior que acaba de llegarnos de París.

Amanda alzó una ceja.

Lo dudaba mucho, y también dudaba que a Violet le importara un comino lo que hiciera la señorita o señora Maggie Florence. Lo que sí le quedó claro, es que no iban a ser amigas, porque la mirada de su prima delataba que lo último que quería hacer era quedarse ahí y entablar una conversación con dicha dama.

Pero una no siempre obtiene lo que desea.

Antes de poder decir nada, una mano asomó por los cortinajes que separaban la trastienda de la tienda, y las cortinas de color rosa pastel con pimpollos de diferentes colores se abrieron para dar paso a una belleza morena.

Amanda la observó bien.

Era más alta que Violet, sus cabellos negros contrastaban con una tez pálida y unos brillantes ojos azules. Sus pómulos eran altos y su mentón afilado. Poseía un busto generoso y una figura estilizada, aunque juraría que pesaba más de lo que aparentaba debido a que era muy alta y eso afinaba su figura.

—¿Deseas que nos vayamos? —susurró Amanda, disimuladamente.

Violet no contestó, tenía la mirada fija en la mujer que le sonreía falsamente.

—Violet, cuanto tiempo.

—No tanto —logró decir Violet, a media voz—. ¿Qué te trae por aquí?

Se imaginaba la respuesta, pero necesitaba confirmación.

—Oh, ya sabes.

Si, era posible, pero Amanda no sabía nada. Miró a las tres mujeres, y por el nerviosismo de la dueña de la tienda, dedujo que la que no entendía qué estaba pasando era solo ella.

—No, no sé.

La morena sonrió con maldad.

—Oh, Violet, pues ya sabes… visitar a viejos amigos.

Amanda notó que su prima se tensaba y respiraba profundamente por la nariz, seguramente para calmarse y no saltarle al cuello a la señora Florence.

—El invierno es largo —siguió hablando Maggie—, hace unos meses me pasé por aquí. La soledad puede ser muy mala, sobre todo para un íntimo amigo mío que necesitaba algo de consuelo.

Violet sonrió con desprecio.

—¿Y se lo ofreciste?

—¿Consuelo? —preguntó Maggie, con una sonrisa de triunfo —. ¡Por supuesto! Un hombre no debe estar solo. Siempre es bueno que tenga buena compañía. Pobrecito, si están solos piensan demasiado, al menos si les visitas, se distraen y olvidan con mayor facilidad.

—¿Olvidan… por ejemplo, que están casados? —preguntó mordaz y Amanda parpadeó, comprendiendo de quien demonios estaban hablando.

¡De James!

Maldito ogro.

—Oh, sí. Mi amigo quiere olvidarlo, créeme. —Volvió a sonreír triunfal—. Y créeme que lo está consiguiendo.

—¿De veras? —Violet dio un paso al frente y Amanda tuvo el instinto de tomarla del brazo para que no ocurriera una tragedia, parecía un felino a punto de saltar sobre su presa—. Debe ser un inconveniente que la esposa esté aquí, y haga un mes que no se vean.

—Oh, un mes… —Maggie se encogió de hombros—. Apenas dos días, no necesito ir a su casa para entretenerle.

La dueña de la tienda se echó las manos sobre la boca y Violet recuperó la compostura.

—Señora Peterson, volveré en otra ocasión —dijo Violet—. Si me disculpan.

Amanda salió trotando tras su prima, pero miró sobre su hombro y odió a la mujer que sonreía triunfante.

—¿Le tiro una boñiga?

—¡Amanda, por favor!

—Lo siento, es que la odio. La odiamos, ¿verdad?

Violet tiró de la puertezuela del carruaje con fuerza, ante la mirada incómoda del cochero, que no había llegado a tiempo para ayudarla.

—Señora…

Violet lo ignoró y Amanda le dedicó una mirada de disculpa.

—Creo que vamos a casa —le susurró Amanda y el buen hombre volvió a subir al péscate.

Cuando cerró tras de sí y el coche se puso en marcha, Amanda miró a su prima con una ceja levantada.

—¿Me lo explicas?

Como Violet solo se dedicó a apretar la mandíbula, pensó que no respondería. Pero sí lo hizo, y los ojos de Amanda se abrieron como platos.

—¿Sabes quién es el amigo de esa zorra…?

Amanda balbuceó ante el estallido de furia de su prima.

—¿Ese hombre casado y solitario?

Asintió.

—Es James.

***

—Ese traidor miserable —dijo Amanda, que llevaba despotricando todo el camino sobre el hombre que se había casado con su prima—. ¿Cómo se atreve?

Violet aguantó estoicamente, y si Amanda no la hubiera conocido bien, podría haber dicho que no le importaba lo más mínimo que su esposo tuviera una amante. Pero la conocía bien y esa pose de quitarle importancia a las cosas, era solo eso, una pose.

—¿Quieres que prepare un purgante? Se lo echaremos en la cena…

Violet se echó a reír y miró a Amanda con cariño. Le apretó la mano enguantada.

—Lo digo en serio —asintió Amanda—. También puedo cazar lagartijas y metérselas en la cama.

Violet se estremeció de la cabeza a los pies.

—Por favor, recuérdame que nunca debo enfadarte.

—Nunca lo harás —se inclinó hacia ella para apoyar su cabeza contra el hombro de su prima—. Violet, eres una de las mejores mujeres que conozco, no te mereces sufrir y menos por un ogro semejante.

Ella asintió, como si quisiera creer a Amanda.

—Creo que tienes razón y quizás…

—¿Deberíamos proseguir nuestro viaje?

—¿Te importa? —preguntó, esperanzada.

—En absoluto. Escocia debe ser hermosa, incluso en invierno.

—Podemos quedarnos un par de semanas en Edimburgo, te encantará mi biblioteca. Y con el buen tiempo partiremos hacia las Highlands. Van a gustarte todavía más en primavera.

Amanda sintió, intentando despejar la tristeza de los ojos de Violet.

—Vamos a Escocia —se animó—. ¿A quien no le va a sentar bien un viaje a Escocia?

Violet asintió enérgicamente y por poco Amanda pasó por alto las lágrimas que rodaron por sus mejillas.

—Todo lo malo pasará —dijo Amanda, recordando como su prima quiso consolarla tras la boda de David. Fue entonces cuando se dio cuenta de que hacía muchos días que no pensaba en su corazón roto.

Le entristecía, pero entre libros, conversaciones interesantes, los caballos de la finca y los hermosos paisajes… se dio cuenta de que su corazón iba sanando. Miró de nuevo a Violet.

Ella tenía razón.

—Todo lo malo, pasará.

Capítulo 17

Esa noche Violet entró en la recámara de su esposo, lo hizo con el linimento que le había preparado el boticario del pueblo. Servía igual para las friegas, que el preparado que Alice le administraba a Frederick.

Cuando entró era noche cerrada, y era evidente que James se había quedado dormido esperándola.

Después de cerrar la puerta, Violet se acercó a la cama.

Lo vio dormir apaciblemente, su rostro evidenciaba un sueño profundo. Tenía la cabeza apoyada sobre dos almohadas, lo que hacía que su torso estuviera ligeramente elevado, por encima de la parte inferior. La pierna derecha estaba cubierta por una ligera manta sobre una sábana. Esta abrazaba su cintura y tapaba una parte ciertamente interesante de su anatomía. La pierna izquierda estaba totalmente expuesta. La sábana le cubría solo hasta la parte superior del muslo, haciendo visible sus poderosos músculos.

Se acercó a los pies de la cama y sobre el pequeño banco forrado de terciopelo dejó los enseres, ungüentos y trapos.

Lo observó dormir.

Su torso desnudo, subía y bajaba. Era todo un espectáculo.

Violet había pensado que tras dejar el ejército se habría abandonado, negándose a caminar, o a hacer ejercicio. Pero por supuesto y visto el aspecto de James, se había equivocado. En realidad, amaba demasiado a los caballos para no bajar a diario a los establos para entrenarlos.

Apretó los dientes al pensar que también debía querer demasiado estar con su amante, para dejarse desperdiciar sobre una cama.

De forma mecánica, Violet tomó un poco de ungüento del tarro y se lo esparció por la palma de la mano.

Olía a menta y hierbabuena… era un olor agradable. El aroma le hizo cosquillas en la nariz. Lo ignoró, al apoyar las rodillas sobre el colchón. Su peso apenas fue suficiente para que este se hundiera y molestara al bello durmiente, o al ogro, como diría Amanda.

Su camisón se le subió por encima de las rodillas al avanzar hacia una postura, lo suficientemente cómoda como para darle las friegas sin que su espalda saliera perjudicada.

Violet, de rodillas junto a él, se inclinó y empezó por la parte baja de la pierna. Masajeó la pantorrilla sin que James se despertara del todo. La cosa fue distinta cuando subió hacia el muslo. La respiración de su esposo se aceleró.

Cuando Violet lo miró en silencio, tenía los ojos abiertos, pero no se había incorporado, ni había hecho ademán de moverse.

Presionó un poco más, hasta que logró que soltara un gemido.

No le hacía daño, al menos no más del que solía padecer habitualmente, pero la pierna estaba sensible. Presionó con los pulgares y recorrió la zona, tal y como Alice le había indicado, practicando con ella misma.

Siguió masajeando unos minutos más hasta que la mano de James voló hacia su cintura. Le acarició la cadera y ella lo ignoró.

Presionó con un poco más de fuerza sobre el muslo y él gruñó de nuevo, entendiendo que esta vez sí lo había hecho apropósito. Cuando vio que ella ignoraba su caricia y que no detenía las atenciones demasiado bruscas sobre su pierna, James se incorporó de súbito y la agarró por la nuca.

Cuando volvió a dejarse caer contra las almohadas, la arrastró con él.

—¿Quieres que me detenga? —preguntó, inexpresiva.

Frustrado, la dejó ir.

Gruñó, por lo que Violet volvió a tocar su muslo con más fuerza. Cuando apretó con ambos pulgares y resiguió el camino por el muslo hasta la ingle, lo miró con fijeza, sin sonreír, nuevamente sin expresión.

El dolor fue más intenso y James volvió a agarrarla, esta vez por el cuello.

Tiró de ella hasta que el cuerpo de Violet cayó sobre su torso.

—Suficiente.

—Bien —dijo ella—. ¿Entonces quieres que me vaya?

Él gruñó de nuevo.

—Por supuesto que no te irás.

De un manotazo, James se deshizo de las mantas y las sábanas. Giró sobre su propio cuerpo y atrapó a Violet contra el colchón. Sus bocas estaban a un suspiro, la mano fuerte de James seguía apretando su cuello y ella lo miraba intensamente, sin temor.

No le haría daño. No de esa forma.

Había sucedido en alguna ocasión que había probado la dureza de esa mano contra las nalgas. La primera vez como un castigo. Como el castigo que se le dispensa a una niña pequeña por

un hecho reprobable. Las siguientes veces, la había sentido en sus nalgas desnudas, presa de un deseo ferviente de sentir su fuerza. Ella le había suplicado que siguiera cuando el golpe de esa mano, acompañó a una penetración rápida y profunda.

Había amado descubrir el placer del cuerpo en brazos de ese hombre. A diferencia de él, ella siempre le había sido fiel, y no concebía entregarse a otro.

¿Sientes el mismo placer cuando te acuestas con tu amante?, le había preguntado una vez Violet, refiriéndose a Maggie Florence.

No, le había confesado él*, pero siento la satisfacción de saber que ella no tiene dobleces. Es lo que es, y no intenta mentirme, ni engañarme.*

Violet siguió quieta, bajo el cuerpo de su esposo.

—¿Qué demonios te pasa hoy? —le preguntó James.

—Solo que me he dado cuenta de que hay cosas que nunca cambian.

Él no la entendió, pero tampoco tuvo que esperar por mucho tiempo la aclaración.

—Como el deseo que siento por ti —dijo con frialdad—. Puede ser más o menos intenso. Pero siempre está ahí —confesó.

James pareció relajarse ante esa confesión.

Las piernas de Violet se doblaron, haciendo que el camisón se subiera hasta sus muslos. Le abrazó la cintura con las piernas y las manos agarraron sus antebrazos. Antes de saber qué estaba pasando, James se vio tumbado de espaldas.

No se resistió demasiado al ver como ella se subía a horcajadas sobre él y se sacaba el camisón por la cabeza.

Lo miró a los ojos, pero sin la expresión apasionada que solía lucir, como si esa noche quisiera un castigo en lugar de un acto de pura pasión.

Violet agarró las muñecas de James y las puso sobre sus cabezas.

—No te muevas —sonó como una advertencia.

Descendió, sin timidez alguna, hasta probar su boca. Pero cuando él le salió al encuentro, se retiró. Besó suavemente su mentón y después su cuello y fue bajando por el magnífico torso bronceado, lamiendo su piel cálida, alternando la lengua con suaves mordiscos.

Su erección era completa, grande y gruesa.

Recordó esa primera noche juntos. Su noche de bodas. Como ella había llorado al comprobar qué tenía bajo los pantalones. No fue agradable, demasiada carne. Demasiado rencor.

Pero ahora, todo era distinto. Sabía el placer que podía darle, sabía lo que se sentía cuando estaban juntos, unidos como uno solo, en la intimidad. Todos los problemas y dificultades quedaban afuera, y había paz y una felicidad tan completa que Violet sentía ganas de llorar.

Quizás por eso estaba ahí esa noche, para comprobar si algo se había roto definitivamente, o si todo seguía en el mismo lugar de siempre.

Los labios húmedos y carnosos de Violet siguieron recorriendo su abdomen, hasta llegar a la enhiesta erección. Se la metió en la boca y el gemido gutural de James y la vibración de ese sonido en su boca, la hizo humedecerse entre las piernas.

Chupo con fuerza y lo lamió después de la base hasta la punta. Volvió a meterse cuanto pudo en la boca y con ambas manos acarició sus testículos. Sintió como la agarraba de su cabellera suelta y leonada. La mano la acompañaba en sus movimientos, sin exigir, ni guiar, solo la acompañaba.

—Por todos los dioses, Violet —sintió como se arqueaba, como llegaba cerca del éxtasis.

De pronto, notó un tirón en su cabellera. La fuerza la obligó a levantar la cabeza. Tiró un poco más y el cuerpo de Violet siguió a

su cabeza, inclinándose hacia él, dejándose llevar hasta que la dominó por completo.

La tumbó de espaldas y la aplastó con su cuerpo. En un movimiento rápido le separó las piernas y tomándola por detrás de las rodillas la abrió lo más que pudo para penetrarla profundamente.

—¡Ah! —gritó ante su estocada y él no hizo más que hundir su rostro en el cuello de Violet y darle todo el placer que sabía que podía darle.

—Oh, Violet. ¡Sí! —fue un rugido más que una súplica.

Sus caderas se mecieron a un ritmo vertiginoso. La penetró con fuerza, una y otra vez, sintiendo como lo acogía en su interior resbaladizo, sabiendo que el placer que le daba, era tan intenso como el que recibía.

Ahora era James quien agarraba a Violet de las muñecas, quien la inmovilizó para poder marcar el ritmo y que no quisiera tomar el control. Necesitaba tenerla, necesitaba saciarse de ella antes de que esa tregua se esfumara y volviera a abandonarle.

Porque ella se marcharía.

Estaba seguro que, una vez más, no soportaría al hombre sin alma que había quedado tras Waterloo.

Pero de momento… De momento era suya, y él iba a aprovechar cada pequeño rayo de felicidad que ella quisiera regalarle.

Besó su cuello mientras aumentaba el ritmo, mientras ignoraba el dolor de su pierna y besaba sus generosos pechos.

Violet se arqueó ante el dolor de los pezones, los mordiscos pecaminosos la volvían loca. Se preguntó si las mujeres tenían preferencias al igual que los hombres. Ella las tenía, adoraba la boca de su esposo. En todo su cuerpo, pero especialmente en sus pechos y el dolor… amaba sus golpes en las nalgas mientras la embestía como si en lugar de personas fueran animales, como si nunca estuviera lo suficientemente dentro.

Adoraba sentirlo ahí, entrando y saliendo a un ritmo salvaje y el dolor de su tirón de pelo, de sus pellizcos con toda su mano en el trasero. Adoraba que la domara. Sí, esa era la palabra. Porque también adoraba rebelarse.

—Date la vuelta —le dijo con voz ronca mientras salía de su interior.

No esperó a que ella obedeciera. La empujó del hombro haciéndola rodar y situándose de nuevo entre sus piernas. Se puso

de rodillas, ignorando el dolor de su muslo y se inclinó sobre ella, hasta morderle la nuca.

Violet gimió, agarrándose al colchón de plumas. Se mordió el labio inferior y esperó la estocada que no tardó en llegar.

—Ábrete para mí —rugió James.

Le puso una mano sobre el vientre y apretó hasta que su cuerpo se elevó un poco, hasta que su trasero se movió, situándose en el punto exacto donde lo quería.

La punta de su miembro acarició la dulce cavidad, recorriéndola arriba y abajo, hasta que ella notó su aliento de nuevo tras su cabeza.

—Di cuanto deseas esto —siguió atormentándola—. Dilo.

Pero ella permaneció con la boca cerrada, al igual que no tardó en cerrar los ojos y apretar con más fuerza el colchón.

Un gruñido dejó claro que no le había gustado esa actitud. La agarró con fuerza por la cintura y la punta de su miembro quedó justo en la entrada. Se humedeció aún más por la espera.

—¡Aaah! —la estocada fue violenta, pero el placer tan intenso que habría podido lloriquear, suplicar por más.

La embistió a un ritmo que se escapaba de su control. James tomó aire audiblemente, resolló por el esfuerzo y el dolor de su

pierna, pero no quería parar, no podía.

Durante sus largas y solitarias noches, solo veía el rostro de su esposa. Era lo único que anhelaba ver, su cuerpo era lo único que anhelaba tocar.

—Di que eres mía. ¡Ah! ¡Ah!

Las caderas de él chocaban con violencia contra las nalgas de Violet, y con cada penetración se escuchaba un golpeteo rítmico que no hacía más que encenderla.

—¡Violet! Dilo.

No lo dijo. Se retorció, presa del placer, de la seguridad de que estaba muy cerca.

Empezó a gemir al ritmo de sus penetraciones. Se agarró donde pudo para quedarse en el sitio, para que la fuerza con que la estaba poseyendo no la lanzara hacia delante.

Sintió su poderosa mano en la nuca, y como su torso se elevaba hasta que la cabellera flamígera quedó como una cortina a cada lado de su rostro. Apoyó ambas manos en el colchón para guardar el equilibrio y sintió como la mano que no la retenía, acariciaba la parte interior de su muslo.

—Oh, dioses…. —sabía donde iba esa mano.

Cuando tocó esa pequeña protuberancia entre sus piernas, ella se agitó y James la agarró del pelo con más fuerza, inmovilizándola, sujetándola para que no se moviera. Para que no hiciera nada, solo sintiera.

—Así, así es como te gusta —le dijo al oído, después de inclinarse más sobre ella.

Cuando el calor de su cuerpo desapareció de la espalda de Violet, empezó a sacudirse con fuerza, pues volvió a penetrarla con rapidez. Marcando el ritmo sin que ella pudiera hacer nada para detenerlo. La idea le hizo gracia, no lo habría parado ni por todo el oro del mundo.

La mano que no sujetaba su cabellera se movió de entre sus piernas a su cadera para después acariciarle el trasero. El primer golpe hizo que se arqueara, y el segundo que gritara de placer. Oh, pero el tercero.

—¡James!

El golpeteo rítmico se aceleró hasta que no pudo más que jadear. Sintió como su vientre se contraía, como su cuerpo se tensaba por completo. Entró en una espiral de placer y gritó, gritó su nombre y rogó para que no se detuviera. Solo cuando sus brazos cedieron, ella se dejó caer desmadejada por la energía consumida.

No supo muy bien dónde estaba hasta unos segundos después que su mente volvió a ponerse en marcha.

Él seguía dentro de ella, pero no había terminado.

El pesado cuerpo masculino aplastaba su espalda, y era incapaz de moverse. Entonces, supo que había forzado demasiado la pierna.

Notó como se giraba para quedarse boca arriba, liberándola.

Violet se incorporó y lo miró sin sonreír.

Él iba a decirle algo, pero ella puso algunos dedos sobre sus labios y lo montó a horcajadas.

—Ahora, me toca a mí.

Él se dejó llevar. Aceptó los mordiscos en sus sensibles pezones, en el vientre y poco después aceptó que lo montara a un ritmo salvaje.

La agarró de las caderas y echó la cabeza hacia atrás, vaciándose en su interior.

Violet siguió mirándolo con fijeza mientras él se adormilaba, totalmente saciado.

Poco después, Violet se bajó de la cama. Distraída por sus oscuros pensamientos, se puso el camisón y la bata. A los pies de la

cama, Violet le echó un último vistazo. Apenas parpadeaba, intentando mantenerse despierto.

Respiró profundamente y cuando cerró los ojos, Violet se despidió.

—Adiós, James.

Capítulo 18

A la mañana siguiente Amanda apenas podía tener los ojos abiertos cuando al amanecer, Violet y un ejército de criadas, habían empaquetado sus cosas y les habían servido un desayuno frugal en el saloncito privado de Violet.

—¿Nos vamos después del desayuno?

La dama asintió sin dar muchas explicaciones, pero cuando se dio cuenta que Amanda la miraba, paró de comer y le sonrió.

—Espero que te parezca bien.

¿Que abandonara a su marido?

¡Le encantaba la idea!

Demasiado había soportado del ogro sin corazón que la había hecho llorar en más de una ocasión. Un hombre que no sabía la suerte que tenía de estar casado con Violet, no se merecía su consideración y mucho menos su compasión.

—Me encantará reanudar nuestro viaje.

Violet suspiró, aliviada.

—A mí también. —En el fondo no sabía si aquello era cierto, pero sí que pensaba que se sentiría mucho mejor lejos de James. Poner distancia era lo que necesitaba.

Al terminar y levantarse de la mesa, fue Violet quien sorprendió a Amanda.

—He pensado que podemos detenernos a visitar a tu madre.

Amanda parpadeó algo insegura, agachó la cabeza y finalmente dijo:

—Por supuesto.

Apenas a un día de viaje, la mansión donde residía su madre se alzaba solitaria sobre una colina. Las nubes grises de alabastro que envolvían el cielo, ocultando los tímidos rayos de sol de la mañana, parecían anunciar la locura que se ocultaba en aquel lugar. Su hermano explotaba la casa a través de un administrador muy competente, lo que hacía que no tuviera que ir para resolver problemas, y eso le daba la ventaja de no tener que ver a su madre.

Podría parecer cruel olvidarse así de la condesa viuda de Shepton, pero Amanda no podía culparlo y mucho menos después de que intentara asesinar a Livia. No, sin duda Robert no la

perdonaría jamás. Generoso fue, según él, no enviarla a Beldam y darle el privilegio de vivir en una casa con todas las comodidades posibles.

Poco después de llegar de visita, Amanda se dio cuenta de que ver a su madre, sin lugar a dudas, no había sido una buena idea.

Solo escuchó insultos y reproches, y los deseos verbalizados por una mente insana, sobre la muerte de su hermano y sobre todo de Livia, quien era la personificación del mal para lady Marianne. La causante de envenenar a su hijo contra ella, lo que había provocado que la apartaran de la buena sociedad.

Amanda y Violet apenas pudieron soportar estar dos días en su compañía.

No era la mujer que fue.

Iba desaliñada para sorpresa y horror de Amanda, pero cuando su cuidadora le dijo que a veces era imposible que incluso saliera de la cama, entendió que su mente se había deteriorado a marchas forzadas. Quizás la soledad, o haber renunciado a todo lo que había sido.

Amanda fue a despedirse esa mañana, sin saber cuanto tiempo pasaría antes de que volviera a verla. Quizás la próxima vez

no la reconociera.

Se quedó bajo el marco de la puerta después de que esta se abriera. La habitación estaba en la penumbra, a pesar de ser de día. Lady Marianne no soportaba la luz del sol. Aunque la señora Smith la mantenía limpia y pulcra, el ambiente era pesado. Pocos muebles la decoraban y Amanda se dio cuenta de que la buena mujer había retirado los objetos con los que podría hacerse daño a sí misma, como perfumes o peines de plata.

La señora Smith se acercó hasta ella y la atendió, hablándole en voz muy baja.

—¿Señora Smith?, ¿mi madre recibe visitas? —le preguntó Amanda a la señora robusta y de sorprendente carácter amable que la cuidaba.

—Por supuesto.

—¿Entonces, no está siempre sola?

—Claro que no, cuando tiene temporadas buenas, hasta organiza fiestas.

Amanda se volvió y miró a su madre dormir en la enorme cama de postes tallados.

—Entonces es solo que estos días ha tenido una recaída.

—Mucho me temo que…

Calló y Amanda pudo ver que la señora Smith se mordía la lengua.

—Por favor, hable.

La mujer lo hizo con toda la delicadeza de la que fue capaz.

—Me temo que es nombrar a la esposa de su hermano y su mente se hunde en un pozo oscuro del que le cuesta salir.

Amanda asintió.

—Tiene una fijación con ella.

—Su visita le ha recordado por qué está aquí.

—Ya entiendo.

Como también entendía que lo mejor sería marcharse. Su presencia solo alteraba a su madre, y a ella la lastimaba. No se sentía con ánimos para volver a lo mismo, para hacerle ver que obró mal y que Livia no tuvo la culpa de nada, que era sólo una victima de su mente enferma.

Se acercó a la cama y se inclinó para besarle la frente.

—Me voy, mamá.

Pensaba que estaba dormida, pero no era así.

Amanda se había despedido con un último beso, al que su madre respondió abriendo los ojos de súbito y dándole un empujón.

—Vete, vete con el traidor de tu hermano y esa… —la señora Smith sujetó a lady Marianne para que no pudiera descargar el puño apretado que había alzado sobre su cabeza.

Amanda retrocedió con lágrimas en los ojos y esa fue toda su despedida de aquella mujer poco amorosa que, a pesar de todo, era su madre.

Partieron poco después y lo hicieron en silencio hasta que Amanda lo rompió con la mirada perdida en el paisaje, que cada vez se hacía más monótono.

—Ha sido una mala idea venir —dijo, una hora después, cuando ya estaban muy lejos de allí.

Violet guardó silencio.

—No pensé que estuviera tan mal —exteriorizó, con voz suave y una mirada llena de compasión hacia esa joven que, sin lugar a duda, había tenido que soportar una gran falta de cariño maternal. Eso explicaba muchas cosas.

Aquella mujer no era la Marianne que recordaba. Quedaba muy poco de ella, el rencor y el odio se la había llevado.

Dudaba que volvieran a verse, pensó Amanda. Quizás debería hacer como su hermano. Robert parecía haber asumido que la madre que amó se fue hacía mucho tiempo, pero para ella había

sido más difícil. Seguía pensando que, en un lugar de esa mente, se encontraba su madre. No del todo buena y mucho menos cariñosa, pero la madre que siempre había conocido, al fin y al cabo.

Los largos días en carruajes no fueron tan pesados como una podía imaginar, el paisaje era sobrecogedor. Las suaves colinas dieron paso a las tierras altas, donde las rocas oscuras de las altas montañas, regadas de verde en sus laderas, parecían querer arañar el cielo de plata y la bruma las rodeaba, con sus dedos sinuosos. Amanda le había tomado el gusto a viajar y aunque echaba mucho de menos su hogar, quizás no había nacido para casarse y llevar una casa y sí para descubrir usos y costumbres que parecían llamarla más allá de Somerset.

Había escrito mucho en su cuaderno, no quería olvidar nada y sí tener mucho que contar y compartir con sus amigas. Había escrito a Livia y también a Edith.

Pensaba también en otras personas, por supuesto.

Sobre todo, pensaba en David.

Al terminar el invierno y estar en plena primavera, su corazón pareció derretirse.

Se dio cuenta de que no lloraba al evocar la suavidad de sus rasgos. Prevaleció el cariño y la rabia fue menguando al pensar lo

poco amable que había sido con sus sentimientos.

Le hubiera gustado decir que esa rabia también menguó al evocar a Edward.

Pero no.

Edward era diferente, no sabía muy bien por qué, pero cada vez que pensaba en su apuesto rostro, solo quería romper una sombrilla contra esa cabeza de mechones dorados.

Para sanar y poder seguir con su vida, había tenido que sacrificar a Edward. No odiaba a David, ni a la hermosa Georgina, al fin podía pensar en ellos sin rabia, ni rencor. Al fin y al cabo… si se habían enamorado… ¿quién era ella para juzgarles?

Pero la rabia reaparecía al pensar que, si Edward no se hubiera interpuesto entre ambos, si no le estuviera preguntando constantemente a David por qué era amigo de esa niña. Si no le hubiera prohibido visitarles… Si él no hubiera interferido durante todos esos años, las cosas podrían haber seguido su curso natural y casarse con David.

—Mañana llegaremos a Edimburgo —anunció Violet, durante la cena en la posada.

Llegaron esa mañana a un pequeño pueblo rodeado de montañas y valles verdes y se alojaron por una noche en la pequeña

posada. El edificio estaba forrado de piedras oscuras y su techumbre era de paja, aislándola del frío. Disponía de pocas habitaciones que no eran demasiado grandes, pero sí limpias y con vistas a la montaña.

En esos momentos, se encontraban en el comedor, donde una enorme chimenea hacía brillar las gruesas mesas de madera oscura, haciendo el ambiente más acogedor.

Aquella noche, Violet pareció más animada. Dejó los cubiertos en el plato después de apurar el último trozo de carne.

—Una comida deliciosa —dijo, con buen ánimo—. Pronto llegaremos a Edimburgo. Sí, y hace buen tiempo. Escocia te gustará tanto… —dijo, emocionada.

—Lo has echado de menos.

—Por supuesto —respondió, con melancolía—. Me marché de mi tierra al casarme, luego regresé, volví a marcharme, y así una y otra vez.

Amanda sabía que había pasado largos años en Escocia después de casarse, lejos de James. Lo había averiguado en una discusión a gritos el año pasado, cuando Violet le recriminó al Mayor que la había abandonado dos semanas después de la boda.

Jamás supo los motivos y no quiso preguntar. Si Violet un día quería contarle su historia, ella estaría encantada de escucharla, pero no preguntaría pues estaba convencida de que pensar en James y en su pasado, la lastimaba.

No le caía bien James, y mucho menos cuando trataba mal a Violet.

¿Tenía motivos para hacerlo? Su prima le había dicho que sí, pero no sería ella quien curioseara, ni tampoco que creyera que eso era cierto. Violet era una mujer cálida, hermosa, elegante, siempre dispuesta a ayudar a cualquier criatura. Por supuesto que no se merecía el rechazo de su marido. Ese estandarte de la mezquindad debería besar el suelo por el que caminaba su esposa.

¡Hombres!

Ese pensamiento la llevó a pensar en David y se sorprendió al hacerlo sin sentir una rabia profunda, solo una leve molestia por su cobardía. Luego, irremediablemente, apareció en su mente la imagen de Edward. Puso los ojos en blanco. ¿Qué demonios hacía pensando en él?

***

Llegaron a Edimburgo y las cosas cambiaron para bien. Amanda vio como el entorno había transformado a Violet. La ciudad estaba preciosa en primavera, donde poco a poco iba despertando de su letargo invernal y se llenaba de vida y de color. Los jardines estaban llenos de flores, y la comida… era una explosión de placer.

Violet parecía reflejarse en ella.

Verla sonreír era lo habitual, y hasta verla correr. Una vez se subió a un árbol con ella cuando fueron de excursión a una capilla cercana.

—¿Quién eres tú? —le había preguntado Amanda, desconcertada.

—Pues ya verás cuando vayamos al norte.

—¿Más al norte?

—¡Mucho más al norte! —exclamó Violet.

Y tenía razón, fueron más al norte, pero no antes de recibir una carta de Robert en la casa de Edimburgo.

Estaban en el salón, disfrutando del té, cuando la ama de llaves le entregó un elegante sobre con el sello de los Belford.

—¿Problemas? —le preguntó Amanda a Violet cuando resopló.

—Tu hermano no se olvida de los compromisos sociales que tienes en Londres. Antes de que empiece junio, nos quiere allí.

Amanda frunció el ceño, con cierto disgusto.

—¿Por qué? —preguntó frustrada—. No puede dejar pasar la temporada. ¿De que servirá que vayamos cuando esta llega a su fin?

Violet se encogió de hombros.

—Quizás solo quiera dejar en la mente de los solteros que estás en el mercado matrimonial.

—Podría poner un anuncio —dijo Amanda, sarcástica—. Se vende hermana con buena dote —gesticuló como si esas palabras se exhibieran en un gran cartel—. Lo único que tenéis que hacer es llevárosla muy lejos y coger el dinero.

—Amanda —muy a su pesar, Violet rio por la ocurrencia.

—¿Y viajará a Londres dejando sola a Livia? No me lo creo —dijo asombrada.

Era imposible que Livia viajara en su estado y Robert jamás las dejaría solas sin la protección de un hombre de su absoluta confianza.

—También se me hace extraño.

—¡Bah! No quiero pensar en ello —se quejó—. Robert no va a arruinarnos el viaje.

Violet asintió, y en tres semanas recorrieron las Highlands.

La primavera avanzó mientras recorrían caminos rurales llenos de baches, pero con unos paisajes a su alrededor que cortaban el aliento.

—Quien diga que el amanecer en las Highlands no puede curar un corazón roto es que no ha visto semejante belleza —dijo Amanda, soñadora.

Con el paso de las semanas, la paz y la tranquilidad del norte la ayudó a serenarse. Daba largos paseos, cabalgaba sin miedo a que alguien pudiera reprenderla por hacerlo a horcajadas, pintaba, tocaba el piano. También se subía a los árboles, no es que hubiera olvidado como hacerlo, aunque cada vez con menos frecuencia.

Mayo las sorprendió en Skye, y para ese entonces, Amanda ya se había olvidado lo que era sufrir por amor.

—¿Crees que deberíamos volver? —Le preguntó Amanda a su prima mientras observaban la hermosa puesta de sol en uno de los altos acantilados cerca de la posada donde se habían hospedado.

—No lo creo, lo sé. Tu hermano fue claro. Debemos presentarnos en Londres, pero antes quiere que visitemos a las Anderson —dijo Violet.

—¿Eso quiere? —preguntó, extrañada.

Últimamente, su hermano la desconcertaba. ¿Cómo era posible que la obligara a asistir a de nuevo a Londres cuando Livia estaba a punto de dar a luz? Según sus cálculos el niño llegaría a finales de junio. Apenas quedaba un mes. ¿Pensaba Robert abandonarlas por unos estúpidos bailes?

Eso la preocupó. ¿Acaso Robert ya había encontrado a un pretendiente e iba a formalizar su compromiso?

—Sobre mi cadáver.

Un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies.

Violet alzó una ceja.

—¿Compartes tus pensamientos?

Amanda le sonrió.

—No, solo pensaba en Robert.

Su prima alargó una mano y le apretó el brazo con afecto.

—Anímate, nos gustan las Anderson —le dijo como si lo hubiera olvidado.

Amanda se rio. Por supuesto que les gustaban.

—Será magnífico volver a ver a Alice y a Alana. Y por supuesto, descubrir se su tía abuela es tan malvada como la pintan.

Violet negó con la cabeza sin dejar de sonreír, como si ya se hubiera dado por vencida con ella y su lengua afilada.

Amanda, miró a Violet con cariño. No se le escapaba que, si visitaban a las Anderson, era porque viajarían a Londres por otra ruta, lejos de la casa de su marido en Nottingham.

Visitar al mayor James, no entraba en sus planes.

TERCERA PARTE

UN NUEVO COMIENZO

Capítulo 19

—Me temo que la carta anunciando nuestra visita, llegará después que nosotras —se quejó Violet en un susurro, cuando el estirado mayordomo tomó su tarjeta de visita y murmuró algo así como… *No las esperan*.

Las esperasen o no, fueron bien recibidas.

Por supuesto, no supusieron que se hospedarían ahí, y habían reservado dos habitaciones en una de las posadas del pueblo, pero cuando Alice y Alana las recibieron entre abrazos y sus animados saludos despertaron la curiosidad de la vieja tía que fue tajante en el tema:

—¡De ninguna manera! —exclamó Clementine, la tía abuela de las Anderson—. ¿Qué dirá la gente? Que no soy hospitalaria —golpeó el suelo con el bastón—. Y yo soy muy hospitalaria —sentenció, con un rictus severo y muy ofendida— ¡Se quedan!

Amanda miró a Violet como si acabaran de caer en las mazmorras donde habitaba un feroz troll, pero en verdad pensaba

que se iban a divertir.

La tía Anderson era una mujer menuda, de cabello blanco y finas gafas de montura dorada que escondían unos ojos pequeños y juntos. Llevaba cofia y tenía un aspecto enfermizo, pero quizás solo fuera por su tez pálida. Amanda dudaba que hubiera visto el sol alguna vez.

—Será un placer quedarnos, señora. Aunque solo estamos de paso.

Amanda asintió, secundando a Violet.

—Sí, sí —volvió a agitar el bastón en el aire como si no fuera una información que encontrara útil.

La mujer ordenó al mayordomo que sirviera té y pastas en el salón, y allí se dirigieron, mientras un lacayo sacaba sus pertenencias del coche.

La casa era preciosa, su decoración elegante y refinada, aunque con algún que otro toque náutico. Amanda observó el papel pintado del pequeño salón, de color azul claro, decorado con algunos cuadros retratos familiares y varios objetos navales. Sobre la repisa de la enorme chimenea de mármol que lo presidía, había un reloj que marcaba el tiempo con precisión.

—Me temo que mi hermano nos reclama en Londres —dijo Amanda, tomando un sorbo, lamentando no poder quedarse más tiempo.

—Oh, nada de eso —respondió la anciana, volviendo a golpear el bastón—. Os quedaréis. Mínimo dos semanas. ¿Por qué? —pareció ver como en los ojos de Amanda había prisa por partir—. ¿Qué tenéis que hacer lejos de aquí? ¿Acaso ha empezado la temporada en Londres?

—De hecho, casi está a punto de terminar —le anunció Alana que estaba sentada a su lado en uno de los sofás que presidían la estancia.

Frente a ellas, Amanda y Violet se miraban divertidas. Alice había tomado asiento en el acogedor sillón tapizado en damasco dorado.

—Ah, así que la temporada está a punto de terminar —dijo la anciana pensativa—. Ya veo, eso resolvería la duda que tengo de por qué ese engendro no ha aparecido por casa del conde.

Amanda detuvo la taza de té que iba a tocar sus labios y miró a Alana y a Alice, sin comprender.

—Habla del vizconde Sinclair —apuntó Alana.

—¿De Daemon?

—¡Oh! —la anciana sonrió complacida, algo del todo inaudito —. ¿Conoce a ese truhan?

—Bueno… —balbuceó Amanda y luego se echó a reír—. Algo.

—Oh, es un sinvergüenza —de pronto todo atisbo de enfermedad había desaparecido de su frágil cuerpo, sus mejillas se encendieron y sus ojos brillaron de entusiasmo—. ¡Oh! Daemon. Nos tiene muy abandonadas. Cuando Alana aparece, él no se asoma por aquí. No lo entiendo, harían buena pareja…

—¡Abuela! —Alana puso la espalda recta y apretó los labios.

—Sí, ya lo sé —se quejó. Luego miró a Amanda—. A mi sobrina quien le gusta es el hermano menor —susurró como si fuera una confidencia, pero se la escuchaba alto y claro—, el insulso de William. Él sí que aparece por aquí. Mucho más de lo que convendría.

—¡Abuela!

Amanda intentó no sonreír para no hacer sentir mal a Alana. Al parecer, su abuela, como la llamaba ella, no era muy partidaria de morderse la lengua. Y es que según había dicho antes, a cierta edad si una no suelta según que cosas, se enquistan y precipitan la llegada de la muerte.

No la creía del todo, pero pensó que era una excusa para no callarse nada.

—Bueno —prosiguió la anciana—, entonces Daemon seguirá en Londres un mes más, y ustedes —señaló a sus invitadas—, se marcharán en unos días.

—Ese es el plan —dijo Violet.

—Si le soy sincera —prosiguió Amanda, contestando a su anfitriona—, no tengo la menor idea de por qué vamos.

Violet carraspeó.

Ella si lo sabía. Como también sabía que antes de marcharse hacia el sur, tenían que hacer otra visita.

—Me temo que se puede decir que casi nos hemos perdido toda la temporada. Aunque también que mi primo insistirá en que vayamos a Londres para, al menos, invitar a algunos amigos a pasar unas semanas en Somerset cuando termine el verano.

Amanda frunció el ceño.

—¿Esa es la excusa?

Violet se encogió de hombros.

Conociendo a Robert, era muy probable.

—Quieren casarla, ¿verdad jovencita? —preguntó Clementine, mirando a Amanda y apuntándola con el bastón—. ¿Cuántos años

tiene? ¿Veinte? ¿Veintidós?

Amanda miró a Violet para cerciorarse de que esa pregunta era bastante grosera, pero cuando su prima asintió para que contestara, lo hizo sorprendida y divertida a la vez.

—Diecinueve.

—Oh, una niña. ¿Quieren venderte tan pronto?

—¡Abuela!

—Bah —hizo un gesto de desprecio—. Hoy en día ya no se puede decir nada. Pero eso es seguramente lo que quieren, venderte para que no seas un gasto innecesario, o librarse de ti para que no seas una molestia.

—Me temo que es lo segundo —dijo Amanda.

—No es cierto —dijo Violet para que se calmaran los ánimos. Al parecer Amanda y Clementine no necesitaban a nadie más para empezar a soltar sapos y culebras contra el sexo masculino.

—Oh, es por tu lengua afilada —se dio cuenta Clementine—. Y no es una pregunta.

Le sonrió abiertamente. Le gustaba esa chica.

—Seguramente —se echó a reír Amanda a quien no le hubiera importado nada tener una abuela así. Las Anderson eran afortunadas, aunque no lo creyeran.

—Bien, bien… me gusta, me gusta —murmuró Clementine complacida—. A Alana le falta algo de ese vigor, podrías enseñarle como no guardarse todas sus opiniones para complacer al botarate remilgado de William.

—Abuela, por el amor de Dios —Alice resopló. Se había mantenido al margen por el inmenso cariño que sabía que Clementine sentía por la que era su sobrina nieta favorita, y esa era Alana, pero a veces era simplemente demasiado.

—¿Qué? Es verdad. Tan bonita y tan manipulable. Él dice que espere a que tenga una parroquia y ella espera —miró a Alana con fijeza y se inclinó hacia delante—. Su padre no le dará ninguna parroquia. No quiere un hijo clérigo, quiere un hijo que se case con una rica heredera y dilapidar su fortuna en bebida y mujeres.

—Esto es bochornoso —Alana giró la cara, muy molesta por las palabras de Clementine.

Amanda, sin embargo, tenía los ojos muy abiertos.

—Tía —pues así la llamaba Alice—. ¿No deberías rebajar tu animadversión hacia el conde?

—Es un miserable hijo de perra.

—¡Suficiente! —Alana se levantó de golpe mientras Violet y Amanda intentaban recuperarse de aquellas palabras.

La anciana golpeó el suelo con el bastón y Alana la miró ofendida.

—Siéntate, me parece que, si quieres ser su nuera, vas a tener que aceptar varias cosas. La primera es que ese hombre es Satanás. Y la segunda, que un petimetre sin sangre en las venas como William, jamás te defenderla de él. Mira en qué momento te lo digo. No permitirá ese matrimonio.

Con lágrimas en los ojos, Alana salió del salón con paso acelerado y la anciana pareció enfurecerse todavía más.

—Se ha pasado de sincera —le dijo Alice, suspirando.

—¿Qué? ¿No es verdad? Alguien tiene que decírselo, o mejor, sacarle esa idea de la cabeza.

—Se aman.

Clementine rio sin humor.

—¡Ja! Ya veremos cuánto le dura el amor a ese hombre cuando su padre se oponga a la boda.

—William es un buen hombre —dijo Alice, intentando un tono apaciguador.

—La gente es mala. —Clementine miró a Amanda y asintió para que tuviera en cuenta sus palabras—. Y cuanto antes te des cuenta, pues mejor. No te fíes de nadie, jovencita. Puede que un

apuesto joven te encandile, pero si no quieres sufrir, tu independencia siempre debe ir primero.

Amanda pensó en David.

—Ojalá la hubiera conocido el año pasado.

—Oh —la anciana alargó el bastón hacia Amanda, hasta casi tocarle la pierna—. ¿Un imberbe te hizo sufrir? —Chasqueó la lengua —. Espero que le dieras su merecido.

Amanda rio con cierta tristeza.

—Mucho me temo que no. Él se casó y es feliz y yo…

No la dejó terminar.

—Lo serás, querida niña —asintió Clementine—. Veo el fuego en tus ojos. Solo te falta determinación y entender que…

—¿La independencia debe ir primero?

—¡Eso es! —exclamó, satisfecha—. Independencia de corazón. No ames más de lo que te amen. E independencia económica. Si muere o desaparece, procura tener lo suficiente como para dormir en una cama y comer un plato caliente al día.

Amanda asintió.

—Lo tendré muy en cuenta —dijo, riendo.

Alice soltó el aire lentamente y se dijo que sus invitadas ya habían tenido bastante por un día.

—Tía —se aventuró a decir Alice—, nuestras invitadas querrán refrescarse y alistarse para la cena, ¿no es así?

Tanto Violet como Amanda, asintieron.

Amanda pensó que, en sus días de juventud, aquella mujer debía haber sido alguien extraordinario. Tenía carácter, le importaban un bledo las convenciones sociales y prefería la soledad a la compañía de gente idiota. Lo había dicho textualmente, ganándose la simpatía de Amanda.

—Bien, bien… que descansen —convino tía Clementine—. Las veré en la cena, queridas.

No bien hubieron salido del salón, la anciana se quedó dormida, y Alice se puso al lado de Violet.

—¿Y bien?

Violet miró el rostro sonriente de Alice.

—¿Sí?

—¿Cómo han ido las friegas con tu marido?

A Violet por poco se le escapa una carcajada. Su amiga seguro lo decía por curiosidad médica, pero no podía decirle que sus manos en los muslos de su marido, los llevaban a no terminar nunca el tratamiento.

***

Transcurrieron dos días espléndidos.

A Amanda la sorprendió que la tía Anderson fuera tan generosa. Era rica, bien lo sabían, pero lo que no sabía Amanda es que tuviera un establo tan surtido como el del mayor James. Había hermosos ejemplares y se habían apresurado a ofrecerle uno de ellos para sus visitas al pueblo o explorar los alrededores durante los días que permanecerían en la casa. Por supuesto, también fue tan generosa como para ofrecerles un carruaje, pero enseguida la tía Anderson fue capaz de adivinar que aquellas dos mujeres preferían montar a horcajadas.

Al segundo día, Violet decidió quedarse en casa, le había comunicado que escribiría a Regina para hacerle una visita. La tía de Edward era vecina de Clementine y tenía varios motivos para querer visitarla. Decidió que iría con Amanda, y esta no se opuso. Le caía muy bien Regina, aunque fuera la tía de Edward.

—Su propiedad está apenas una hora de caballo y comparte con Clementine —le dijo Violet al comunicarle la inminente visita—,

el lago que está más al sur.

—¿Hay un lago?

Amanda agrandó los ojos llena de entusiasmo y Violet puso los ojos en blanco dándose por vencida.

—Que no te vean —le advirtió, consciente de que lo primero que haría Amanda sería darse un chapuzón.

—Dalo por hecho.

Hizo el saludo militar y, riéndose, tomó prestado un hermoso bayo de las cuadras. Salió disparada de los establos, con las miradas sorprendidas de los mozos que la miraron como quien mira un raro espécimen.

Agachó el cuerpo sobre su montura y apretó los flancos para que el caballo tomara velocidad. Echaba de menos a Zeus, pero con ese ejemplar, lo cierto era que una podía hasta volar.

Sin darse cuenta viró, saliendo del camino principal. Quizás fue el rumor del agua que atrajo su atención, quizás los patos y cisnes salvajes, que volaban hacia el agua. La propiedad de lady era magnífica. Diría que incluso más que la de su hermano.

Al trotar por el camino sombreado, bajo los frondosos árboles, Amanda fue dejando que su barbilla se descolgara. La visión del lago fue algo hermoso.

Era idílico. El reflejo del cielo azul y la luz del sol sobre la superficie del agua, creaba un juego de luces, sombras y destellos, digno de un hermoso cuadro. Estaba rodeado de algunos árboles, helechos y flores silvestres que proporcionaban color y refugio a la vida más diminuta. Juncos y plantas acuáticas crecían en las orillas y el canto de un ruiseñor era embriagador.

Amanda cerró los ojos, para sentir con mayor intensidad aquella serenidad.

Hacía tanto calor… Sonrió con picardía.

Se bajó de su montura y lo ató a una rama baja.

Le faltó tiempo para quitarse las botas y el vestido. Luego fue el corpiño y se quedó solo con la holgada camisa.

Abrió la boca con sumo gusto cuando los dedos de sus pies desnudos tocaron el agua fresca. Se quedó ahí mirando sus pies, y dio un paso hacia delante, luego otro y otro… y fue entonces cuando empezó a reír, chapoteando y sintiéndose libre, como hacía meses que no se sentía.

Se quedó flotando un instante en el agua, con los ojos cerrados, dejándose acariciar por el Sol, mientras el frescor del agua besaba su piel.

Sí, por fin podía volver a sonreír.

Pero algo escuchó, que la obligó a ponerse en alerta.

El suave resoplido de un caballo, y el saludo de respuesta del suyo, hizo que se incorporara de inmediato y se quedara mirando el camino por donde había llegado, con el rostro semi cubierto por el agua. Muy atenta, escuchó con atención, y miró en derredor, pero no vio a nadie.

—¿Quién anda ahí?

Capítulo 20

No carraspeó, a pesar de que tenía la garganta seca.

Edward Chambers apartó la mirada del cuerpo prácticamente desnudo de Amanda y se escondió tras el tronco del grueso sauce llorón. Las ramas, pobladas de hojas, lo ocultaban con su caída hasta el suelo. Cerró los ojos al tiempo que reclinaba la cabeza contra el tronco.

Escuchó los chapoteos de Amanda a su espalda y suspiró sin saber muy bien qué hacer.

Amanda…

Pensó en su vecina, aquella que siempre había visto como una niña alocada que, poco o nada, le importaban los consejos que él o su hermano Robert le ofrecían.

Pero lo que acababa de ver, no era el cuerpo de una niña. Eran las formas de una mujer. Una mujer muy hermosa.

Gimió de forma imperceptible, sin poder quitarse de la cabeza sus cabellos mojados, pegados a su cuerpo, brillando a la luz del Sol

y sus curvas… deliciosas curvas que habían formado bajo la fina camisola interior, pegada a su piel.

Cuando la escuchó reír, él sonrió sin pensar.

No supo si se quedó dormido, o solo embelesado por la luz tintineante que se colaba entre las hojas del sauce llorón, que parecían bailar como cortinas con la suave brisa.

Debió quedarse dormido, esperando escuchar los movimientos de Amanda, vistiéndose o acercándose a su caballo para marcharse, porque al despertar, unos grandes ojos azules lo miraban, interrogantes.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo Amanda, con los brazos en jarras y una sonrisa pícara—¿Un vizconde mirón?

Él parpadeó confuso, pero alzó la vista para ver su vestido aflojado alrededor de sus pechos, consciente de que no se había atado con maestría las cintas. El pelo mojado y suelto caía en cascada sobre sus hombros, goteando sobre él y en una de las manos llevaba su cantimplora. No tardó en vaciar su contenido sobre la cabeza de Edward.

—¡Amanda! —se incorporó lo más rápido que pudo.

Ella no se movió, aunque para mirarlo a los ojos tuvo que alzar la barbilla.

—¿Sí?

—¡Estoy empapado! —se quejó.

—Solo un poco —respondió ella, cuando sus ojos azules se desplazaron por el torso, donde la fina tela blanca de su camisa de verano se transparentaba.

Carraspeó, algo incómoda, y dio un paso hacia atrás.

Vio que a sus pies tenía su chaqueta y no encontró el chaleco por ningún lado. Sí su pañuelo, que descansaba también sobre la hierba.

—¿Qué haces aquí? —No parecía nada arrepentida por haberlo empapado.

—Yo… vigilar que no te pase nada.

Chasqueó la lengua.

—Oh, qué altruista por tu parte. Permíteme que no te crea.

—¿Crees que no me quedaría a tu lado si sintiera que estás en peligro?

—¿En peligro? —abrió mucho los ojos—. Estas en las tierras de la tía abuela de las Anderson, no hay bandoleros y…

—De mi tía —la interrumpió, Edward, corrigiéndola.

—¿Qué? —titubeó.

—Las tierras son de mi tía Regina.

Amanda, desconcertada, miró alrededor, como buscando un cartel con el bonito nombre de Regina.

—¿Seguro?

Él asintió con una sonrisa mientras se quitaba un mechón mojado de la frente. A Amanda no le gustó lo más mínimo que esa sonrisa le hiciera ser tan atractivo, y que ese mechón rebelde volviera a caer sobre su frente. Alzó la mano para apartárselo, pero enseguida recobró el juicio.

—Esa pared de arbustos debería haberte dado una pista.

Amanda refunfuñó algo y se encogió de hombros.

—Como sea. A Regina no le importará que nade en su lago —dijo, solo vacilando un poquito.

—No, puede que no.

—De hecho, Violet está escribiéndole una carta para visitarla.

Él la miró con fijeza.

—De hecho, hace dos semanas que esperamos vuestra visita. Os habéis hecho de rogar.

Amanda entrecerró los ojos.

—¿A qué te refieres?

Edward carraspeó.

—Sabíamos que habíais ido de viaje a Escocia y dedujimos que pasaríais por aquí —mintió y esperó que Amanda no dedujera lo que iba a ocurrir en las próximas semanas.

Para Amanda no era muy lógico pensar eso, pues era más probable que Violet hubiera escogido otro camino para visitar a su marido. Pero por fortuna o desgracia, volver a ver a James en una temporada, quedaba descartado.

Se miraron en silencio y para consternación de Amanda él no dejó morir su bonita sonrisa en aquellos labios plenos.

Carraspeó, algo incómoda y se llevó una mano al hombro, acomodándose el vestido para tener mejor aspecto. Enseguida se enfureció consigo misma, no daba crédito de preocuparse por eso.

¡Solo es Edward!

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó él.

—¡Nada! —respondió, con demasiada rapidez—. Solo que pensaba disfrutar de una bonita tarde y aquí estás tú para fastidiármela, siendo el epicentro de todos mis males.

Edward echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—Deja de ser tan dramática, ¿quieres? —se pasó una mano por la cara para quitarse las gotas de agua que aún permanecían ahí.

—¿Dramática? —dijo boquiabierta.

Él no se inmutó, incluso pareció divertirle su enfado.

—Tienes tendencia a convertir tu vida en una obra de teatro.

Ella pateó el suelo.

—¡Edward! —exclamó, ofendida.

—¿Sí?

—Eres tan engreído —lo miró con encono—. Te crees la perfección cuando en realidad solo eres un prepotente vizconde aburrido que nadie quiere en sus fiestas.

—Oh, por todos los dioses —se llevó una mano al pecho de forma teatral mientras reía—, cuanto veneno.

Amanda siseó como un áspid y él se echó hacia atrás.

A la muchacha le faltó tiempo para girar sobre sus talones y dirigirse hacia su caballo, pero Edward corrió tras ella, y se interpuso en su camino intentando contener su risa.

—Amanda…

—¿Qué quieres? —espetó, malhumorada—. Por si no te has dado cuenta, no quiero seguir manteniendo una conversación contigo.

Él bajó los brazos con los que había estado bloqueándole el camino hacia el caballo.

—¿No podemos hablar un poquito?

Ella entrecerró los ojos. ¿Hablar? Ahí había gato encerrado.

—¿Desde cuando eres tan amable?

—Yo siempre soy amable.

—¿Conmigo? —se mofó al señalarse el pecho—. No lo has sido jamás.

El suspiro que se escuchó por parte del vizconde indicaba que no esperaba menos de esa muchacha, su lengua seguía siendo afilada y viperina. Pero su rostro… de repente, su rostro y su cuerpo se le antojaban dignos de una venus griega.

—Amanda, yo…

—No tenemos público —lo cortó—. Ni creas que voy a fingir que te soporto.

Antes de que pudiera reaccionar, lo apartó de un empujón y logró agarrar las riendas de su caballo.

—Amanda —dijo Edward, molesto—, creo que va siendo hora de que madures.

Ella le echó una mirada fulminante por encima de su hombro mientras buscaba con sus manos agarrarse bien a la silla para subir al equino.

—Lo que tú digas.

Que no lo tomara en serio le molestó.

—Por favor, recapacita. Yo no tuve nada que ver con…

—¡Ja! ¡Por supuesto que sí! —Ambos sabían de qué estaban hablando—. Pero, ¿sabes? Me siento generosa. Hoy no voy a echarte en cara lo cruel que fuisteis tú y tu hermano. Porque, aunque acabas de decirme que madure, ya lo he hecho. Vosotros me obligasteis a hacerlo. Es más, os doy las gracias, sinceramente.

Él bajó las manos que no había sido consciente de que extendía hacia el cuerpo de Amanda, preocupado de que no se cayera del caballo cuando intentó poner el pie izquierdo en el estribo para impulsarse. Pero algo la hizo cambiar de opinión, y se dio la vuelta para encararlo de nuevo.

—Lamentó lo que pasó, pero no puedo seguir disculpándome siempre.

—Ya no quiero tus disculpas, he tenido suficiente de ellas —dijo mordaz—. Las disculpas no harán que recupere mi dignidad.

—Si la perdiste fue por…

Amanda apretó los dientes y se inclinó hacia delante como si quisiera que viera bien sus ojos fulminándolo.

—Como digas que, por mi culpa, te araño.

—¿Otro escándalo? —le preguntó fingiéndose ofendido por todos los encuentros que habían terminado mal— No debiste abofetearme.

—Yo tampoco voy a estar disculpándome siempre —dijo con toda la dignidad que fue capaz de reunir. Aunque por supuesto con el paso del tiempo y calmada su rabia… debía reconocer que se excedió un poco.

Agarró las riendas con firmeza, pero no se movió, ni Edward tampoco.

Cuando volvió a mirarle, estaba más calmada, aunque por supuesto, no pensaba olvidar nada de lo que había pasado entre ella y los Chambers. No olvidar, mantendría a su corazón a salvo.

—Amanda…

—No te guardo rencor —se sorprendió diciendo.

—Ah, ¿no?

También él estaba sorprendido.

—No, ni a David —Amanda se encogió de hombros—. Le amaba, pero…

—No le amabas —se apresuró a decir Edward, desechando aquella, como la más absurda de las ideas.

Un resoplido muy poco femenino pareció romper la tregua.

—¿Vas a insistir con lo mismo?

Edward frunció el ceño.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—He estado reflexionando.

—Dios nos asista —murmuró— ¿Y sobre qué?

—Creo que mi objetivo principal para querer casarme con David, era vivir una vida tranquila en Somerset, en el campo.

Él alzó una ceja. Era imposible que Amanda Belford hubiera encontrado el sentido común.

—¿En eso has estado pensando?

Ella asintió y Edward jamás había visto los ojos de Amanda tan azules. Eran como una extensión del cielo. Se quedó observando casi sin respirar sus finas pestañas, el pelo largo y mojado que había empapado su vestido de verano sobre sus pechos altos y firmes.

Parpadeó confuso al sentir que sus pensamientos iban a tomar un camino sin retorno.

—¿Me escuchas?

—¿Qué? —Edward parpadeó, como si lo hubieran pillado haciendo algo indebido— Sí, sí. Te escucho.

Ella asintió, agachando un poco la cabeza.

—Siempre he odiado la ciudad, y amado la tranquilidad de nuestro hogar. A ti también te parecen maravillosos, ¿verdad? —preguntó Amanda y le dedicó una sonrisa que le calentó el pecho—. Puede que hayamos tenido nuestras diferencias.

—Más que diferencias —refunfuñó él, más preocupado por adónde se dirigían sus pensamientos que en las diferencias que los separaban.

—Sí, puede que nuestras ideas sean totalmente opuestas en muchas cosas —convino Amanda—, pero el hecho es que siempre estaremos de acuerdo en que la vida del campo es preferible a la de la ciudad y que, de vivir en un sitio, Somerset es el mejor lugar de la tierra.

Él sonrió con amabilidad.

—Coincido.

Hubo un momento de silencio en el que ambos se miraron con temor a romper esa tregua que habían establecido sin habérselo propuesto.

Una brisa fresca sopló, moviendo las ramas de los sauces, envolviéndolos en un espectáculo de sombras y destellos. Edward desvió la mirada hacia el agua plana del lago y Amanda hizo lo mismo.

—Me parece que es el primero momento de paz que hemos tenido nunca tú y yo.

Él la miró y acto seguido sonrió.

—Lo que me parece es que estás muy rara.

Ella lo ignoró con un gesto de su mano, pero sus pies se movieron imperceptiblemente hacia delante, como atraída por el magnetismo del vizconde, aunque no fue consciente de ello.

—Lo que quiero decir es que… podemos firmar la paz.

Sin casi proponérselo, Amanda sonrió.

Extendió la mano y se la ofreció en un gesto de amistad que él no se esperaba.

Edward miró aquella mano, sin guantes y la suya, al costado de su cuerpo, que se abrió y cerró como si no se decidiera a tocarla. ¡Tocarla! Un caballero no tocaba la mano desnuda de una dama.

—¿Desprecias mi apretón de manos?

Acicateado por las palabras de Amanda, le tendió la mano con rapidez y se la cogió sin pensar.

Contuvo el aliento y acto seguido la miró a los ojos.

Ahí estaban otra vez, aquellos impresionantes ojos azules, grandes y redondos. Puestos en un rostro tan bonito que quitaba el aliento…

Parpadeó confuso, tanto que su mano siguió apretando la de Amanda, mientras se preguntaba desde cuando él pensaba que esa muchacha era bonita.

Lo es desde siempre. Muy bonita. Se dijo, sin poder evitar que sus pensamientos lo agitaran.

—Paz —dijo Amanda al fin.

—Sí… paz.

Pero el corazón acelerado de Edward le dijo que estaba muy lejos de poder estar en paz.

Capítulo 21

—Bien —dijo ella, con las mejillas sonrosadas. Apartó la mano de la de Edward y su sonrisa vaciló en el medio segundo que él retuvo su mano.

Edward carraspeó y enseguida ocultó la mano que había tocado la de Amanda, detrás de su espalda.

—Entonces, ¿ya podemos considerarnos amigos? —preguntó, recobrando la compostura, o al menos intentándolo.

—Algo así —rio ella.

—Me alegra que hayas superado al fin este trance.

No mencionó a David, pero ambos sabían a qué se refería.

Ella suspiró.

—Sí, David es solo un hombre. Sustituible.

—¿Cómo dices?

Amanda se tocó la barbilla como si estuviera pensando en un elaborado plan.

—Encontraré otro marido que satisfaga mis necesidades.

Ante la elección de palabras, Edward se sintió algo incómodo.

Abrió la boca para decir algo, pero se dio cuenta de que no tenía nada ingenioso que decir, y mucho menos hacer. ¿Que Amanda quería substituir a su hermano por otro esposo más adecuado? Bueno, pues es lo que tenía que hacer, obviamente.

Entonces… ¿por qué esa idea le molestaba tanto?

Edward apartó la mirada y frunció el ceño, más molesto con su propia reacción, o con sus propios pensamientos, que con las palabras de Amanda.

—¿Qué? —ella entrecerró los ojos al ver su expresión. Se estaba comportando bien, ¿a qué venía esa cara de disgusto? —¿Hay algo que el señor vizconde no apruebe?

Él carraspeó incómodo, cuando sus ojos lo atraparon de nuevo.

—No es nada.

La mano de Amanda se levantó acusadora. El dedo índice se estiró y apuntándolo con insolencia y sus ojos se entrecerraron.

—Pones esa cara…

—¿Qué cara pongo? —preguntó, entre sorprendido y molesto.

—Esa de que estoy haciendo algo mal —pateó el suelo, ofendida—. Y no es verdad.

—Una señorita no patea el suelo.

Ella apartó la mano que lo señalaba y resopló.

—Tampoco…

—Oh, cállate, Edward.

Él puso los ojos en blanco.

—Tampoco le dice a un vizconde que se calle.

—Mi hermano es conde.

—No por ello puedes hablarme de la forma en que lo haces.

Ofendida, le sonrió falsamente.

—Por supuesto, milord —hizo una reverencia—, que descuido el mío. No volveré a cometer ese error.

Cuando Amanda iba a subir al caballo, cansada de tanta tontería, Edward la detuvo.

—No, espera.

Competió el error de tomarla por la cintura para que no montara.

—¿Qué demonios haces? —dijo ella, sintiéndose ofendida por su proximidad.

Él la soltó de inmediato, retrocediendo con tanto ímpetu para apartarse de ella, que se enredó con sus propios pies y avanzó de

espaldas tres metros, agitando los brazos para volver a recuperar el equilibrio.

Cuando cayó al agua con todo su peso, Amanda se olvidó de los formalismos y de su mal humor.

El vizconde de Glastonbury salió a la superficie escupiendo agua y con la camisa pegada a su imponente torso.

Amanda empezó a reírse, hasta que la visión la dejó sin aliento y le hizo tragar saliva.

No había visto muchos hombres sin camisa, pero una cosa era segura, de los pocos que habían llamado su atención, ninguno se parecía a Edward Chambers.

Cielos, era tan apuesto… y su cuerpo era tan proporcionado.

No se atrevió a parpadear, ni a respirar cuando lo vio avanzar con los ojos encendidos de furia hacia ella.

—No irás a pegarme, ¿verdad? —preguntó finalmente, cuando lo tuvo frente a ella, plantado sobre un charco de agua que caía, resbalando por su cuerpo, paradigma de la perfección.

—¡Por supuesto que no! —la exclamación la obligó a dar un respingo y a regresar a la realidad—. Amanda ¿por quién me tomas?

Ella se encogió de hombros.

—Tienes tendencia a echarme la culpa de las cosas más ridículas.

Edward volvió a respirar y pareció tranquilizarse.

—¿Cómo la de tirarme al lado?

Amanda se encogió de hombros.

—Técnicamente has tropezado tú solito.

Resopló y el exceso de agua que tenía en la cara llegó a salpicar el vestido de Amanda quien se miró desconcertada.

—No me enfado contigo.

—¿No? —Amanda parpadeó lentamente al verle negar con la cabeza—. Eso me alegra. Entonces, ¿sigue en pie la tregua?

—De momento —confesó Edward, que no estaba muy seguro cuando Amanda volviera a cambiar de opinión, o hiciera algo que lo obligara perder los estribos. La miró en silencio un largo instante. Su expresión era de duda, de preocupación. La ligera arruga que nació entre las cejas hizo que deseara colocar ahí el dedo, para alisarla.

—¿Ya no estás enfadado?

—No estaba enfadado, solo avergonzado…

—¿Por haberte caído de culo al lago? Es comprensible —se respondió a sí misma con picardía.

—¡Amanda! Eres muy cruel conmigo.

—Pensé ya te habrías acostumbrado.

—Nunca me acostumbraré —dijo con pesar, y Amanda pudo ver un deje de tristeza en sus ojos, que hizo que retrocediera un paso.

—Lo siento, no quería burlarme de ti. Yo…

—Dejémoslo, te acompaño a casa.

—Puedo ir sola.

Él puso los ojos en blanco y resopló.

—Por supuesto, Dios no permita que alguien se porte como un caballero en tu presencia.

—No es eso —dijo enfurruñada, mientras Edward la ayudaba a montar e iba hacia su caballo—. Es que no lo necesito.

—Te daré un consejo si quieres encontrar marido, no le digas que no lo necesitas.

—Es que no lo nece…

Por la ceja alzada y la diversión que podía ver en sus ojos, era evidente que Edward ya sabía que iba a contestar eso.

—¡Está bien! —cedió.

—¿Qué está bien? —preguntó Edward—. ¿Dejarás que tus pretendientes se sientan útiles a tu lado?

Ella se encogió de hombros.

—Puede —convino, viendo al vizconde montar su caballo blanco.

Fijó su mirada en su ancha espalda. Se veían los músculos a través de la tela empapada, era fuerte, poderoso… Su mirada se desvió hacia los pantalones mojados y como estos se tensaron en su trasero, redondeado y perfecto.

Carraspeó.

De pronto hacía mucho calor. Se tocó las mejillas de forma inconsciente, y estaban ardiendo.

Edward no se había puesto la chaqueta, pues no hacía calor. Había dejado la prenda y la corbata detrás de la silla de montar y ahora se posicionó cerca de ella sobre su caballo, como lo haría un amigo.

—¿Qué? —preguntó Amanda, cuando se paró a su lado.

Sabía que Edward iba a aleccionarla en algo. Conocía demasiado bien esa mirada.

—Solo para que lo sepas —le advirtió—. Una señorita de buena familia, no habla de sus… necesidades.

Ella parpadeó, sin comprender.

Desde luego, Edward siempre sería un bicho raro.

—Has dicho que encontrarías un marido que satisfaga tus necesidades —le recordó.

—Por supuesto, eso es lo que dice Robert. —Edward suspiró, seguro de que Robert no lo había dicho en ese tono—. Necesitas un marido que cubra tus necesidades más básicas, una buena casa, posición y dinero suficiente para mantenerte.

—Lo imitas muy bien —se mofó Edward.

—Gracias —le sonrió ella. Lo cierto es que no era difícil imitar a Robert, solo debía ser terriblemente gruñona y poner voz de tejón ahogado.

Edward giró su montura y le cedió el paso a Amanda, hasta que ambos salieron al camino polvoriento y se pusieron uno al lado del otro, para mantener mejor una amena conversación.

A los diez minutos la sonrisa de Edward era tan amplia que Amanda no pudo menos que fijarse. Y contagiarse.

—Estás muy contento —dijo, arqueando los labios hacia arriba.

—Me parece mentira que nuestra tregua dure tanto.

Ella amplió la sonrisa, complacida.

—Soy una mujer bastante razonable. —Edward, por supuesto, discrepaba—. Ya no tienes de qué preocuparte, he decidido

perdonarte.

—Perdón que no te he pedido y mucho menos necesito —le respondió al instante.

—Te perdonaré igualmente —dijo Amanda con benevolencia —. Aunque para hacerte perdonar podrías haber hecho algo por mí.

Parpadeó confuso. Sin duda, no la había escuchado bien.

—¿Qué quieres que haga por ti?

—Ayudarme.

Aún más confuso, preguntó.

—¿Y en qué quieres que te ayude?

Ella bufó y por un momento, volvió a ser la Amanda de siempre, quizás por eso dibujó una sonrisa antes siquiera de saber que estaba ahí, regalándosela.

—¡En encontrar marido!

La sonrisa se congeló en la cara de Edward.

No lo había dicho en serio, ¿verdad?

Ella pareció no darse cuenta de ese hecho, y siguió hablando.

—Conoces a mucha gente y como mi hermano está empecinado en que me case… he pensado que si lo hago pronto, no tendré que estar mucho tiempo en Londres. Podría saltarme la

temporada si me ayudaras a encontrar un pretendiente que viva en el campo y le importe más bien poco la vida social.

Edward la miraba con la boca abierta.

Parloteaba sin cesar y no sabía si podía interrumpirla sin que le asaltara un tartamudeo.

—¿Conoces a un buen partido que viva en Somerset, o muy cerca de allí? No quisiera alejarme de Livia, ni de Rose… y ahora que Maranta ha alquilado una casa… ¿Me estás escuchando?

Él asintió, pero casi no lo hacía. Hasta que finalmente, se armó de valor.

—Espera —alzó la mano, totalmente desconcertado y dispuesto a que callara—. ¿Qué yo qué?

—Sin duda, conoces a muchos caballeros. Solo tienes que indicarme cuales son los apropiados.

—No, Amanda. Esto no puede…

Ella lo ignoró, convencida de que acababa de tener la mejor idea de su vida.

—Tú, hazme una lista.

—¡Ah! ¿Quieres una lista?

Amanda se encogió de hombros.

—Si pudiera elegir, creo que avanzaría hacia el matrimonio con menos reticencias.

—Ya veo. —Finalmente Edward soltó una carcajada—. Y supongo que tendrás algunos requisitos.

—Ya lo creo que sí.

Empezó a hablar sin que su lengua se trabara en ningún momento.

—Debe ser un gran amante de la lectura, o tener algún pasatiempo que lo mantenga ocupado y no esté todo el día pendiente de mí. Ese pasatiempo podría ser la cría de caballos. Sería muy conveniente. Tener la lectura en común y nuestro amor por los caballos sería un buen punto de partida. Como ya te he dicho, que tenga una finca en el campo es de suma importancia. No quiero ir a Londres —puso los ojos en blanco, sin darse cuenta de que Edward estaba totalmente boquiabierto—. Podríamos casarnos antes de Navidad. Siempre que me encuentres a alguien adecuado.

Cuando iba por la mitad de su discurso, Edward tenía la boca totalmente abierta.

—¡Lo estás diciendo en serio!

Amanda lo miró y parpadeó confusa.

—Por supuesto —aseguró, como si él fuera estúpido—. ¿No sería maravilloso que cuando volviera a casa, Robert me encontrara comprometida con alguien de su agrado? Y también del mío, sobra decirlo.

Edward no daba crédito.

—¿Casarte antes de Navidad?

Ella asintió.

—Una lista… —seguía incrédulo.

—La quiero para dentro de dos semanas, porque en tres, Violet y yo no sabemos si Robert nos hará regresar a Somerset y mandarnos a Londres en año nuevo, esperando el inicio de temporada —lo miró como si no comprendiera—. ¿No entiendes que si para el inicio de la temporada estoy comprometida, ya no tendré que ir a Londres?

—Amanda, casarte tan pronto, apenas tienes diecisiete años.

—¡Diecinueve! —se ofendió ella—. Nunca escuchas, Edward.

La miró resoplar y darle la espalda cuando adelantó al caballo.

—Quiero esa lista —le gritó, poniendo su montura al galope.

—¡Amanda!

—¡La lista! ¡Dos semanas!

No importaba cuanto lo intentara. Amanda Belford jamás sería una debutante complaciente con ninguna matrona, pero… el diamante que era, no se encontraba fácilmente en ningún lugar.

Capítulo 22

—¿Qué es eso de que te has encontrado con Edward Chambers? —le preguntó Violet, algo desconcertada.

—Al parecer, está pasando una temporada con su tía Regina —Amanda pareció reflexionar—, algo totalmente inaudito, no creo que nunca haya abandonado su mansión, a no ser por imperiosa necesidad.

Amanda se dejó caer en la butaca, cerca de la ventana, con un libro en su regazo. Violet, por su parte, intentó ocultar su nerviosismo.

—¿Y no te dijo qué hacía por aquí?

—Ni siquiera lo pensé —respondió, sin pensarlo demasiado.

—Ya veo… —Violet carraspeó y por unos momentos fingió centrarse en el bordado, quitando un hilillo inexistente del cardo violeta del pañuelo. No pudo. Sabía por qué Edward estaba visitando a su tía, y tenía muy claro que a Amanda no le iba a gustar el

motivo—. Creo que debemos hacerle una visita —zanjó, dejando el tambor a un lado para mirar a su prima.

—¿A Edward? —frunció el ceño.

—No, a Regina.

Amanda bufó.

—Sí, supongo que no es lo mismo. Aunque podríamos aprovechar que él sale a cabalgar por la tarde, cuando el sol empieza a bajar. Tiene la piel muy delicada y si le da mucho el sol, enseguida se pone rojo como un tomate maduro. —Amanda se rio perdiendo la mirada más allá de Violet.

—Amanda…

—No lo digo para burlarme de él.

—No, que va.

Violet se rio y Amanda se encogió de hombros, como si no hubiera roto nunca un plato.

—Entiendo que no quieras verlo, pero no sabía que conocieras tan bien sus rutinas.

Amanda le restó importancia con un gesto de su mano.

—Hemos sido vecinos toda la vida. Es demasiado sensible al sol, se pone rojo como un cangrejo hervido.

—Amanda —le reprochó Violet ocultando su sonrisa.

—Como sea, Regina siempre tiene buen tema de conversación.

—¿Quién tiene buen tema de conversación?

De improviso, una voz les llegó desde la entrada del salón y la vieja tía Clementine entró acompañada de Alana.

—Buenas tardes, ¿ha descansado?

La anciana había insistido en que la llamaran por su nombre, también en que la tutearan, pero eso último no lo había conseguido. La mujer infundía demasiado respeto.

—Todo lo que una vieja de huesos cansados puede hacerlo.

Se acercó al sofá, renqueando con el bastón apoyándose con sonoridad en el suelo a cada paso. Alana la ayudó, asiéndola del brazo y sentándose a su lado cuando ella lo hizo.

—¿Habláis de Regina?

—Así es —dijo Violet.

—Es de las vecinas más decentes que tengo. No como ese despojo del conde.

—¡Abuela, no empieces otra vez! —se escandalizó Alana.

—Sí, sí, sé que estás encandilada con William, pero pobrecita mía —le palmeó la mano—, no creo que sepas donde te metes. Si Lucifer campara a sus anchas por aquí, te juro que se guardaría

mucho de toparse con el conde Sinclair, esa abominación hasta espantaría al mismísimo diablo.

Amanda alzó las cejas con mucho interés, y Violet pareció reprenderla.

—¿Qué? —susurró—. A mí Daemon me cae bien.

Clementine sonrió, satisfecha al escucharla.

—¿En serio? —preguntó Alana, con total incredulidad.

—A mí también —dijo la tía, para mortificación de la joven—. Sí, sí. Ya sé que si estás enamorada del hermano que tiene leche en las venas, no puede gustarte el otro, pero créeme, Daemon siempre fue un buen chico, hasta que su padre acabó con su paciencia.

—Es un grosero deslenguado —opinó Alana.

—Sí, en eso no puedo contradecirte —la anciana pareció divertirse—, pero qué lengua —se rio con ganas—, es el único que ha sacado de sus casillas a su padre y solo por eso ya tiene mi simpatía. Fue todo un espectáculo verlo.

—Y, aun así, sé de buena tinta que al terminar la temporada regresará con el conde —dijo Alana en tono de reproche—. ¿Qué nos dice eso de él? Pues que no es un hijo desinteresado.

—Oh, ¿y quién lo es? —Clementine agitó la mano—. Hasta tu William lo soporta porque quiere que le entregue una parroquia en

bandeja, o tal vez por… miedo. Ese chico se asusta hasta de su propia sombra.

—Eso no es verdad —Alana puso la espalda recta y alzó el mentón al tiempo que desviaba la mirada hacia la ventana.

Afuera el tiempo era gris, como su humor en esos momentos.

—No te enfades, —le dijo la tía en tono conciliador—, solo era una observación. Comparar a los dos hermanos siempre deslucirá más a William, pero eso no significa que no sea un buen hombre.

—Lo es —aseguró, convencida.

Amanda miró a Alana y tuvo claro que el interés por William Sinclair iba más allá de la admiración. Su amiga parecía realmente interesada en él. Estaba realmente… enamorada.

La tía cambió de tema con rapidez. Ya le habían dedicado demasiado tiempo a hablar de ese pusilánime.

—Cuando vayáis a visitar a Regina, enviadle mis buenos deseos y una invitación a tomar el té.

—Por supuesto, lo haremos con gusto —aseguró Violet.

Amanda suspiró.

Se temía que esa visita sería más pronto que tarde y con su suerte se encontraría sin remedio atrapada en un salón con Edward Chambers, aunque, por otro lado, había sido ella quien le había

pedido ayuda para encontrar un marido. Un hecho que no había querido comentar con sus amigas, al menos no de momento.

Cuando dos golpes en la puerta anunciaron la aparición del mayordomo, Amanda se sintió aliviada al ver que no anunciaba una visita, sino que llevaba algunas cartas sobre una bandeja de plata.

—¿Hoy el correo se ha atrasado, Thomson?

—Eso me temo milady —dijo el hombre, acercándose a las damas—. Hay carta para la señora Phillips y dos para la señorita Belford.

Amanda hizo un esfuerzo por no hacer una mueca de fastidio, ¿quién podía escribir sino Robert? Su hermano, se dijo, era muy probable que se hubiera pensado mejor eso de retrasar su llegada a Londres.

Cuando Violet tomó la carta que iba a su nombre, Amanda vio la decepción en su bello rosto, pero solo un segundo. Lo hizo al ver que, efectivamente, la carta dirigida a ella, era de Robert, no de su esposo James.

Por otro lado, cuando Amanda tomó la suyas, vio que quien le escribía era Livia y que la segunda carta…

—¡Dios mío! —se puso de pie de un salto—. ¡Es de Edith!

Violet sabía que debería reprenderla, pero hacía tiempo que no veía a Amanda tan contenta y lo dejó pasar.

—¿Cómo es que ha llegado el correo aquí?

—James debe haberlo enviado —y por consiguiente debía saber exactamente donde estaban. Entrecerró los parpados al darse cuenta de ese hecho inquietante.

—Si me disculpan.

La anciana tía de Alana refunfuñó algo que Amanda no escuchó al trotar hacia la puerta, dejando tras de sí la risita ahogada de sus amigas.

—¿Siempre es así? —preguntó Clementine, divertida.

—Me temo que sí.

Ya en su habitación que ocupaba como invitada, se sentó en la cama, y rompió con impaciencia el lacre de papel satinado.

Se le iluminó el rostro al reconocer la hermosa caligrafía de Edith.

Querida Amanda,

Espero que te encuentres bien y tu mente no se ocupe en indeseados que no saben lo que se han perdido. Dicho esto, Nueva

York es una ciudad increíble.

Edith se pasó media carta alabando a Nueva York, hablando de la salud de su abuelo y de más cosas interesantes que a veces Amanda le resultaban casi imposible de creer. Suponía que así era el nuevo continente, interesante y… raro.

La ciudad está llena de vida y de promesas. No se parece demasiado a Londres, y todo me parece tan exótico… Aquí parece que nadie es de Nueva York y es que cada día acuden nuevos colonos, o bien para instalarse en la ciudad o para ir mucho más allá. Debo decirte que todo lo relacionado con este país me fascina.

Hay mucho que ver, y gente muy interesante que conocer.

La pasada noche, asistí junto a madre a ver la obra de Macbeth, que como sabes, es una de mis preferidas. Aunque el Park Teatre no tiene mucho que envidiar del Drury Lane, la representación fue de nuestro agrado. Jamás pensé que en el nuevo mundo tuvieran tan buena escuela de teatro.

Aunque no es de eso de lo que deseo hablarte.

He de contarte algo. Aquella noche me presentaron a un caballero, si es que se le puede llamar así. Tiene un aire salvaje,

propio del continente americano y al mismo tiempo… su conversación es muy interesante. Te caería bien, su sarcasmo supera con creces su educación. Mi madre dice que es inmensamente rico, tanto, que podría comprar media Inglaterra. Ella insistió en que, a pesar de ser americano, sería un buen partido, sin embargo, jamás me casaría con alguien así.

Solo lo haría por los caballos, pues posee un rancho, cerca de la frontera. Pero si soy franca, de casarme como quiere mi madre, lo haría con alguien que tuviera mis ideas y respetara mi libertad. ¿Existe un hombre así? Lo dudo.

Amanda también lo dudaba, porque de existir, ella también podría llegar a planteárselo.

La idea revoloteó en su mente toda la tarde.

De casarse… ¿por qué no buscar a un hombre que la dejara ser libre? ¿Existía tal espécimen? Pensó en tía Clementine y en sus palabras del día anterior y convino que no entregaría su vida a alguien que no le permitiera ser ella misma.

De pronto, acudió a su mente Edward, totalmente empapado, saliendo del agua, con la camisa pegada a sus músculos y su pelo

rubio, pegado a su frente. Meneó la cabeza de un lado a otro y resopló. Desde luego, él no cumplía ese requisito.

Bufó y plegó con cuidado la carta de Edith para a continuación, leer la carta de Livia.

Querida Amanda,

¿Cómo fue vuestro viaje a Escocia? A pesar de que soy feliz al saber que estoy a punto de ser madre, añoro esa hermosa tierra y, aunque de momento sé que eso no será posible, espero visitarla de nuevo algún día, pues nos dejamos muchas cosas por ver.

Hace apenas dos días que me llegó tu carta y sé que deseas quedarte por más tiempo en el campo. Ojalá pudiera ser así y lamento tener que darte una mala noticia…

No te enfades, pero sé que tu hermano te hará regresar a Londres. No quiere que te sigas escondiendo en Nottingham. Por ello, ha mandado a buscarte.

Por favor, intenta comprender y no perder los nervios.

A estas alturas, es muy probable que tu acompañante en esta temporada ya esté allí para llevarte a Londres, él y su tía Regina.

Amanda parpadeó sin entender nada, hasta que leyó la siguiente frase.

Robert ha pedido a Edward Chambers que te haga de escolta en esta temporada, como buen amigo y vecino que es de la familia.

—¡¿Qué?! —exclamó, horrorizada— ¡No!

En ese momento, Violet apareció por la puerta de su dormitorio. Por la cara que puso al mirarla desde el marco de la puerta, se supo traicionada.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó Amanda, ofendida.

Violet respiró hondo por la nariz e intentó forzar una sonrisa.

—Bueno, sí. No te enfades.

El grito de Amanda Belford se escuchó hasta en las caballerizas de lady Clementine.

Capítulo 23

Cuando unos días después, el carruaje de los Chambers, seguido por el de los Belford, abandonó la propiedad de la vieja tía Clementine, uno de sus pasajeros no lo hizo de muy buen humor.

Convinieron que los cuatro viajarían juntos en el de los Chambers, al menos al inicio del viaje, y en el de los Belford cargarían únicamente el equipaje, para mayor descanso de los caballos. Si tía Regina y Violet pensaron en algún un momento que era buena idea que Amanda y Edward viajasen juntos, pronto perdieron toda esperanza.

—Eres una rata —susurró Amanda, negándose a mirar a su archienemigo, cuando las dos damas fingieron quedarse dormidas por el traqueteo del viaje.

Edward resopló.

—Por Dios… —murmuró, de igual forma—. Solo voy a ser tu acompañante durante esta temporada.

—¿Solo? Vas a ser mi carcelero, eso es lo que vas a ser.

—Vivirás con tía Regina y conmigo, por no mencionar que Violet también estará con nosotros —miró a las dos damas, asegurándose de que no les escuchaban, para añadir—: Yo soy quien necesita compasión, tres mujeres…

Amanda lo fulminó con la mirada antes de que se atreviera a acabar la frase.

—No te atrevas a hablar mal de nosotras o juro que te lo haremos pasar muy mal.

—Ya lo haces.

Se quedaron un instante en silencio, hasta que Edward no soportó que estuviera enfadado con él.

—¿Crees que podía negarme a tu hermano?

Ella lo miró de reojo, pero no descruzó los brazos sobre el pecho, señal de que seguía molesta.

—Creo que podrías habérmelo dicho cuando nos encontramos en el lago.

Violet, que al igual que Regina, había estado escuchando la conversación, no pudo evitar dibujar una sutil sonrisa cuando sintió el codo de Regina golpearle el brazo.

Así que se habían encontrado en el lago…

—Sí, pero no quería que aprovecharas para huir —respondió Amanda, ignorando por completo que las dos damas fingían dormir. Era más que evidente lo que pensarían, de que una señorita se topase en el lago, a solas con un hombre, más teniendo en cuenta que había regresado con el cabello mojado a casa de Clementine.

—No hubiera…

Amanda se calló de pronto, en parte porque Edward la miró como si supiera muy bien como hubiera reaccionado y en parte porque en verdad hubiera huido.

Cuando tía Regina abrió los ojos, la conversación entre susurros dio por finalizada y ambos miraron disimuladamente por la ventana.

—Cielos, he dormido como un lirón. ¿Ya hemos llegado?

En ese momento, Violet también fingió despertar y miró por la ventana.

—Me temo que aún queda mucho camino por delante.

Y así era, pero antes de caer la tarde se detuvieron a pasar la noche en la posada de un pueblecito pintoresco.

Mientras los lacayos descargaban el equipaje, Amanda no pudo evitar fijarse en un enorme árbol que había frente a la posada,

varias de sus ramas daban a dos de las habitaciones. Sonrió con maldad hasta que Violet la distrajo.

—Ni se te ocurra —le dijo, cuando Edward y tía Regina hubieron entrado.

—No sé de que me hablas —se quejó Amanda, pero su prima no la creyó ni por un instante.

La cena transcurrió con relativa tranquilidad. Estaban fatigados por el viaje y tras llenar su estómago con una deliciosa comida casera, cada uno subió a sus respectivas habitaciones.

Amanda compartiría la suya con Violet, y por eso tuvo que esperar a que se durmiera para poder llevar a cabo su plan.

Tras salir de su cama y atravesar la habitación de puntillas, salió por la ventana, sin mirar atrás.

Edward se estaba preparando para irse a la cama, cuando escuchó unos golpeteos en el cristal biselado. Se extrañó, pero poco después no le dio demasiada importancia, pues hacía algo de viento y las ramas del árbol golpeaban en la ventana. Sin embargo, al oír de nuevo los golpes, miró fijamente.

Su sorpresa fue mayúscula cuando al abrir la ventana para que entrara el aire fresco de la noche, se encontró con una silueta menuda sobre la rama del árbol que daba a su habitación. La silueta, iba en camisón.

—¡Edward, ábreme!

Parpadeó confuso, perdiendo unos segundos preciosos antes de reaccionar.

—Pero, ¿cómo…?

Escuchó un gemido, un ¡ay! y alguien trastabilló y se precipitó sobre él.

Cayó al suelo de espaldas, con esa persona encima.

Cuando abrió los ojos, y se encontró con la cara de Amanda, muy cerca de la suya, se olvidó de respirar.

Los carnosos labios de la señorita Belford estaban a escasos centímetros de su boca. Los cabellos sueltos le hacían cosquillas en la frente y con un sutil movimiento, Edward intentó apartarlos. Un gesto demasiado íntimo que hizo que Amanda se ruborizara.

El corazón de la joven empezó a latir con tanta fuerza que creyó que él podría escucharlo. Como si la hubieran azuzado, se incorporó, con tan mala suerte que cayó sobre sus posaderas y se golpeó la cabeza contra la pared.

—¡Ay! —Se llevó la mano a la nuca y se rascó con fuerza, como si así pudiera librarse del dolor. Gimió un poco y Edward se puso en pie con rapidez.

Al verla sonreír, se dio cuenta que no tenía nada grave y apretó los labios dejando crecer su mal humor.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —exclamó con los dientes apretados.

Ella lo miró boquiabierta.

—¡Shhh! Cállate, o nos descubrirán.

—¿Descubrirnos? ¡Cielo santo! —se llevó las manos a la cara y se apartó el mechón rebelde que le caía sobre la frente—. ¡Vete ahora mismo!

—No, sin antes hablar contigo.

La miró como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Y de qué crees que vamos a hablar?

—De mi lista —respondió Amanda, poniéndose en pie.

Edward parpadeó confuso.

—Tú, ¿qué? —Iba a volver a reprenderla, hasta que se dio cuenta de que iba prácticamente desnuda.

La miró, conteniendo el aliento y mirándola sin habla.

Iba descalza. Llevaba un largo camisón y sobre él, una bata holgada de verano. Tan fina que Edward pensó que si se pusiera frente a la luz del fuego podría ver… No, gracias a Dios que la chimenea estaba apagada.

—Amanda —cerró los ojos y sintió como la exasperación crecía.

Ella lo ignoró y pasó frente a él. El cabello suelto caía en cascada tras su espalda y sus mejillas estaban sonrojadas por el esfuerzo de trepar a ese árbol.

—No te has parado a pensar en las consecuencias. ¿Qué pasará si nos descubren?

Amanda puso los ojos en blanco.

—¿Qué van a descubrir?

—¡Estás en mi habitación, estamos solos! —abrió los brazos como si ella fuera tan tonta como para no haberse dado cuenta del tremendo escándalo que eso suponía.

—No seas tan dramático —Amanda dio un manotazo al aire, restándole toda importancia a ese hecho inaudito—. A nadie se le pasaría por la cabeza que esté aquí.

—¿Qué me dices de Violet?

—Cuando salí por la ventana, roncaba como un jabalí.

Edward no daba crédito. ¿Qué le pasaba a esa muchachita salvaje?

—Amanda… —intentó centrarse—. No eres consciente de la situación. Sabes que no puedes estar aquí, ¿verdad?

—Lo sé. Pero necesito hablar contigo sobre nuestro plan y no puedo hacerlo con Violet y Regina viajando con nosotros. Este es nuestro secreto. —Pareció meditarlo—. De momento.

Dudaba que pudiera ocultarle nada a su prima por mucho tiempo.

—Pues espera a que lleguemos a Londres.

—Ni hablar.

—¡Amanda!

Ella lo ignoró.

—¿Sabes? Durante mi viaje a Escocia, he estado pensando mucho en mi futuro esposo —dijo ella, sentándose al borde de la cama de Edward, mientras él la miraba con los ojos muy abiertos—. Cuando me case, no quiero perder mi libertad.

—¿Deseas seguir subiéndote a los árboles?

Lo miró con cara de pocos amigos. No la estaba tomando en serio.

—Sí, y bañarme en el lago, salir a cabalgar a horcajadas y no tener que visitar Londres jamás.

—Jamás es mucho tiempo.

Ella prosiguió.

—Por supuesto, me gustaría gozar de independencia económica y viajar siempre que lo desee sin que mi esposo me ponga trabas. Por todo eso, debemos pensar muy bien a quién incluir a la lista de pretendientes. Y para eso, necesito hablar contigo.

—Amanda…

—Me ayudarás, ¿verdad? —lo miró de tal forma, que casi se le derrite el corazón. Necesitaba que él dijera que sí. No se veía capaz de pasar una larga temporada en Londres bajo la tutela de su hermano, quien seguramente la vendería al mejor postor.

Se estremeció cuando un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—Amanda —dijo, acercándose a ella para cogerla del brazo y hacer que se levantase de la cama—, sabes que te ayudaré con todo lo que me pidas, siempre que sea razonable, pero tú también vas a ayudarme a mí y vas a salir ahora de mi habitación.

Ella refunfuñó, pero con el mentón alzado se dirigió a la ventana.

—Haz la lista.

A Edward casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Por la ventana no. Por la puerta.

Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Quieres que todo el mundo me vea?

—Por supuesto que no. Pero una dama no sale por la ventana.

—¿Una dama sale de la habitación de un codiciado soltero por la puerta de su dormitorio?

Edward apretó los puños. Le dolían las manos por el deseo de estrangularla.

—Estás acabando con mi paciencia.

—Lo cierto es que me sorprende que tengas tanta.

Bufó dando grandes zancadas y tomándola del brazo.

—Vete.

—La lista —dijo ella dejándose arrastrar—, elabórala esta noche y mañana la comentamos.

Él la ignoró al abrir la puerta y asomar la cabeza.

—¿Qué? ¿Hay moros en la costa? —se burló.

Él la fulminó.

—No te burles, nadie puede verte aquí.

—¿Por qué? —parpadeó, de forma encantadora.

—Porque nos obligarían a casarnos.

Hubo unos segundos de profundo silencio, Amanda parpadeó sin decir nada y Edward reaccionó dándose la vuelta y volviendo a centrar su atención en el largo pasillo.

—Nadie —le dijo en un susurro.

La sacó al pasillo y siguió arrastrándola hacia la habitación de que compartía con Violet. Al llegar, intentó girar el pomo y se dio cuenta que la puerta estaba cerrada con llave.

Amanda lo miró como si no fuera muy listo.

—Sí, solemos cerrar con llave…

—Oh, cállate Amanda.

A esta se le escapó una risita.

—Si no entro por la ventana se dará cuenta que estoy aquí en camisón y que tu estás a mi lado.

Ahora fue el turno de Edward de sonreír.

—Y te regañaría.

Amanda puso cara de confusión. Sí, era probable que se llevara una regañina por haberse ido por la ventana.

—Sí, pero…

No tuvo tiempo de reaccionar.

Edward alzó el puño y tocó la puerta con tres fuertes golpes que la hizo temblar, luego… huyó como un cobarde hasta meterse en su habitación.

El grito airado de Violet se escuchó en el interior.

—¡Amanda!

—Estoy aquí —dijo esta, viendo como Edward asomaba la cabeza por la puerta de su dormitorio y le sonreía triunfal.

Ella bufó y en ese instante la puerta de Edward se cerró mientras se abría la de Violet.

—¡Amanda! Por el amor de Dios. Vas a quitarme años de vida.

Edward se echó a reír a pesar de todo. Aún pensando en la hazaña de Amanda, cerró la ventana y se dejó caer en la cama, mientras intentaba pensar en lo que ella le había dicho.

Una lista.

Quería una lista.

Resopló. Pero tal y como le había prometido, pensó en ello. Podría elaborarla. Pero mientras pensaba en quien podría ser el candidato para esposo de Amanda, pensó también en que ese

hombre tendría el privilegio de compartir su cama, de verla en camisón…

Intentó calmarse y le fue totalmente imposible.

La imagen de Amanda en camisón, con el pelo suelto y el rostro encendido, no le permitió dormir.

***

—¿Has podido hablar con Amanda estos días? —preguntó la tía Regina cuando se acercaban a las afueras de Londres.

Iban los dos solos en su carruaje, mientras Amanda y Violet ocupaban el otro que les precedía.

—Yo no diría que eso ha sido hablar —se quejó Edward, mirando por la ventana.

Si su tía supiese que esa jovencita se había colado en su habitación, incluso ella se escandalizaría.

—Básicamente, he intentado explicarle la situación y ella se ha limitado a mirarme con rencor y desaprobación. —Suspiró y se cruzó de brazos—. No sé por qué le dije que sí a Robert.

—Porque es un buen amigo tuyo, y su mujer está embarazada por primera vez —le contestó Regina—. Eres demasiado

generoso como para poner una sola preocupación más sobre sus hombros.

—Y por eso deberé llevarla sobre los míos.

—Amanda no será una preocupación —Regina hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

Entonces Edward la miró como si hubiera perdido el juicio.

—No, solo será un largo tormento.

Regina se rio, a sus pasados cuarenta años cuando lo hacía parecía mucho más joven. Sus hermosos bucles castaños se balanceaban a cada lado de su rostro. La escuchó suspirar, como si se compadeciera de él, pero Edward sabía que le encantaba toda aquella situación. Pasaba demasiado tiempo a solas en su solitaria mansión. Ocuparse de Amanda Belford y pasar ni que fuera un par de semanas en Londres, era una gran aventura para ella. Pero para él…

—¿Bailes, presentaciones, charlas…? ¿De verdad esperas que esa cría se comporte como una dama?

—Ya no es una cría —le amonestó Regina con paciencia—, y no la llames así solo para fastidiarla, sé que tú también piensas que no lo es.

Ante aquellas palabras, Edward guardó silencio y volvió a mirar por la ventana.

Su tía tenía razón, pero jamás lo diría. No era posible que se hubiera dado cuenta que miraba a Amanda de otra manera. Tragó saliva.

No sólo no podía arrancarse de la cabeza la imagen de esa beldad rubia nadando en el lago, con los rayos del sol acariciando su piel de luna. Ahora tampoco podía olvidarla, sentada en su cama, con el pelo suelto, descalza y en camisón.

—¿Estás bien, querido? —preguntó Regina.

Edward asintió, pero su mente dijo que en absoluto, y que tardaría mucho tiempo en estarlo nuevamente.

—Estoy bien.

—Pues pareces acalorado, ¿quieres que abramos un poco más la ventana?

Negó. Abrir un poco la ventana no solucionaría nada. Lo que tenía que hacer era huir de Amanda Belford, eso sí que iría a favor de sus intereses. Pero no, tuvo que prometerle a Robert que se haría cargo y ahora… ahora estaba en el infierno.

Miró por la ventana por un largo tiempo.

Fue un camino tranquilo hasta llegar a su propiedad, situada a las afueras, donde poseían un gran jardín y un majestuoso invernadero. A Edward le gustaba que tuviera un gran jardín y que eso le aliviara la sensación de estar en la ciudad, lejos de su adorado mundo rural. Aunque la zona, poco a poco se iba llenando de grandes caserones de nuevos ricos y aristócratas que como él huían del bullicio del centro.

—El vecindario es mucho más bullicioso de lo que recordaba.

Edward estuvo de acuerdo con su tía.

Hubiera optado por venderla, si no supiera que en algún momento de sus vidas la necesitarían. Como en ese instante, se quejó interiormente.

—Mientras esté aquí, aprovecharé para compra maquinaria nueva —le dijo Edward a su tía—, por lo que espero que me alivies de mi carga, referente a la señorita Belford.

Regina le sonrió.

—Puedes contar conmigo, seguro que nos divertiremos mucho junto con Violet, pero desde ya, te advierto que no vas a poder escapar de tus obligaciones. Nos acompañarás a los bailes, y te aseguro que organizaremos uno nosotros mismos.

Eso se temía.

Edward puso los ojos en blanco mientras salía después de varias horas encerrado en ese cubículo que era su carruaje. Se volvió, ignorando al lacayo, y tendió una mano a su tía, quien salió como si sus huesos no protestaran por el viaje de varios días.

Justo detrás de ellos, se detuvo el carruaje de los Belford y tanto Violet, como Amanda, descendieron de él.

Por un momento, las miradas de Edward y Amanda se quedaron cosidas la una a la otra, pero ninguno de los dos dijo nada. Fue Regina quien los apresuró a que saludaran al personal y entraran.

—Os deseo que descanséis antes de la cena, donde hablaremos de nuestras actividades para el resto de la semana —informó Regina.

Amanda se esforzó por no resoplar al escuchar las palabras de tía Regina. Era una dama encantadora y no quería violentarla con su actitud inconformista.

Violet la miró y asintió complacida al apreciar su esfuerzo.

—Vamos, descansemos un poco.

Edward se quedó en el vestíbulo dándole instrucciones al mayordomo, mientras el ama de llaves subía con las invitadas de la casa para enseñarles sus habitaciones.

Gracias a su aviso, la casa bullía de actividad por los nuevos empleados que se habían contratado. Miró a las damas subir la gran escalera central. Amanda iba tras su tía y Violet, que a pesar del cansancio, hablaba con su prima animadamente.

Edward demoró su mirada en la suave línea de sus hombros, su delicado cuello, expuesto como no solía estarlo, al llevar un recogido sencillo que juntaba sus rizos dorados.

Tragó saliva y sus ojos pasaron a la línea de su espalda y el lazo ornamental, justo sobre su trasero. Abrió la boca, sin saber muy bien qué hacía.

Carraspeó, al sentir como sus mejillas se teñían de un denso rubor.

Antes de ver desaparecer a Amanda por la escalera, se dio cuenta de que quizás, tenerla bajo el mismo techo, iba a ser mucho más complicado de lo que hubiera supuesto.

No tenía la menor idea de cuanto.

Capítulo 24

Pasado un solo día, Amanda miró por la ventana de su dormitorio. Violet y Regina, no tardarían mucho en ir a buscarla con cualquier excusa para que las acompañara a una actividad cualquiera. No importaba donde, estaba segura de que lo único que querrían era hacerla salir de su cueva.

Suspiró.

No podía creerse la encerrona de Robert, ni que Edward Chambers hubiera aceptado ser su… ¿protector? ¿alcahuete? Puso los ojos en blanco.

Enfurruñada, siguió mirando por la ventana. Le hubiera encantado rebelarse y permanecer recluida en aquella casa que no era la suya. Porque sí, además de vivir con Edward, tenía que hacerlo en su casa. ¿Desde cuándo estaba permitido que un hombre soltero cobijara bajo su mismo techo a una debutante? Pues supuestamente desde que vivía bajo el mismo techo que una viuda de reputación intachable y la joven tenía como dama de compañía a

una dama casada con un alto cargo del ejército, es decir, el paradigma de la corrección.

¡Ja! Si la gente supiera la clase de libros que leía Violet y que acababa de plantar a su marido, de una forma que jamás haría una abnegada esposa…

Suspiró, perdiendo la vista en la ventana del salón.

No muy lejos de allí estaba su casa de Londres o, mejor dicho, la casa de su hermano Robert. Ya que parecía muy poco probable que ella pudiera tener nada a su nombre, fuera en la ciudad, o no.

Apoyó la frente en el cristal. El frescor la reconfortó por un instante. Hacía calor esos días y lo que menos le apetecía era salir a pasear por el parque tal y como Violet le había advertido que debían hacer.

Se alejó de la ventana y dejó de observar el ir y venir de los transeúntes.

Cuando vivían sus padres, aquel era un barrio tranquilo. Tanto la suya, como la casa de sus vecinos, eran anchas, con escalinatas de piedra y en la parte trasera poseían amplios jardines, con mucho más terreno que los ornamentales jardines delanteros, cercados con verjas de hierro que daban a la escalera de servicio por la que los

criados entraban en la cocina. Algunas, como las de los Chambers, incluso gozaban de un invernadero, que solía utilizarse para tomar el desayuno durante los días que se echaba de menos el Sol, más que para que crecieran exóticas plantas en su interior.

Unos toques en la puerta le indicaron que se había terminado su periodo de tranquilidad.

—Adelante.

Por su manera de tocar, Amanda ya había deducido que no era ninguna de las doncellas de la casa.

—Hola —se animó a saludar Violet— ¿Cómo has estado?

—Bastante bien —dijo ella, dando unos pasos hacia su prima.

—Me alegra que hayas podido descansar después del almuerzo.

Amanda asintió, aunque no es lo que había dicho. Le hubiera gustado quedarse un tiempo más, a solas, en su habitación, leyendo un buen libro.

Al ver su lectura sobre la cama, Violet tomó el libro entre sus manos y sonrió.

—Hay un lugar donde quizás sí te guste ir.

Amanda alzó una ceja, más por incredulidad que por la sorpresa de que le propusiera una salida.

—Si es la biblioteca de Edward, me la sé de memoria y aunque es fascinante, te prometo que no lo es tanto como para que olvide que me habéis engañado para convivir bajo su techo.

Violet levantó las manos en señal de rendición.

—Por favor, no me culpes por las nefastas decisiones de Robert —le sonrió contrita, pero realmente ella había propiciado, junto con Regina, que todo sucediera. ¿No era una solución magnífica que esos dos pasaran tiempo juntos? Regina juraba que sí, y Violet estaba completamente de acuerdo con ella.

Desde que habían compartido el viaje, Amanda concentraba todas sus energías en competir con Edward. No tenía tiempo para estar deprimida, sí un poco molesta, pero Violet la conocía bien y veía como se movían los engranajes de su mente. Estaba intentando pensar en formas de fastidiarle la vida. Y… aunque ninguno de los dos era capaz de darse cuenta ahora, sí lo hacían ella y la buena de Regina.

Suspiró.

—Aunque me encanta la biblioteca de Edward, lo que te propongo es salir afuera.

Amanda ladeó la cabeza, con expectación.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde?

—Hay una conferencia, de esas en las que se habla de tus temas favoritos.

Amanda mudó la expresión y plantándose delante, la tomó por ambos brazos.

—¿Lo dices en serio? —Sus ojos brillaron a causa de la excitación.

Violet rio.

—Por supuesto, ¿por qué te sorprendes? Ni que fuera la primera vez.

—Ya —vaciló Amanda—. Lo sé, pero también sé que mi hermano no lo aprobaría, y ahora que estamos aquí…

—¿Sí? —La animó a continuar.

—No creo que al vizconde le entusiasme la idea.

Violet alzó una ceja, esta vez sí que estaba sorprendida.

—¿Y desde cuando te importa lo que diga un hombre respecto a tus gustos literarios?

Amanda se echó a reír.

—Pues, lo cierto es que tienes razón.

Violet la tomó del brazo y después de dejar el libro sobre el tocador, le enseñó el panfleto que había recogido de las manos de un pilluelo, anunciando la charla para esa misma tarde.

Regina estaba de visita en casa de una de sus amigas, y según parecía era una visita ineludible, pues de ella saldría la elaboración de un plan para casar a su sobrino. Desde luego, tía Regina no pensaba dejar pasar la oportunidad de que Edward saliera y se relacionara con la flor y nata de la sociedad. Había llenado la agenda para esa semana y para la siguiente, esperaba encontrar la fecha ideal, que no se solapara con ningún evento importante, solo para poder anunciar por fin un baile en casa del vizconde de Glastonbury.

Cuando media hora después, Amanda y Violet entraron en el centro de conferencias, las primeras filas estaban ocupadas por damas de mediana edad, algunas nobles y otras que, por su atuendo, servían en algunas de las casas adineradas de la ciudad. Pero en los asientos de más atrás, había mujeres más modestas, y algunos hombres.

A Amanda le llamó la atención ver algunos caballeros acudir a aquellos actos, pero la conferenciante estaba casada y supuso que, por amistad, los amigos de su esposo querían darle apoyo moral.

No es que Amanda despreciara a los hombres, pero entendía que muy pocas veces los intereses de estos, estaban junto a los de las mujeres.

Cuando tomaron asintió, a Amanda le llamó la atención que un apuesto joven le sonriera, señalando el asiento vacío de al lado.

—¿Está ocupado? —preguntó, amablemente.

El joven debía tener no más de veinticinco años, ojos marrones y un cabello del mismo color, pero con mechones más dorados a causa del sol del verano.

Amanda le sonrió y asintió con la cabeza.

Volvió la mirada al frente cuando el joven tomó asiento.

—Buenas tardes —susurró, sabiendo que la conferencia estaba a punto de comenzar.

Se inclinó hacia delante y saludó también a Violet, entendiendo que de las dos era la mayor y por lo tanto la que podía sentirse ofendida si su pupila entablaba conversación con un desconocido.

—Buenas tardes —le respondió Violet, amablemente.

—Me llamó Harvey Wilmot —se presentó—. Espero que me perdonen por la interrupción, pero me interesan mucho estos temas, es la primera vez que asisto a una de estas conferencias. No sé qué se espera de los hombres interesados en estas cosas, ni si podemos intervenir.

Los ojos de Amanda se agrandaron con interés. Miró a Violet, que le devolvió la mirada a su vez. Ambas intentaron ocultar una sonrisa.

Creía poder decir que era inusual ver a un hombre interesado en los derechos de la mujer como ciudadana.

—Yo soy Violet Phillips, y ella es Amanda Belford, mi prima —dijo Violet, inclinando la cabeza a modo de saludo.

—¿Phillips y Belford? —pareció meditarlo—. Lo lamento.

—Su marido es el mayor Phillips, y mi hermano es el conde de Shepton —se apresuró a decir Amanda.

—Oh —se animó Harvey con una sonrisa franca—. Por supuesto, Robert Belford. —miró a Violet—. Lo lamento, no tengo mucho contacto con la cúpula militar y creo no conocer a su marido. A su hermano, solo lo conozco por su reputación, que es excelente.

Ambas mujeres asintieron mientras miraban como una mujer, pasados los cincuenta, subía a la tarima con un discurso en la mano.

—Parece que va a empezar —susurró Harvey en el oído de Amanda.

Ella lo miró con suspicacia, pero al ver que enseguida miraba a la mujer protagonista y aplaudía con entusiasmo cuando fue presentada, se dijo que quizás ese hombre era una rara avis.

Pasaron los minutos y durante la conferencia Amanda fue mirando de reojo al joven. Asentía y murmuraba algunas palabras que ella no logró comprender. Todo indicaba que realmente estaba interesado. También se apasionaba ante algunas partes del discurso, era más que evidente que compartían ideas y formas de pensar.

Cuando hubo terminado la conferencia, Amanda prestó atención a algunas damas que había conocido en otras charlas. Para cuando quiso regresar su atención hacia el señor Wilmot, este había desaparecido.

Lo lamentó, pues le hubiera gustado despedirse.

Se encontró buscándolo con la mirada, y lo halló al fondo de la sala, conversando con un hombre más mayor, de sienes plateadas pero de porte regio. Era sin duda un aristócrata.

Cuando mantuvo una amena conversación con la conferenciante, Amanda se sintió tan entusiasmada como Violet después de que esta aceptara su invitación para tomar el té la tarde siguiente.

—¿Crees que a Edward le importará?

—¿Que hayamos invitado a la señora Bitsham? Por supuesto que no —le palmeó la mano Violet—, dejó claro que su casa era ahora la nuestra también, y que por supuesto podrías recibir las

visitas que quisieras. Y no solo se refería a pretendientes a quien tu hermano aprobaría.

—¿Sino también a damas de ideas liberales que sin duda mi hermano, no aprobaría?

Violet le apretó la mano mientras sonreía.

—Mejor será que lord Chambers no nos escuche mientras tomamos el té —dijo, en tono confidente—. Y si lo hace, Regina se ocupará de él.

Ambas mujeres salieron al exterior y el sol de la tarde les hizo parpadear bajo el ala de su sombrero. No tardaron en enfilar la calle, hasta que una voz las llamó, deteniendo su avance.

—¿Señorita Belford? ¿Lady Phillips?

Amanda parpadeó al reconocer esa voz y darse la vuelta para encontrarse cara a cara con el joven Harvey Wilmot.

—¿Señor Wilmot?

—Lamento abordarlas así, pero no me perdonaría que se marcharan sin que me hubiera despedido de tan encantadoras damas.

Amanda sonrió, como si esa fuera una frase que un hombre hubiera tenido que repetir un sinfín de veces para que se escuchara así de espontánea.

—No sabía si habían tomado de la mesa la transcripción de parte del discurso de la señora Bitsham. Ha sido inspirador, ¿no creen?

—Muy inspirador —convino Violet, echándose a reír por el entusiasmo del joven—. ¿No crees, Amanda?

—Oh, sí, claro.

La hizo dar un paso hacia delante y Violet se retiró para que los jóvenes hablaran más apartados, mientras ella fingía leer el discurso que Harvey acababa de poner en su mano.

A los cinco minutos las mejillas de Amanda estaban algo sonrosadas, y ese rubor se intensificó todavía más cuando Harvey le preguntó.

—¿Podría… visitarla mañana?

Amanda abrió la boca para responder, pero Violet carraspeó con fuerza. Una clara advertencia de que ni se le ocurriera negarse a ello.

—Oh, por supuesto —dijo con cierta vacilación mientras miraba a Violet—. Por supuesto —repitió con voz más firme.

La cara del señor Wilmot se transformó con un halo esperanzado.

—Entonces, me despido —dijo sin dejar de sonreír—. Hasta mañana, señorita Belford.

Amanda asintió con la cabeza y vio como se alejaba de ella.

Violet no dijo nada, la tomó por el brazo y empezaron a caminar de nuevo, calle abajo.

—Vaya, ese parece un pretendiente interesante.

Amanda suspiró, pero no dijo lo contrario.

Ciertamente, el señor Wilmot parecía un hombre agradable, simpático y con inquietudes similares a las suyas. No le molestaba que una mujer leyera, ni que esta se preocupara por su porvenir, y notó que no se escandalizaba cuando la señora Bitsham mencionó las ideas de la revolución francesa acerca de las mujeres que sí merecían la atención de sus contemporáneos.

Puede que fuera un buen pretendiente, pensó, mientras caminaba del brazo de Violet.

Al otro lado de la calle, Edward Chambers se había quedado con el ceño fruncido.

Había visto con estupor como ese hombre besaba la mano de Amanda, y lo que era peor, que ella no se apartaba. ¡Ni siquiera Violet había puesto impedimento alguno! ¿Por qué? Aunque la

pregunta, más bien parecía ir dirigida a sí mismo. ¿Por qué, al presenciar ese hecho, se había sentido… tan extraño?

Las siguió con la mirada y paró un carruaje, con la intención de acercarse a las damas y obligarlas a subir para regresar juntos a casa.

Cuando tomó el coche de alquiler, este avanzó unos metros y lo detuvo junto a las damas, la portezuela de abrió con ímpetu, sobresaltando a Violet, que se llevó una mano al corazón.

—¡Milord!

—Suban —ordenó, con cara de pocos amigos.

Amanda frunció el ceño, pero su prima, recuperada de la impresión, se limitó a tomar asiento en el carruaje. Después le tocó el turno a Amanda. Puso en pie en el escalón y la mano que Edward le ofreció para subir, se demoró demasiado en su agarre.

Amanda lo miró desconcertada, con la mirada interrogante. Pero antes de que pudiera formular cualquier palabra, él le habló.

—¿Quién diantres es ese petimetre?

Capítulo 25

Cuando la puerta de la mansión se abrió, Edward pasó junto al mayordomo como una exhalación. Era evidente que no estaba contento.

Violet pasó a su lado y seguidamente entró su prima. Cuando vio como Regina se asomaba por la puerta abierta del pasillo con la montura dorada de sus gafas sobre la nariz, Violet se apresuró a negar con la cabeza y se dirigió hacia ella. Ambas mujeres entraron y cerraron la puerta tras de sí.

Fuera, en el recibidor, el mayordomo había desaparecido, solo quedaron Amanda y Edward. Y no se podría decir cual de los dos estaba más enfadado.

—¿Cómo me hablas así?

Él se dio la vuelta antes de enfilar la escalera central. Respiró hondo por la nariz, un gesto que Amanda reconoció como su forma de tranquilizarse.

—Te hablo así porque no me parece correcto que hables con un desconocido en plena calle.

Amanda abrió mucho los ojos, por la sorpresa. Empezaba a comportarse como su hermano.

—Para empezar, Harvey Wilmot ya no es un desconocido. —Puso los brazos en jarras—. Se presentó formalmente a Violet y a mí, de hecho…

Se calló. No pensaba que fuera una buena idea eso de decirle que iba a venir a su casa a tomar el té.

—¿Qué?

—Nada —refunfuñó Amanda—, que no es un desconocido.

—Más te valdría que lo fuera.

Ella avanzó un paso y le clavó el dedo índice en el pecho.

—No hagas eso —le dijo Edward, entre dientes.

—Solo pongo énfasis, a que tú —volvió a clavarle el dedo—, no vas a decirme lo que puedo o no puedo hacer, o con quien o no voy a hablar.

—¡Ja! —Edward soltó una fingida risotada—. Eres tan divertida, Amanda.

Al ver como se burlaba de ella, pateó el suelo.

—Basta, estoy hablando en serio.

—¡Yo también! —rugió, perdiendo todo atisbo de burla—¿Qué hacías con Harvey Wilson?

Ella se cruzó de brazos, pero no apartó la mirada.

—¿Te interesa?

—¿Te interesa a ti?

Ofendida, alzó la barbilla.

—Es posible —elevó un hombro, como si no le diera importancia—. Desde luego, he comprobado que somos afines en ciertas cosas.

—Afines en… —se puso rojo—. Prefiero no saberlo —masculló Edward—. No obstante, no sería un buen amigo…

—¿Amigo? —se burló.

Él la ignoró.

—… Si no te advirtiera que hay hombres mejores en el mercado matrimonial.

—¿Cómo quién? —Alzó una ceja esperando que no dijera que él—. Te recuerdo que no sé sus nombres porque me prometiste una lista.

—Lista que he elaborado con mucho cuidado —le espetó—, pero que sepas desde ya, que el nombre del señor Harvey, no está, ni estará jamás en ella.

—Por suerte, voy a meter algunos nombres de mi propia cosecha.

—Sobre mi cadáver —mordió cada palabra y ella volvió a poner los ojos en blanco.

—¿Quién te crees que eres?

—En ausencia de tu hermano, el responsable de ti.

—¡Bah!

—¿Bah? —se ofendió Edward, al ver que ella se dirigía a pasar por su lado y subir la escalera— ¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¡Amanda! ¡Te estoy hablando!

—Hablaremos cuando me enseñes esa lista de una vez por todas —dijo sin más.

—Mucha prisa tienes por casarte.

Ella se volvió a mitad de la escalera.

—Mucha prisa tengo por rechazar a todos los hombres que tan válidos te parecen. Cuanto antes quede claro que no hay nadie para mí en el mercado matrimonial, antes terminaremos esta farsa y podremos irnos a casa.

Esta vez, Edward se limitó a cerrar los ojos y a respirar profundamente. Al abrirlos Amanda ya había desaparecido.

—¿Escuchas algo? —le preguntó Regina, mientras Violet seguía con la oreja pegada a la puerta, algo poco elegante para una dama, pero que a ninguna de las dos les importaba en ese momento.

—La próxima vez, no deberíamos cerrar la puerta.

Regina estuvo completamente de acuerdo.

—¿Por qué está tan molesto mi sobrino? —le preguntó, divertida.

—Hemos conocido a un joven de modales exquisitos, y muy atractivo —añadió.

Regina se llevó las manos a las mejillas.

—¿En serio? —negó con la cabeza—. Pero eso es malo. No queremos que Amanda se case con otro que no sea Edward.

Violet se tapó la boca con la mano enguantada, mientras soltaba una risita cómplice.

—No, supongo que no. Pero el señor Wilmot es guapo y de conversación más que amena.

Una sonrisa maliciosa se esparció por sus labios.

—¿Y eso qué significa?

—Que Edward lo odiará, y más cuando vea que a Amanda puede resultarle interesante.

—¿Muy interesante? —preguntó Regina, sin comprender.

—Lo suficiente para ponerlo muy celoso.

—¡Oh! El monstruo de ojos verdes —fijó la mirada como si viera a través de la puerta cerrada—. Es maravilloso, Violet.

—Muy pronto Edward se dará cuenta que no quiere a otro pretendiente para Amanda más que sí mismo.

Capítulo 26

—Me alegra mucho que al final hayas aceptado que te organice un baile —le dijo Regina a Edward sin mirarle, centrada en la llegada inminente de los invitados.

Edward, puso imperceptiblemente los ojos en blanco mientras una debutante junto a su padre se inclinaba ante él. Por supuesto les respondió con toda la cortesía que era de esperar. Cuando se alejaron, Edward respondió a su tía.

—Como si hubiera tenido otra opción —masculló, sin perder la sonrisa que era de todo menos sincera.

—Oh, la infinita cola ya termina y podemos iniciar el baile —lo ignoró tía Regina, sonriendo triunfal— ¡Oh! Vizconde Sinclair, qué enorme sorpresa que haya venido.

Daemon Sinclair apareció ante los anfitriones solo, vestido con la sobriedad que le caracterizaba, de negro y con impecable camisa blanca. Ese atuendo severo se rompía cuando uno lo miraba a los ojos. Negros y profundos, con su cabellera leonada por encima

de los hombros. No era para nada el paradigma de un caballero, más bien de Lucifer si este se hubiera presentado en forma mortal para arrebatarle suspiros y más de un corazón a las damas.

—Daemon —Edward sonrió al verle.

—Espero que además de una sorpresa, sea una aparición agradable.

Regina lo miró por encima de su abanico extendido y aleteó las pestañas.

—Oh, siempre es un inmenso placer verlo, pero me extraña que haya aparecido tan temprano.

—Nunca rechazaría una invitación suya por nada del mundo —se inclinó sobre su mano y se la besó, galante.

Edward puso los ojos en blanco cuando Regina rio y se ruborizó como una debutante.

—Espero poder hablar contigo después, Edward —le dijo Daemon a su anfitrión.

—Por supuesto, Belcebú.

Sinclair se marchó con una risita socarrona y se mezcló entre el gentío.

—Un joven muy interesante —apuntó Regina—. Clementine, la tía de los Anderson, siempre habla maravillas de él.

—No entiendo como pueden tener relación, y mucho menos por qué hablaría maravillas de él.

—Es amigo tuyo —se sorprendió Regina, al escucharle hablar así.

—Sí, pero eso no significa que no conozca sus defectos.

Daemon bebía mucho, frecuentaba demasiados burdeles y odiaba demasiado a su padre como para que tuviera un buen final.

—Olvidémonos de él y centrémonos en lo importante.

—¿Que es?

Regina estiró el cuello y, volviéndose hacia los invitados que atestaban el salón, buscó con la mirada a sus invitadas más queridas.

—Ve —lo animó.

Edward frunció el ceño sin saber hacia dónde lo empujaba su tía.

—¿Adónde?

Chasqueó la lengua, como sí su paciencia tuviera un límite.

—¿Dónde va a ser? —Suavemente, le golpeó el brazo con el abanico—. Debes invitar a Amanda a bailar, en el fondo, el baile es en su honor.

Las cejas de Edward parecieron juntarse para expresar reproche y sorpresa.

—Pensé que era para buscarme esposa.

Regina se rio como si ella tuviera un secreto.

—Sí, pero sabes que Amanda debe conocer pretendientes adecuados, y qué mejor que hacerlo de tu brazo, ¿no crees?

—Entonces es en mi honor ¿o no?

—Dos pájaros de un tiro —se limitó a decir Regina sobre el tema—. Ve con Amanda, le prometiste a su hermano que cuidarías bien de ella esta temporada.

—No me lo recuerdes.

No, sería mejor que no se lo recordara, aunque no había podido olvidarlo.

Robert podía ser muy persuasivo, además, no hacía falta que le recordara que le debía algún que otro favor. Con el sacrificio de cuidar de la indomable señorita Belford, Edward se aseguraba que las deudas fueran saldadas.

Miró a la joven rubia, y parpadeó cuando sus ojos azules se clavaron en él. Alzó una ceja interrogante y Edward se vio obligado a carraspear para no atragantarse.

Tener a Amanda bajo el mismo techo, verla en el desayuno, en el almuerzo y en la cena, era suficiente recordatorio de cuáles eran sus obligaciones para con la familia Belford.

Y… un recordatorio de que estaba perdido.

Carraspeó y se tragó su mal humor.

—Apúrate.

—Ya voy —dijo entre dientes, dejando que su mirada se desplazara al tiempo que se acercaba a Amanda.

Vestida de blanco, con su abanico de plumas en la mano, charlaba animadamente con su prima Violet. Parecía más que dispuesta a ignorar a todo el mundo, a debutantes y pretendientes.

Edward se esforzó por no poner los ojos en blanco y avanzar hacia ella como un perfecto caballero. A cada paso, fue consciente de que el rumor de voces masculinas y femeninas se iba apagando, él pensó que el repentino silencio era por la expectación que ambos despertaban. La sociedad era consciente del más sonado escándalo de la temporada anterior, cuando la señorita Belford cruzó la enguantada mano por el rostro del vizconde de Glastonbury. Por si eso no fuera suficiente, al terminar el año anterior se había visto a la señorita Belford en Hyde Park lanzando una boñiga de caballo a la cara del mismo vizconde.

A Edward no le extraña su expectación. Pues ¿qué otro escándalo podría protagonizar la vistosa pareja?

Respiró hondo y cuando pasó al lado de un hombre alto y delgado, aunque de aspecto más que saludable y según el criterio de las demás, muy atractivo, se exacerbó.

Maldición.

Casi tropieza.

Edward reconoció a Harvey Wilmot y le fue difícil disipar su mal humor al llegar frente a Amanda.

—¿Me concede este baile?

Ella, en lugar de hacer una reverencia y aceptar su mano, se limitó por unos segundos, demasiado largos, a enarcar una ceja interrogativa.

—No pareces muy dispuesto a bailar conmigo. —Y es que, por supuesto, había captado su mal humor.

—Se equivoca —respondió, entre dientes—, no sabe cuánto agradecería que me concediera un baile.

Amanda enarcó una ceja.

No se lo parecía, para nada.

—¿De veras?

—Amanda —Violet le dio un ligero codazo, imperceptible para el resto de los presentes—, deja de atormentarle.

Si Amanda iba a contestar, no lo hizo, interrumpida por Edward.

—Lamento que le parezca que no ardo en deseos de bailar con usted, porque… de hecho, lo estoy deseando.

Las palabras arder y deseo, hicieron que Amanda se abanicara con ímpetu, haciendo que las plumas golpearan su escote. Algo que no pasó desapercibido para Edward, que casi se olvida de respirar.

Se apresuró a hacer una reverencia, antes incluso de que Violet la apremiara. Todo un logro.

—Milord —dijo, aceptando su brazo.

Al situarse en medio de la pista, la música empezó a sonar y los pies de Amanda se movieron tal y como el maestro de baile le había enseñado. Por un instante se negó a mirar a Edward, que esta vez parecía estar demasiado cerca. Sería por el calor que empezaba a reinar en el salón, a pesar de que los ventanales estuvieran abiertos. Las manos del conde agarraban su mano enguantada y estrechaban su cintura, moviéndose al ritmo del vals.

No podía negar su atractivo. Sus ojos azules eran preciosos y podía sentir su aroma, a tierra fresca y a romero.

Cuando dio un ligero traspiés, él la agarró con firmeza.

—Lo siento —se disculpó ella, con una risita nerviosa, mientras sus miradas se cosían por unos momentos.

Edward se limitó a mantener esa expresión inexpugnable, la que obligaba a Amanda a elucubrar decenas de teorías sobre lo que estaba pensando. Y es que no, Edward no era tan transparente como su hermano David. Aunque bueno, quizás David tampoco lo fuera, o ella habría visto venir el desenlace truncado de sus aspiraciones con él.

—Quizás un maestro de baile para pulir algunas cuadrillas no estaría mal —insinuó Edward.

—¿Tú crees? —Al ver que nadie podía escucharlos, lo tuteó.

—Por supuesto —se limitó a decir él.

No estaba muy convencida, siempre había odiado las clases de baile. Le molestaba sentirse torpe y pisar los pies de su hermano, a quien madre obligaba a bailar con ella.

Siguieron girando al son de la música.

Amanda, intentando decir algo que la sacara de ese silencio que, de alguna manera, la hacía más sensible a su contacto.

Cuando Amanda apartó la mirada sofocada, se dio cuenta de que, por fortuna, la gente estaba hablando, riendo y divirtiéndose sin que ellos fueran su foco de atención.

Se sintió aliviada.

—Parece que superamos bastante bien el escándalo.

—¿Cuál de ellos?

Ocultó una sonrisa, porque no debía reírse de sus maldades. No debió abofetear a Edward al sentirse humillada por David, y mucho menos tirarle estiércol a la cara, aunque esto último algo de gracia sí le hacía.

—Me alegro que te diviertas —dijo Edward, al verla sonreír—. Como odias tanto Londres, pensé que sería mucho más difícil para ti, pasar estas semanas en mi casa.

Alzó la cabeza para mirarle a los ojos. Bonitos, buenos… parpadeó, algo impactada por sus pensamientos. ¿Podían ser los ojos buenos? No, pero sí que dejaban ver que Edward era un hombre honesto, de mirada amable y franca.

Apretó los labios sin saber muy bien como definir los sentimientos inesperados que la asaltaban. Aunque si era sincera consigo misma… puede que ya lo hubiese sentido el día que lo vio salir del agua, con la ropa mojada, pegada a su piel y… Cielos, la

noche en que se coló en su habitación, en la posada, había caído sobre él y notó su cuerpo tan… ¿cálido?

Por un instante, Amanda se olvidó de todo, como si Edward Chambers hubiera desplegado su embrujo sobre ella, un embrujo que no sabía que era capaz de ejercer.

Cuando la música paró, sus cuerpos también lo hicieron, pero quizás tardaron un poco más de lo esperado al mantener unidas sus manos.

Los aplausos los envolvieron y Amanda parpadeó como si hubiera despertado de un sueño. Aplaudió a su vez y Edward inclinó la cabeza en señal de despedida.

Sofocada, buscó el abanico que colgaba de su muñeca y se abanicó con fuerza mientras él la acompañaba donde les esperaba su prima Violet.

Antes de que los dos jóvenes llegaran al lugar donde se dirigían, Regina, que esperaba junto a su amiga Violet, se inclinó hacia esta.

—¿Ves lo que te decía?

Violet sonrió complacida al ver como Edward y Amanda avanzaban del brazo hacia ellas.

—Es solo cuestión de tiempo.

El baile siguió, más ruidoso de lo que había empezado. Amanda había llenado su carnet de baile. Aunque hizo algo de trampa, pues algunos nombres eran inventados, como por ejemplo el señor Platón, o Shakespeare. Nadie podría culparla, sus pobres pies necesitaban un descanso. Seguro que hasta Robert estaría de acuerdo con ella.

Violet le había dicho que su hermano esperaba que pasara esas últimas semanas en Londres para invitar a algunos amigos, y con eso quería decir pretendientes, que fueran del agrado de Amanda, para pasar una pequeña temporada con ellos en Somerset.

Cuando en verano la gente abandonaba Londres, era habitual que durante el invierno visitaran otras propiedades, o invitaran a amigos a que las largas tardes fueran más llevaderas.

Amanda no quería invitar a nadie, quería estar con Livia y con su sobrino, que ya habría nacido. ¿Qué le faltaban?, ¿cuatro semanas? En un mes, o tal vez menos, sería tía.

Se escabulló cuando Raymond Swenny la localizó desde el otro lado del salón. Fue consciente de ello porque dio un par de saltitos sobre sus pequeños pies para poder verla. Amanda no

necesitaba sentir esos pies sobre los suyos otra vez. Era peor que ella con las contradanzas.

Se agachó ligeramente y como si quisiera mimetizarse con la pared, se escabulló hacia uno de los ventanales abiertos al jardín trasero.

Salió fuera. La terraza estaba iluminada por antorchas y por ello se pegó contra la pared y miró de reojo como Swenny, con su figura menuda y sus ojillos saltones la buscaba. No la encontró y suspiró de alivio cuando lo vio regresar dentro.

—Vaya, vaya. ¿Conque huyendo de sus pretendientes?

Amanda se llevó una mano al corazón, sobresaltada y luego rio cuando vio los ojos de Daemon Sinclair posarse en ella.

Estaba recostado contra la barandilla de piedra y por supuesto, llevaba una copa medio vacía en la mano.

—Se ríe de todo, lord Sinclair.

—No, solo de mí, se lo aseguro —le guiñó un ojo—. Aunque me hace mucha gracia su habilidad para dar esquinazo a los hombres que no desea en su compañía.

—¿Se refiere a Raymond Swenny? No puede culparme.

—A él y a otros —no iba a mencionar a Edward, pero era evidente que se refería a él.

Se quedaron en silencio, mientras otras parejas hablaban animadamente a escasos metros de distancia. La sonrisa lobuna de Sinclair, le recordaba a Anthony Hilton. El capitán era un buen amigo de su hermano y siempre conseguía hacerla reír.

—Me recuerda a Anthony Hilton.

Daemon alzó la copa y brindó por ello, pero no llegó a tocar sus labios.

—Me lo tomaré como un cumplido, Señorita Belford.

—Sin duda lo es. Me cae muy bien Anthony.

—Sí, me enorgullece contarlo entre mis amigos. Como también cuento a nuestro anfitrión.

Amanda asintió, pero se le borró la sonrisa por unos momentos.

—Sí, el vizconde Glastonbury parece caer bien a todo el mundo, aunque sinceramente sigo sin entender por qué.

Daemon rio.

—Sí que lo sabe, y lo sabe porque a usted también le cae bien.

Amanda lucho por morderse la lengua, prefería eso a decir una mentira.

Finalmente se encogió de hombros.

—He estado en Lincolshire y en Notinghamshire —soltó Amanda con una amplia sonrisa, esperando obtener de él una reacción, que no tardó en llegar.

—¿Eso significa que ha visitado a mi padre, o a mis queridas amigas, las Anderson?

—Sabe que ninguna dama que se precie visitaría a su padre —dijo, sin morderse la lengua—, o eso dice Clementine.

—Oh, mi adorada Clementine —se rio Daemon—, espero que la dejara gozando de buena salud.

Amanda sonrió.

—Así me lo pareció, aunque Alana no está muy de acuerdo con ello.

Daemon guardó silencio y a Amanda le pareció que fue por la simple mención de su amiga.

—Su salud se ha deteriorado estos últimos años.

Amanda asintió.

—Le tiene en alta estima, dice que es un gran partido —eso hizo que Daemon soltara una carcajada. Amanda actuó como si no la hubiera escuchado—. Le prefiere a usted que a su hermano.

—Creo que es la única —esta vez, Daemon si bebió de la copa que volvió a dejar sobre la barandilla de piedra.

—Si se refiere a Alana, me temo que sí, prefiere a su hermano William. Si no estoy equivocada, pronto se convertirá en su cuñada.

La sonrisa feroz de Daemon volvió a aparecer.

—Sobre mi cadáver, señorita Belford.

Amanda se quedó con la boca abierta y parpadeó como si aquella confesión apasionada la pillara desprevenida, pero ¿era así?

—¿No le cae bien Alana, querido vizconde? —preguntó, incrédula y desconcertada, a partes iguales.

Él la miró como si le hubieran salido dos cabezas.

—Al contrario.

Esperó que añadiera algo más, pero no lo hizo.

—Entonces…

La música vibrante del salón los rodeó de nuevo y Daemon pareció suspirar.

Amanda pudo ver en su semblante algo que la sorprendió, algo vulnerable.

—¿Milord?

—Vuelva adentro, señorita Belford —la cortó, con suma cortesía— y disfrute de su fiesta.

La conversación había terminado, pensó Amanda. Sea lo que fuere que estaba pensando el vizconde Sinclair, se lo guardaría para él.

Capítulo 27

Cuando Amanda volvió a entrar al sofocante salón, Edward se materializó frente a ella.

—¿De quién huyes? —le preguntó, extrañado por la velocidad con la que había entrado desde la terraza.

—De nadie —se sorprendió ella.

Miró por encima de su hombro y vio a Daemon Sinclair alzar la copa hacia él a modo de saludo.

—¿Te ha hecho algo?

—¡¿Qué?! No, por supuesto que no —puso los ojos en blanco y antes de que Edward supiera qué estaba pasando, se encontró en la pista de baile con Amanda entre sus brazos.

—¿Segura? —La hizo girar al ritmo del vals.

—Muy segura. Solo estábamos hablando.

Amanda no era tonta, si no la hubiera arrastrado a la pista de baile, donde podían fingir que mantenían una conversación sobre cualquier asunto, seguramente Edward se hubiera olvidado de dónde

estaban y su nuevo temperamento, ese que Amanda no se había dado cuenta de que existía, iba a aparecer de nuevo, llamando la atención de todos.

—¿De que hablabais? —preguntó, y algo en su mirada la desconcertó.

—Oh, de las Anderson.

Edward hizo un sonido que Amanda no supo identificar. Pero tampoco le importó.

—¿Tienes mi lista? —preguntó Amanda. Edward clavó su mirada en la de la joven, sorprendido por el cambio de tema— ¿Qué? Prometiste elaborarla.

—Te veo muy impaciente por casarte.

—No, solo porque se acabe la temporada y poder tener claro a quien invitar y a quien no para nuestra reunión campestre. Si no la tienes —murmuró entre dientes—, Robert es capaz de hacer que nos quedemos para ver a qué ricachón podría cazar.

Muy a su pesar, Edward se rio de esa ocurrencia.

—¿Crees que a Robert solo le importa el dinero?

—Te aseguro que no le importa mi felicidad.

—No digas eso.

Su mirada cambió de nuevo y Amanda no pudo apartar los ojos de él.

—Lo digo alto y claro. De ser así —se sentía triste al pensar que su hermano mayor no la quería—, me habría dejado en la finca, o viajando con Violet. Pero estoy aquí, mirando de encontrar a alguien que quiera casarse conmigo para que Robert pueda deshacerse de mí de una vez por todas. Como se deshizo de mamá.

Las manos de Edward apretaron las suyas y sus ojos azules parecieron acariciarla.

—Amanda… —la regañó, pero su voz sonó dulce, apaciguadora.

—Lo siento —dijo compungida y bajó la mirada para que no se le vieran las lágrimas agolpándose en sus ojos—. Fue duro ver a mamá.

—Así que es cierto, ¿la visitaste?

—Es mi madre —dijo como si eso lo explicara todo—. Bueno, o lo que queda de ella.

—No puedes culpar a tu hermano.

Ella guardó silencio, pero finalmente cedió.

—No lo hago —suspiró—. Robert pudo haberla entregado a las autoridades y la vergüenza hubiera matado a mamá. Está bien

donde está, al menos es lo mejor que se pudo hacer por ella. Pero eso no significa que duela menos.

—Por supuesto que duele —dijo Edward, alzándole el mentón para que lo mirara—, es tu madre.

No se había dado cuenta de que ambos se habían parado en la pista de baile, que se miraban intensamente y que estaban atrayendo demasiado la atención sobre ellos. Afortunadamente, la música había terminado de sonar casi en el mismo instante en que los dos se quedaron atrapados en su mundo.

—Creo… creo que deberíamos retirarnos.

—¿Un ponche? —preguntó Edward.

—Por supuesto —carraspeó, dándole la espalda y encaminándose hacia la mesa de los refrigerios.

***

En el otro extremo del salón, dos figuras masculinas, elegantemente vestidas, observaban a la pareja reiniciar la conversación con una copa de ponche en la mano.

—¿Has bailado con ella esta noche? —preguntó el padre de Hervey.

—No, todavía no.

—¿Y a qué esperas? —Dominic estaba visiblemente molesto porque los esfuerzos de su hijo fueran prácticamente nulos.

—Pues a que ese lince que tiene como protector se aleje de ella.

—Pídele un baile.

Harvey Wilmot suspiró.

—Sí, sí. Por supuesto.

—Debes acercarte a ella, seducirla si es preciso.

—¡Padre!

El señor Wilmot miró alrededor con una falsa sonrisa, como si por un instante se hubiera olvidado de dónde estaban e intentase recuperar la compostura.

—De acuerdo, confiaré en ti.

Harvey asintió, posando de nuevo sus ojos sobre Amanda.

Era una muchacha bonita, de hermosos cabellos dorados y unos ojos… azules, como un mar embravecido. No le sería ningún sacrificio seducirla, si es que ese era el único método para casarse con ella y tomar su fortuna. Lo que sí sería un sacrificio era intentar

fingir interés en sus asuntos, y estos eran, no se qué descabellada idea de que las mujeres y los hombres eran iguales. Casi se le escapa una carcajada al pensarlo.

—Las sandeces que uno tiene que aguantar —murmuró, antes de dar un largo trago a su copa de vino.

Su padre respiró hondo a su lado.

—Lo has hecho muy bien, hijo. Ahora solo falta un último impulso.

Dominic Wilmot miró a los presentes con el pecho hinchado como un pavo, como si se sintiera superior. Era barón y como tal, miembro de la aristocracia, emparentar con un conde como el de Shepton sería todo un logro. Él empezaba a sentirse caduco para cazar a una rica heredera, pero para algo tenía a su hijo.

Miró a Harvey de reojo.

No lo había hecho tan mal. Poseía su encanto y la belleza heredada de su madre. Era un manipulador nato y siempre había conseguido lo que se proponía, por supuesto, todo ello bajo su dirección. ¿Por qué esta vez sería diferente?

No, no lo sería.

Amanda Belford caería bajo su hechizo y serían ricos. No le quedaba duda.

—¿Crees que esta noche podrás hacer algún avance?

Después de darle un sorbo a su copa de ponche, Harvey se encogió de hombros, Una respuesta demasiado escueta como para que agradara a su padre.

Lo había instruido desde pequeño en el arte de la diplomacia, y por qué no decirlo, también en el acto de la manipulación.

¿A cuántas viudas ricas había seducido con su consiguiente beneficio?

A muchas.

Su sonrisa, lejos de menguar, se ensanchó.

Apuró la copa y tomó otra de champán, mientras sus ojos de depredador caían sobre la señorita Amanda Belford.

—Vamos a tener que darnos prisa —le susurró su padre, sin perder la fingida sonrisa—, nuestros acreedores nos persiguen.

—Lo sé, padre —dijo su hijo con un deje de molestia.

—Será mejor que se te empiece a ver con ella. Visítala, no creo que la vieja hurraca de Regina se oponga.

—Regina no es para nada una vieja hurraca. Ni siquiera es vieja.

Su padre gruñó.

—La conozco bien, es más lista que una zorra. En su juventud… —gruñó como si le molestara solo nombrarla—, ella sabía cómo conseguir lo que quería.

Harvey lo miró, como si el manipulador, hubiera sido manipulado en su juventud.

—No importa, gánate a la vieja hurraca y quizás tengas más oportunidades con Amanda —dijo Dominic—. Al fin y al cabo, está viviendo en su casa. Podrías sacarle partido a su amistad. De todas formas, hay que moverse rápido, aunque por fortuna nuestras deudas no son de dominio público.

—Todavía —dijo Harvey, entre dientes.

—Todavía —asintió enfadado su padre, pero sin que su rostro lo demostrara—. Así que hay que darse prisa. Conquista a Amanda por las buenas, rosas, flores, lisonjas… y si tienes que saberte de memoria las estupideces de esas mujeronas caducas que creen que las mujeres pueden ser iguales a los hombres, pues te las aprendes.

Su hijo asintió obediente, sabiendo muy bien lo que tenía que hacer. Y eso era lo imposible para que Amanda Belford consintiera ser su esposa.

Debían desposarse cuanto antes y echar mano a su dote para así, poder pagar a los acreedores que habían empezado a llamar a

sus puertas.

Suspiró.

El maldito juego… Un caballero podía apostar y perder, pero también tenía que pagar sus deudas, y eso es lo que iban a hacer. Porque los Wilmot eran unos caballeros, malvados y sin escrúpulos, sí, pero caballeros, al fin y al cabo.

Capítulo 28

—Bien, coincidimos en casi todos —dijo Amanda.

Luego apartó la vista del papel y miró a Edward, que meneó la cabeza como si la diera por imposible.

—¿Qué? —preguntó, como si oliera su desaprobación.

—Es cierto que no ha sido tan difícil elaborar una lista de pretendientes.

Amanda asintió, satisfecha.

—Entonces, ¿por qué no estás contento?

Él pasó por alto la pregunta.

—Coincidimos con casi todos menos con Daemon Sinclair.

Ella resopló de forma muy poco femenina.

—Daemon no estaba en mi lista —apuntó él.

Amanda sonrió con cierta malicia.

—En la tuya no.

—Mi lista es la que vale.

—Oh, ¿y eso por qué?

—Es la más probable que acepte tu hermano.

El bueno de Robert, pensó Amanda. Le quería, pero lanzarle un jarrón a la cabeza de vez en cuando la haría sentirse mucho mejor.

—Unifiquemos las listas.

—Son iguales —se quejó Edward.

—No, en la tuya no está Daemon.

—Daemon no estará jamás.

Amanda se rio, porque le estaba tomando el pelo y por lo visto estaba funcionando.

—No te acerques a él —la forma en que habló, intrigó a Amanda.

—¿Por qué? ¿es un mal hombre?

—Es mejor de lo que aparenta. Pero créeme —dijo, muy serio —, no querrás emparentar con esa familia.

—¿Por su padre?

Edward la miró con cierta preocupación.

—¿Qué sabes de su padre? —preguntó, con interés.

—Clementine, la tía abuela de las Anderson, lo odia.

—No es la única persona que lo odia. Tiene muy mala reputación.

—Dicen que se lleva muy mal con su hijo mayor, Daemon.

—Sí, eso te lo puedo confirmar.

—¿Por eso no está en la lista?

Edward meneó la cabeza en señal de negación. No iba a ser él quien hablara mal de su amigo, pero de ninguna de las maneras quería que Amanda se viera envuelta en las rencillas de esa familia. Robert jamás se lo perdonaría.

—Supongo que Daemon es uno de esos hombres que no es lo que parece.

Edward no dijo nada más y ella tampoco, pero sabía a qué se refería.

Si uno se fiaba de las apariencias, Daemon podría parecer un mujeriego borracho, gruñón y despreocupado por todas las maldades del mundo. Nada más lejos de la realidad.

—No ser lo que se aparenta —dijo Amanda—, no siempre es malo. Tú tampoco eres lo que aparentas.

Eduard parpadeó, las últimas palabras de Amanda habían captado su atención. La miró entre ofendido y divertido.

—Cómo yo, ¿qué?

—No eres lo que aparentas —se encogió de hombros.

—Soy exactamente lo que aparento, Amanda —aseguró, hinchando el pecho y mirando desde el rincón del salón donde se habían parado a hablar a todos los demás invitados—. Soy un caballero.

Ella alzó la mirada y soltó una risita enigmática.

—Aparentas ser un hombre práctico, guiado por la razón y no por los sentimientos. Taciturno a veces, exasperante…

—Según para quien —la interrumpió.

—Para mí, seguro.

—Por supuesto —se quejó Edward, mirándola de nuevo—, pero para ti cualquier cosa que huela a disciplina te parece una tragedia.

Ella lo ignoró y siguió con sus defectos y virtudes.

—Eres metódico —Amanda cerró su abanico y puso los ojos en blanco—, ¿como sino habrías elaborado esta lista? Seguro que también eres adicto al orden. Práctico…

—Eso ya lo has dicho, y no creo que destaque…

—Destacas por ser un solitario a quien no le importa nada ni nadie, a parte de su hermano.

Edward calló, pues en realidad era así como lo veían la mayoría de sus amigos en la alta sociedad.

—Pero… —Amanda lo miró de reojo y luego sus talones giraron para ponerse frente a él y que no pudiera rehuirle la mirada —, yo te conozco.

Edward sintió que se le secaba la boca, algo que estaba sucediendo con más frecuencia de la recomendada, cada vez que Amanda se plantaba frente a él con esos enormes ojos azules.

—¿Eso crees? —preguntó, con voz pastosa.

Ella asintió muy convencida.

—Te preocupas por los demás, aunque finjas que no.

Edward desvió la mirada y alzó el mentón con indiferencia.

—No hay prueba alguna de ello.

—El señor Bells.

La mención de ese nombre hizo que Edward volviera a prestarle toda su atención. Miró hacia abajo, pues Amanda era un palmo más bajita que él.

—¿Qué pasa con el señor Bells? —se sintió algo incómodo.

Amanda sonrió. Una sonrisa devastadora, al menos para Edward.

El señor Bells era un hombre mayor, cuyo único hijo había muerto y que ahora vivía solo en una de sus propiedades. Como no podía cultivar toda la extensión de tierra, había llegado a un acuerdo

sobre el pago, uno bastante generoso que beneficiaba al pobre hombre. Por si fuera poco, Edward le había conseguido un mozo que pudiera hacerse cargo del trabajo duro mientras él viviera, el joven Peter, quien también estaba muy agradecido a Edward.

—La señora Guillis.

—No sé de qué me hablas.

—Ya. —Sonrió y por primera vez Edward se sintió incómodo al ver que ella lo miraba como un héroe.

La señora Guillis había sufrido mucho. Su marido, un borracho maltratador, había abusado demasiado de la pobre mujer y cuando por fin la abandonó, y gracias a Dios que lo hizo, Edward decidió que la cocinera necesitaba ayuda y debían contratar más servicio.

Con la señora Guillis, también contrató a Ann, se había quedado huérfana a los dieciséis y después de cuatro años bajo el servicio de Chambers, este estaba propiciando que tuviera un buen futuro.

—La señora Ferguson necesitaba ayuda en la cocina —se justificó.

—Sí, y Guillis y Ann fueron perfectas para ayudarla.

—¿Ann? No sé de quien me hablas.

—Te sabes todos los nombres de tus criados, porque te importan. También sé de tus regalos de Navidad.

Él parecía incómodo.

—¿Quién no hace regalos en Navidad al servicio?

—Robert, hasta que Livia lo obligó. Pero no hablo solo de eso. Sé que ahora Ann es también una especie de chica de los recados.

Edward intentó ignorarla sin conseguirlo. Maldita niña, ¿cómo era posible que estuviera enterada de todo?

—Amanda… —advirtió.

—¿Acaso me equivoco?

—El señor Bells a veces necesita algo de comida caliente…

—¿Y por eso envías a Ann con tus generosas cestas?

—Es la más prescindible —Edward ya ni siquiera la miraba.

—Sí, y está enamorada de Peter, el ayudante del señor Bells, a quien, por cierto, le estás construyendo una casita en tu propiedad, para que cuando se case… Creo que va a casarse con Ann, ¿tú qué opinas?

Balbuceó algo ininteligible antes de serenarse y decir:

—No tengo ni idea, ni me preocupa con quien se case quien.

Amanda asintió, pero su pose indiferente solo le hacía ver lo buen hombre que era Edward. Ann no tenía a nadie en el mundo y

durante un servicio en la iglesia, él se dio cuenta de que Peter y ella parecían entenderse bien. Los dos eran buenos y amables con todo el mundo. ¿Por qué no iba a ayudarles un poco a que se conocieran mejor y de paso hacer que el señor Bells no se sintiera solo y tuviera buenos nuevos vecinos?

—Eres un hombre maravilloso, Edward Chambers.

Las palabras de Amanda hicieron que volteara la cabeza y abriera la boca, sorprendido.

—¡Dios nos asista! —pareció haber visto un fantasma— ¿Amanda Belford haciéndome un cumplido?

Ella soltó una risita y se sonrojó un poco.

—Solo digo lo que me parece.

—Como siempre.

Ella asintió.

—No querrás que me guarde las cosas.

—¡Dios nos libre! —Miraron a algunos invitados bailar y reinó el silencio por varios segundos. Luego centró los ojos en el bello perfil de Amanda—. No es nada. —Edward dejó el tono burlón—. Solo hago lo que haría la mayoría.

Ella no estaba de acuerdo.

—La mayoría de arrendatarios no se descamisaría para arreglar una rueda en medio de la tormenta.

Volvió a mirarla, anonadado.

—¿También sabes eso?

—¿Cómo no saberlo? Fuiste el héroe de la señora Wikott. La comidilla del pueblo en el sermón del domingo.

—La pobre estaba enferma y tenía que llegar a casa. Solo viajaba con su cochero y no eran capaces de levantar el carruaje.

—Ya…

Si la señora Wikkot hubiera sido una tendera que gozara de extraordinaria salud, igualmente te habrías parado a ayudar, Amanda no tenía ni la más mínima duda.

—No soy tan bueno como me pintas.

Se miraron por un instante.

Algo en el corazón de Edward se enterneció.

Su sonrisa flaqueó cuando vio que los ojos de Amanda brillaban más de la cuenta al mirarle. ¿Siembre había tenido unos ojos tan bonitos, con ese tono de azul, suave y dulce?

Oh, Dios, ¿suave y dulce? Como si un color pudiera ser así.

La cháchara de Amanda ya le estaba afectando.

—Deje… dejemos esta conversación. —Carraspeó y fue sincero al decir—: Me incomoda.

—Ya lo veo —se burló ella—, te has puesto como un tomate.

—Amanda —la reprendió.

Pero ella se limitó a taparse la boca con una mano y seguir con su risa inocente.

Se quedaron un tiempo ahí, juntos, observando a los demás, pero muy conscientes de la presencia del otro. Vieron a Regina hablar con el señor Wilmot, ¿o era al revés? Sea como fuere, era evidente que el señor Wilmot le estaba haciendo un cumplido, porque la dama viuda sonreía complacida.

—Oh, no pusiste a Harvey en la lista.

—Ni estará.

Ella negó con la cabeza.

—Ah, no. No puedes vetar a mis favoritos, como Sinclair.

—¿Favoritos? —Edward la miró de reojo—. No lo hagas Amanda, no incluyas a Daemon en tu lista, de verdad que es por tu bien.

—De acuerdo —claudicó—, lo tacho de mi lista. Pero si se enamora perdidamente de mí, deberás decirle que debo rechazarle porque a ti no te parece bien que entre en su familia.

Lejos de ofenderse, Edward se burló.

—Créeme, no se enamorará de ti.

—¡Eh! ¿Por qué estás tan seguro? —se quejó ella—. Soy bonita.

—Y habladora —se burló—. Sueltas lo primero que se te pasa por la cabeza.

Amanda abrió la boca para decir que no era verdad, pero no pudo porque ahora era el turno de Edward para decirle todo lo que pensaba sobre su persona.

—También eres respondona. Te gusta estar metida en problemas, te enteras de todo y si no sabes algo no paras hasta convertirte en una experta…

—Mira quien fue a hablar —se enfurruñó, cruzándose de brazos—. ¿Te recuerdo el tamaño de tu biblioteca? Tú sí que vas de sabiondo por la vida.

Edward fingió ignorarla, aunque se inclinó un poco más hacia ella, con una sonrisa juguetona.

—Odias que te digan lo que hacer, y haces siempre lo que te da la gana, aunque la sociedad o los que te quieren, lo desaprueben.

—Lo desaprobáis todo… —se justificó—. Todo lo divertido. Y yo me aburro.

—Te encanta meterte en la vida de los demás.

—No es así. Me gusta ayudar a los demás, que es muy diferente.

Al ver que no continuaba, ella alzó el mentón y lo miró. Su pecho pareció desinflarse un poco cuando vio la cálida mirada de Edward, que parecía acariciarla.

—Sí, siempre ayudas a todo el mundo —reconoció, con voz suave—. Eres incapaz de ver sufrir a nadie, incluso te preocupas porque los gatitos de mi finca no tengan frío en invierno.

Eso la conmovió. ¿Cómo sabía eso?

—Bueno, eran solo unas mantas viejas —se ruborizó—. Y no es que insinúe que no los tratas bien… —dijo en voz muy bajita, mientras él seguía hablando.

—No te importa trabajar, aunque sabes que no debes hacerlo. Tienes un sentido del humor particular…

—Que, te recuerdo, tú odias.

—Que me encanta, aunque nunca lo reconocería.

Ella lo miró confusa, parpadeando vivamente para luego abrir la boca sorprendía.

—¿Qué?

¿Se estaba burlando de ella? No lo parecía.

—Edward…

Se hizo el silencio y finalmente carraspeó para romperlo.

—Bueno, volviendo al tema de la lista…

—Sí —él también se aclaró la garganta—. Me alegra que te hayan gustado los candidatos.

—Sí, aunque falta uno.

—Ya hemos dicho que Daemon no y…

—Harvey. —Escuchó un gruñido y ella soltó una risita—. Insisto. Creo que es quien más posibilidades tiene de pedirme matrimonio en breve.

Al decirlo, lo miró a los ojos y entonces Edward sintió un sudor frío recorrer su espalda. Su corazón latió irregular, como si se hubiera detenido durante un instante y su cuerpo hubiera dejado de funcionar como debería.

—Ahí viene.

Edward parpadeó lentamente, mientras miraba a los invitados en la pista de baile. Luego volvió a prestar atención para decirle algo a Amanda y su mente quedó en blanco.

Recorrió su bello rostro, desde sus largas y claras pestañas, a sus cejas bien perfiladas, sus ojos… no quería hablar de sus ojos. Y

sus labios… no, tampoco se demoraría demasiado en esos labios. ¿Siempre habían sido tan plenos y… deseables?

—Dios mío —gimió, presa del pánico, al ver hacia donde le llevaban sus pensamientos. ¿Qué le estaba pasando?

—¿Qué te ocurre?

Él parpadeó.

—Nada. ¿De qué hablábamos?

—De Harvey.

Volvió a mirarle y ya había dejado de avanzar, Regia lo había vuelto a interceptar. ¡Bendita mujer!

—No quiero hablar de Harvey. No es para ti.

Ella entrecerró los ojos, como si no estuviera para nada de acuerdo.

Edward también los cerró por un instante. No era posible, él no…

Amanda era una cría. Una cría de diecinueve años.

Que su madre estuviera casada a esa edad y él ya hubiese nacido, no indicaba que estuviera preparada para ser esposa y madre.

Una cría. Él no podía darle esperanzas de…

—¿Harvey Wilmot? —volvió en sí, mirándola con dureza— ¡Sobre mi cadáver!

No pretendió gritar.

No pretendió que ella le clavara su mirada llena de reproche, y menos esperó que su bello rostro se transformara de un genuino enfado, a una hermosa máscara de desafío.

—Prepararé su funeral, milord.

Capítulo 29

Querida esposa, ignoro cual fue el detonante que impulsó tu precipitada huida, pero quiero que vuelvas a casa.

Tu esposo.

Mayor James Phillip.

Violet sonrió.

Fue una sonrisa amarga, pero una sonrisa, al fin y al cabo. Y es que sintió el regocijo que le provocó en el cuerpo, el haber conseguido una simple reacción por parte de su marido.

Suspiró y pronto la sonrisa se transformó en unos labios apretados, como si no quisiera mostrarse contenta.

Sabía que no iba a durar.

Nunca duraba.

Olvidándose del peso que cargaba sobre sus hombros, Violet entró en el salón donde la aguardaban para desayunar, Regina y Edward. Amanda todavía no había hecho acto de presencia. Ante

ese hecho, Violet se apresuró para darle las gracias a Edward por la lista de pretendientes que había elaborado para Amanda. Se había enterado porque a su prima se le escapó.

Amanda no podía ocultarle por mucho tiempo un secreto.

—No es necesario que me des…

—¿Qué lista? —preguntó Regina, apartando la taza de té de sus labios.

Ignoró a su sobrino y miró con curiosidad a su amiga Violet.

—Oh —la pelirroja rio con picardía—, la amable lista con pretendientes adecuados que Edward ha elaborado para casar a Amanda.

Él se sintió incómodo de inmediato. Carraspeó y se revolvió en el asiento.

—Yo no…

Las damas lo ignoraron, entablando una conversación entre ellas.

—Qué generoso de su parte.

—¿Verdad? —se congratuló Violet, fingiendo que no comprendía por qué Edward se crispaba por momentos.

Estaba celoso, sin lugar a dudas.

—Sí, qué maravilla, no tenía ni idea de que se hubieran hecho pesquisas sobre qué candidatos podrían ser del agrado de Amanda esta temporada.

—Pues eso han hecho. La propia Amanda ha colaborado, añadiendo algunas preferencias. Con preferencias me refiero a candidatos que Edward había ignorado.

—No sin motivos —mascullo Edward, con la taza sobre los labios. Luego dio un largo sorbo a su té y continuó escuchando los discursos de aquellas dos mujeres.

—Harvey Wilmot.

Edward empezó a toser al escuchar ese nombre.

No podía creer que Amanda hubiera insistido en meter a ese petimetre adicto al juego entre la lista de pretendiente. *Uno de mis favoritos*. El solo recuerdo de esa afirmación hizo que soltara la taza con mucho más entusiasmo de lo apropiado. Eso hizo que ambas mujeres giraran sus cabezas hacia él.

La tez de Edward se volvió roja y siguió tosiendo con la servilleta frente a los labios. Cuando se calmó, la mirada no era para nada conciliadora.

—A Edward no le gusta Harvey —dijo Regina, mirando a Violet, quien le respondió de inmediato.

—No, no le gusta.

—Estoy aquí.

—Te vemos, querido —le sonrió la tía Regina.

—¿Podéis preguntarme por qué no lo veo aceptable, y por qué deberían ayudarme a sacarlo de ahí?

—¿Sacarlo de dónde? ¿De la lista de pretendientes?

—¿O del corazón de Amanda? —Se burló Violet. Pero a Edward no le hizo ni pizca de gracia.

Cuando ambas damas rieron, se dieron cuenta que Edward no las acompañaba en las bromas.

—Oh, querido —Regina se volvió hacia él y le tocó el brazo con afecto—. Estamos bromeando. ¿De verdad no te gusta el señor Wilmot? Parece…

—Parece, pero no lo es.

—¿Seguro?

—Es un hombre que… ha hecho cosas…. —se calló de pronto, al ver que Violet lo escuchaba con atención—. Cosas que no son apropiadas para que las escuche una dama.

Violet no parecía lo suficientemente alarmada, pensó Edward. Entendió el por qué enseguida.

—¿Que le hiciera la vida imposible en Eton no será la causa de tanta animadversión?

Edward abrió los ojos como platos al ver que había sacado esa conjetura.

—¡No! Es porque es indigno de Amanda.

—¿Has oído, Regina? —le encantó poder preguntar, burlona —. Es indigno de Amanda.

—No es broma —Edward chasqueó la lengua.

—Entonces, distráigala y ofrézcale a otro caballero que pueda serle agradable, para que destrone a Harvey, que está en cabeza de lista.

Edward fue a abrir la boca, pero enseguida la cerró. Pareció meditarlo, pero no estaba convencido. Negó con la cabeza.

Parecía una tontería, pero conocía a Amanda, cuando se le metía algo entre ceja y ceja… no cesaría en su empeño, y que él se posicionara abiertamente contra Harvey solo haría que ella se empecinara en buscarlo.

—Creo que su cabeza le da vueltas a un plan —susurró Regina.

Violet asintió enérgicamente.

—No estoy… tramando ningún plan —las miró a ambas, como si fueran ellas las que estuvieran planeando algo, y de hecho, no iba mal encaminado.

—¿No? —Violet puso ambas palmas sobre la mesa y lo observó con atención—. Dime, Edward ¿Sería tan malo que se casara con él?

—¡Sí!

El hermano de Amanda no estaba para velar por ella, y en él recaía toda la responsabilidad de elegir un pretendiente adecuado.

—¿De veras? —insistió.

—Sobre mi cadáver.

—¿Tu cadáver? —dijo sorprendida, su tía—, ¿por qué, querido?

Edward estaba perdiendo la paciencia. No podía creerse que con lo avispadas que eran tía Regina y Violet, aun no supieran los problemas con el juego que tenían los Wilmot.

—No habláis en serio. Debéis saber…

—Que es el hijo de un baronet, y heredará el título a la muerte de su padre.

—Y sus deudas, también.

—¿Tiene deudas? —pero lejos de mirar a Edward, Violet se inclinó hacia Regina, como si esperara una respuesta de ella.

—No lo sé, pero mi sobrino parece creer que sí.

—¿Tiene deudas? —le preguntó directamente a Edward.

—Sí, y…

—¿Y? —Regina alzó una ceja.

—Parece que hay más —Violet se volvió a inclinar hacia Regina, como si Edward no las escuchara.

—¿Qué más?

—Pues, pues… —pareció vacilar—. Más.

—¿Más cosas escandalosas?

Ahora la tez de Edward era roja, pero no por el repentino ahogo que había provocado que el trozo de galleta se fuera por otro lugar al que le correspondía.

—Es un…

—¿Un? —Ambas mujeres lo miraron con fijeza, esperando su respuesta.

—Un libertino.

—Oh, Dios.

—Un libertino —Violet se llevó la mano a la boca— ¿Te imaginas a Amanda casada con un libertino?

Edward comprendió que las dos mujeres no se estaban creyendo absolutamente nada de lo que él les decía. Es más, parecían divertirse mucho a su costa.

—No es una broma.

Ambas empezaron a reírse.

—No te enfades, querido. —Tía Regina le palmeó la mano como si fuera un niño que acababa de hacer una travesura—. Amanda no tiene ningún interés en Harvey Wilmot.

Violet asintió muy convencida.

—Os equivocáis, las dos —respondió, solemne.

Eso no amedrentó a las dos mujeres que se limitaron a seguir con su desayuno y a mirarlo con las cejas levantadas, esperando que les dijeran por qué.

—La misma Amanda me ha dicho que es de sus favoritos —aseguró.

—Pero tú te has apresurado a tacharlo de la lista, ¿verdad? —preguntó Regina.

—¡Por supuesto!

La simple duda le ofendía.

—Entonces, damos el drama por finalizado.

—¿De veras? —le preguntó Edward a Violet—. ¿Puede explicarme desde cuando Amanda hace caso a algo de lo que yo le diga?

Violet hizo una mueca de disgusto.

Conocía a su sobrina y si de verdad había empezado a sentir cierto interés por aquel joven, que Edward o cualquiera de los presentes se opusiera al cortejo, solo haría que tomara la firme decisión de rebelarse.

—Maldición —murmuró Violet—. Igual tienes algo de razón. Hay que sacárselo de la cabeza.

—Desde luego que se lo sacaré de la cabeza.

Violet lo miró de reojo.

—¿Crees que es una amenaza para nuestros planes? —preguntó Regina a su amiga, ignorando a su sobrino.

Ahora fue el turno de Edward para fruncir el ceño.

—¿Qué planes?

Ambas mujeres lo ignoraron.

—Tal vez —meditó Violet—, pero sé que tenemos que hacer.

—¿Y eso es?

—Insistir en que se case con Harvey Wilmot.

Edward se levantó, derramando el té por el impoluto mantel de lino blanco.

—¡¿Pero qué demonios estáis diciendo?!

No importó los improperios que salieron de la boca de Edward, para cuando Amanda apareció para tomar el desayuno con ellos, las dos mujeres ya tenían una estrategia clara. Una que sacaría de quicio al bueno del vizconde de Glastonbury por el resto de la temporada.

Capítulo 30

En los días siguientes, tanto Regina, como Violet, se limitaron a seguir su estrategia y esta no era otra que poner loco de celos a Edward.

—¿Crees que es lo mejor? —le había preguntado Violet a Regina.

La tía de Edward se limitó a asentir.

Ambas estaban en el segundo piso de la mansión, observando la escena que se desarrollaba en el jardín trasero. Harvey Wilmot animado por ambas había acudido a la mansión de los Chambers todos los días, con su tarjeta y un ramo de flores que Amanda siempre aceptaba con gratitud.

Observaron que a Amanda no le desagradaba al joven, pero eso era totalmente irrelevante. Ahí, lo que importaba es que Edward le odiaba.

Podían escuchar como cambiaba su respiración al estar en la misma habitación que ellos. Su mirada de desaprobación no pasaba

desapercibida para nadie y, no obstante, había confiado en ambas damas cuando le habían asegurado que tenían un plan, y que les siguiera la corriente.

El plan no era otro que poner celoso a Edward hasta obligarlo a dar el paso y enamorar a Amanda.

Por supuesto, el vizconde de Glastonbury era totalmente ajeno a las maquinaciones de las damas que vivían con él.

—Ahí está —rio Violet, al ver que Edward se acercaba a grandes zancadas a la pareja.

—Te lo dije —Regina se unió a la risa—. Era imposible que los dejara cortejar a solas.

—Se debe preguntar donde estamos.

—Ya nos inventaremos algo, como que me he sentido indispuesta y me has acompañado a recostarme.

—O que me he quedado dormida leyéndote un libro.

Violet asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Totalmente creíble.

—¿Sabes qué no es creíble? —preguntó Regina, tocando el cristal de la ventana y señalando al trío que hablaba bajo el naranjo —. Que Edward no espante a Harvey en menos de diez minutos.

Como si el vizconde pareciera haberla escuchado, solo tardó dos en poner a Harvey a correr por el jardín en busca de un lugar seguro.

—Pobre chico —dijo Regina—, voy a ofrecerle un chocolate para que se anime.

Violet siguió a su amiga con la mirada y cuando salió del pequeño salón con vistas estratégicas, suspiró al ver que Amanda tampoco tardaba en abandonar a un Edward enfurruñado.

Puede que estuviera celoso, pero si no empezaba a tratar a Amanda con más suavidad, su plan sería inútil.

***

—Buenas tardes, lord Chambers… —el saludo alegre de Wilmot quedó interrumpido por una mirada inquisitiva y una voz de barítono que hasta a Amanda pareció sorprender.

—¿No se hace tarde?

La pareja había estado hablando bajo un naranjo de variados temas. No solo de las ideas liberales que tanto le gustaban a la joven, sino también de viajes y caballos. De este último tema, Wilmot parecía todo un experto, por lo que la conversación se hizo

mucho más interesante de lo que Amanda había supuesto en un principio.

A decir verdad, Wilmot le parecía atractivo y no era un botarate sin cerebro, lo que lo hacía apto para pasar tiempo con él sin avergonzarse o aburrirse. Pero… ¿cómo esposo?

No. Amanda no se veía dentro de un par de años con un hombre tan adulador y que siempre claudicara ante cualquier petición, por tonta que fuera. Y había hecho peticiones tontas, como que le pelara una naranja, o que fuera a buscarle un chal porque tenía frío, cuando en realidad estaban a treinta grados. Por supuesto, todo ello seguía el plan de ver cuan interesado estaba en ella. Y con sinceridad, podía decir que lo estaba mucho.

Demasiado como para que sus intenciones fueran honorables y no interesadas. Lo que la llevaba a pensar, con mucho fastidio, que Edward tenía razón.

Harvey Wilmot no era trigo limpio. Nadie se enamoraría de ella de forma tan inmediata, y mucho menos después de que ella misma fingiera ser una damisela caprichosa y con ideas muy alejadas a lo que era convencional.

Amanda carraspeó, sentada en el banco pintado de blanco, bajo la sombra del naranjo. Los miró a ambos intuyendo que

hablarían poco y se mirarían mucho.

Efectivamente, las miradas de Edward eran muy elocuentes. Quería patearle el trasero a su pretendiente. Y por mucho que se esforzaba, Amanda no entendía el por qué de esa animadversión.

Ante la mirada furiosa de Edward, Harvey titubeó.

—Esto… sí, supongo que se ha hecho un poco tarde. Pero el tiempo vuela cuando uno está en compañía de la señorita Belford —se inclinó hacia ella al añadir esas palabras.

Tanto Harvey como Amanda alzaron la mirada hacia Edward. ¿Lo habían escuchado gruñir?

Lo que sí hizo fue respirar profundo y fijar la mirada en la tapia del final del jardín.

—Esto… creo que será mejor que me marche —dijo Harvey.

Amanda pareció algo decepcionada.

—Oh, vaya —hizo un puchero encantador—. Espero verle pronto, señor Wilmot —al estar el vizconde presente había vuelto al trato formal, pues no pensaba añadir más leña al fuego, haciendo que Edward pensara que tenían una relación mucho más estrecha de lo que era. Aunque… cometer un pequeño desliz para ver como su protector reaccionaba… —. Te acompaño…

Edward apretó los dientes y eso hizo que su mandíbula se tensara visiblemente.

Amanda extendió el abanico y ocultó su sonrisa de satisfacción tras él.

—Creo, Amanda, que el señor Wilmot sabrá perfectamente encontrar la salida —dijo Edward, muy consciente de como Amanda había tuteado a su invitado—, ¿no es así, señor Wilmot?

Harvey miró a Amanda y luego a Edward.

—Creo que sí, lord Chambers.

Hizo una inclinación de cabeza para despedirse de él, pero para Amanda dejó toda su cortesía. Se inclinó hacia ella y tomó su mano enguantada antes de llevársela a los labios y besarla con parsimonia.

Edward apretó los puños, pero se contuvo para no decir nada.

—Nos vemos pronto, señorita Belford. Me he acostumbrado tanto a su compañía que no podría pasar un día sin usted.

Dicho esto, salió trotando hacia la puerta que daba al salón de los Chambers, y de allí se marcharía a casa.

Al quedarse solos, Amanda carraspeó y miró a Edward, entrecerrando los ojos. El abanico golpeaba su pecho con ímpetu al preguntar:

—¿Qué ha sido eso?

—¿Exactamente a qué te refieres? —preguntó, desentendiéndose de lo evidente.

—Ya lo sabes.

—¿A haberte salvado de un…?

—¿Beso? —preguntó ella, alzando la barbilla.

Él la miró escandalizado.

—¡No! —boqueó y una idea espantosa le cruzó la mente—. No te habrá besado. ¡Amanda!

—No, claro que no. Pero esperaba que lo hiciera hoy… o pronto.

Edward estaba tan desconcertado y sumamente disgustado que su tono de piel aumentó varios tonos.

—Te estás burlando de mí.

—No, no lo hago. ¿Cómo sino voy a saber si es el adecuado?

Edward cerró los ojos unos segundos para calmarse. Pasó delante de ella con paso acelerado, volviendo una y otra vez, deshaciendo sus pasos, hasta que finalmente se sentó a su lado, bajo la sombra del naranjo.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Edward, con toda la calma que fue capaz de reunir. Aún así, la voz le salió ronca y la miró

con un brillo tal en sus ojos azules, que Amanda, sin comprender por qué, sintió una calidez en el vientre, que poco a poco fue extendiéndose por todo su cuerpo hasta que se le subió a la cabeza.

Por fortuna, él no se dio cuenta.

Así mismo, podía ver como funcionaban los engranajes en la cabecita de Amanda, y no le gustaba nada.

—Lo cierto es que sí.

—¿Has arrastrado a ese… ese… a Harvey —dijo, aunque quería decir miserable, o cualquier otra paraba que se le pareciera—, bajo este árbol, para besarle?

Ella alzó el mentón.

—No he arrastrado a nadie. De hecho, tu tía Regina y Violet han dado su consentimiento para que paseáramos por el jardín.

—Pero no para que lo besaras —entrecerró los ojos, esperando su respuesta—. ¿Te has cobijado aquí con la intención de besarle antes de que os interrumpieran?

La respuesta no se hizo esperar.

—Exacto.

El dedo índice y pulgar apretó el puente de la nariz con fuerza.

No le grites, no le grites… se repitió el vizconde, una y otra vez.

No funcionó.

—¡¿Te has vuelto loca?!

Amanda dio un respingo, pero mantuvo la compostura. Su espalda se tensó y ambas manos quedaron quietas sobre el regazo.

No sería la primera vez que Edward le daba una reprimenda.

—No puedes exponerte de esa manera.

Ella abrió los labios para responderle, pero cuando Edward se sentó de lado para mirarla de frente, se le escapó cualquier pensamiento al ver sus ojos azules.

Su voz perdió algo de fuerza. Pasó de querer gritarle a querer…

La mirada se centró en aquellos labios carnosos y carraspeó para alejar pensamientos que ni siquiera deberían haber salido a la superficie.

No, ese petimetre no podía besar a Amanda. No estaba a su altura. No… No podía ser.

—Créeme Amanda, Harvey Wilmot, no es un buen partido.

—¿Quién puede o no definir quién es o no un buen partido?

Chasqueó la lengua con frustración para luego decir.

—Tu hermano no lo aprobaría.

—¡Ja! ¡Dime algo que no eleve mi interés por Harvey!

—¡Amanda! —volvió a perder la paciencia.

Ella se limitó a cruzar las manos frente a su falda y a mirarle como si fuera un hombre difícil de entendederas.

—Mi hermano no aprobaría a ningún hombre que a mí me gustara. Tiene la costumbre de negarme todo lo que me gusta.

—Quizás porque no es lo adecuado.

—Pues yo no pienso conformarme con alguien adecuado, porque lo adecuado suele ser aburrido.

Edward apretó los labios, esas palabras solo podría decirlas Amanda.

—No es porque no sea adecuado, o porque sea divertido, hay más cosas en ese hombre que no te convienen. —Dudaba que Amanda se conformara con palabras tan ambiguas, pero no podía decirle… lo que realmente hacía ese hombre—. Cuando se trata de Harvey Wilmot yo puedo decirlo abiertamente, no es un buen partido para ti.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Por qué?

—No te haría feliz.

—Esa no es una respuesta.

—No, pero…

Amanda lo miraba fijamente, sin dejarse distraer. Era evidente para Edward que, si no le hablaba abiertamente del asunto, seguiría pensando que Harvey era alguien adecuado para ella, ¿y por qué? Seguramente porque le hacía gracia, o peor, porque a él no le hacía ninguna.

—Seduce a mujeres…

Amanda se llevó una mano a los labios.

—… por dinero.

—¿Prostitución?

Edward enrojeció hasta las orejas.

—¡No por Dios! ¡Amanda! Ni siquiera deberías saber que significa esa palabra.

—¿Qué? —dijo extrañada por sus aspavientos—. Dices que se acuesta con mujeres por dinero, ¿no es lo que hacen las pr…?

—¡No lo digas!

—¿Entonces no se prostituye?

Edward la agarró por los hombros y la atrajo hacia él para mirarla fijamente a los ojos.

Amanda enmudeció. Su expresión era totalmente de estupor. Sin embargo, estaba tan cerca y su cuerpo emanaba tal calor que…

—¿Edward?

Él la soltó como si quemara.

Solo quería que se callara. ¡Oh! Y que difícil era callar a Amanda Belford.

—No puedes hablar así.

—Pero si has empezado tú.

—Es para que vieras que no te conviene.

—¿Porque seduce a debutantes por dinero?

—No hace eso, pero… es porque tiene amantes —soltó finalmente. Miró al frente con exasperación—. Amantes que pagan sus deudas de juego. La mayoría son viudas ricas, y alguna que otra mujer casada.

—No me digas.

Edward entrecerró los ojos y la miró, reprobador.

—No pareces muy escandalizada.

—Al contrario, es que no me lo esperaba. Parece tan poquita cosa.

—¡Amanda!

—Hemos estado aquí varias horas hablando y no ha intentado aprovecharse de mí ni una sola vez, ni un roce en mi mano enguantada.

—¿Estás molesta? —Edward no daba crédito.

—Es que, ¿tú no lo estarías? Se supone que debe intentar seducirme por mi enorme dote. ¿Por qué no ha intentado besarme? ¡Ja! Eso es que no le gusto —chocó las palmas de las manos contra sus muslos en un gesto de profundo disgusto—. Eso quiere decir que no soy suficiente para el hijo de un baronet. ¿No soy guapa? —se volvió de súbito hacia Edward—. ¿No soy guapa, Edward?

Él balbuceó sin comprender como habían llegado a ese punto.

Amanda se miró el vestido que llevaba.

—No lo entiendo, he hecho caso a Violet en todo lo referente a la ropa, y Regina me ha enseñado el arte del abanico —como para demostrarlo, lo desplegó y miró a Edward por encima de su encaje.

Él tragó saliva, impresionado por su mirada.

—No funciona, ¿verdad? Pues no lo entiendo —volvió a plegar el abanico con ímpetu—. Regina dice que tengo unos ojos muy bonitos.

—Preciosos.

—¿Cómo dices?

—¡Pernicioso! Eso es Harvey y no intentes distraerme.

Parpadeó confusa, por un momento había pensado que hablaba de sus ojos.

Suspiró con fuerza.

—Ya que vuelves sobre Harvey, ¿conoces a algunas de sus amantes?

—¡No hablaré de las amantes de nadie!

Amanda soltó una risita, satisfecha por alterar así a Edward.

—Eso es porque eres todo un caballero.

—No sé qué soy —dijo molesto—. Pero que me encierren si piensas que permitiré que caigas en brazos de ese libertino.

La risa de Amanda contrastaba con la seriedad de Edward, quien no veía la hora de regresar a Somerset y dejar a ese dolor de cabeza que era la señorita Belford, en brazos de su hermano.

Capítulo 31

Amanda se estaba divirtiendo.

No era frecuente que Edward Chambers, siempre tan bien peinado y elegante en todo, perdiera los nervios.

Miró medio hipnotizada el mechón dorado que se había descolgado por su frente. Él bufó para apartarlo y al no conseguirlo, pasó su mano derecha para devolverlo a su lugar.

Sentada a su lado, le seguía pareciendo imponente, mucho más que antes. ¿Por qué nunca se había fijado en lo alto que era? Y sus hombros, ¡que hombros! Eran anchos y fuertes. Y tan fuerte era su torso como estrecha su cintura. Y esos pantalones ajustados, tan a la moda, le quedaban como un guante.

Lo vio fruncir el ceño y ella sonrió levemente al darse cuenta de que la había pillado mirándolo.

Cuando lo hizo, el hechizo pareció romperse un poco y Amanda tragó saliva.

—No te enfades, Edward —dijo con voz suave y sin perder el buen humor.

Nunca lo había visto furioso o hablarle mal a nadie, a no ser que ese alguien fuera ella. Sonrió al acordarse de todo lo que le había hecho los años anteriores. Boñiga de caballo incluida.

—No me enfado, pero ¿por qué no te fías de mi palabra?

—No dudo de ella —le dijo Amanda—. Solamente debes entender que, aunque para ti sea un mal partido, para mí podría ser alguien más que tolerable para pasar la vida.

—No lo dirás en serio —dijo, confuso—. ¿No quieres un hombre que te sea fiel y que no solo se case contigo por tu dinero?

Ella se encogió de hombros.

—No, si llego a un acuerdo con él. Quizás si le doy de buena gana todo mi dinero me deje tranquila y pueda vivir cómodamente en Somerset, mientras él se divierte en Londres.

—¿Con sus amantes? —Edward se arrepintió enseguida de haber hablado así, y añadió—: No te entiendo.

—¿Qué no entiendes? —le dijo ella, muy calmada—. Nunca se sabe como puede evolucionar un matrimonio. Por ejemplo. Cuando llegamos aquí pensé que te tiraría por las escaleras, o que descuidadamente dejaría una ventana abierta del piso superior…

—¿Cómo?

—Con un bonito ejemplar de las obras de Shakespeare para que tropezaras y…

—¿Cayera por la ventana?

Ella asintió, riéndose.

—Pero no ha pasado. Nos hemos tolerado bastante bien —se rio al pensar en algo—. Incluso me ha sorprendido que pudiera hablar contigo de literatura y de caballos.

—¿Por qué no iba a querer hablar contigo de caballos?

—Eso digo yo —se encogió de hombros—. Jamás pensé que se pudiera hablar contigo de algo, y en cambio hemos hablado de todo.

—¿De todo?

—Ya sabes, de… cosas. —Amanda se encogió de hombros.

—¿Cosas que no solo fueran David? —preguntó, apartando la mirada y súbitamente triste, sin saber muy bien por qué.

—Me he dado cuenta de que David no era lo único que nos unía —y esa confesión la sorprendió también a ella—. Y si soy algo más sincera conmigo misma, cosa que no suelo hacer porque me da bastante rabia, diré que he disfrutado de tu compañía. —Agachó la

cabeza y se miró las manos—. Y creo que ya lo hacía antes de que David decidiera casarse con otra.

Edward se cruzó de brazos y se reclinó contra el banco. Reinó el silencio por unos momentos. Pero… no pudo dejar de sentirse, ¿feliz? Se esforzó en no sonreír. Así mismo, quiso corresponder la sinceridad de Amanda con la suya propia.

—A mí también me ha gustado pasar tiempo contigo —dijo, en un tono bajo. Luego la miró de reojo—, aunque me gustaría aún más no tener que sermonearte.

—No lo hagas.

—Pues pórtate bien.

Ella se echó a reír de nuevo y Edward no tuvo más remedio que hacerlo también, pero pronto carraspeó.

Tenían asuntos serios de los que hablar.

Harvey era el principal, por supuesto. No podía permitir que se metiera de lleno en un escándalo, solo por diversión. Pero antes de poder abrir de nuevo el tema, escuchó las palabras de Amanda y se quedó helado.

—La verdad, no sé como seríamos tú y yo como marido y mujer.

Edward se quedó muy quieto.

Y al ver su actitud, ella también.

¡¿De dónde demonios había salido esa idea?!

—Bueno, quiero decir… —calló para no seguir balbuceando como una idiota.

Nunca se le había pasado por la cabeza tan descabellada idea. Pero, para su desgracia, algo le revolvió el interior, y no precisamente el estómago.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Edward.

Elevó un hombro sin darle importancia.

—Bueno, no nos llevamos tan mal, aunque discutamos mucho.

—Discutimos demasiado —sentenció él.

—Livia y Robert discuten a diario.

Edward sonrió desdeñoso, restándole importancia.

—Livia y Robert se aman.

—¿Verdad que sí? —se extrañó ella, como si ese fuera el punto—, pero son tan diferentes. Esto del amor es complicado, un día te levantas pensando que te has casado con el hombre más maravilloso del mundo y al siguiente le tiras un zapato.

Edward se rio.

—¿Livia le tiró un zapato a Robert?

Amanda asintió.

—En la cabeza —se señaló la suya propia para dar énfasis.

Edward se puso algo serio, no podía imaginarse como podría llegar a ser una discusión entre esos dos, acalorada, sin duda, pero tanto como para lanzarse cosas.

—¿Y cómo reaccionó Robert?

—Oh —Amanda pareció dudar—, al principio solo la miró con la nariz alzada.

Sabía exactamente cuál era esa expresión de su amigo.

—¿Y luego?

Amanda se acercó y bajó la voz.

—Salió sin decir una palabra de la habitación, pero más tarde… por la noche. Creo que la castigó —asintió para darle más énfasis—. A mí me castigó así una vez, pero nunca más. Creo que se sintió muy culpable.

La cabeza ladeada de Edward y el ceño fruncido le daba a entender que no tenía muy claro de qué le estaba hablando.

—Ya sabes —hizo un gesto con la mano—. Me azotó en el trasero.

Los labios de él se juntaron para no soltar una carcajada.

Desde luego, podía llegar a imaginarse a su amigo perdiendo los estribos y azotando a su pequeña hermana en el trasero, pero conociendo su debilidad por ella, Robert no habría sido nunca la mitad de brusco de lo que se hubiera merecido. Tampoco se lo imaginaba poniendo a su esposa sobre sus rodillas y golpeándola con cierta fuerza.

Elevó una ceja.

La imagen lo perturbó demasiado.

Sonrió. No sufría por Livia, estaba orgulloso de decir que esa mujer podía defenderse muy bien sola, y más de un esposo que estaba embelesado con ella.

—Quizás lo mal interpretaste. No creo que Robert…

—No, no —se acercó—, cuando por la noche pasé junto a su puerta, Livia estaba gritando.

—¿Gritando?

—Así: Ah, Ah, ah. Y se escuchaba el pequeño grito con cada golpe, estoy segura —dijo muy seria para vergüenza absoluta de Edward—. Le daba palmadas, seguro que en el trasero.

Edward borró toda diversión de su rostro y se levantó de inmediato.

—Amanda, no debes repetir eso en público, nunca más.

—¿Qué? —parpadeó confusa—. No… no lo haré. Solo te lo cuento a ti porque…

—Ni siquiera a mí —dijo, mirándola molesto y con la cara roja de vergüenza.

De pronto se quedó callada, ¿por qué se lo contaba a él?

Suspiró.

—Supongo que porque somos algo así como amigos —dijo finalmente Amanda.

Edward se sintió más conmovido de lo que quería aceptar.

—Sí, algo así.

—Y como amigo —continuó Amanda, de pronto cambiando de actitud—, dijiste que me ayudarías a encontrar marido.

Edward volvió a sentarse en el banco con cierta brusquedad.

—Deberías dejar de comportarte como una niña.

A Amanda, las palabras de Edward Chambers no le gustaron nada.

—Si me dieran una moneda por cada vez que escuchó esas palabras de tus labios… sería más rica que mi hermano.

—Si las repito, es porque parece que no lo tienes tan claro.

—¿Volvemos con lo mismo?

—¡Sí!

Ladeó la cabeza para mirarlo con fijeza. Movió los labios de manera ridícula, según su vecino. Se levantó con ímpetu, para acto seguido, agacharse para tomar una naranja, pequeña y redonda y se la lanzó al pecho.

—¡Auch! ¡Amanda!

—¿Una niña?

Edward abrió la boca, incrédulo.

Se quedó mirando otra naranja en las manos de Amanda, hasta que esta salió despedida y le dio de lleno otra vez en el pecho.

Totalmente incrédulo, apenas se movió.

Agachó la cabeza para que sus ojos vieran que, efectivamente, Amanda Belford tenía puntería. No se molestó en agacharse para tomar el fruto esférico y contratacar. Simplemente, sin alzar la cabeza, la observó en silencio, con esa mirada que a Amanda le parecía de depredador.

—¿En serio?, ¿esas tenemos?

Amanda empezó a reírse y, a pesar de la mirada retadora del conde, no hizo nada para comedirse.

De nuevo, y antes de que él reaccionara, volvió a agacharse para tomar otra naranja.

Mala idea.

En verdad se estaba comportando como una niña, y él no lo era. Edward era un hombre. Uno con el que era mejor no jugar.

Edward dio salto hacia delante, una gran zancada y sus fuertes brazos rodearon a Amanda sin esfuerzo, alzándola contra su pecho, mientras ella reía y gritaba.

—Basta —se rio tan fuerte que apenas pudo respirar.

Edward la soltó, pero con las manos desnudas, Amanda partió la naranja y metió su pulpa carnosa en la boca de Edward, quien sintió los dedos de ella tocar sus labios. Su lengua salió a su encuentro, saboreando la dulzura del fruto y sintiendo como se deslizaba su jugo por la garganta.

Se miraron a los ojos y pareció que se había esfumado toda diversión, para ser sustituida por algo más desconcertante.

Fue como tomar el fruto prohibido.

Edward, o más bien su cuerpo, no quiso apartarse de ella.

¿Así se sintió Adán? ¿Desesperado por caer en el pecado?

La risa de Amanda se había ido desvaneciendo al estar entre sus brazos. Ambos jadeaban por el leve combate y cuando sus piradas quedaron prendidas, la una en la otra, se encontraron sin escapatoria.

La diversión cesó y de súbito, apareció el deseo.

El jugo había resbalado de la barbilla de Edward, directamente sobre la blanca carne del cuello de Amanda, justo donde el cuello pierde su nombre y empieza a ser pecaminoso que una mirada de un hombre se fije. El nacimiento de los pechos de Amanda, blancos y turgentes hizo que Edward entreabriera los labios, buscando aire para serenarse. Tal vez, también para enfriarse.

Observó esa piel manchada por el líquido anaranjado y sin saber qué demonios le empujaba, se inclinó, con Amanda todavía entre sus brazos y besó la piel, succionando la suave gota de zumo que empezaba a resbalar hacia sus pechos.

La lamió.

Eso es lo que sintió Amanda cuando cerró los ojos y soltó un gemido inesperado. Sintió la lengua de Edward contra su piel, y como si ahí se encontrara un resorte mágico, su corazón latió desbocado, enviando toda la sangre a su rostro, a su pecho… Sintió como si flotara, y en realidad, quizás lo estuviera haciendo. Edward la mantenía elevada contra sí, contra su cuerpo. Un cuerpo mucho más duro y perfecto de lo que ella había sido consiente hasta el momento. Y cálido, casi ardiente.

La lengua de Edward se desplazó más arriba, junto a la base de su cuello, besando esa sensible zona hasta que la hizo gemir de nuevo.

Con los codos apretados contra su pecho, y la cabeza echada hacia atrás para darle un mejor acceso, Amanda tragó saliva y se puso rígida al escuchar la voz de Violet.

—¡Amanda! ¿Ya se ha ido el señor Wilmot?

Edward alzó la cabeza sin soltar a Amanda. Solo cuando su mirada se clavó en aquellos ojos de cervatillo asustado, la soltó como si quemara.

¿Qué demonios estaba haciendo?

—Amanda.

Iba a disculparse, pero… no pudo. La vergüenza no le permitió quedarse para que Violet los sorprendiera.

Corrió sobre la hierba verde y Amanda tuvo que apoyarse contra el naranjo para no caer de bruces.

—Amanda —se sorprendió Violet, al ver su estado de agitación—. ¿Qué te pasa?

Se tomó varios segundos para respirar, para llenar su cuerpo de oxígeno, antes de responder.

—Eso mismo me gustaría saber yo.

Capítulo 32

Amanda no se podía creer que aquel fuer el último baile de la temporada.

Muchos de sus conocidos se habían marchado ya de Londres, huyendo del bochorno, y ellos no tardarían en hacerlo.

Esa misma mañana había llegado una carta de Robert. Su hermano le anunciaba que había sido tía de un bebé hermoso de nombre Joseph Henry, pero que su madre ya había empezado a llamar Jos. Había nacido sin complicaciones, comía bien y Livia decía que se parecía a él.

Amanda lloró ante la noticia y no veía la hora de correr a su lado para llenarle la carita de besos.

—Nos vamos esta misma semana —había sentenciado, a la hora del desayuno.

Había mirado a Edward con fijeza como para retarlo a decir lo contrario. Pero él se limitó a sonreír y a decir:

—Enhorabuena, tía Amanda —su sonrisa le calentó el corazón, sensación que se obligó a desechar—. Nos marcharemos después del último baile y tu hermano ya decidirá a quien invita a su finca para casarse o presentar a su retoño.

Amanda respiró aliviada por no encontrarse con ningún impedimento para su partida. Regina y Violet también se habían tomado la noticia como si de un regalo se tratara.

Regina había decidido acompañarlos a Somerset, asegurando que poco tenía que hacer en la finca, ahora que Edward la había visitado recientemente y había dejado instrucciones precisas al administrador para que sus propiedades sacaran un buen rendimiento y sus arrendatarios fueran felices.

—Ahora solo falta la lista.

Edward y Amanda miraron con interés a Violet.

—Ya sabéis, la lista de pretendientes que recibirán invitaciones para Thornfield. Tu hermano, sin duda, querrá conocerlos.

—Oh, pero no todos serán pretendientes, Daemon Sinclair ya ha aceptado nuestra invitación.

—¿Nuestra? —le preguntó a tía Regina.

—Oh, es amigo de Clementine, ¿no querrás que, si va a casa de los Knigth este invierno, no se pase por la nuestra.

—Creo que es exactamente lo que querría.

—No finjas que Daemon no te cae bien —le reprobó a Edward.

Él guardó silencio. Le caía bien, mejor que bien, era un gran hombre, aunque a veces se empecinara en aparentar lo contrario. Pero desde que había tenido algún que otro momento con Amanda… desde que probó el sabor de su piel y escuchó de sus carnosos labios el suspiro que él mismo provocó… los celos le nublaban el juicio.

—Lamento haberlo invitado a tu casa, Edward…

Por fortuna, la voz de Regina lo sacó de esos recuerdos.

—No, no tía —la miró con cariño—, puedes invitar a mi casa a quien quieras, como si fuera la tuya.

Ella le sonrió con afecto.

—Gracias.

Luego, su mirada serpenteó por encima de la mesa, hasta clavarse en Amanda. Lo supo por la tensión de sus manos a la hora de apretar la cucharilla del té.

Era hermosa, y la luz de la mañana, colándose por la ventana, besaba su peinado, como si sus cabellos fueran capaces de contener la luz del Sol.

Amanda se tragó un trozo de bollo y miró de reojo a Edward, quien esquivó de inmediato su mirada. Como solía hacerlo después de haberla…

Amanda gruñó.

Ni siquiera había sido un beso como Dios manda.

Había sido algo… mucho mejor. No era capaz de explicarlo, y por muchas vueltas que le diera a la cabeza, era incapaz de encontrarle una definición exacta. Lo único que sabía Amanda era que deseaba volver a estar entre los brazos de Edward, volver a sentir su lengua, acariciando su piel, y su ronca respiración, vibrando contra su cuello.

Y eso… eso la ponía de muy mal humor.

¡Era Edward, por amor de Dios!

***

Esa noche, el salón de los Colins, era un hervidero de parejas deseosas de explicarles a sus interlocutores todo lo que harían durante el invierno. Por supuesto, Amanda recibió alguna que otra invitación para visitar las fincas de sus amigos, no obstante, Edward fue educado pero firme.

—Tenemos nuestros propios planes, ha nacido el heredero del conde de Shepton y me temo que este invierno nos esperan en Thornfield.

Amanda asintió, no había dicho nada que no fuera cierto. Y sorprendentemente, tampoco algo que ella no deseara. Llevaba tantas semanas conviviendo con Edward bajo el mismo techo, que le resultaría hasta raro separarse de él.

Sonó una pieza animada y Regina, que estaba junto a los jóvenes, carraspeó para llamar la atención de Edward.

—Saca a nuestra protegida a bailar —le susurró, inclinándose hacia él.

No había petición, era una orden y él lo sabía.

Sin apenas mirarla, pasó tras su tía y se quedó parado al lado de la joven. Al ver que Harvey Wilmot trotaba hacia ellos, le tendió el brazo a Amanda, quien lo aceptó de igual modo, sin sonreír y sin mirarle.

Si era tan miserable como para ignorarla después de lamer sus pechos… no se merecía otra cosa. Pero, si era sincero consigo mismo, echaba de menos sus irreverencias, la forma que tenía de reírse de él y sus respuestas infantiles cuando discutían. Ahora, cada vez que se cruzaban, ella alzaba el mentón y lo ignoraba.

Se lo tenía bien merecido.

Para cuando Harvey llegó hasta donde estaba su presa, esta había avanzado hacia situarse en la pista de baile, entre los brazos del vizconde de Glastonbury.

—He llegado tarde —le dijo Harvey a Regina.

—Me temo que sí, se ha quedado sin pareja.

Harvey le dedicó una sonrisa devastadora. Seguramente, la que utilizaba para encandilar a más de una dama.

Regina no era tonta, había escuchado rumores. Rumores que dejaban en muy mal lugar a ese joven, o en uno muy bueno. Depende del uso que una quisiera darle.

Se rio de su propia maldad y escondió el rostro tras el abanico.

—¿Realmente me he quedado sin pareja? —peguntó Harvey. Le tendió un brazo y Regina lo miró con asombro—. ¿No querría bailar conmigo, señora Bowman?

—¿Por qué no?, mi juventud ha quedado atrás…

—No lo creo, y aunque así fuera, con su belleza sé que seré la envidia de todo el baile.

Regina intentó ocultar su sonrisa.

Pero no pudo.

Cuando salió a la pista, Harvey la hizo reír todavía más con sus ocurrencias.

Edward inclinó la cabeza hacia su tía a modo de saludo, justo antes de empezar moverse al son del vals. El hecho de que bailara con Harvey era una distracción para alejarlo de Amanda, estaba seguro.

—Regina tiene suerte —dijo Amanda, para molestar a Edward —. Harvey es un gran bailarín.

Edward frunció el ceño, pero enseguida se repuso.

—¿Prefieres bailar con él que conmigo?

—No he dicho eso —respondió, como si no le importara.

Edward se inclinó un poco más hacia ella y Amanda pudo notar el calor que desprendía su cuerpo, y su aliento, acariciando la

piel sensible de su canalillo. Tragó saliva, pero no dijo nada ante la voz ronca de Edward.

—Di que me perdonas.

Ella parpadeó, confusa.

—¿Perdonarte?

—No me comporté como un caballero.

Ah, eso. Bueno, le perdonaría, aunque ella… debía reconocer que a ella le había agradado.

—Te perdono, yo empecé.

—A lanzarme naranjas, no. Me refiero a…

De pronto calló y se miraron en silencio. Una sonrisa empezó a bailar en los labios de Amanda. Y es que recordar como sus labios habían tocado su cuello, había sido más que inesperado, pero increíblemente satisfactorio.

Edward se perdió en su mirada. Fue muy consciente del tacto de su vestido bajo los dedos desnudos. Su pequeño cuerpo se movía con gracia, girando y desplazándose a su alrededor, mientras las parejas se intercambiaban.

Cuando volvió a posar la palma de su mano sobre la de ella, Amanda había dejado de sonreír. Y a él… le costaba mantener la

respiración a raya. Sus ojos, grandes e inocentes, lo tenían embrujado.

—Tenemos que hablar, Amanda —dijo tan serio que podría haber estado en un velorio.

Ella tragó saliva y asintió.

Siguieron bailando, en silencio. Amanda evitaba mirarle, pero eso no significaba que no notara su cercanía, y que eso mismo provocara que se le calentara el pecho al latir su corazón más y más rápido.

Al finalizar el baile, escucharon los aplausos y antes de saber qué estaban haciendo, se acercaron a la mesa de los refrigerios. Intercambiaron palabras con los demás invitados, y poco a poco se fueron alejando hacia un lugar apartado.

Salieron a la terraza, amplia, pero mal iluminada.

Edward pudo ver que en uno de los extremos había una pareja susurrándose palabras de amor, pero con la oscuridad no pudo identificar quienes eran. Mejor, porque él necesitaba un poco de intimidad para decirle a Amanda lo que estaba dispuesto a hacer.

Tomó su mano enguantada y la guio hacia la barandilla de piedra. Su corazón latía desbocado, como un caballo a pleno galope.

—Amanda —carraspeó, para aclararse la garganta y para darse valor.

—¿Sí? —Ella jugueteaba con sus guantes, nerviosa.

Esperaba con sinceridad que Edward tuviera algo importante que decirle, algo que aclara sus sentimientos de una vez por todas. Porque tras lo sucedido en el jardín, sus emociones no le daban tregua. Necesitaba respuestas, o saber a qué a tenerse, o se volvería loca.

—He estado pensando, a raíz de los acontecimientos del otro día.

—¿El duelo de naranjas?

Él gruñó y ella agachó la mirada como si hubiera metido la pata.

—Lo siento.

Edward se acercó demasiado. Tanto, que Amanda creyó que todos los asistentes al baile serían capaces de escuchar el estruendo que se estaba reproduciendo en el interior de su caja torácica.

—No, no te disculpes. Y sí, me refiero al duelo de naranjas. —Tomó la barbilla de la joven y la alzó para que lo mirara a los ojos—. Me refiero también al haberme comportado de una manera muy poco decorosa contigo.

—No lo…

La hizo callar al poner el dedo índice sobre sus labios.

Amanda no se movió, sintiendo el calor de su cuerpo, lo agradable que era tenerlo tan cerca.

—He pensado en lo que dijiste, sobre qué clase de matrimonio seríamos.

El corazón de Amanda latió desbocado al escuchar aquellas palabras.

¿Acaso se estaba planteando…?

No, no. Era imposible.

¿Ella casada con Edward? En fin, era su persona menos favorita del mundo. ¿Verdad? Él… la trataba como una niña. La hacía rabiar. Pero él… él se había comportado como un caballero con el asunto de David. Ahora lo veía. Siempre se había preocupado por su bienestar. Incluso había aceptado la petición de Robert de hacerle de protector hasta el final de la temporada. ¡Con lo mucho que odiaba Londres! ¿Era posible que lo hubiera hecho movido por el cariño que sentía por ella?

Cariño.

Esa palabra le resultó extraña, pues… no era cariño lo que en esos instantes ella sentía por él. Era algo mucho más profundo.

Era… como una suave marea que lame las arenas blancas de una playa para después retirarse y dejar huérfana la costa, pero también, como olas gigantes rompiendo contra la dura piedra de un acantilado.

—Amanda yo…

—¿Sí, Edward?

Sus ojos, su voz, esa mano, que antes se había posado sobre sus labios, había acariciado sus pómulos, rozado su cuello y ahora… ahora ambas manos estaban sobre sus hombros.

Ella sonrió y hasta se puso de puntillas, agarrando las solapas de su chaqueta para que no se le escapara.

Se acercaba un momento trascendente. Lo notaba.

Quizás entendería de una vez por todas lo que sentía por ese hombre, que la sacaba de quicio, y de quien se había dado cuenta que difícilmente se podría separar.

¿Separarse? Oh, no.

Pero si Edward debió haber hablado, no lo hizo.

Si Amanda debió haberle prestado toda su atención, no lo hizo.

Una llegada tan importante como inesperada los sacó a ambos de aquella nube en la que se habían zambullido.

Hablarían.

Pero no sería en ese momento, pues la conmoción pudo más que cualquier otra cosa.

Ambos se dieron cuenta de que la música había cesado.

—Debería entrar —le dijo un invitado a Edward, pasando por su lado, de vuelta al salón.

Edward y Amanda se separaron, y él lo vio alejarse. Otros invitados que estaban en la terraza siguieron su camino y tomando a Amanda de la mano, entraron juntos para encontrarse que la música empezaba de nuevo, pero que la mayoría de las miradas seguían fijas en el recién llegado.

Y es que una figura que Amanda y Edward conocían muy bien había captado la atención de todos los presentes.

Hubo murmullos y algún que otro traspiés cuando se reanudó el baile.

Edward sintió el frío en la palma de su mano cuando Amanda lo soltó, como si fuera atraída hacia la gravedad de ese hombre.

—David.

Por primera vez en su vida, escuchar el nombre de su hermano en labios de Amanda, le rompió el corazón.

Edward apretó los puños, sintiéndose molesto por su presencia, mucho antes que sorprenderse por la misma.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, al llegar a su lado al mismo tiempo que Amanda.

David los miró a ambos, con tanta seriedad que ninguno de los dos lo apremió para que respondiera, expectantes.

—Me temo que ha ocurrido una desgracia —por su tono y la forma de apretar la mandíbula después de terminar la frase, sin duda había sido una tragedia.

—¿Estás bien? —Preguntó Amanda, preocupada. Conocía a David y sabía que tenía que ser algo muy grave.

—¿Y Georgina? —Edward paseó la mirada a su alrededor, pero no consiguió verla.

—Georgina —vio el dolor agudo cruzar por su mirada y Amanda se llevó ambas manos a la boca para sofocar un jadeo al escuchar sus palabras—, ha muerto.

Capítulo 33

La fiesta transcurrió con aparentemente normalidad, solo algunos invitados sintieron el malestar por noticias ominosas. Edward se retiró con su hermano y, tanto Amanda como Violet, esperaron a que terminaran de hablar para poder regresar a casa.

Pero no eran los únicos que no estaban pasando una buena noche.

Dominic Wilmot miró a su hijo con severidad y con un gesto seco le indicó que se acercara.

—Sígueme —le dijo, casi sin mirarlo.

Harvey obedeció y en un instante se encontró encerrado en un pequeño salón con papel pintado de un tono rojizo.

Harvey cerró la puerta antes de que pudiera entrar alguien más, una vez a solas y antes de poder iniciar una conversación con su padre, la mano de este descendió sobre su rostro.

El golpe fue tan fuerte que se tambaleó hacia atrás, doblándose luego sobre sí mismo y con la mano volando a su nariz

esperando encontrarla rota. Pero no había sangre.

Miró a su padre, incrédulo. Sin embargo, este, lejos de sentir compasión por él, lo miró con desdén, como si se mereciera mucho más.

—Eres un idiota —dijo, sin atisbo de simpatía.

—Pero, padre…

—No eres capaz de seducir a una simple colegiala. Esperaba más de ti, la verdad. Qué poco te pareces a mí, tu abuelo debe estar retorciéndose en su tumba.

Harvey se incorporó y miró sobre su hombro. La puerta seguía cerrada y el bochorno era solo para él, por suerte, sin testigos.

—Lo arreglaré.

—Llevas semanas cortejándola —lo miró con encono. Empezó a pasear por el salón como si así su mente funcionara mejor y pudiera encontrar una solución que su hijo estaba claro que no lograba ver.

—¿Cómo es posible que te hayas ido sin más?

—Ha pasado algo —le respondió Harvey—, creo que algo relacionado con los Chambers. Amanda se ha negado a bailar conmigo, ¿qué quería que hiciera, arrastrarla al centro del salón?

—Cualquier cosa para no ser despachado como un pusilánime. —Miró a su hijo con fijeza y se acercó hasta que sus miradas quedaron a la misma altura—. El vizconde prometió al conde proteger la honra de su hermana, pues bien, tú me prometiste resultados —dijo molesto—. Haz lo que tengas que hacer, pero seduce a esa mujer.

—¡Padre!

El barón lo ignoró.

—¡Sedúcela! Sin excusas.

Harvey se deshizo del agarre de su padre que lo estaba sacudiendo por las solapas de su chaqueta.

Se apartó como pudo, pero Dominic no dejó que se fuera muy lejos.

—Haz tu propuesta de matrimonio, antes de que acabe la temporada…

—La temporada ya ha terminado —dijo Harvey, convencido—, al menos para los Chambers y Amanda. Se van al campo.

Dominic pareció reflexionar.

—He oído que el hijo del conde de Shepton ha nacido, quizás deberíamos presentarle nuestros respetos, enviarle un presente, o mejor aún…

—¿Hacerles una visita?

Dominic miró a su hijo, y esta vez pareció aceptar la posibilidad que no fuera tan idiota como pensaba.

—He conseguido pasar algunos momentos con la tía del vizconde. Creo que puedo sonsacarle una invitación para ir a pasar unos días en la casa de campo.

—¿Y de qué nos serviría eso? —preguntó molesto—. Amanda Belfort estará ya en su casa, no en la de los Chambers.

—Sí, pero… son vecinos. Sus tierras son colindantes.

El barón alzó una ceja y pareció meditarlo.

—Entonces no sería tan descabellado un encuentro.

—Podría incluso pasar algunas veladas en su casa.

—Podríamos, hijo.

Harvey parpadeó confuso, hasta entender qué le decía su padre. Si había fiesta en casa de los Belford o los Chambers, él acudiría. No se fiaba de él, ni de que pudiera seducir a una mujercita debutante, pero era un comienzo.

—Si la hubieras comprometido —dijo Dominic, mirando al vacío—, nuestros problemas estarían más cerca de solucionarse. Ella no podría haberse echado atrás cuando le propusieras matrimonio —

dijo furioso—. ¡Por qué poco! —cerró el puño y lo movió en el aire—, pero no pierdo la esperanza.

Harvey asintió, apesadumbrado.

—Está bien, padre. Pensaré en algo.

—No —dijo tajante—, veo que pensar no es lo tuyo. Eso déjamelo a mí.

—¿Ya tiene un plan?

La sonrisa malévola del hombre y su mirada perdida, dijo que así era.

Sabía que Amanda era rica y bonita, y también que había recibido las atenciones de otros hombres, aunque su padre tenía razón. Edward Chambers había prometido proteger la honra de esa muchacha y se había tomado muy en serio su trabajo. Dudaba que se hubiera separado de sus pretendientes o que hubiera consentido que su prima o su tía Regina la dejaran a solas con uno de ellos. No creía que nadie estuviera tan cerca de seducirla como él.

—Cuando regrese a Somerset… ahí será todo mucho más fácil —se animó Dominic—, la moral del campo es más relajada, dudo que tengas problemas de librarte de ese hombre.

—¿Con hombre te refieres al vizconde, o a su hermano Robert?

—A cualquiera de los dos.

Harvey no lo veía tan claro, y así se lo hizo saber.

—Olvida, padre, que ya no tendrá la protección de lord Chambers, pero sí la de su hermano.

—Su hermano está demasiado ocupado atendiendo a su retoño y a su esposa. No será un problema.

Ojalá pudiera estar tan convencido de ello como su padre, pero no lo estaba.

***

Tras despedirse de las damas en el recibidor, Edward entró en su habitación. Despachó al ayuda de cámara y empezó a desvestirse solo.

Mientras tanto, imágenes y sensaciones relacionadas con Amanda, asaltaban su mente, transformando su respetabilidad en herejía.

Debería estar pensando en David, en la tragedia que acababa de sufrir. Su esposa, Georgina, había muerto. No le había dado aún los detalles, estaba desolado y Edward tampoco se atrevió a

ahondar en el asunto. Lo haría a la mañana siguiente, si lo encontraba con el suficiente ánimo como para hacerlo.

Y sus pensamientos regresaron a Amanda. A ella, en la terraza, iluminara tenuemente por la luz suave que traspasaba las altas cristaleras. Habían estado a punto de besarse. Era incapaz de olvidar sus carnosos labios, entreabiertos, instándolos al pecado, y en sus hermosos ojos azules, llenos de vida, de deseo…

He pensado en lo que dijiste, sobre qué clase de matrimonio seríamos.

Al rememorar sus palabras, bufó.

—No es, ni será jamás posible. —Se dijo, arrancándose la corbata—. Es una niña, una…

No, no era una niña. Era una mujer, hermosa, inteligente, y sí, debía reconocer que era divertida. Y tampoco podía negar que ambos coincidían en muchas cosas, como el gusto por la vida campestre, lejos de la ciudad, sus ruidos y los demás. ¿Cómo sería su vida, compartida con ella? No se aburrirían, de eso estaba convencido.

Pero no. De lo que sí estaba convencido era de que jamás, ¡jamás sucedería!

Tras desvestirse, apagó la vela de la mesilla de noche y se metió en la cama.

Cerró los ojos y se concentró en dormir.

Amanda y yo… ¿casados? Rio, cínico. Pero pronto, esa sonrisa se volvió cálida y si hubiese un espejo frente a él, habría visto su propio rubor al pensar en semejante posibilidad. Lo que sí sintió, fue el calor en el pecho, bajando hasta…

Duérmete, Edward.

Creyó lograrlo.

Hasta que escuchó un ligero golpeteo en la ventana.

Al sentir algo de frescor en la habitación, pensó que seguramente serían las ramas de la enredadera contra el cristal que la abrían abierto, se habría levantado algo de viento.

No le dio importancia y volvió a relajarse.

Hasta que notó algo, o alguien, gateando sobre su cama.

Cuando abrió los ojos, se encontró con el rostro de Amanda, pegado al suyo y su cuerpo esbelto, sobre él, a horcajadas.

—¿Qué demonios…? —susurró, pero acto seguido sintió el dedo índice de la joven sobre sus labios, instándolo a callar.

—Se me ha ocurrido una idea —sonrió ella, coqueta.

—¿Qué idea? —jadeó, inquieto y excitado.

—Antes de casarnos, deseo probar qué se siente al estar contigo, en la intimidad.

Sorprendentemente, no se escandalizó. Era Amanda. Y solo a la indomable señorita Belford podría ocurrírsele tan descabellada idea.

—¿Qué? —entró en razón— ¡No! —dijo, con insuficiente convicción.

—¿Por qué no? Eres mi protector, ¿recuerdas? —su voz sonó tan dulce y sensual, que lo dejó completamente paralizado—. Necesito que me ayudes a averiguarlo.

—¿A… ayudarte? ¿Averiguar… el qué?

—Tócame, Edward.

No pudo ni abrir la boca para responder, pues Amanda ya le había cogido de las manos y se las había colocado sobre sus pechos.

—Cielos, no…

Podía sentir en las palmas, los endurecidos pezones. Podía notar también como su miembro se envaraba hasta casi resultar doloroso. Las manos de Amanda estaban sobre las suyas, apretándolo, obligándolo a que no retrocediera.

La luz de la luna llena se colaba por la ventana, y acariciaba su cuerpo, únicamente cubierto por un fino camisón de seda. Sus

cabellos, largos y ondulados, caían sobre sus hombros y le acariciaban el pecho desnudo. Se había colocado a horcajadas sobre él y se movía, balanceando las caderas, buscando su propio placer sobre él. Los labios carnosos y rojos como fresas, expulsaban suspiros y de su garganta brotaban los gemidos como de la fuente del deseo.

—Amanda… —pronunció su nombre, en el momento en que sus manos abandonaban sus pechos, para acariciarle los costados y acabar rodeando su cintura hasta bajar a sus nalgas.

Ella echó la cabeza hacia atrás cuando él le apretó el trasero, para acomodarla sobre él.

Seguía moviéndose, contorneándose, gimiendo y suspirando. Y él era incapaz de apartarla. No quería apartarla.

Sus gemidos eran a cada punto más sonoros. Subió las manos hacia arriba, esta vez por dentro del camisón, tocando su piel, suave y ardiente. Quemaba, esa mujer era de fuego.

Acarició su vientre, el ombligo y regresó a los pechos. Esta vez, no había ninguna tela que impedirse acariciarlos, piel con piel… Pellizcó sus pezones y ella soltó un hondo suspiro.

—¡Ahhh! —Amanda no paraba de gemir. Lo hacía cada vez más rápido, al igual que su cuerpo, que se retorcía como una

serpiente abrazando a su presa.

Edward supo que su virilidad estallaría de un momento a otro. Ella danzaba sobre él, como una bailarina oriental. Se mordía el labio y entornaba los ojos, como si estuviese gozando de un orgasmo interminable.

De súbito, la ventana se abrió de par en par, dando un golpe contra la pared y Edward abrió los ojos.

Se incorporó con violencia y miró hacia la derecha.

Las cortinas se agitaban con fuerza, mientras las contraventanas daban golpes a causa del fuerte viento.

Salió de la cama y cerró la ventana con el pestillo.

Después de enredarse con la cortina, regresó y, malhumorado, se dejó caer sobre el colchón. Suspiró, lentamente, mientras intentaba relajarse.

Pero cierta parte de su anatomía no parecía estar de acuerdo con su cabeza.

Había sido un sueño. Era un alivio que no hubiese sucedido en verdad aunque… aunque… Ojalá…

—¡No!

Volvió a bufar y se dio la vuelta sobre sí mismo hasta acabar boca abajo sobre el colchón.

Maldita sea, Edward… Esto se tiene que acabar de una vez por todas.

Si pensaba que el deseo por Amanda menguaría, es que no podía imaginarse el tormento que le esperaba a la mañana siguiente.

Capítulo 34

A la mañana siguiente, Violet leyó la carta que acababa de llegarle junto al correo de la mañana.

Suspiró tras leerla.

Directa y escueta, no esperaba menos.

Violet, la temporada ya ha llegado a su fin.

Vuelve, inmediatamente.

TU ESPOSO.

Resopló ante la infructífera orden de su marido, porque no pensaba hacerlo.

Dobló el papel satinado que contenía la elegante caligrafía y lo guardó.

Alzó el mentón con altivez.

Ahora era él quien le pedía su atención, desde luego, no iba a dársela. Lo haría cuando ella considerara, no antes. Y por lo mal que se había portado esos últimos tiempos, se merecía echarla de menos, aunque claro, era mucho pedir, teniendo a su amante al alcance de la mano.

Respiró hondo e intentó mostrar serenidad lo mejor que pudo.

Las notas del piano la devolvieron a la realidad. Era una mañana extraña. El baile de los Colins había estado lleno de acontecimientos inesperados, el más destacable, la vuelta de David que a esas horas de la mañana aún seguía durmiendo, o al menos descansando en su habitación.

Violet no esperaba otra cosa, se le había visto muy entero ante la noticia que había trasladado a la familia. Georgina había muerto, pero… poco más se sabía. Por supuesto, al no ser una Chambers, no había querido preguntar, y Regina se limitó a decir que David no había soltado prenda. Seguramente hablaría cuando estuviera preparado.

Por otra parte, las actividades cotidianas seguían, y una de ella eran las clases de baile y piano de Amanda. Sí, los sirvientes de Edward ya estaban preparando los baúles donde llevarían sus

pertenencias de nuevo a Somerset, pero de momento, ahí seguían ellos. Continuarían su día como si ninguna tragedia hubiera explotado sobre sus cabezas.

Violet avanzó hacia su prima. Los pasos sobre el suelo entarimado la llevaron frente al profesor de baile, este inclinó la cabeza.

Parecía contento.

No así, Amanda.

—No entiendo por qué debemos continuar con las clases de baile si la temporada ya ha terminado para nosotros. Porque nos marchamos, ¿verdad? —Miró a Violet con ojos grandes y expectantes, esperando una respuesta afirmativa.

Antes de que pudiera articular palabra, Edward entró en el salón y respondió a Amanda.

—Nos vamos.

Amanda lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Entonces por qué sigo con las clases? No las necesito.

—Oh —le sonrió Edward con descaro—, mis pies magullados dicen lo contrario.

Violet se burló para consternación de Amanda, que pateó el suelo nada contenta con que se alineara con Edward.

—No lo hago tan mal.

Por un momento nadie respondió, ni siquiera el profesor de baile, que pareció encandilarse con los frescos del techo del salón.

Edward se acercó con parsimonia y se detuvo junto a Amanda, que permanecía de pie frente al piano. El vizconde tomó la partitura para ojearla un instante y después la colocó donde correspondía. Puso ambos brazos a la espalda y entrelazó las manos, después miró a Amanda e inclinó la cabeza.

—Si usted lo dice, milady.

—Se burla de mí —se quejó Amanda a Violet, que se puso una mano frente a la boca para ocultar su sonrisa.

—Así es, pero para compensarte —dijo Edward—, haré el esfuerzo de ser tu pareja de baile.

—No creo que sea necesario —se cruzó de brazos enfurruñada, pero Edward la ignoró y se acercó un poco más a ella.

Se quedaron uno frente al otro y cuando por fin la joven alzó la cabeza para mirar sus ojos, tragó saliva. No esperaba que aquella sonrisa bailara en su boca e iluminara su mirada.

¿La había mirado así en alguna ocasión? Amanda parpadeó confusa por sus pensamientos. Sin saber muy bien qué hacía, estiró los brazos a ambos lados de su cuerpo y miró a Edward. Empezó por

fijarse en sus manos, grandes y… perfectas. Esas manos la habían arrastrado por la pista de baile al compás de un vals, también se habían posado en su cintura y… le alzaron el mentón la pasada noche, justo antes de… casi besarla. Carraspeó y miró su cuerpo esbelto, pero fornido. Parpadeó al demorarse en sus anchos hombros y después siguió ascendiendo hasta tropezar con sus labios.

Oh, sus labios.

Suspiró sin darse cuenta y Edward carraspeó, sabiendo qué estaba pensando.

El beso que no sucedió.

El maldito beso que tanto deseaba.

Su semblante se puso serio. Ahora él también pensaría en ello.

—¿Y bien? —preguntó Violet, interrumpiendo los pensamientos de ambos—. Empecemos nuestra última clase. La semana próxima partiremos hacia Somerset.

Amanda miró a su prima y sonrió con agrado.

—No veo la hora.

Edward asintió.

—Quizás podamos adelantar un poco nuestra partida.

Amanda lo miró con tanta rapidez que su cuello se resintió ante el movimiento.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí, David está deseando partir.

Una sombra de tristeza cruzó los ojos de Amanda, pero enseguida mudó su expresión.

—Estoy convencida que ir a casa le hará bien.

A casa, pensó Edward. A casa.

Con Amanda.

Se sintió culpable por el hecho de estar molesto, ¿qué cruzaba por su mente? ¿Acaso veía con tanta claridad que Amanda y su hermano pudieran reconciliarse? Y no se refería a ser amigos, sino a… algo más.

Pero si había de cierto en algo, era que David volvía a ser libre y Amanda… seguía en busca de un esposo.

Negó con la cabeza, como si ese pensamiento lo envileciera. Su hermano acababa de enviudar. Era imposible que buscara otra esposa tan rápido. Había amado mucho a Georgina, tanto que se había negado a revelar las circunstancias de su muerte, o al menos las verdaderas. Algo ocultaba y no podía exigirle que se lo contara. Lo haría cuando estuviera preparado.

—Consolémonos pensando que cada día falta menos para nuestra partida —le dijo Violet a su prima.

—Sí que me consuela.

—Oh, Amanda, ¿no habéis disfrutado la temporada? —preguntó, extrañada.

Pensó que uno y otro había disfrutado más de lo que querían admitir. Incluso ella y Regina habían jurado que entre los dos se produjo un acercamiento.

—No.

Las tajantes respuestas de ambos la hicieron parpadear.

—De acuerdo —respondió, desanimada—, no os ha gustado nada la temporada. Pero congratularos, ya se acaba y hoy será tu última clase de baile. Señor Dafoe —le habló al profesor francés que era duro de oído y que seguía el compás de la música, dando golpes siniestros con el bastón—, hoy terminan las lecciones, pero desde luego le redactaré una espléndida carta de recomendación. Ha enseñado a bailar aceptablemente bien a nuestro patito.

—¡Violet! —se quejó Amanda, mientras los presentes reían.

—Yo creo que bailas decentemente —cuando Edward se inclinó para alabarla, lo hizo derramando palabras en su oído que

hicieron que el vello de la nuca se le erizara— ¿Quieres demostrárselo?

Amanda lo miró sin decir nada, pero no opuso ninguna resistencia cuando Edward la sacó a bailar. En esta ocasión, Violet tocó el piano y el bueno del señor Dafoe iba siguiendo el compás con el bastón, que repiqueteaba de forma rítmica sobre el suelo de madera.

Edward tomó la mano desnuda de Amanda y colocó la otra en su cintura, con delicadeza. Ella tomó aire, y gimió ligeramente para expulsarlo, en el momento en que colocó la suya sobre el hombro duro de él.

Y pronto, ambos se olvidaron de quienes estaban a su alrededor y solo pudieron verse el uno al otro.

La música parecía ir al son de los latidos de sus corazones. El tacto de sus manos los estremeció a ambos. De repente, los labios de Amanda se entreabrieron a causa del ejercicio, sus ojos azules se iluminaron y el cuerpo de Edward se tensó.

Ya conocía esa expresión, la había visto en sus sueños, la pasada noche.

Cuando el piano dejó de sonar y el bastón del señor Dafoe dejó de golpear el suelo, la pareja se separó e hicieron una elegante

reverencia, sin dejar de mirarse fijamente a los ojos.

Si Violet se percató del deseo que flotaba en el ambiente, no dijo nada.

Terminada la clase, el señor Dafoe se despidió de su pupila.

—Ha sido un placer, señorita Belford. —El hombre se inclinó en una exagerada reverencia y Amanda le correspondió con una sonrisa.

—Gracias a usted por tener tanta paciencia conmigo.

Después de la despedida, Violet informó que acompañaría al profesor a la salida y después añadió:

—¿Edward? ¿Te importa quedarte con Amanda y comprobar que hace los ejercicios de piano?

Amanda la miró, ceñuda.

—¿Controlada como si fuera una niña?

Edward ignoró a Amanda y sonrió a Violet.

—Por supuesto.

De igual buen humor, Violet salió junto al profesor, dejándolos solos.

El ambiente pareció cargarse de electricidad, como la que se espera en un cielo negro que anuncia tormenta.

Los dedos de Amanda se movían con agilidad sobre las teclas blancas y negras. La concentración que requería al seguir la partitura, no pedía toda su atención, por lo que era muy consciente de la mirada de Edward sobre ella.

Después de un largo instante, Amanda lo miró de reojo, sorprendiéndolo.

—No hace falta que me vigiles —espetó, ruborizada.

—Tú sigue acariciando las teclas —le dijo Edward, dedicándole una sonrisa.

Sin que ella cesara de tocar, él se sentó a su lado. Si fue consciente del error que acababa de cometer Amanda a causa del nerviosismo, no lo demostró.

Al cabo de un rato, le pasó la hoja y ella fue consciente de que seguía la melodía.

Cuando hubo terminado, le exigió que empezara otra. Amanda no se opuso demasiado y pronto el sonido de la música inundó el salón.

Edward tragó saliva. Había sido una mala idea acercarse tanto. Respiraba con cierta dificultad, pues en un esfuerzo de esconder su excitación intentaba respirar pausadamente, hecho que lo agitaba todavía más.

—¿Estás bien? —preguntó Amanda, sin apartar la mirada de la partitura y sin dejar de tocar.

—Por supuesto —carraspeó.

No era cierto, no estaba bien.

Estaba demasiado cerca, el perfume de lavanda lo embriagaba y era incapaz de centrarse. Los dedos largos y elegantes de Amanda, acariciaban las teclas. Su cuello, esbelto, le recordó el sabor de su piel.

Hacía días que jugaban al gato y al ratón, o quizás semanas. Desde que la había encontrado en el lago la fascinación oculta que de alguna manera había sentido por ella, se había hecho evidente. Luego vino la escena protagonizada bajo el naranjo. ¿Cómo se había atrevido? Robert, sin duda, le daría la paliza de su vida de haberlo sorprendido lamiendo el cuello de su hermana, de aquella forma tan pecaminosa.

Desde ese momento, supo que estaba perdido, no había podido dejar de pensar en ella, en como sería darse un festín con ese cuerpo que ya nada tenía que ver con el de una niña.

Desvió la mirada de nuevo hacia su cuello, donde palpitaba un pulso fuerte y regular. Sin proponérselo, tragó saliva.

La mirada se deslizó hacia abajo, donde nacían sus senos. El escote era demasiado bajo, debía hablar con Violet, ¿cómo era posible que le permitiera ponerse esos vestidos? Acto seguido, pensó que ya no le incumbía, regresaban a Somerset y con ese hecho su hermano se haría cargo de ella, como debía ser.

Era primordial que Robert se ocupara de Amanda, o mejor dicho, de sus pretendientes, que no dejaban de asediarla. Muchos habían dejado claro que estaban interesados en un compromiso más formal, pero Edward se había animado a espantarlos. Se sentía algo culpable por ello, porque los defectos que echaba sobre encima de esos hombres, no eran, ni más ni menos, que los mismos que tenían todos los mortales. Los mismos que él, al desearla, al soñar con ella cosas que... Oh, cielos… Solo de pensar que Amanda aceptara alguna proposición de matrimonio…

Miró su hermoso rostro, como las hebras de oro caían sobre su espalda.

Era tan endiabladamente hermosa… miró de nuevo su cuello y sus labios se entreabrieron como si quisieran seguir, una vez más, el camino hacia el lugar que sabía tan bien.

Sintió un tirón en la ingle, apretó los dientes y se maldijo por ser tan insensato.

Amanda se equivocó en una nota y dejó de tocar. Sus ojos cayeron sobre los de Edward y, al mirarla fijamente, supo que estaba perdido.

Antes de que su mente entendiera lo que iba a hacer, se inclinó velozmente y atrapó los labios de Amanda entre los suyos.

La besó apasionadamente. Ella, en un principio, se quedó quieta, sorprendida, pero pronto le correspondió.

Las delicadas manos de Amanda se aferraron a la pechera de su camisa y gimió contra su boca al sentir el roce de la lengua de Edward que pugnaba por entrar en su boca.

Se lo permitió.

Entreabrió los labios y le permitió explorarla, al tiempo que ella hacía lo mismo. La sensación era tan excitante, sentía galopar el corazón, de forma desquiciada. Su piel ardía y un estremecimiento nació en su pecho y se fue expandiendo por su cuerpo hasta acabar estallando en ese lugar, donde se unen los muslos.

En ese momento, soltó un gemido que vibró en los labios de Edward. Alzó las manos y hundió los dedos en su leonada melena, cerró los puños y tiró de ella, al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás, ofreciéndole el cuello, al tiempo que sus pechos subían y

bajaban, a causa de la agitada respiración. ¿Cómo podía tomar aire, si a penas recordaba como hacerlo?

De pronto, Edward se apartó como si quemara dejando a Amanda huérfana de su calor.

—Me voy.

—¿Qué? —Parpadeó, confusa, sin saber qué acababa de pasar y por qué se había apartado de ella, cuando tanto lo necesitaba.

Él carraspeó incómodo, al ver sus labios hinchados a causa del beso, sus mejillas arreboladas y sus senos, maravillosos, turgentes, temblorosos, ascender y descender, con cada bocanada de aire.

—No… —jadeó—. No puedo quedarme ni un segundo más.

Amanda entreabrió los labios para decir algo, pero fue imposible recuperarse del impacto de aquel beso.

—No es apropiado —de pie junto a Amanda, empezó a retroceder lentamente.

Estaba nervioso. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Edward.

—Violet tarda mucho en volver y…

—¿Y? —Amanda alzó una ceja, confusa por su actitud.

—Pues que… no podemos quedarnos tanto tiempo a solas.

Alzó otra vez la ceja.

—Ah, ¿no?

—No —la miró, molesto—. No te hagas la tonta, sabes bien que no podemos…

—¿Besarnos? —Amanda siguió sentada al piano, sin moverse.

—No solo por eso.

—¿Qué se supone que ocurrirá si nos quedamos más tiempo a solas?

Edward resopló.

La miró con fijeza para adivinar si realmente era tan ingenua o es que quería atormentarlo a conciencia.

La comisura de sus labios se alzó y Edward lo tuvo claro.

Quería atormentarle.

—Eres…

Una risita lo acabó de avergonzar.

—Amanda… ni puedes…

Ella se puso en pie más rápido de lo que él hubiera creído capaz.

—Bésame.

—¡Amanda!

—Bésame otra vez.

—¿Pero…?

—Quizás si te vuelvo a besar entienda por qué no puedo dejar de pensar en ti y por qué diablos no estás en mi lista.

Edward abrió la boca para responder, pero la volvió a cerrar. Hizo ese gesto varias veces, hasta que al final acabó siendo perfectamente consciente de lo que acababa de decirle Amanda.

Ella sí sabía perfectamente de qué lista hablaba, en una lista donde había puesto a Harvey y ni siquiera se molestó en poner a Edward, porque él, como pretendiente… como marido, jamás había sido una opción, al menos hasta ahora.

Ahora, que no podía dejar de pensar en él.

Edward boqueó como una carpa fuera del estanque. No podía creer lo que estaba escuchando.

—No hablas en serio.

—¿No? —preguntó, algo triste.

Sus grandes ojos azules, lo buscaban. Desde luego, intentaba encontrar una respuesta a todas sus preguntas, pero no podía mirarlo a él en su busca. Él no las tenía.

—Amanda…

—No te gusto —le dijo, tajante—. Crees que soy una niña —sus hombros cayeron—. ¿Esa convicción puede cambiar? —le preguntó, con curiosidad verdadera—. Es decir… ¿es cuestión de tiempo, o siempre seré Amanda, la niña pesada que tengo que echar de mi casa?

Edward abrió la boca para contestar, pero seguía sin respuesta. Realmente eso era mentira. Tenía una. Desde luego, no la veía como a una niña. Y eso lo desconcertaba.

¿Cuándo Amanda había dejado de ser la niña alocada para convertirse en Amanda… su mayor fantasía, la diana de todos sus anhelos? Por poco pone los ojos en blanco. No pudo creerse que tuviera pensamientos tan cursis para ella.

—Amanda… —logró decir—, creo que deberíamos regresar a Somerset, quizás lo que sentimos es solo pasajero, es…

—¿Sentimos? —Sonrió, pero enseguida, al ver cierta exasperación en el rostro de Edward, se mordió el labio inferior—. Lo siento.

—No —dijo él, tomándola de las manos, consciente de que acababa de ofenderla, sin querer—. No lo sientas, es solo que…

De nuevo, estaban demasiado cerca.

—Amanda —le soltó las manos—. Maldita sea.

Dio un paso atrás y ella lo siguió.

—Apártate Amanda, apártate o no…

No terminó la frase.

Lo tomó por la chaqueta y tiró de él hasta que sus bocas volvieron a juntarse.

En un segundo, Edward la tuvo entre sus brazos, besándola apasionadamente como había estado deseando desde hacía semanas, cuando ella jugó peligrosamente con él, tirándole una naranja. Supo que estaba perdido en aquel momento, y lo confirmó cuando se besaron y ahora… ahora sabía que debía ser suya, costase lo que costase. Aunque el precio fuera la amistad con Robert. O la de su propio hermano.

David había vuelto, ¿Cuánto tardaría en darse cuenta de que Amanda era perfecta? ¿Y si pretendía…? No, no.

Amanda era suya.

El beso se volvió más apasionado, más posesivo. Edward la apretó contra el piano y sus caderas chocaron contra la madera pulida.

Amanda se agarró a él con desesperación.

Sus brazos estaban alrededor del cuello de Edward sin ninguna intención de dejarlo marchar. Ambas bocas se separaron

cuando ambos tuvieron que tomar aire para respirar. Entonces, los profundos ojos de Amanda, lo hechizaron y su sonrisa fue devastadora.

—No es lo mismo, Edward.

Él parpadeó sin comprender.

—¿Qué?

—No es lo mismo besar a uno hombre u otro. Jamás he sentido nada igual que cuando me besas tú —Edward no supo qué decir, y se preguntó cuántos hombres habría besado antes que él.

Cerró los ojos.

—David…

Ella siguió sonriendo.

—No, no fue lo mismo.

—Lo mato —gruñó.

La risita de Amanda fue interrumpida por los tacones de Violet, acercándose al salón.

Ambos se separaron de inmediato y Edward se alisó el pelo con la mano, inquieto.

—Tengo que irme.

Amanda parpadeó, como si no comprendiera su actitud. ¿Estaba enfadado porque antes había besado a David, o quizás lo

estuviera porque no le había gustado el beso?

—Edward.

Él no quiso quedarse ni un instante más. Giró sobre sus talones y cuando Violet entró en el salón, únicamente murmuró una disculpa y se marchó con más prisa aún.

—¿Qué ha pasado? —Violet miró a su prima, parpadeando confusa.

Amanda se llevó los dedos a los labios, donde todavía sentía el sabor de Edward.

—No tengo ni idea.

Capítulo 35

Antes de subir al carruaje, Violet abrió la carta cuyo nombre del remitente no había leído, pero tampoco es que le hiciera falta. El sello de su esposo relucía impreso en una cera rojiza. Vio los ciervos alzados sobre sus patas que formaban su escudo, junto a una corona de laurel.

Puso los ojos en blanco cuando después de partir el sello, echó un vistazo a su contenido. Breve, muy breve.

Sonrió.

¡Violet!

¡Vuelve a casa, y esta vez es una orden!

Tu esposo te lo ordena.

—Ah, no sabía que las demás veces habían sido simples sugerencias.

Rompió la carta en dos y la puso sobre la bandeja de plata.

—¿Está todo el equipaje preparado? —preguntó seguidamente al ama de llaves.

—Así es, señora.

—Bien, ha sido un placer estar en una casa tan espléndida y bien cuidada.

Para el ama de llaves fue todo un honor recibir esas palabras e hinchó el pecho.

—El honor ha sido servirlas —hizo una reverencia y al instante vieron aparecer los baúles que se llevarían de regreso a Somerset.

Amanda bajó por la escalera y esperó a que lo hiciera Regina. Cuando todos se reunieron en el recibidor, David y Edward salieron del despacho de este último para dar por finalizada su estancia en la casa.

—Ya podemos irnos —dijo Edward, sin parsimonia.

Amanda asintió, pero desvió la mirada del vizconde cuando este fue incapaz de sostener la suya.

Vaya, las cosas estaban muy raras entre ellos.

No se había hablado del beso, y mucho menos de la maldita lista de pretendientes. Lo único que Edward había dicho al respecto

es: tu hermano Robert ya debe tener claro por mis cartas y las de Violet con quien te conviene y quien no te conviene relacionarte.

¿Eso era todo lo que iba a decir?

Parecía que sí.

***

Los días que siguieron no fueron tan desastrosos como Amanda había pensado nada más salir de Londres. Se habían alternado los carruajes para que la compañía no siempre fuera la misma y así poder mantener diversas conversaciones. Violet y Amanda hablaron de libros y artículos que, de estar presente, Edward hubiera vetado. Por otra parte, Regina había hablado a las damas de lo bien que se lo había pasado las dos últimas semanas, Amanda seguía siendo inocente, pero Violet, más mundana, se había dado cuenta de que quizás, la alegría de Regina, se debiera a un nuevo amante. Y por parte de los hombres, Edward aún trataba de averiguar todo lo que había pasado con Georgina.

Ambos estaban solos, y uno frente al otro estaban sumidos en sus propios pensamientos

El carruaje traqueteaba por la carretera que los llevaba a casa. Para fortuna de los hermanos, el camino estaba mucho mejor que el que habían dejado atrás, lleno de baches y charcos de las lluvias del día anterior.

Edward contempló el rostro sereno de David. Algo se había apagado en su interior, aquella llama osada que lo había empujado a correr aventuras había desaparecido y su mirada carecía del brillo que lució desde que conoció a Georgina. En aquellos momentos miraba por la ventana, sin ver nada. Por supuesto, el duelo debía de ser terrible. Apenas llevaba medio año casado cuando su esposa murió en… ¿extrañas circunstancias?

Para Edward eran extrañas.

Y todavía más extraña era la actitud que su hermano tenía para con su suegro, el capitán Swanson. Delante de Edward, aunque pensaba que no lo estaba mirando, David rompió una carta de su suegro después de leerla. La saña con que lo hizo, le dio a entender que sus relaciones no eran buenas.

La carta, debió ser corta, o más bien lo que decía no le importaba lo más mínimo porque la dejó hecha añicos sobre una palangana de plata.

En ese momento, Edward había preguntado, pero no obtuvo respuesta. Simplemente, su hermano se limitó a expresar sus deseos en voz alta.

Volvamos a casa. No quiero estar ni un minuto más en Londres.

Fue extraño pues en Londres podría tener algo de anonimato, pero en su hogar, todo el mundo le daría el pésame y preguntarían sin querer agobiar al pobre viudo, sobre las circunstancias de la muerte de su esposa.

Cundo David fue consciente del escrutinio de su hermano, lo miró con fijeza.

—Puedes preguntar, si lo deseas.

Edward alzó una ceja.

—¿Y me responderás?

—Tal vez —dijo, apartando la mirada.

Negó con la cabeza.

—Lo último que quiero es agobiarte. Yo…

—Se rompió el cuello. —David lo interrumpió.

Aguardó en silencio para que continuara, pero poca más información pudo sacarle.

Por supuesto, Edward dedujo que había sido una mala caída de un caballo, pero ninguna confirmación obtuvo de su hermano, y él no insistió.

Miró con más detenimiento por la ventanilla.

—¿Has avisado a Robert?

Edward asintió.

—Sí.

—¿De nuestra llegada?

—Y de lo otro también.

No quería ser insensible, pero hubiera sido extraño no comunicarles que su hermano había enviudado.

Una sombra pasó por el rostro de David, pero enseguida carraspeó y fingió estar animado. O al menos, a Edward le pareció que lo más lógico es que lo fingiera, puesto… ¿quién podría haberse recuperado tan pronto de la muerte de su esposa?

—¿Has visto a Amanda esta temporada? Está irreconocible.

Edward entrecerró los ojos, David parecía muy interesado en su vieja amiga.

—Por supuesto que la he visto.

—Me refiero a lo mucho que ha cambiado.

—¿Ha cambiado? —muy a su pesar, los celos le asaetearon el corazón.

David apartó la vista del paisaje y miró a su hermano como si fuera estúpido.

—Es imposible que no te hayas dado cuenta de lo hermosa que está. Sin duda, ya no es una niña, ha madurado.

Edward también lo pensaba.

—Al menos ha dejado de lanzarme cosas.

David soltó una carcajada.

—Sí, ese incidente también llego a Italia. Y no te ha vuelto a golpear, ¿verdad?

—Creo que lo habría intentado si no fuera por la buena influencia de Violet.

David asintió.

—¿Y no se os ha hecho extraño vivir bajo el mismo techo?

David sabía como se llevaban esos dos y Edward pensó que no debía molestarse por la pregunta.

—Tía Regina ha mediado entre nosotros.

Por supuesto, la tía Regina había sido clave en ese asunto. Cómo sino un soltero codiciado podría haber convivido con una debutante, por muy amigo que fuera de su hermano Robert.

—Entiendo. —Significaran, lo que significaran esas palabras— Y… ¿ha preguntado por mí?

Edward parpadeó, sorprendido por aquella pregunta.

—¿Por ti?

—Sí, quiero decir… ¿me odia?

Edward se relajó en su asiento.

—Amanda no te odia —dijo, completamente seguro de sus palabras—. Ama demasiado el drama y por ello puede haber hecho alguna que otra estupidez maldiciendo a tu persona, pero… ella te quiere —vaciló, al decir aquella afirmación.

Pero… ¿acaso era mentira? No, creía estar diciendo la verdad al decir que, para David, Amanda siempre tendría reservado un pequeño rincón en su corazón.

No estaba enamorado de él, pero sí que le quería.

—Deseo verla, cuando nos instalemos iré a visitarla. Queda una conversación pendiente entre nosotros —luego, con pesar añadió—. No ha respondido a mis cartas.

—Creo que las rompió todas.

—Desde luego, las primeras sí, y tengo constancia de ello cuando me llegaron machacadas dentro de un sobre con mi nombre.

Edward sonrió.

—Como he dicho, le gusta el drama.

—Debo disculparme con ella —dijo David, y Edward fingió que en su interior no se movía el monstruo de ojos verdes que eran los celos.

—Por supuesto.

—A solas —añadió David, como si no hubiera quedado claro —. Debe perdonarme. Al fin y al cabo, soy un pobre viudo que no ha llegado al año de casado. ¿Qué puede dar más pena que eso? — preguntó a la nada.

Edward frunció el ceño, y se percató que, en lugar de ver pena en el rostro de su hermano, lo que veía era una profunda rabia.

Capítulo 36

En el último tramo de viaje Regina, Edward y Amanda compartieron carruaje y esta última no se había dado cuenta de que Regina fingía dormir para dejarles algo de privacidad por si querían hablar.

Pero no hablaron.

No obstante, se miraron mucho. Y Edward maldijo, no solo la incomodidad de sus pantalones, sino los sentimientos que se iban haciendo cada día más intensos.

Finalmente llegaron a Thornfield, donde Amanda y Violet se despidieron de aquellos que habían sido sus anfitriones en el último mes.

Livia y Robert habían salido a su encuentro, junto a los demás criados. Ya había llegado la noticia de la muerte de Georgina y se apresuraron a darle sus condolencias a David, quien las aceptó con estoicismo. Volvió a subir al carruaje junto a Regina y prometió visitarlos pronto.

Edward y Robert se quedaron a un lado del carruaje mientras las mujeres se despedían.

—¿Ha sido muy duro? —preguntó Robert a Edward, mirando de reojo a su hermana.

—No sabes cuánto.

Y tampoco sabría exactamente a qué se estaba refiriendo Edward. Despidiéndose, le apretó la mano y le felicitó por el retoño que se había quedado durmiendo la siesta en el interior de la mansión.

—Muchísimas gracias por todo —dijo Amanda, sonriendo a Regina. Luego miró a Edward y para sorpresa de él, le hizo una grácil reverencia que él correspondió con una inclinación de cabeza.

—Mañana vendremos a visitaros después de descansar —le aseguró Edward y Amanda se alegró de ello.

—Ardo en deseos de conocer al pequeño heredero —dijo Regina, y Lidia le sonrió con afecto.

—Por favor vuelve pronto, hay mucho de qué hablar.

—No lo sabes tú bien —le susurró Violet. Aunque Livia no supo a qué se refería, pensó que debía ser un chisme muy jugoso.

Livia volvió a la casa escoltada por ambas mujeres, mientras Robert las seguía de cerca, deseando que Edward no se hubiera

marchado y tener un hombre con quien hablar.

No tardó en encerrarse en su despacho para ocuparse de las cosas de la finca, mientras las mujeres entraron en la salita para charlar sobre los últimos meses.

Antes de nada, Amanda y Violet acribillaron a preguntas a Livia sobre el parto, quien aseguró que Robert lo había pasado peor que ella. Por supuesto, estaba agradecidísima a los Knigth y a Maranta y Anthony, que habían acudido para el acontecimiento.

—Pronto le llegará el turno a Maranta, el nacimiento es inminente y creo que vino porque quería ver como era el parto. Fue un error, me temo que la asusté.

No era para menos, pensó Violet.

Siguieron hablando un poco más y después Livia quiso saber como había ido todo en Londres.

—Entiendo que la temporada ha sido un éxito.

—Si lo dices porque Amanda sigue de una pieza, yo también lo creo —se burló Violet—, es todo un triunfo.

—No —se mofó Livia—. El triunfo es que Edward esté de una pieza.

Rieron, menos Amanda, que se dejó caer en el sofá, como no lo haría una señorita.

—Pero si no he recibido ni una propuesta de matrimonio —dando por zanjado la mención a su triunfo social.

—Sí, pero creo que es porque Edward ha hecho muy bien su papel de cancerbero.

—Mentiría si no pensara lo mismo —se rio Violet.

—Me alegra que hayáis dejado atrás vuestras diferencias. Ni un escándalo ha llegado a nuestros oídos.

—No he intentado ensuciarle la corbata con estiércol, si es lo que preguntas, Livia.

—Estoy orgullosa de ti.

—Deberías, lo mío me ha costado.

Livia ordenó que les trajeran té, y que le trajeran al retoño para presentárselo a sus tías, enseguida se despertara.

—Pero lo importante, ¿os lo habéis pasado bien? —preguntó Livia.

Amanda inclinó la cabeza sobre el hombro de su cuñada y la miró con afecto, pero con un mohín en los labios.

—Sssí… —dudó.

¿Se lo había pasado bien?, se preguntó Amanda.

Bueno, esperaba decir tajantemente que no, pero eso sería mentir. Enseguida pensó en los bailes y los paseos con pretendientes

no del todo desanimados en su empeño de frecuentarla. También pensó en las tardes con tía Regina, sus amigas que eran mucho mayores que ella y tan divertidas y sin prejuicios. Y por último estaba… Edward.

¿Por qué lo echaba tanto de menos?

Carraspeó.

—Lo cierto es que ha ido mejor de lo que me imaginaba —confesó Amanda.

Livia asintió complacida, seguramente pensando que las atenciones de sus pretendientes no le habían sido un trago amargo, cuando en realidad Amanda pensaba en Edward. Concretamente, en el apasionado beso que se dieron en el salón de música, tan diferente al que compartió con David…

La joven se acaloró.

—¿Estás bien? —preguntó Livia—, de repente te has puesto colorada.

—Hace mucho calor aquí —dijo.

—No me lo parece —Violet se acercó a la ventana y la abrió un poco más.

—¿Entonces, os habéis divertido?

Amanda pensó en todo lo que le había gustado de esa temporada.

Los paseos con Edward, las noches de teatro, los libros que había podido comprarse a escondidas gracias a Violet, los besos de Edward.

—Sí —se abanicó con la mano a falta de un abanico.

—Me alegro —dijo Livia—. Y la diversión no ha terminado. Vamos a organizar una fiesta campestre.

Violet miró a Livia.

—¿Ya habéis enviado las invitaciones?

—¿Invitaciones? —preguntó Amanda.

Su cuñada asintió.

—Sacamos los nombres de la lista que nos pasó Violet —le dijo a Amanda.

—¿Qué? ¿Qué lista?

Violet se encogió de hombros

—La lista que elaborasteis tú y Edward. ¿No recuerdas que me la enseñaste?

—¡No!

—Oh, sí —se rio Violet.

—Antes de que los nobles invitados abandonaran sus casas en Londres, Robert les hizo llegar las invitaciones.

—Qué digno estratega es mi hermano.

Livia se rio.

—Dentro de tres semanas, algunos invitados llegarán para estar una quincena con nosotros antes de regresar a sus casas de campo.

—Qué emocionante —dijo Amanda, que veía como sus ansias de escapar de nuevo de la sociedad crecían.

Violet le apretó un hombro y le dio fuerzas para fingir una sonrisa.

—Qué bien.

Su prima asintió, orgullosa de ella. La vieja Amanda, sin duda habría pataleado y escapado de la fiesta para subirse a los árboles.

—Por supuesto, he invitado a algunos de tus pretendientes, en especial a Harvey Wilmot.

La mandíbula de Amanda se aflojó.

¿Cómo era eso posible? ¿Acaso Edward no le había hablado pestes de él a su hermano?

—¿A Harvey?

—Violet dijo que era tu favorito.

Amanda la miró como si se hubiera transformado en una gorgona.

—¿Qué? —le susurró Violet—, dijiste que era tu favorito —le recordó.

Amanda tragó saliva.

—Y lo era… —le susurró a su prima—, pero fue antes de que Edward me besara.

—¡¿Qué?!

—¿Qué?

Livia tampoco dio crédito. Iban a sonsacarle toda la información, pero por desgracia, el heredero de los Belford se había despertado y llegaba nada más y nada menos que en brazos de su padre. Robert entró sonriente y las tres mujeres enmudecieron. En parte porque era imposible hablar de que el mejor amigo de Robert hubiera besado a Amanda, y en parte, porque se quedaron sin palabras ante la belleza del querubín.

—¡Es adorable! —exclamó Amanda, y por un momento se olvidaron de todo.

***

Cuando el pequeño se quedó dormido y la niñera fue a acostarle, Robert decidió desaparecer de nuevo para trabajar un poco más antes de la cena. Antes de que abandonara el salón, Amanda lo hizo antes con rapidez. No quería ser interrogada, pero subestimó la rapidez de Violet, quien la interceptó en la escalera central.

—¡Violet! —La aludida la tomó del codo y la arrastró hacia su dormitorio— ¿Qué haces?

—Ahora es cuando me lo cuentas todo.

Amanda chasqueó la lengua, pero antes de poder pensar qué iba a decir, Violet cerró la puerta con firmeza, y ambas se sentaron en la cama.

Su prima tomó las manos de Amanda con firmeza y le dijo.

—Cuéntamelo todo.

Antes de que Amanda pudiera hablar, la puerta se abrió sin llamar y una embarazada Livia entró, cerrando de un golpe tras de sí.

—¿Qué ha pasado?

—Edward ha besado a Amanda.

—En realidad, yo lo besé a él. Bueno, primero me besó él, y después, lo besé yo.

—¡¿Qué?!

Ambas no salían de su asombro.

Livia también se sentó a los pies de la cama, ocupando el otro costado que Amanda había dejado libre.

—¿Y qué hizo él?

—¿Corresponderme?

—¿Lo preguntas? —Violet estaba sombrada y luego habló sola, apartando la mirada— ¿Por qué demonios no nos dimos cuenta de nada?

—¿Dimos?

—Regina y yo teníamos un plan para que os casarais, pero nada pareció funcionar. Siempre andabais peleando de aquí para allá.

Amanda frunció el ceño.

—Vivís sobre una parra.

—¡Amanda! —la amonestó Livia—. Cuéntanoslo. ¿Te besó? ¿te dijo qué sentía?

—¿Te dijo si sentía algo? —le interesó a Violet.

Amanda negó con la cabeza y notando la ansiedad que crecía en su pecho, se levantó de la cama.

—No fueron más que un par de besos. —Por la cara que puso, las mujeres supieron que había algo más.

—¿Cuantos?

—Bueno…

¡Oh! ¡Amanda! Te van a descubrir, se quejó para sí misma*. Sobre todo, no hables de naranjas.*

—Olvidemos el asunto.

—Pero… —Livia se sintió algo decepcionada.

—No fue nada y Robert va a preparar una fiesta. Seguro que hay algún que otro pretendiente que me guste, y sobre todo, que le guste a Robert. —Como si de pronto se hubiera acordado de Harvey, dijo—. El señor Wilmot va a venir, y quien sabe…

—Prefieres a Edward sobre Wilmot. Y no es una pregunta. —Amanda puso los ojos en blanco por las palabras de Violet—. Se te nota.

—¡No lo sé! —en su fuero interno supo que mentía—. Vamos a olvidarnos un momento de Edward, por favor.

Violet y Livia se miraron.

No tenían más remedio que aceptar que Amanda aún no se había dado cuenta de sus propios sentimientos hacia el vizconde. O quizás sí, y por eso estaba de tan mal humor.

—Vamos a esperar su llegada —dijo Livia.

Eso no tranquilizó a Amanda.

—Quizás, cuando veas a Harvey y a Edward juntos, te decidas por uno de los dos.

—Lo dices como si pudiera escoger —bufó—. Edward no me quiere, solo…

—¿Estás segura de ello? —preguntó Violet, quien había sacado sus propias conclusiones después de recordar algunos momentos en que los había sorprendido a solas.

—Completamente —se animó a decir Amanda, con más firmeza de la que sentía.

Ninguna dijo una sola palabra más acerca de Amanda y sus sentimientos por Edward, como tampoco le comentaron que era más que probable que el vizconde acudiera a casa mucho más pronto que tarde. Ahí verían si sus sentimientos eran tan inocentes como para poder ocultarlos.

Capítulo 37

Habían sido unos días de verano muy agradables.

Amanda no recordó cuanto le gustaba su hogar hasta que sintió la paz que la envolvía. Había vuelto a subir a los árboles, a pesar de haber prometido a su hermano que no lo haría. No era nada malo, había promesas que nacían para ser incumplidas. Pero la paz que le daba su lugar favorito, no conseguía que se quitara a Edward de la cabeza, quien había visitado a la familia con frecuencia. Quien no lo había hecho fue David, aunque en las escasas ocasiones que sí había ido a tomar el té, se había comportado con total corrección, como viejos amigos, felices el uno en la compañía del otro.

Amanda se recostó contra el frondoso árbol que la resguardaba del sol.

Cerró los ojos y respiró hondo.

Chasqueó la lengua, cuando la visión de los carnosos labios de Edward volvió a aparecer, sin dejar espacio para nada más.

—¿Enfurruñada?

Amanda se incorporó sin levantarse, miró hacia arriba y justo ahí estaba uno de los hermanos Chambers.

Pero no era Edward, sino David.

—¿Qué haces aquí? —espetó, sorprendida consigo misma de su decepción.

Este rio.

—Oh, creo que olvidas que era nuestro rincón favorito —señaló el lago—. Hemos nadado muchas veces aquí.

—Cuando éramos críos y aún se me permitía —respondió, sin poder evitar acordarse de aquella vez que se encontró con Edward en el lago de Clementine.

—Nunca se te permitió.

—Entonces, cuando no me importaba nada que se me permitía y que no.

David asintió y flexionó las piernas hasta sentarse a su lado. En silencio, apoyó la espalda contra el tronco, justo lo que hizo Amanda.

Quedaron largo tiempo en silencio, hasta que la cabeza de su amiga se giró y aún con los ojos cerrados, David notó su mirada sobre su rostro.

—¿Sí?

—Has cambiado —dijo ella.

—Mira quién fue a hablar. Tú también has cambiado mucho, Amanda.

—¿Tú crees?

La miró con una sonrisa y asintió.

—Me alegro de que vuelvas a sonreír —le dijo ella—. Debe de haber sido muy difícil.

—Lo ha sido.

Una vez más, su rictus fue severo y ella se arrepintió de haber sacado a relucir el asunto.

—Lo siento.

—No lo sientas, no tuviste nada que ver.

Amanda lo miró, interrogante.

—¿Cuándo estés preparado, me contarás lo que pasó?

Él suspiro le indicó que ese momento no había llegado y que seguramente estaría un poco harto de que le preguntaran.

Se quedaron en silencio, mirando el lago. El Sol de la tarde pintaba destellos anaranjados sobre las calmas aguas y la suave brisa hacía susurrar las hojas del gran árbol, como si les estuviera contando sus secretos. Cuando a Amanda empezaron a pesarle los

párpados y a quedarse dormida, escuchó la voz de David en un susurro.

—Prométeme que siempre seremos amigos.

Amanda respiró hondo y, sin pensar y de todo corazón, dijo:

—Siempre seremos amigos.

***

Las semanas pasaron deprisa, tanto que los invitados ya habían llegado, al menos algunos, quizás los más importantes. Harvey Wilmot y su padre habían hecho acto de presencia, antes que cualquier otro invitado.

Esa mañana, Livia se sorprendió al ver llegar a Amanda por el viejo camino. No iba sola. Ya empezaba a ser habitual que ella y el capitán David Chambers volvieran sonrientes de uno de sus paseos.

Livia respiró hondo, sin saber si consideraba aquello algo bueno o no.

—¡Amanda! —la llamó Livia. Al llegar a su lado, saludó también a David—. Bonito día, David. ¿Habéis ido a pasear?

—Así es —aseguró David—. ¿Cómo ha estado?

—Muy ajetreada por la llegada de nuestros invitados —miró a Amanda—. Acaban de llegar.

—¿Todos? —preguntó horrorizada, al ver que su tranquilidad en los días de verano iba a esfumarse.

—No, pero sí los Wilmot.

David alzó una ceja. Sabía que su hermano estaba muy interesado en Harvey Wilmot y no en el buen sentido.

—¿No ha invitado mi hermano a ese joven?

—Sí, se hospedará con ustedes, pero por supuesto, no han podido esperar para presentar sus saludos a Amanda.

—Ya veo —la aludida miró a David y se encogió de hombros.

—Amanda, veo que tenéis invitados. Debo marcharme ya.

Amanda lo miró con cierta decepción, peo aceptó el hecho.

—Por supuesto, saluda a tía Regina de mi parte y a Edward —tragó saliva al pronunciar su nombre, algo que no pasó desapercibido para Livia, pero sí para David.

—El deber me llama. Problemas de la vida adulta —añadió, antes de un largo suspiro que hizo reír a los presentes.

—Será mejor que me marche —dijo David, disculpándose.

No añadió nada más, pero su semblante dejó preocupada a Livia. Puede que, junto a Amanda, David Chambers se sintiera feliz.

Pero desde luego, no lo era.

Las damas no reanudaron su paseo hasta que vieron la figura masculina alejarse.

—¿Ya han llegado? —preguntó Amanda, al volverse hacia su cuñada.

Amanda sabía que Livia no era tonta, por lo que tenía que distraerla antes de que empezara a preguntar acerca de David. Eran preguntas que no podía contestar, pues no sabía si lo había perdonado, si eran amigos, si solo era una tregua después de la trágica muerte de su esposa…

—Harvey Wilmot está aquí, con su padre y otros invitados. El sábado llegarán los Foster, el tío Bernart y los Bowman.

Amanda no podía decir que deseara ver a ninguno. Los Foster no eran aburridos, pero eran amigos de su hermano, así como los Bowman. Por no hablar del excéntrico tío Bernart, que no era en realidad su tío, sino un viejo amigo de su padre a quien le gustaba demasiado el vino y hacer monólogos durante horas.

—Ve a cambiarte, Amanda. Estaremos tomando el té en el salón.

Amanda asintió, no quería hablar, pues delataría su falta de entusiasmo.

¿Qué le pasaba?

¿Por qué no se animaba con la sola mención de Harvey?

No era por David, sin duda no albergaba ningún sentimiento romántico hacia él. No había sido de fiar. O lo que era peor, la había traicionado y, aunque llegara a perdonar, simplemente no podía olvidar. ¿Entonces, por qué no volvía a sentir ese impulso de estar con Harvey y hablar de temas afines?

La respuesta era tan clara como prohibida.

Se fuerte, Amanda, se dijo.

No iba a pensar en Edward. Ni un minuto más.

Capítulo 38

Para Edward, era una idiotez que él, su hermano David y tía Regina se trasladaran a Thornfield con los Wilmot, pero Robert Belford había insistido. En su casa había habitaciones más que suficientes para todos, y según dijo*: mantener a Amanda lejos de uno de sus pretendientes favoritos, es absurdo.* Pero lo peor no fue eso, sino que cuando Edward le quiso explicar la case de reputación que tenían los Wilmot, Robert no acogió la información con demasiada seriedad.

—Hoy en día hay pocos jóvenes a los que merezca la pena llamar amigos.

—Y aún así, quieres que corteje a Amanda.

El conde de Shepton se encogió de hombros.

—De momento, me ha demostrado ser un hombre comedido, poco bebedor y sí, le gustan las cartas, pero nada que deba alarmarme todavía, pues el de los problemas de juego, creo que es su padre.

Edward se había ofuscado.

—De tal palo…

No habían podido seguir la conversación, las actividades propuestas por Livia eran demasiadas y la presencia de Robert era requerida en casi todas. Se preguntó cuanto tiempo tardaría su amigo en perder la paciencia.

Él desde luego ya no tenía.

Le exasperaban los cambios de humor de Amanda, y mucho más su trato que oscilaba como un péndulo desde el más absoluto encanto hacia la indiferencia más feroz. Y esos cambios, Amanda no solo parecía aplicarlos a su persona, Harvey también los sufría.

Cuando la noche anterior habían pasado una amena velada con Violet tocando en el pianoforte y Harvey recitando poemas, Edward se había dicho lo evidente, que a Amanda le parecían soporíferos sus poemas y que el interés hacia él era nulo. Bien, pues si así pensaba la noche anterior, cómo era posible que esa tarde no los encontrara en ninguna parte y que Violet hubiera tenido a bien informarle que Amanda y Harvey no se separaban el uno del otro, y que muy probablemente eso significara algo.

Apretó los labios para no soltar: *¿Y qué demonios iba a significar?*

Con la excusa de buscar a Robert antes de la cena, Edward se marchó, dejando a su tía Regina en la buena compañía de los invitados de lady Belford.

Se dirigió al despacho de Robert. ¿No sería un mal amigo si no volviera a insistir en su advertencia acerca de Harvey?

Avanzó por la larga alfombra de color burdeos que presidía el pasillo y enfiló hacia el despacho de lord Belford, pasando por la biblioteca…

—¿No le parece magnifica? —La voz de Amanda captó su atención—. Yo la adoro. Con Livia aquí, esta biblioteca se ha convertido en un auténtico tesoro. Por no mencionar los libros que ha apartado mi prima Violet.

Edward se detuvo en seco.

La puerta estaba entreabierta, síntoma de que lo que ocurría de puertas para adentro no era nada indecoroso. A no ser… que estuviera sola con un caballero de dudosa reputación.

—Regina me ha dicho que disfruta mucho de sus lecturas y que disfruta aún más cuando las comenta con usted.

La voz de Harvey hizo que apretase los dientes. Además, ¿Regina? ¿Cómo se atrevía ese mequetrefe a tutear a su tía? Era su

invitado, pero estaba hablando con una dama que no pertenecía a su familia.

Impulsado por algo muy parecido a la furia, Edward empujó la puerta y entró sin avisar.

Dos pares de ojos lo miraron sorprendidos. Puede que Harvey Wilmot lo hiciera con cierto espanto.

—¿Edward? —La voz de Amanda vaciló. Por su parte, Edward los miró interrogante, un largo instante.

No, definitivamente no le gustaba la situación, pensó Amanda. Se fijó en que su tez estaba roja y sus ojos puestos en Harvey, de una forma muy poco halagüeña.

El pobre joven retrocedió, tragando saliva. Sus pasos inestables lo condujeron hacia atrás, hasta que su cadera chocó dolorosamente contra el escritorio.

—¿Qué está pasando aquí? —la voz furiosa de Edward no hizo más que añadir más color a las mejillas de Harvey.

—Na… nada.

—¿Nada? —bramó.

Amanda parpadeó, anonadada por su inesperada furia.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Pero Edward no le contestó, ni siquiera la miraba a ella. Toda su atención estaba puesta en ese petimetre que, de algún modo, se las había ingeniado para quedarse a solas con ella.

Preso de un ataque de rabia, dio grandes zancadas hasta pararse frente a él.

Su mano voló hasta el nudo de su corbata y lo zarandeó con fuerza.

—¡Edward! ¡Suéltalo!

Hizo caso omiso a la orden de Amanda y no satisfecho con ello, al ver como los ojos del joven casi se le salen de las órbitas, lo alzó, alejándolo del suelo.

—Oh, Dios mío —gimió Harvey, completamente anonadado. Sus pies colgaban pataleando en el aire, incrédulo—. Suelte… suélteme —balbuceó.

Hasta que se quedó sin apenas poder respirar, no entendió que estaba en un serio problema.

Amanda quedó petrificada unos segundos. ¿Desde cuándo Edward era tan fuerte? ¿Podía levantar en vilo a un hombre sin esfuerzo? Parpadeó confusa, pero al ver como Harvey empezaba a hacer ruiditos de ahogo, se dijo que tenía que intervenir.

Aprovechó que la atención de Edward estaba en su pretendiente para tomar uno de los gruesos tomos sobre botánica y se lo estampó contra el omoplato.

El gemido de dolor hizo que aflojara la presión y Harvey cayó al suelo sobre sus posaderas. Viendo que se había librado de un estrangulamiento seguro, el pobre se arrastró hacia atrás sobre su trasero, utilizando las manos para arrastrarse sobre la alfombra.

—Lo lamento, señorita Belford, otro día hablamos de las nuevas adquisiciones de su biblioteca.

Harvey, salió corriendo, primero posando ambas palmas sobre la colorida alfombra y moviendo los pies para impulsarse hacia delante. Lo hizo con tanta fuerza que su cabeza casi sale catapultada hasta estrellarse contra la puerta de la biblioteca. Por suerte, no hubo que lamentar ningún incidente más. En un intento desesperado, logró ponerse en pie y ejercer la presión adecuada para que la manecilla le permitiera abrir la puerta y salir corriendo.

Cerró de un portazo tras de sí, y ahora era Edward quien estaba a solas con Amanda.

Reinaron unos preciosos segundos de silencio, hasta que finalmente Amanda los rompió.

—¿Se puede saber qué haces?

Él se dio la vuelta, mirándola con expresión furiosa, pero sin hablar todavía.

Con pasos lentos se acercó a ella y se la quedó mirando. Amanda no se apartó y el duelo de miradas se prolongó un poco más.

—¿Se puede saber qué haces tú?

Ella miró el libro con que lo había atizado y se apresuró a lanzarlo sobre el escritorio. Luego cruzó ambos brazos por encima de su pecho y lo miró con altivez.

—Ahora mismo, mirando a un loco.

Intentó no poner los ojos en blanco e ignoró el dardo de Amanda, para darle el sermón que tantas veces le había soltado.

—¿Cuántas veces te he dicho que una señorita no puede quedarse a solas con un caballero?

Ella resopló.

—¿En una biblioteca?

—¡O en una capilla! —le gritó, como si fuera dura de entendederas.

Molesta por su actitud, Amanda se apartó un paso para poder mirarlo a cierta distancia sin tener que forzar el cuello.

—Harvey Wilmot es uno de nuestros invitados, le he estado enseñando la biblioteca.

—Por supuesto —se mofó, sin humor—, la biblioteca.

Abrió la boca ofendida y volvió a cerrarla, dispuesta a dejar pasar que el vizconde había perdido los modales.

—¡Sí, la biblioteca, con la puerta abierta! —Amanda señaló la puerta con un dedo y la vio cerrada. La frustración hizo que pateara el suelo— ¡Estaba abierta!

—Pues está cerrada.

Ella lo miró como si sus palabras le aburrieran.

—No vuelvas a…

—¿A qué? —le espetó, pateando el suelo. Si él había perdido la paciencia, ella también—, ¿quién te crees que eres para darme órdenes? No estamos en Londres, ya no tienes por qué cuidar de mí, porque Robert está aquí.

Edward tomó aire sonoramente por la nariz.

—Si Robert supiera que estás encerrada en la biblioteca con un hombre…

—Oh, ¡Cállate! —agitó la mano delante del rostro del vizconde, como si tuviera una mosca dándole vueltas—. De verdad, Edward, debes cambiar esa melodía. Estoy harta de escucharla.

—¿Qué melodía? Solo me preocupo por ti.

—No es verdad —lo corrigió—. Te encanta llevarme la contraria y fastidiarme en todo lo que puedas.

—Eso no es verdad —alzó el dedo índice, amenazante, apartando la mano que ella había agitado frente a él—. No lo es.

—Si tú lo dices —Se enfurruñó Amanda, y volvió a cruzarse de brazos.

Dispuesta a escapar de su sermón, Amanda pasó por su lado y abrió la ventana.

Edward parpadeó, confuso.

—¿Qué haces?

—Largarme, la noche empieza a ser aburrida, y hace calor.

Edward respiró honor mientras pedía paciencia.

—No vas a escaquearte, así como así. ¡Estamos hablando!

—No —lo corrigió ella—. Tú estás gritando, y crees que yo te escucho. Pero no es así, hace tiempo que ignoro tus sermones.

—¡Amanda! —le echó esa mirada que conocía tan bien y que el propio Edward y su hermano, tantas veces le habían lanzado.

Apretó los puños, dispuesta a no dejarse amedrentar, pero al parecer su actitud no hizo más que enfurecer a Edward, que acabó gritando de nuevo.

—Te quiero lejos de ese crápula.

—¿De Harvey? —Amanda parpadeó—. Solo le estaba mostrando los últimos libros que Violet…

Edward se tapó la cara con ambas manos, lleno de incredulidad.

—Eres una niña…

—i¿Otra vez?! ¡No soy una niña!

—… muy ingenua si crees que Harvey había venido aquí a mirar libros.

Boqueó como un pez, como si no pudiera creerse que pensara tan mal del pobre Harvey y de ella.

—¿Qué insinúas?

—Hay motivos por los que un hombre y una mujer no pueden quedarse solos en una habitación. Podría haberse aprovechado de ti, y ¿luego qué? ¿Qué pasaría?

Ya sin paciencia, Amanda puso los brazos en jarras y alargó el cuello para que su cara quedara más cerca de la de Edward.

—¿Qué pasaría? —preguntó ella, con cara de póquer. Pero la verdad es que su mal humor iba desaparecido, ahora que podía burlarse de él.

Por supuesto que sabía lo que podría pasar con un hombre indecente, pero Harvey, por muy mala fama que tuviera, era inofensivo. Lo sabía bien, no era muy diestro en el combate, y ella… bueno, con los trucos que le había enseñado su amiga Maranta, sin lugar a dudas, ella no era ninguna damisela en apuros.

—Podría haberte atacado.

Resopló, viendo que la imaginación del vizconde no tenía límites.

—Sé defenderme, Edward —lo miró como si fuera idiota.

—¿De…? ¿lo dices en serio?

Asintió, con media sonrisa, y una luz brillante en sus hermosos ojos azules. Al ver que la miraba con incredulidad, movió la cabeza afirmativamente con más énfasis.

—Sé dónde golpear.

Los ojos de Edward se abrieron como platos, tanto como su boca en señal de sorpresa.

—¿Qué?

—Maranta me enseñó…

Edward alzó ambas manos sin dejar de mirarla.

—Calla, no quiero saberlo —retrocedió un paso.

—Aunque no quieras saberlo, si debes entender que no tienes por qué preocuparte por mí. Soy perfectamente capaz de pararle los pies a un hombre.

—No, no lo eres —dijo, en un tono ominoso— ¡Y no deberías!

Amanda se resistió a morderse la lengua.

—Sí lo soy, y por supuesto que una mujer debe defenderse.

—No me refería a eso, quiero decir que no tendrías por qué tener que defenderte.

Puso los ojos en blanco.

—¿Porque para eso estás tú?

Pero él no iba a decir eso. Que hubiera mencionado su predisposición a cuidar de ella lo dejó fuera de combate, hasta que volvió a lo serio de la situación.

—No, Amanda. Dices que no eres una niña. Bien, entonces sabrás que en algunos aspectos no lo eres. Asume que no todos somos caballeros y…

—¡Y tú asume que sé cuidarme solita! —lo interrumpió.

—Es lo que crees, pero te demostraré que no es cierto.

No supo lo que pasó.

Quizás las ganas de demostrar que ella se equivocaba, o que la necesidad de que fuera más consciente del peligro, que dejara de

hablar… que dejara de mirarle como si él fuera un idiota y ella poseyera la verdad absoluta. Porque no era así.

Fuera lo que fuese lo que pasó por su mente, lo empujó a dar un paso y superar la distancia que los separaba.

Y la besó.

Capítulo 39

¡Dios Santo!

¿Besar? Más bien poseyó su boca.

No fue tierno, sino exigente. Volcándose por completo en ese beso, haciéndole ver que, de resistirse, ella no tenía nada que hacer contra la fuerza de un hombre.

Pero…

No se estaba resistiendo.

¡Oh, Dios! No se estaba resistiendo.

Las manos de Amanda se cerraron entorno a las solapas de su chaqueta, y tiró de él hacia abajo. La diferencia de estatura era tal, que estaba de puntillas y él… A Edward se le doblaron las rodillas mientras asaltaba esa boca dulce, que jamás pensó en probar y desde su primer beso, no había podido olvidar. La lengua suave de Amanda lo acariciaba, lo exploraba. Se estaba volviendo una adicción.

Con una mano, la asió por la nuca impidiendo que se separara. Con la otra apretaba sus costillas, después de rodearla con el brazo y alzarla contra su pecho.

La besó frente a la ventana abierta de la biblioteca, donde cualquiera podría verlos y así arruinar su reputación para siempre. De haber podido pensar, no lo hubiera hecho. Pero Amanda tenía ese don, el de vaciarle la mente de todo lo demás para que solo ella ocupara cada pensamiento.

El sol de la tarde calentó sus cuerpos, pero Edward fue muy consciente que lo que realmente lo hizo arder no fueron los rayos del Sol, sino el calor que desprendía Amanda. La calidez de su boca, la de sus brazos rodeando su cuello… la suavidad de sus labios.

No supo el tiempo que transcurrió, pero fue el suficiente como para que su lengua explorara el interior de esa boca, el suficiente como para hacerla gemir, y desde luego, el suficiente como para saber que aquello era una absoluta locura.

Se apartó de ella como si quemara, pero cuando Amanda, completamente mareada, se inclinó hacia delante como si sus propias piernas le hubieran fallado, él no pudo menos que avanzar hacia ella y sostenerla entre sus brazos.

—Vaya… —dijo, totalmente anonadada por lo que acaba de pasar— Tenias razón.

Edward frunció el ceño al escuchar aquellas palabras, que pensó que jamás saldrían de parte de Amanda.

—Ah, ¿sí? —su respiración aún era muy irregular, y lo fue más cuando se perdió en sus ojos azules, que parecían atrapar el color del cielo.

—Sí, ¡Ni siquiera me he acordado de golpearte en ese lugar sensible que…!

—¡Amanda, por Dios!

Ella rio, aún fascinada por el beso.

—Hazlo otra vez.

Por supuesto, se refería al beso. Alzó los brazos para rodearle el cuello y Edward se puso tenso.

—¡No!

No, no, ni soñarlo. Eso era una locura, había estado muy mal.

—¿No? —parecía desilusionada—. Qué lástima, porque… ¡OH! —agrandó los ojos como si se diera cuenta de lo que acababa de pasar—. ¡Ha sido fantástico! ¿Te ha gustado tanto como a mí?

Él estuvo a punto de balbucear cuando ella le regaló esa mirada tan sincera, tan… de Amanda.

—Sí —jadeó, mirando esa boca que se moría por volver a besar.

—¿Sí? ¿Te ha gustado?

Él asintió mientras su cuerpo tomaba vida propia y sus labios se volvían a inclinar sobre ella para besarla de nuevo. El gemido de Amanda, su delicioso sabor, ese suspiro parecido a un ronroneo… Todo era perfecto, hasta que algo en su mente, se puso en alerta.

Voces en el pasillo.

Levantó la cabeza de súbito.

—¿Qué? —preguntó Amanda, confusa porque hubiera alzado la cabeza y mirara a ninguna parte.

—Sí, señora Harper, le aseguro que en esa revista hay los mejores patrones para hacer vestidos celestiales para bebés.

Amanda miró la puerta cerrada de la biblioteca por donde se escuchaban pasos acercándose. Oh, podía escuchar la voz de Livia. Se dio cuenta de pronto que…

—Está cerrada.

Edward parpadeó, también con la mirada fija en la puerta. Fue entonces que, por algún milagro, su cabeza se volvió en sentido contrario, hacia la ventana abierta de par en par.

No dudó.

Estrechó a Amanda contra su pecho y se dejó caer.

Los arbustos amortiguaron la caída.

—¡Auch! —Amanda protestó cuando la caída de poco más de un metro le dejó las faldas alborotadas y su cuerpo desmadejado sobre el de Edward.

—Silencio —chistó él, abrazándola con fuerza, pegándola contra su cuerpo.

Pero Amanda empezó a temblar. Sus hombros se sacudieron y desde el interior de la biblioteca, se pudieron escuchar más voces femeninas, a parte de la de su cuñada. Por supuesto, tía Regina estaba ahí. Y también Violet, con tres damas que Edward había conocido dos días antes. Sí, las había conocido lo suficiente como para reconocer sus estridentes voces y para ver la avidez de un escándalo en sus ojos.

—La revista está sobre la mesa —se escuchó a Livia—, y será un placer prestársela. Oh, ¿han dejado la ventana abierta? Deberíamos cerrarla, o los patrones saldrán volando con la brisa que se ha levantado.

—Yo la cierro, querida —dijo la buena de tía Regina.

Amanda miró hacia el cielo, o más bien hacia dónde la cabeza de Regina se asomó, mientras sus manos asían las hojas de madera

y cristal para cerrarlas.

—¡Oh! —gritó.

Fue un segundo, pero el suficiente para ver la estampa. Amanda estaba echada sobre el cuerpo del vizconde de Glastonbury, que se masajeaba la nuca, aun atontado por el golpe. Las faldas de ella, subidas hasta más allá de sus pantorrillas, y su cuerpo, agitándose en una risa silenciosa.

—¿Ocurre algo? —preguntó una de las damas, mientras Regina seguía mirando hacia abajo, anonadada.

—Buenas tardes, señoras. Bonito atardecer, ¿no creen?

Las mujeres, desde el interior de la biblioteca, pudieron ver la apuesta silueta del vizconde Sinclair. Daemon sonreía de oreja a oreja como si pensara maldades, y en realidad lo hacía.

—Milord.

—Debería cerrar la ventana —dijo Daemon, acercándose tanto a Regina, que sus botas quedaron plantas junto a la cabeza de Edward, que permanecía echado—. He visto algo saltar del interior.

Las mujeres gimieron, espantadas.

—¿Qué ha visto?

—Ratas —dijo Daemon, con rapidez. Miró al suelo—. Unas ratas enormes, llenas de malas intenciones.

Se escucharon algunos gritos y las damas se alejaron de la ventana, menos Regina, que permaneció de espaldas a ellas, sonriente y con una ceja levantada de absoluta incredulidad.

—Seguro, milord.

—Yo me ocupo de ellas —Daemon le guiñó un ojo a Regina, que soltó una risita. Acto seguido, cerró la ventana, dejando fuera el escándalo. Corrió las cortinas del interior, para que la señora Harper no pudiera verlos, si la curiosidad la empujaba a intentar ver los especímenes roedores que Daemon Sinclair aseguraba, habían saltado por la ventana.

Aún en el suelo, Amanda y Edward padecían el bochorno de haber sido descubiertos, pero una lo llevaba mejor que el otro.

Sobre sus cabezas, al fin reinaba el silencio y no obstante no estaban solos, la divertida mirada de Daemon estaba sobre ellos.

—Vaya, vaya…

—¿Así que ratas enormes? —gimió Edward, tocándose la cabeza, donde se había golpeado.

—¿Querrías que dijera que el vizconde de Glastonbury, abrazando a la señorita Belford, se ha lanzado por la ventana de la biblioteca? —hizo una mueca y luego se echó a reír—. Nadie me hubiera creído.

—Supongo que no, pero tienes las pruebas aquí mismo.

Daemon iba a responder algo ingenioso, pero ambos hombres se quedaron en silencio, preocupados por Amanda, al ver que se sacudía en un temblor persistente.

—Amanda… ¿estás bien?

Se sacudió con más violencia todavía y pensó: ¿Estaba bien?

¡Sí! ¡Estaba más que bien!

Se rio con fuerza hasta que Edward cubrió su boca con una mano. Los ojos húmedos de Amanda, no tardaron en dejar caer algunas lágrimas, generadas por su ataque de risa.

—No es gracioso —la amonestó él, mientras intentaba incorporarse.

Entonces, Daemon se unió a su risa, doblándose en dos.

—Se equivoca, milord.

Amanda asintió, luchando por que la risa la dejara respirar.

—¡Es lo más gracioso que hemos hecho en la vida! —Sentenció ella, mirando los hermosos ojos de Edward.

Su expresión pasó del estupor, a dejarse llevar por el buen humor que reinaba en el ambiente.

Empezó a reírse.

Era muy probable que hubieran perdido el juicio.

Pero Amanda tenía razón. Era lo más divertido que le había sucedido jamás. Compartirlo con ella, tenía mucho que ver.

Capítulo 40

—Os abandono —dijo Daemon. Guiñó un ojo a Amanda como era habitual—. Y os sugiero que os adecentéis antes de volver a entrar en la casa.

Se señaló su propia cabeza, mirando a Amanda, para que comprendiera que llevaba varias ramitas en el pelo.

Cuando se marchó, el Sol ya se había ocultado en el horizonte y la luz reintente en el cielo iba menguando con rapidez.

—Hemos tenido suerte de que fuera Daemon —se quejó Edward, finalmente.

Tragó saliva al ver sus ojos azules, directamente encima de su rostro. Seguía sobre él, pero ahora el peso de su liviano cuerpo había desaparecido. Amanda tenía ambas manos apoyadas en el suelo, a cada lado de su cabeza, con los brazos estirados. Le sonreía con inocencia, o con algo de picardía.

—¿Seguro que estás bien?

Él asintió y el dolor de su cabeza fue evidente, pero no lo manifestó.

—Muy bien.

Al responder, las manos parecieron tomar vida propia y agarraron la cintura de la joven, quien se sorprendió. Lo supo, porque abrió más los ojos y tragó saliva. Antes de darse cuenta de qué estaba haciendo, se levantó con rapidez, plantándose frente a Amanda, sin soltarla de la cintura.

—Ha sido divertido —dijo ella, aún sonriendo.

—Lo hubiera sido de habernos tirado por la ventana por diversión, pero no para huir de un escándalo.

—¿Por diversión? —preguntó, incrédula— ¿Cuándo has hecho tú algo por diversión?

La ignoró, sacudiéndose la tierra de sus pantalones, se estiró de la chaqueta y la miró por si tenía alguna herida.

No era el caso, pero…

—Estas hecha un desastre —le dijo, alzando la mano y quitándole una ramita del pelo.

Habían caído sobre algunos arbustos y plantas. Amanda se había ensuciado el vestido, y Edward golpeado la cabeza. Por

fortuna, los daños no fueron más graves, no solo referente a daños físicos, sino morales.

—Suerte que Regina no nos ha delatado.

Edward negó con la cabeza. Regina quería verlo casado, pero jamás pondría en entredicho la reputación de Amanda para asegurarse un compromiso en firme. Además, pensó Edward, ¿de dónde había salido la idea de que tía Regina quería casarlo con Amanda? Era ridículo.

Fue de pronto cuando escuchó las voces de las damas, pasando frente a otra ventana de la biblioteca, que se puso en guardia. Aunque estuviera cerrada, era probable que pudieran escucharlos.

—Vamos. —Edward la tomó de la mano y tiró de ella para alejarla del peligro que suponían esas mujeres ávidas de chismes.

—Edward —susurró Amanda, sin poder parar de reír.

Él hizo caso omiso y siguió avanzando con ella hacia uno de los laterales de la casa.

Cuando hubieron doblado la esquina, se alejaron de la edificación, metiéndose por el jardín de rosas, hasta llegar a la arboleda.

—¿Crees que nos habrán visto? —le susurró, con cara de traviesa.

—No —dijo él, y es que esa era su esperanza. Pero si alguien se había asomado a alguna ventana del ala este de la casa, era seguro que los habrían visto correr, cogidos de la mano.

Edward apoyó la espalda contra un árbol y cerró los ojos, intentando recuperar el aliento.

Amanda se acercó hasta ponerse a su lado, también descansando contra el grueso tronco del árbol. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el cielo estaba muy oscuro, no porque hubiera llegado la noche, sino porque unas nubes negras habían llegado de improviso, anunciando una inminente lluvia.

Un rayó surcó el cielo y el trueno hizo que se estremeciera de la cabeza a los pies. No tuvo tiempo de abrir la boca para decir algo, antes de soltar un gritito.

Edward la miró de reojo, con una sonrisa bailando en los labios.

—¿Desde cuándo te asustan las tormentas?

—No me asustan —se apresuró a decir Amanda, y le sonrió a su vez—. Vamos a terminar empapados.

—Deberíamos regresar a la casa.

Ella asintió, pero el silencio que se instauró entre los dos parecía cargado de algo eléctrico, como el cielo que estaba sobre sus cabezas. Se miraron a los ojos, fijamente, hasta que él habló.

—Debemos irnos, no quiero que caiga un rayo sobre este árbol.

Tomó con delicadeza de la mano de Amanda y le acarició el dorso con el pulgar, fue un largo instante en que los dos se quedaron mirando sus manos unidas.

—Vamos.

Edward volvió a tirar de ella para refugiarse en la estructura más cercana, que era el establo.

Al entrar no había nadie, cada caballo estaba en su cajón y si había algún mozo de cuadras, no estaba a simple vista. Quizás, con la tormenta se habían apresurado a ir a las cocinas y disfrutar de la cena temprana, antes de que los señores reclamaran la suya.

Cuando pisaron la paja limpia del suelo, sus manos seguían entrelazadas.

Amanda se apoyó contra una de las paredes de madera y suspiró.

Se sintió decepcionada cuando la calidez de la mano de Edward desapareció.

—¿Estás bien? —preguntó Amanda.

Tardó en responder. Al mirar hacia arriba, observando su rostro, se dio cuenta de que no. No estaba bien.

—Pareces molesto.

Él resopló.

—Es que no sabes el peligro que hemos corrido.

Amanda parpadeó, como si no comprendiera qué le sucedía. Luego suspiró al pensar en el beso de la biblioteca, la expresión casi cómica de Regina y la malicia en los ojos de Daemon.

Se echó a reír, pero esta vez, Edward no la acompañó en el gesto.

—¿Acaso no sabes lo que acaba de pasar? —preguntó, más molesto.

—¡Son Regina y Daemon! No dirán nada.

—No importa que lo digan o no —dijo él en un tono lo suficientemente alto como para que entendiera que aquello era importante— ¡Estábamos solos en una biblioteca…!

—Y antes lo estaba con Harvey.

—¡No lo estás arreglando! —pateó el suelo, molesto.

Ella se rio.

—¿Ahora pateas el suelo, como un niño malcriado al que le acaban de contradecir?

—¡Amanda!

—¿Qué? Es gracioso. Y sí, estábamos solos, como tantas otras veces, en tu casa…

—No es lo mismo —la cortó—, y deberías saber la diferencia.

—La diferencia es que estás molesto conmigo porque me has besado —dijo ella, golpeándose las caderas con las manos y mirándolo enojada. Lo encaró, apoyando un hombro, despreocupadamente contra la madera.

Sobre sus cabezas se desató una terrible tormenta. Los truenos se escuchaban cada vez más cercanos y el golpeteo de la lluvia acallaba sus voces, por lo que Amanda tuvo que hablar más fuerte para que él la escuchara.

—No te ha gustado, de acuerdo. Pero no es motivo para que te pongas así.

—¿Que no…? —Edward la miró boquiabierto por un largo instante y después se tapó la cara con las manos.

Lo miró extrañada.

—¿Te ha gustado? —había una curiosidad real en su pregunta.

—¡Ya te he dicho que sí!

Ella se encogió, era evidente que no quería que le preguntaran nada del beso, pero le gustaría saber sus impresiones.

—A mí me ha gustado —se encogió de hombros.

No fue consciente de la mirada que le echaba Edward cuando miró hacia fuera, al cielo que parecía abrirse sobre ellos.

—No deberías decir esas cosas.

—Ya tardabas —protestó, con los ojos en blanco—. Amanda, no deberías subir a los árboles, no deberías correr, no deberías montar a horcajadas… no deberías besarme.

—¡Por favor…!

—¿Qué? No solo te he besado yo, tú me has correspondido —dijo, poniéndose a la defensiva y señalándole con el dedo—. Y me da igual lo que digas, ha sido un buen beso.

Edward no daba crédito, y no había podido abrir la boca para seguir reprendiéndola, pues ella pareció empezar a hablar sola.

—Un buen beso, sí. Suave pero firme, y tus manos… sí, me has abrazado con la fuerza correcta. No creo que todos los besos sean tan buenos. Aunque, si soy sincera, no tengo mucho con qué comparar.

Él se quedó inmóvil y su enfado pareció desaparecer.

—¿El beso de David?

—Uno de ellos.

—¿Uno de ellos? —preguntó, confuso.

—Ya bueno, la mayoría no cuentan, fueron simples roces en la mejilla. Y no es que no se lo pidiera.

—¿Se los pedías? —preguntó, aún más incrédulo.

Amanda se rio, pero enseguida volvió a encogerse de hombros al ver como Edward la censuraba.

—La primera vez que se lo pedí no parecía estar por la labor.

—¿La primera? ¿Hubo más de una? —No sabía por qué estaba preguntando, ¿en realidad quería saberlo?

—Sí. La primera se dedicó a perseguir mariposas.

—¿Mariposas? —se extrañó— ¿Cuántos años teníais?

—Diez, creo. Luego, más adelante, cuando le propuse matrimonio, él me dijo que los esposos hacían cosas que no estaba dispuesto a hacer conmigo.

—¿Qué?

No podía creerse que David hubiera hablado de eso con Amanda. Pero al parecer, así era.

—Dijo que no quería besarme y otras cosas… aunque jamás especificó qué eran esas cosas, ya me hago una idea…

—Ya, ya… —se quejó Edward, haciendo un gesto con la mano, como si espantara moscas, aunque lo que realmente quería espantar era aquella conversación incómoda que no los llevaría a ningún lado—. David era muy sensato, jamás te hubiera besado si no estaba interesado en ti.

—Ya, pero yo no tuve esa sensatez.

Él la miró en silencio, y como vio que no seguía hablando, tuvo que preguntar.

—¿Lo besaste?

Amanda asintió.

—Dijo que no quería casarse conmigo por esas cosas, así que pensé que, si lo besaba, se daría cuenta de que no era para tanto.

—Dios, Amanda.

Ella rio.

—No estuvo interesado, ni antes, ni después del beso —su sonrisa se volvió triste—. Eso debió darme una pista ¿no? —dijo, mientras se abrazaba a sí misma. La tormenta de verano estaba sobre sus cabezas y había refrescado—. ¿Seguro que a la señorita Georgina la besó nada más conocerla? Quizás con ella sí quisiera casarse desde el principio.

—Amanda… —le entristeció su mirada.

—David está triste por su muerte, por supuesto. Pero más que triste, parece muy enfadado.

Edward también lo había notado.

—Es cierto.

—Si lo piensas, es lógico que se enfade con Dios, o con el destino, por haberle arrebatado a su esposa, apenas unos meses después de casarse.

—Sí.

No había más que decir sobre ese asunto. Lo que le había sucedido a Georgina Chambers, después de la boda, había sido una tragedia. Una tragedia y un misterio, pues David ocultaba algo, estaba completamente seguro.

—David se recuperará —dijo Amanda, como si lo considerara un hecho—. Lo ayudaremos.

—¿Ya lo has perdonado? —preguntó, sintiendo una punzada de celos, golpeándole en el pecho.

—Creo que sí. Somos… amigos.

Hubo una incomodidad patente en Edward, quien carraspeó sin saber qué decir.

—Siempre debimos ser amigos, y no pretender ser algo más —confesó Amanda.

Quien no confesó el alivio que sintió al escuchar esas palabras, fue Edward. Se le había pasado por la cabeza que ahora que David era un hombre viudo, podía volver a casarse. Y sí, por como volvía a hablar de Amanda, había pensado que quizás la viera con otros ojos. Había cambiado mucho ese último año. Aunque no le gustara admitirlo, parecía un poco más madura. Solo un poco, pues siempre encontraría en ella descabelladas ideas y una sinceridad aplastante que incomodaría a más de uno.

—En fin, ahora entiendo por qué David no quiso besarme —lo miró a los ojos, al preguntar—, pero… ¿por qué me has besado tú?

La miró a esos mágicos ojos azules y notó la boca seca.

Estaba absolutamente perdido.

—Eso no importa —carraspeó con fuerza—. Olvida lo que ha pasado.

Amanda sintió algo que identificó enseguida como decepción. Respiró hondo y se esforzó para no darle importancia a aquellas palabras que consideraba hirientes.

—Ya, bueno —dudó Amanda—, pero que sepas que besas mejor que David.

—¿Qué? —dijo, casi balbuceando—, pero me has dicho que nunca te besó.

—No, él no. Tuve que besarle yo. Teníamos quince años.

—Maldita sea —masculló.

—No fue lo mismo —insistió ella—. ¿Por qué contigo es diferente?

Edward no daba crédito. ¿En verdad pensaba que le respondería esa pregunta?

—Amanda…

—No. Lo digo en serio. He besado a tu hermano ¿por qué contigo…? —se mordió una uña con la mirada perdida, como si meditara—. Supongo que no todos los hombres besan igual.

Edward alzó una ceja.

—Espero que no tengas a nadie más con quien comparar.

—No lo tengo.

Él pareció aliviado.

Ella suspiró.

—En fin, deberías sentirte satisfecho, lo has hecho bien.

—¿Bien? ¿Quieres decir que… te ha gustado besarme?

Ella se cruzó de brazos, enfurruñada.

—Déjalo, no voy a repetirlo. Además, solo me besas para reírte de mí.

De pronto, sintió una explosión de ternura hacia Amanda. La miró y sus labios se elevaron en una sonrisa.

—No te beso para reírme de ti.

—¿Y entonces, por qué me besas?

—Por la misma razón que me besas tú a mí.

—Porque te gusta —respondió ella, sin pensar—. Sí, me ha gustado besarte.

Edward se acercó un paso hacia ella, pero frunció el ceño.

—Y ahora, Amanda, no vayas besando a todos los hombres con los que te cruces.

Ella soltó aire audiblemente y puso los ojos en blanco, como si comprendiera que ese hombre nunca cambiaría.

—Sobre todo, no beses a Harvey. —Una pícara sonrisa hizo que él frunciera el ceño—. Lo digo en serio.

Ella se dio media vuelta hacia la salida del establo. Y se quedó mirando como la tormenta amainaba.

—Sí —le dijo, por encima el hombro—. Ya sé que lo dices en serio.

Sin esperar ninguna réplica, Amanda salió corriendo, alejándose de él y del impulso de volver a besarlo.

Por supuesto, no besaría a Harvey ni a ningún otro hombre. Porque el que realmente le gustaba, era Edward Chambers.

Capítulo 41

Pasaron dos días más y aunque Edward no la evitaba, sí que evitaba el hecho de quedarse a solas con ella.

Amanda había entendido que esos besos robados eran inevitables para ambos. Por supuesto que alguien tan sensato como Edward evitaría el peligro a toda costa. Y aunque él fuera quien ocupara la mayor parte de sus pensamientos, debía admitir que se estaba divirtiendo. Aquella semana había conocido mejor a los amigos de Robert, y estar con Violet, Regina y Rose era maravilloso. Incluso había podido visitar a Maranta, que ya había salido de cuentas y maldecía caminar como un pato.

Pero no solo estaba feliz por la relación con sus amigas, aunque Alice y Edith la hubieran abandonado por diversos motivos. También lo estaba porque la relación con David había vuelto a ser la que fue, al menos la mayoría del tiempo.

Sin embargo, le preocupaba su mutismo. David parecía haber perdido la chispa, el fuego impetuoso que lo caracterizaba y que lo

había hecho prosperar en el ejército. Pero no debía extrañarse, acababa de perder a su mujer, ¿qué hombre no se sentiría abatido? Aunque… lo que David estaba, era furioso.

Según había escuchado Amanda de otros maliciosos invitados, la pena del capitán Chambers por la muerte de su esposa, parecía haberse esfumado.

Amanda estaba segura de que esto no era así, simplemente se había negado a revelar sus emociones.

David siempre había sido un hombre con fijaciones, como la de ser militar, y estaba seguro que hubiera dado cualquier cosa por llevar galones. Por eso, también sabía que sus pasiones eran constantes, ahora lo veía. Si se había casado con su esposa porque estaba profundamente enamorado, no habría podido dejar de amarla tan abruptamente después de su muerte. A no ser…

—¿Damos un paseo?

La voz de David la tomó por sorpresa, al igual que su cálida sonrisa, que conocía tan bien.

Amanda volvió a mirar hacia los invitados de la terraza y se preguntó si David habría escuchado como hablaban sobre él. Si lo había hecho, no pareció importarle en lo más mínimo.

—¿Al lago?

La sonrisa se amplió.

—Al lago —convino David, asintiendo.

Después de tomar dos caballos del establo, ambos partieron. No hizo falta avisar a Livia a quien saludó desde lejos cuando los vio pasar por el camino hacia los límites de las tierras de los Belford.

Le gustó que Livia aprobara esa salida en compañía de David, era evidente que no pensaba que hubiera nada malo en retomar su amistad. Pero por la mirada que le echó Edward que estaba a su lado… ¿había cierta censura por su parte?

Por supuesto, pensó Amanda. Era Edward, siempre habría censura.

Estaba convencida de que a su regreso le esperaba otra reprimenda por lo que hace o no hace una dama.

Al llegar a su sitio preferido del lago, bajo su enorme sauce favorito, David ató los caballos y extendió la chaqueta para que Amanda se sentara sobre ella.

—¿Lo dices en serio? —enarcó una ceja ante semejante galantería.

David se echó a reír y él mismo se sentó sobre parte de su chaqueta, palmeando el otro extremo para que ella hiciera lo mismo.

—Ahora eres toda una dama, Amanda. Y yo, soy un caballero.

—¿Y por eso me cedes tu chaqueta?

No perdió la sonrisa.

—Por supuesto.

Ambos se recostaron contra el grueso tronco y miraron hacia la quietud del agua. Media docena de patos se sumergían y nadaban alegremente con sus particulares sonidos. Más allá, dos cisnes parecían memorizar su territorio, dando vueltas cerca del pequeño embarcadero.

—Es como si no hubiera cambiado nada —dijo David—, y a la vez, ha cambiado todo.

Amanda lo miró sin acabar de comprender. Tenía la cabeza apoyada en la dura corteza, con la barbilla alzada y los parpadeos caídos. No supo el motivo, pero podía sentir su profundo pesar. Quizás porque habían sido amigos durante toda la vida y sabía leer mejor que nadie lo que pasaba por su mente, aunque no del todo.

—Sé que estás triste, y sé que debe ser por la muerte de tu esposa.

Todo el cuerpo de David se tensó, pero no hizo ademán de moverse.

Amanda aguardó unos segundos antes de continuar hablando.

—Debe haber sido un duro golpe, pero… hay algo más, ¿verdad?

David seguía sin hablar.

Cuando pasaron los minutos, ella se dio por vencida.

—Lamento haber preguntado, solo quiero que sepas que si quieres hablar, aquí estoy —suspiró, relajándose ante el espléndido día de verano—. Siempre se nos dio bien lo de hablar.

Percibió la sonrisa de David antes de verla.

—Lo cierto es que a ti se te daba bien hablar. De hecho, no dejabas de parlotear.

—¡Ja! —dijo ofendida y mirándolo con fijeza—. ¿Yo? ¿Debo recordarte tus monólogos sobre uniformes con chorreras y las diferentes medallas que un oficial podía ganar?

Él soltó una carcajada.

—Ríete —le dijo a David—, tengo información militar en mi mente que nunca he pedido.

Le gustó mucho verlo reír.

Le gustó mucho volver a sentir esa conexión con él.

Minutos después, ambos disfrutaron de la tarde en silencio.

Con un largo suspiro Amanda salió de su estupor. Se quitó los zapatos y las medias y se acercó a la orilla. Miró por encima de su

hombro y vio como David sonreía, pero mantenía los ojos cerrados.

—¿Sabes que una señorita no puede hacer eso?

Ella le sacó la lengua y él se echó a reír al abrir los ojos y sorprenderla en el gesto cómico.

—Eres como tu hermano.

Él negó con la cabeza sin dejar su buen humor.

—No, yo te permitiré hacerlo.

—¿Permitir? —entrecerró los ojos.

David rio.

—Oh, Amanda, había olvidado lo cabezota que eres.

—Y tú pareces haber olvidado que no puedes impedirme hacer nada. No eres ni mi hermano, ni mi esposo.

Esa última palabra pareció haber sido como una bofetada. Él dejó de sonreír y entonces Amanda se dio cuenta de que no debió hablar así.

—Lo siento, yo…

—No, no lo soy —respondió, en un tono sombrío—. Pero podría haberlo sido.

Ella tragó saliva ante la solemnidad de aquellas palabras y la mirada fija y sincera que le dedicaba.

—David…

Lo vio levantarse y no se movió, esperando que se acercara. Cuando se paró frente a ella, se dio cuenta de la diferencia de tamaño. No eran dos niños, cuando apenas David le sacaba dos dedos. Ahora su estatura la sobrepasaba por más de un palmo.

Amanda alzó la vista y él le acarició la mejilla con ternura.

—Quizás debí haber aceptado tu proposición.

—David… —susurró, con total desconcierto.

—Lo digo en serio. Debí refrenar la pasión que sentí por aquella mujer, y centrarme en lo seguro.

Amanda no tenía ninguna duda de que con aquella mujer, se refería a su esposa.

—¿Qué pasó, David?

Él suspiró, pero no apartó los dedos del rostro de Amanda. Tomó un largo mechón rebelde y lo recorrió hasta darle un suave tirón al llegar a la punta. Le fascinó el brillo dorado bajo el sol de la tarde.

—El matrimonio no fue lo que esperaba —luego añadió con voz más baja—, ella no fue lo que esperaba. —Cuando pensó que no volvería a hablar, David empezó a narrar su versión sobre lo sucedido—. A diferencia de ti, yo siempre pensé que mi sitio estaría

en otro lugar. Es cierto que adoro la casa de mi hermano, estas tierras… pero siempre serán suyas, yo quería algo propio.

Amanda asintió.

—Eso puedo entenderlo —dijo, con total sinceridad.

Él continuó.

—Me creí un hombre valiente, un héroe que se merecía mucho más en la vida que ser el hermano de un vizconde.

Amanda lo miró fascinada porque descubrió en aquellos ojos a un hombre mucho más maduro que el muchacho que había conocido toda la vida.

—Cuando salvé a Frederick Knigth y me ascendieron, lo vi como una señal de que mi camino era el ejército. No me conformaría con menos.

Ella asintió.

—¿Te enamoraste de ella porque era la hija de un coronel al que admirabas? —preguntó Amanda, sin poder contenerse.

David negó con la cabeza.

—No, me enamoré de ella, o creí estarlo, por otras cosas.

No se sonrojaron las mejillas de David, ni tampoco varió demasiado su tono de voz, pero se percató de que ese

enamoramiento tenía mucho que ver con el deseo que un hombre siente por una mujer.

—Deseo.

Se le escapó la palabra de la boca y David asintió.

—Ella sabía hacerse desear. Cada día que pasaba sin que fuera mi esposa, era un tormento. Por suerte, el coronel quería que nos casáramos rápido y partiéramos a Italia, donde tenía un puesto diplomático para mí, mientras me mantenía en la reserva. Bien… lo que pasó allí, después me di cuenta de que había sido inevitable.

Amanda no sabía a qué se refería, y tampoco esperó que la historia se volviera tan truculenta.

—Tres personas nos marchamos hacia Italia, pero llegamos cuatro.

—¿Cómo?

Amanda parpadeó confusa, y no fue hasta escucharlo hablar que entendió a qué se refería.

—Georgina estaba embarazada. De pocos meses. —Añadió, como si eso justificara la estupidez que había cometido al creerla—. El niño no era mío.

—¡David!

Amanda, todavía con los pies en el agua, retrocedió un paso y David tuvo que agarrarla por los codos para que no se cayera.

—Estás tan sorprendida como yo. Yo tampoco lo vi venir —sonrió, mofándose de sí mismo—. Ella fingió estar tan enamorada como yo, pero después descubrí que todas y cada una de sus palabras, eran mentira. Que todo lo que había hecho era para llegar a Italia donde la esperaría el verdadero padre de su hijo, el conde Geminiano. Un apuesto aristócrata italiano que yo conocía, porque habíamos sido presentados, aquí en Inglaterra. Al parecer, había seducido a Georgina con la promesa de casarse, pero su padre, el coronel, descubrió la verdad.

Amanda temía preguntar. Todo era demasiado sórdido, pero David continuó hablando.

—El coronel tenía prisa por casarnos porque sabía del estado de su hija y quería evitar un escándalo a toda costa.

—¿Y hacer pasar al niño como hijo tuyo? —Miró a David. No hacía falta que respondiera, su rostro reflejaba que así era— Dios mío.

—Ella fingió aceptar galantemente cada uno de mis avances hacia su corazón. Me sonreía, me besaba, me decía que me quería. Su objetivo es que nos casáramos cuanto antes y partiéramos a

Italia. Como mujer casada, su padre no tendría potestad sobre ella, y yo como hombre enamorado la dejaría hacer lo que quisiera.

—¿El conde Geminiano permitió que se casara contigo? ¿Por qué, si la amaba?

—Oh, porque él ya estaba casado.

Amanda abrió la boca, sin poder ocultar su sorpresa.

—Pero David…

—Ya te digo que fui muy estúpido —suspiró, siguiendo su relato—. Al llegar a Italia yo seguía siendo un hombre enamorado que nada sabía de las infidelidades de su esposa. Por supuesto, veía como Georgina se había opuesto a que su padre nos acompañara en ese viaje. No quiso compartir el carruaje con él, exigiendo privacidad para los recién casados. Y yo se la concedí —dijo, sonriendo—, estuve muy de acuerdo en eso. A pesar de que después supe que yo a mi esposa le era del todo indiferente, no lo era en la cama.

Carraspeó, cuando se dio cuenta de que Amanda no era una mujer casada y no debía hablarle de según qué cosas. Pero ella no parecía escandalizada. Al contrario, lo miraba muy seriamente, entendiendo el dolor que habría sentido.

—Continúa.

—Cuando llegamos a nuestra nueva casa, no tardamos en establecernos y hacer vida social. El conde nos visitaba a menudo y lamento decir que fui tan imbécil de aceptarlo como amigo sin sospechar nada. Te recuerdo que los dos primeros meses estuvimos solos y que el padre de Georgina apareció después. Cuando vino de visita y sorprendió a Paolo en el jardín, supe por su actitud que algo estaba pasando.

Hubo una terrible discusión y yo no supe muy bien por qué, hasta dos días después.

—¿Qué pasó? —Preguntó Amanda, retorciéndose las manos.

—El coronel sabía que la intención del conde era seguir frecuentando a su hija, en mi casa, ante mis narices. Le dijo que no lo consentiría. Luego supe que las intenciones del conde era llevarse a Georgina, instalarla en Turín como su mantenida y quedarse con ella mientras su esposa languidecía en Roma.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Pues porque días después, en la noche sin luna, mi esposa se fugó con él.

—¿Qué? —parpadeó, incrédula y horrorizada.

—Bueno, o lo habría hecho si no se hubiera caído por la ventana por la que había planeado saltar y se hubiera roto el cuello.

Los ojos de Amanda no podían ser más grandes, abiertos por la sorpresa y la pena que sentía por un hombre que era bueno y no se merecía toda aquella tragedia.

—¿Así murió?

No hubo respuesta, solo un leve asentimiento.

Amanda había pensado como los demás que se trataba de un accidente de caballo, algo que explicara su súbita e inesperada muerte.

—Oh, lo siento tanto, David. Lo siento muchísimo.

Amanda lo abrazó con fuerza. Y él permaneció inmóvil un instante, finalmente, correspondió a su abrazo.

—No me compadezcas.

—No lo hago —mintió ella—. Es solo que no te mereces todo esto.

Se abrazaron un largo instante y él aceptó el consuelo que ella le ofreció. Por primera vez en mucho tiempo se sentía en paz. Debió hablar antes, debió incluso confesarle a su hermano todo lo que había pasado, pero estaba demasiado avergonzado.

—Debí escucharte. Pero fui un tonto ciego que arruinó su vida…

—No. No eres un tonto, estabas enamorado —Se apartó un poco para mirarlo a la cara—. A veces, las malas personas se aprovechan de las buenas, pero eso no te convierte en un tonto.

David tomó el rostro de Amanda entre sus manos y se inclinó para besarla.

Ella no se apartó, porque tampoco hubiera podido librarse del agarre de sus manos sin esfuerzo. Dejó que los labios se rozaran, un besó tierno, de consuelo.

Cuando David le alzó la cabeza, ella le sonrió hasta que lo escuchó decir.

—Debí haberme casado contigo.

—David.

Sus mejillas se sonrojaron.

—Y aún podemos.

—¿Qué?

—Aún podemos ser felices, una vida bucólica y bonita en el campo, en las tierras que nos han visto crecer. Me he dado cuenta de que no necesito aventuras, ni un título de Mayor. Lo único que quiero es paz, una vida previsible junto a alguien que me quiera y a quien querer sin traiciones.

No supo qué decir.

—David yo…

Antes de saber qué sucedía lo vio alejarse un paso e hincar la rodilla.

—Amanda, amiga mía, ¿querrías casarte conmigo?

Capítulo 42

Durante la siguiente velada, Amanda estuvo como ausente. Un hecho que no pasó desapercibido para nadie, ni para su hermano que la miraba suspicaz, ni para Edward que intentaba averiguar si ella estaba tan perdida como él, ni para las damas. Violet, Regina y Livia sospechaban que había pasado algo, pero ¿con quién? ¿Con Edward?, ¿con Harvey? ¿o con David? Porque después de su reaparición para todas fue evidente el acercamiento entre Amanda y su antiguo mejor amigo. ¿Significaría su actitud que simplemente volvían a ser los de antes, o habría algo más detrás de todos los momentos que David pasaba con Amanda?

Esa noche, después de la cena, Livia tocaba una alegre pieza mientras varios invitados jugaban a las cartas y otros, sobre todo caballeros, conversaban con una copa en la mano. Era una velada tranquila y agradable, pero Amanda no parecía divertirse. Sentada en un sofá, languidecía después de haber manifestado que le dolía la cabeza y que no deseaba jugar a los naipes.

—Un penique por tus pensamientos.

Amanda parpadeó cuando Violet se sentó a su lado.

—¿Qué? —susurró desconcertada, sin haber entendido qué le había dicho.

Se sonrojó ligeramente y miró a Violet, quien paseó la mirada por el salón para ver si adivinaba qué o quién tenía tan absorta a Amanda.

David no había asistido a la velada, y Edward lo había hecho, pero desde que llegó por la tarde, había estado en compañía de Robert y Daemon. El vizconde Sinclair había anunciado su marcha, al parecer, un asunto urgente lo requería en la finca de su padre. Fuera lo que fuese tendrían noticias del asunto cuando Alice les escribiera. Los vio a los tres de buen humor, por lo que Amanda descartó que Edward siguiera hablándole mal de Harvey a su hermano.

—No estoy pensando en nada en particular —mintió Amanda.

Las palabras no parecían ser dichas a la defensiva, pero en verdad no quería contarle lo sucedido con David.

No todavía. Al menos hasta que tomara una decisión.

—Esta noche no has estado mucho tiempo con el señor Wilmot —miró sobre su hombro y vio a Harvey muy serio, mientras su padre le hablaba— ¿Ya te has decidido?

Amanda enrojeció todavía más.

¿Decidirse? Sí, suponía que su prima se refería a decidirse entre Harvey y Edward, porque no sabía que había un nuevo pretendiente en la ecuación. Y es que el hecho de que David le pidiera matrimonio era un secreto. Uno que no podría guardar mucho tiempo. David estaba decidido a hablar con Robert y ella le había pedido tiempo porque abiertamente le había confesado que quizás él tuviera razón y serían más felices siendo amigos.

Se moría de la vergüenza al pensar que David pudiera enterarse de que se había estado besando con Edward, y no sabía muy bien por qué. ¿Quizás porque era indecoroso? Oh, como si ella entendiera de eso. O quizás por su orgullo, porque había insistido tanto en que estaba enamorada de David, ¿cómo podría haberlo cambiado por su hermano tan fácilmente?

—Oh, estoy hecha un lío.

Lejos de compadecerse, Violet se rio.

—No te preocupes, el amor es así.

—¿Amor? —la miró sin comprender— ¿El amor es tener la cabeza hecha un lío?

—Oh, sí. Pero pronto te aclararás.

—¿Y si no sé cuál es el adecuado?

Violet rio de nuevo.

—¡Por supuesto que ya sabes quien es el adecuado! O al menos, el que te ha robado el corazón.

La mirada segura que Livia le lanzó, la confundió aún más.

—¿Seguro? ¿Pues podrías iluminarme? —dijo enfurruñada—, porque mi cabecita parece que no lo tiene tan claro.

—Lo tiene —le guiñó un ojo y se puso en pie para dejarla a solas con sus pensamientos—. El hombre del que estás enamorada es en el último que piensas cuando cierras los ojos para dormir. —Amanda abrió la boca para protestar, pero Violet añadió—: Aunque te saque de quicio.

En un impulso la mirada de Amanda abandonó el rostro de Violet y sus ojos buscaron a Edward.

Lo encontró con facilidad, porque sabía dónde había estado en todo momento.

Era él, no David, ni Harvey.

Violet tenía razón. Por mucho que la sacara de quicio, el hombre con quien realmente quería estar, a quien quería besar, con quien quería pelearse el resto de su vida, era Edward. Y por supuesto, era en Edward en quien pensaba antes de dormirse.

—Creo que lo sé —murmuró.

Violet le guiñó un ojo y Amanda chasqueó la lengua.

Sí, su prima también parecía saberlo, a decir verdad, todo el mundo menos ella.

***

—Debes comprometerla esta noche.

Dominic hablaba entre dientes y fingía alguna que otra sonrisa, que lanzaba a los invitados para que nadie supiera lo que estaba hablando con su hijo. Y es que sus planes eran indecorosos, por no decir un delito.

Quería que Harvey sedujera a Amanda, o al menos que los encontraran en una situación comprometida para forzar un compromiso.

—¿Por qué no te pones a ello? —insistió— A la muchacha le gustas, y es bonita, no sé por qué eres tan melindroso.

—Padre, yo no soy como usted.

—¿Y eso qué significa?

Ambos hombres se miraron a los ojos y finalmente Harvey agachó la cabeza.

—No quiero comprometer a Amanda, si ella no está de acuerdo con casarse conmigo…

Lo tomó con fuerza por el brazo.

—La obligarás, ¿me oyes? —dijo, con los dientes apretados y ya sin importarle quien pudiera estar mirando—. La familia depende de ello.

—La familia somos tú y yo. No tengo hermanos y gracias a Dios madre no está entre los vivos para vernos hundirnos en la miseria.

Dominic no cesó en su agarre.

—Esta noche, mientras todos duermen, espera bajo el viejo roble, cerca de los establos.

—Pero…

—Allí, pasada la medianoche —lo amenazó—, o te juro que haré que te arrepientas el resto de tus días.

No había discusión posible.

Harvey agachó la cabeza.

—Sí, padre.

***

Amanda esperó junto a la ventana de la biblioteca. La misma ventana por la que Edward la había tirado no hacía tantos días.

Se rio al acordarse de ello, pero pronto su risa fue interrumpida por la presencia a su espalda de un hombre.

Sonrió, al reconocer su silueta entre sombras.

—¿Qué ocurre? —preguntó Edward, acercándose.

De pronto, él mismo se giró y, confuso, vio como Violet se despedía de ellos.

—Estaré cerca, vigilando que nadie os interrumpa.

—Lady Phillips —la reprendió Edward, quien había comprendido que todo aquello era una encerrona.

Violet soltó una risita y cerró la puerta de la biblioteca.

—¿Amanda? —preguntó, desconcertado— ¿Qué significa todo esto?

Sin perder la sonrisa, Amanda se acercó bajo la mortecina luz de las velas. Las cortinas de las diversas ventanas a lo largo de la biblioteca, estaban echadas. Nadie podría verlos desde fuera, y con Violet vigilando el pasillo, no los interrumpirían.

—Necesitaba hablar contigo.

—¿Ahora? —dijo, extrañándose por el momento elegido.

—Es que, si espero a mañana, no tendré valor.

—¿Valor para qué?

Edward palideció. Su respiración se entrecortó y tuvo que recostarse contra el escritorio.

Amanda parpadeó confusa mientras él tenía la mirada perdida en algún lugar indefinido sobre la alfombra.

—¿Edward? —le preguntó, pues de repente, su cuerpo estaba tenso y en su rostro leía una preocupación que parecía esforzarse en ocultar.

—¿Entonces es cierto? ¿Vas a casarte con David? ¿Eso es lo que quieres decirme?

Lo dijo con tanta lástima, que a Amanda se le estrujó el corazón.

—¿Cómo…? —se sonrojó, como si la hubiesen pillado en una travesura que no parecía tan inocente.

—¿Cómo lo he sabido? —rio secamente, con amargura—. David me dijo hace dos días que pronto tendría una noticia que darme, que ahora era pronto, pero que iba a cambiar su vida. —Miró a Amanda, y ella retrocedió un paso cuando vio como brillaban sus lágrimas en los ojos—. Pensé que se trataba de una nueva misión, un ascenso, algo relacionado con su vocación, pero… no es así ¿verdad? Te ha pedido matrimonio.

Ella calló por un instante, confusa por el hecho de que a él pareciera afectarle tanto aquella idea.

¿Sería posible que sintiera lo mismo que ella? ¿La amaba? No, amor… Edward se reiría en su cara si le expresara esos pensamientos en voz alta, pero… quizás le tenía afecto, y había pasión ¿no era un buen comienzo para los dos? ¿Serían suficientes cimientos para un matrimonio?

—Yo… no quiero casarme con David —dijo Amanda vacilante, acercándose al verdadero hombre que amaba—. De hecho… quiero casarme contigo.

Capítulo 43

Edward parpadeó.

Era imposible que lo que acabara de escuchar, fuera lo que realmente Amanda había dicho. Sus oídos lo habían engañado, ¿verdad? Sí, con total seguridad, su mente le estaba jugando una mala pasada.

Llevaba varios días sin apenas dormir, preocupado por el momento en que ella le confesara que iba a casarse con su hermano, pero…

Pero con quien realmente deseaba pasar el resto de su vida era ¿con él…?

—¿Qué? —parpadeó, confuso—, ¿puedes repetirlo?

Ella se acercó otro paso, y otro y, finalmente, rodeó el cuello de Edward con ambos brazos.

Sintió su cuerpo temblar y, en su rostro, en sus ojos, brillaba la luz de la esperanza y la confusión, al mismo tiempo. Estos se iluminaron aún más cuando corroboró:

—Que quiero casarme contigo.

Intentó apartarse del escritorio y su boca deseó salir a su encuentro, pero sus piernas flaquearon y se quedó paralizado, quieto, en el sitio, como una estatua de sal. ¿Estaba hablando enserio o Amanda solo pretendía burlarse de él?

La miró a los ojos y entendió que lo estaba diciendo muy en serio.

—¿Te das cuenta de que no es la primera vez que le pides matrimonio a un hombre?

Amanda se retorció las manos tras la nuca de Edward.

—Sí, es poco convencional, lo sé.

—La próxima vez podrías esperar a que sea él quien te lo pida.

Un brillo de decepción se dejó ver en los ojos de Amanda y lo soltó, dando un paso hacia atrás.

En ese momento, él se sintió huérfano de su calor. De su cuerpo.

—¿La próxima vez?

Edward recuperó las fuerzas, se impulsó y con ambas manos la rodeó, estrechándola con los brazos. En ese momento, hundió el rostro en su cuello, cerró los ojos y la sintió contra su cuerpo. Tomó

aire lentamente y, cuando los abrió de nuevo, la miró con una ternura y un amor infinitos.

—No habrá próxima vez, Amanda —aseguró—. Esta es la última que pides matrimonio a un hombre, y la última que un hombre te lo pedirá. —La besó apasionadamente, sus lenguas bailaron y se deleitaron. Los suspiros dieron paso a las caricias y, cuando la tuvo rendida entre sus brazos y sin aliento, la miró, ardiente, y le preguntó— ¿Vas a casarte conmigo? ¿Por qué?

Ella se echó a reír. Una risa fresca y calurosa al mismo tiempo. La risa que solo podía pertenecer a un hada, en la que Edward se perdió, como si acabara de adentrarse en un bosque encantado, del que no deseaba salir jamás.

—¿Si me lo pides con ese tono huraño…? No te diré que es porque… porque te amo, Edward.

La apretó más contra su pecho hasta que ella dejó de hablar. Volvió a apoderarse de su boca y Amanda sintió como sus mejillas se mojaban por las lágrimas de felicidad que no sabía que estaba derramando.

—No habrá otro hombre para ti, ni otra mujer para mí —rezó contra sus labios, hinchados y jugosos—. No vas a besar a ningún otro hombre.

—¿No? —jadeó Amanda, presa nuevamente del deseo que le provocaba el aliento de Edward sobre su boca.

—No —dijo Edward con seguridad—. Ni a David, ni a Harvey… a nadie.

A Amanda no le parecía tan mala idea.

—¿A nadie?

—No.

—¿Jamás?

—Jamás.

Edward la besó de nuevo, esta vez con dulzura, pero dejando que poco a poco ella volviera a tomar el control.

Maldita sea, siempre lo hacía, se olvidaba de todo y hacía que él también.

Se dejó arrastrar por ella, por su calor, por su pasión y se dijo que había cosas peores que ser amado por Amanda Belford.

—Edward…

La tomó entre sus brazos y pronto el escritorio estuvo más cerca que antes. Alzó a Amanda y la depositó sobre su superficie. Con rapidez y mientras sus bocas permanecían unidas, se situó entre sus piernas, cuanto el vestido de ella le permitió.

—A partir de hoy… solo me besarás a mí.

Ella alzó las cejas, pero antes de poder decir nada, la boca de Edward estaba de nuevo sobre la suya, y… sí. No tenía ninguna intención de besar a nadie que no fuera él.

Sintió las manos de Amanda cerrarse en puños sobre su pelo. En el momento en que tiró ligeramente de él, gimió contra sus labios.

Ella echó el cuello hacia atrás cuando él abandonó su boca para navegar por su piel.

—Amanda —susurró contra su oído, para después mordisquear el lóbulo de su oreja —Te amo.

Esta vez fue ella quien gimió y jadeó, al tiempo que lo abrazaba para apretarlo más hacia sí. Podía sentir la lengua de Edward, acariciándola, lamiendo su piel. Podía sentir sus fuertes brazos, rodeándola, protectores, y sus manos tocándola, acariciándola, explorando todos los lugares por los que había pasado ya su boca.

Descendió por su cuerpo hasta que su lengua acarició el nacimiento de sus pechos. Podía sentir en los labios la vibración de sus jadeos, y cada respiración entrecortada.

—Oh, Amanda —su voz ronca la excitó, provocando que bajara las manos para empezar a desabrochar los botones de su

chaleco. Necesitaba sentirlo.

Cuando lo logró, se lo sacó por los hombros ayudado por él.

Se miraron unos momentos a los ojos, sonrieron, y volvieron a besarse.

Amanda siguió desabotonando, esta vez su camisa. A medida que sus dedos iban descendiendo, rozaban su piel, caliente, como la lava de un volcán.

Edward jadeaba contra su cuello, sobre su clavícula. Le bajó la manga del vestido y lamió su hombro con suavidad. Cuando acabó de desabrocharle la camisa, posó las palmas de las manos sobre su pecho y los labios de Edward regresaron a su boca para beber de sus gemidos.

Sus lenguas bailaron pero las manos de ambos no abarcaban lo suficiente. Necesitaban más.

La piel de Edward era suave, caliente, un ligero y suave vello la cubría. Sus músculos eran potentes y su pecho subía, bajaba y temblaba con cada inspiración. Fue bajando las manos y a medida que iba tocando más piel, Amanda sentía como la suya propia se iba encendiendo por momentos.

Al llegar al pantalón, sus dedos se detuvieron.

Pero los de Edward no.

Absolutamente enajenado, había permitido que su razón quedase eclipsada por el deseo. Amanda era un ser celestial, sus suspiros parecían los cantos de los ángeles y sus gemidos, un dulce reclamo al pecado.

Cuando sus manos llegaron a su cintura y se toparon con la arrugada tela del vestido, se adentraron entre los pliegues de satén y muselina hasta que los dedos se toparon con sus muslos. La piel suave de Amanda provocó que su miembro se endureciera hasta límites dolorosos.

Ella, al notar sus dedos, acariciándola, sintió una necesidad insólita.

Se sentía mareada, como si su mente estuviese acallada, y su cuerpo cobrase vida propia. Echó la cabeza hacia atrás mientras Edward le besaba el cuello, hasta acabar de nuevo con los labios sobre el nacimiento de sus pechos. Lamió el canalillo, mientras los dedos se abrían camino hacia el interior de sus piernas.

Cuando Amanda notó los dedos de Edward traspasar su ropa interior hasta acabar acariciando su zona más íntima, abrió mucho los ojos, presa del asombro. Acto seguido, entrecerró los párpados y gimió, encandilada.

Él se pegó contra ella, mientras le abría los pliegues húmedos y calientes de su feminidad. Era del todo inadecuado, pero no podía detenerse, ella era tan deseable, tan excitante, y olía y sabía tan bien…

La acarició con suavidad mientras ella se retorcía entre sus brazos, entre gemidos y gritos suaves, sin comprender muy bien qué le estaba pasando a su cuerpo.

Abrió la boca, sorprendida, en el momento en que su ser iba acusando el placer, poco a poco, creciendo cada vez más, y más.

Hasta que explotó.

Jadeó y Edward acalló su grito con un beso, mientras sentía en los dedos el pulsar de su corazón, acelerado.

Cuando acabó, la abrazó con fuerza. Sin dejar de besarla, se frotó contra ella, preso del deseo.

Hasta que escucharon un fuerte golpe a su izquierda.

Ambos giraron la cabeza en esa dirección y vieron, horrorizados, como la puerta se había abierto de par en par y se golpeaba contar la pared.

—¿¡Qué demonios está pasando aquí!?

Capítulo 44

—No, no, no…

Cualquiera hubiera pensado que quien estaba gimoteando sería Amanda, pero en realidad era Violet, que acababa de asomarse por la puerta. La pobre se dio cuenta de que su vigilancia no había servido de nada, y había sido así porque estaba hablando con Livia, diciéndole que era muy probable que Edward y Amanda arreglaran sus diferencias. Lo que no habían tenido en cuenta es que Robert las escucharía desde el corredor y se acercaría a preguntar.

—¿Dónde están hablando?

El rostro de Violet había palidecido. Ella mejor que nadie sabía qué consecuencias podían provocar que encontraran a un hombre y a una mujer, solos en una biblioteca.

Pero jamás imaginó que lo harían en semejantes circunstancias.

Su rostro había palidecido y Robert se había limitado a mirarla, comprendiendo que no le iba a gustar la respuesta.

No había tenido tiempo de pararle, y Livia tampoco, que entró después de ella en la biblioteca.

—¿¡Qué demonios está pasando aquí!?

Violet suspiró y miró a Amanda con verdadera constricción.

—Lo siento —susurró.

—No te preocupes —le sonrió Amanda, ruborizada, quien se estaba acomodando el vestido, que había estado recogido contra su pecho.

Robert miró su cabello alborotado, el vestido descompuesto y la expresión de culpabilidad que Amanda lucía en el rostro. Luego, simplemente no vio nada más. O no quiso ver el chaleco de Edward en el suelo ni su camisa desabrochada.

El puñetazo tomó a Edward por sorpresa, algo absurdo, pues se suponía que lo primero que haría un hermano sería defender el honor de su hermana.

—¿Cómo has podido?

El segundo puñetazo hizo que escuchara un sonido agudo en el oído. Edward cayó al suelo e hizo el movimiento de abrir y cerrar la mandíbula para cerciorarse de que no se la había roto. Bien, los daños no parecían muy severos, o eso pensó antes de ver a Robert abalanzarse de nuevo sobre él. Todo su cuerpo se inclinó y el puño

que alzó descendió con tanta fuerza como sus golpes anteriores. Pero esta vez lo golpeó en el estómago.

—¡Basta, Robert! —La voz de Livia se impuso sobre las demás.

Eso pareció detener momentáneamente la ira de su esposo.

Violet se apresuró a cerrar la puerta con llave. El pasillo era largo y el salón estaba lo suficientemente apartado como para que los invitados no hubieran escuchado las exclamaciones airadas de Robert. No obstante, si continuaban así, pronto un ejército de chismosos acudirían hasta ahí.

—Nunca me lo esperé de ti, eras como mi hermano —gritó, furioso.

—Oh, vamos, aún lo soy —gimió Edward, que intentó levantarse.

Amanda miraba a ambos mientras Violet se apresuraba a estrecharle los lazos del vestido. Su imagen hubiera quedado impecable si no fuera porque su recogido estaba hecho un desastre.

Suspiró. Sí que debió besarla con ímpetu…

Recordó como James también la había besado así alguna vez.

Un nuevo grito de Robert, hizo que Violet y las demás prestaran atención a la escena.

—¿Cómo has podido deshonrar a mi hermana?

—Yo… —se maldijo, porque no tenía excusa—, me casaré con ella.

—¡Por supuesto que vas a casarte con ella! —bramó, enajenado.

—Robert, tranquilízate —Livia le llamó la atención.

Cuando su marido estaba fuera de sí, no distinguía amigos de enemigos.

—Creo que Amanda tendrá algo que decir al respecto —dijo Livia, y Amanda maldijo que la hicieran el centro de atención.

—Bueno, digo que sí. Ya había aceptado cuando me lo propuso.

—¿Te lo propuso? —Robert alzó una ceja, y rugió al ver que tardaba en contestar—. ¿Cuándo?

Amanda dio un respingo y Livia puso los ojos en blanco, pidiendo paciencia.

—Esta misma noche.

Robert miró a Edward.

—Qué oportuno, vizconde —alzó una ceja— ¿Creyó que con la promesa de matrimonio era suficiente para saltarse los protocolos y abusar de ella?

—Nadie a abusado de nadie —se apresuró a responder, dolida de que su hermano pensase así de Edward.

—¡Cállate! —rugió Robert a su hermana, totalmente decepcionado.

Se golpeó los muslos con las manos, porque no sabía qué hacer a continuación. Desde luego, le gustaría poner a Amanda sobre sus rodillas, como si fuera una niña, y golpearla con una fusta. Pero al parecer, su hermana había crecido hasta acarrearle unos problemas que solo una mujer le echaría a la espalda.

—Dos meses. Y os casaréis aquí.

—Mi finca tiene capi… —al ver la mirada de Robert, asintió—. Ya discutiremos los pormenores.

—De momento, haremos las amonestaciones y… —Robert entrecerró los ojos y dio un paso amenazador hacia Edward—. ¿Debo suponer que es mejor que adelantemos la boda?

Edward no contestó, pero tragó saliva.

—¡Maldición! ¡Voy a matarte!

—¡Robert! —Livia volvió a interponerse.

—¡Dos semanas! La boda será en dos semanas, y si intentas retrasarla…

—Será en dos semanas —convino Edward.

Miró a Amanda, y esta también asintió.

—Ya es suficiente —Livia se colocó entre ambos.

—¿Eso crees? —rugió Robert.

—¿Quieres que todos nuestros invitados vengan a felicitarnos? ¿O dejamos el anuncio para otro momento?

—Bien… —Livia suspiró aliviada, viendo como Robert volvía en sí, aunque eso no le quitaba el hecho de que podía acabar con Edward en cualquier momento. Sin duda, le encantaría tener un ring cerca para poder dar rienda suelta a su frustración.

—Y ahora, lárgate de mi casa —dijo Robert, en tono bajo y mirando fijamente a Edward—. Mañana hablaremos y ya decidiré si acepto que te cases con mi hermana antes o después de pegarte un tiro.

Edward resopló y Robert volvió a dar un paso amenazante hacia él.

—¡Suficiente!

Amanda miró a su cuñada, y dio gracias al cielo porque estuviera en sus vidas.

—¡Fuera!

Robert no dijo más, y Edward se marchó antes de poder decirle nada más a Amanda. Pero no hacía falta, su sonrisa fue más

que suficiente para dejarle claro que volvería a por ella, que se casarían y serían felices.

Pero como siempre, Amanda era muy impaciente.

***

No podía dejar de mirar el reloj de su habitación. Hacía varias horas que había tomado la decisión de escaparse de casa de su hermano para ir al encuentro de Edward. Y, al fin, cuando dieron las once y media de la noche y la casa estaba en calma, saltó de la cama y se dirigió al guardarropa.

Se puso un vestido sencillo y sobre él, una capa ligera. No tardó ni diez minutos en atravesar la mansión y entrar en los establos, enjaezar a su yegua y salir al galope, al resguardo de la noche.

Llegó a la casa de los Chambers minutos después. Dejó a su montura en los establos y se dispuso a rodear la casa, en busca de la ventana que daba a la biblioteca. Sabía que siempre cerraba mal,

llevaba años con el pestillo roto, y por allí podría entrar sin ser descubierta.

Una vez dentro, cerró con cuidado y se quitó los zapatos para que sus pasos fueran silenciosos. Como una sombra, trotó por el corredor, atravesó el gran salón recibidor y subió las escaleras hacia el piso de arriba.

Todo estaba en penumbras, solo la luz de la luna llena entrando por los ventanales le sirvió de guía. Eso, y que se conocía la casa como si fuera la palma de su mano, pues había pasado allí gran parte de su infancia.

Cuando llegó a la habitación de Edward, distinguió una ranura de luz por debajo de la puerta. Tomó aire antes de tocar con los nudillos la madera.

Y esperó.

Edward no estaba dormido. No habría podido pegar ojo en toda la noche ni de haberlo intentado.

No dejaba de pensar en Amanda, y en el futuro de ambos. También en Robert y en el tremendo disgusto que se había llevado, por culpa de la insensatez de ambos.

Oh, se suponía que él era el maduro, el responsable. Tendría que haberse dominado, debería haber respetado el honor de su hermana. Sin embargo… ella era tan… excitante. Era como la manzana, roja y jugosa, que Eva no pudo rechazar.

De pronto, una sonrisa bobalicona se dibujó en su cara, al recordar que, al final, todo había salido bien, a pesar de los golpes. Iban a casarse. Amanda sería su esposa.

Su pecho se encendió de alegría, como si fuese un adolescente rendido ante el primer amor. ¿Quién le habría dicho que su corazón latiría desbocado, por Amanda?

Pero esa sonrisa se diluyó como la acuarela en el agua, al escuchar unos pequeños golpes en la puerta.

—¿Quién va? —preguntó, intrigado.

Cuando la puerta se abrió y distinguió la silueta femenina, su pulso se aceleró.

—¡Amanda! —se puso en pie y boqueó como un pez recién salido del agua —¿Qué haces aquí?

Ella, con una sonrisa de par en par, entró, se dio la vuelta, y cerró la puerta tras de sí.

Luego se giró, lo miró de arriba abajo y se mordió el labio, ocultando así su sonrisa.

Cielos, era tan apuesto… Llevaba la camisa entreabierta y los cabellos revueltos, despeinados sobre su frente.

—¡Edward! —no pudo seguir alejada de él corrió en su busca, pero al ver como la miraba, de pronto enfadado, se detuvo en seco. Se cruzó de brazos e hizo un puchero—. Vaya… —se quejó—. Sí que te alegras de verme.

Él casi puso los ojos en blanco.

—Amanda, no deberías estar aquí.

Ella hizo otro puchero.

—Siempre estás regañándome…

—Porque tú siempre te saltas las reglas.

—Las reglas están para eso, para incumplirlas. ¿Por qué tiene que estar tan mal visitar a mi prometido?

Él suspiró, a pesar de que escuchar la palabra *prometido* de Amanda le supo como miel en los labios.

—Lo está, si es a estas horas, y nada más y nada menos que en mi habitación.

—Nadie nos verá. Además, he de hablar contigo.

—¿Po podías esperar a mañana? —enarcó una ceja y vio como ella se quitaba una mota de polvo invisible de su capa.

—Por supuesto que no —Amanda se sentó en la cama y Edward, junto al sillón, la miró, anonadado.

—¿Y bien?

Amanda alzó el mentón, muy digna, para añadir lo siguiente.

—No aceptaré casarme contigo por obligación.

Edward parpadeó.

—¿Cómo…?

Vio como se cruzaba de brazos.

—Pues que, si no me amas, no nos casaremos.

Cielos, era tan encantadora cuando fingía ser una malcriada, que hacía que uno se olvidase de respirar.

Sentada a los pies de la cama, descalza, y con los cabellos cayendo en cascada sobre sus hombros, era la personificación de un ser mágico, etéreo, un hada de los bosques nacida únicamente para torturarle. Sus ojos, grandes y expresivos, en ese momento luciendo un tono azulado más oscuro, lo miraban con curiosidad y esperanza, al tiempo que se mordía el grueso labio inferior, mientras intentaba no sonreír.

Sus manos, de dedos largos y elegantes, jugueteaban con la esquina de su capa, le indicaron que estaba nerviosa, inquieta por

una respuesta que… puede que hubiese formulado más en serio de lo que había pensado.

No pudo darle en ese momento la respuesta que buscaba, al menos no con palabras, pues la atracción que ejercía ella sobre él era como la de un planeta que mantiene esclavizado a su satélite y que, por ese mismo motivo, lo mantiene en órbita.

Sin decir una sola palabra, y se acercó a ella a paso lento.

Amanda gimió cuando él la cogió por la mano.

—¿No vas a…?

—Estoy loco por ti —confesó, arrodillándose frente a ella, haciéndola parpadear—. Te amo tanto, que pierdo totalmente la razón cuando te tengo frente a mí.

Amanda sintió las manos de Edward abandonar las suyas, para después ponerlas sobre sus rodillas.

—Edward…

—Te amo tanto, que soy hasta capaz de robarte la virtud, aun sabiendo que tu hermano podría matarme.

—Edward yo…

—Demasiado tarde —la interrumpió, clavando la mirada en ella.

Empezó a acariciarle las piernas por encima del vestido, hasta que sus manos las recorrieron hasta llegar a sus pies descalzos. Masajeó la planta, el tobillo, y fue subiendo por la pantorrilla hasta llegar a la liga que le sostenía la media.

Amanda abrió las piernas ligeramente para facilitarle el trabajo, al tiempo que lo miraba con los ojos muy abiertos, siendo consciente de su, cada vez más, entrecortada respiración. Notó como le desataba la liga a la altura del muslo y sus manos desandaban el camino, para hacer lo mismo en la otra pierna y quitarle también la media, ante la mirada atenta de Amanda.

Luego, sus manos regresaron a las suyas, y se puso en pie.

—Has cometido un grave error viniendo aquí, Amanda —aseguró, instándola a levantarse también, para después girarla y colocarse tras su espalda, para abrazarla desde atrás.

Cuando ella notó la entrecortada respiración de Edward sobre su hombro y cuello, ladeó la cabeza para permitir que sus labios conquistasen su piel.

—Estoy segura de que no —logró decir, entre jadeos.

Aunque las normas sociales lo dijesen, ella sabía que jamás sería un error estar junto a Edward.

Mientras tanto, él le quitó la capa, que cayó a sus pies en un murmullo de tela, para después apartar sus largos cabellos sueltos con delicadeza para colocárselos en el hombro derecho y besarle la nuca.

Con dedos hábiles, empezó a deslazar su vestido por detrás, mientras con la otra mano buscaba su pecho, y lo encontraba.

Amanda gimió al sentir como se lo apretaba y después le llegó el turno al otro.

—Sí, Amanda… —dijo, cuando el vestido quedó completamente suelto, despegado de su piel—. Porque ahora ya no puedo detenerme.

—No quiero que lo hagas —gimoteó, al sentir, esta vez, la tela deslizarse por un hombro, y después por el otro. Las manos de Edward rozaron su camisola interior cuando el vestido cayó al suelo, bajaron por la suave seda para subir de nuevo, esta vez por su piel desnuda.

Amanda gimió y se retorció entre sus brazos, cuando él agarró sus pechos y los apretó, al tiempo que jadeaba contra su oído y se apretaba más contra ella.

Pero no se detuvo demasiado tiempo en ellos, pues tenía una misión, quitar esa tela que la cubría para verla, disfrutarla y

venerarla en todo su esplendor.

Cuando quedó completamente desnuda, la asió por los hombros y la instó a darse la vuelta, siempre con delicadeza y reverenciándola, como el ser mágico que ella era para él.

Amanda quedó completamente vulnerable.

Edward se mordió el labio hasta casi hacerlo sangrar, cuando vio ante él semejante belleza.

Su piel de luna era perfecta, los cabellos dorados desprendían destellos anaranjados a causa de las llamas de la chimenea, que parecían bailar sobre ellos, como si fuesen los mismísimos rayos del Astro Rey, despidiéndose del mundo al atardecer. No menos hermosos eran sus ojos, grandes y empapados de pasión, y sus labios, gruesos y rojos, como frutas maduras. En ese momento los tenía entreabiertos. Deseó besarlos hasta perder el juicio, pero no lo hizo. Se tomaría su tiempo. La degustaría a placer. Sus manos tocaron su piel de nuevo y la notó cálida y temblorosa. Sus pechos, llenos y coronados con pezones erectos y rosados, se movían con cada respiración. Siguió acariciándola con los ojos y las manos, venerando cada curva, hasta que ascendieron para regresar a su rostro.

Vio como sus mejillas se sonrojaban cuando él se quitó la camisa, que ya estaba medio abierta y la vio sonreír al tirarla al suelo. Y supo que tragaba saliva cuando se empezó a desabrocharse el pantalón.

Cuando esta cayó al suelo, y Edward se mostró, desnudo, al igual que ella, Amanda no pudo evitar soltar un gemido encantador. Al mirar hacia abajo y ver su enhiesta virilidad, abrió mucho los ojos y se puso aún más colorada.

Pero no le dio tiempo a decir nada.

Él se acercó y, abrazándola, piel con piel, la besó con pasión.

Ella gimió contra su boca, sacó la lengua para explorarlo y sintió su dura virilidad sobre su vientre. Con las manos, le acarició, al tiempo que él la acariciaba del mismo modo y, poco a poco, la fue empujando hasta que ambos quedaron tendidos sobre la cama.

Amanda nunca se había sentido igual. Por una parte, estar junto a Edward completamente expuesta, la avergonzaba, pero de igual forma, sus besos y abrazos la llenaban de felicidad. Sentía el pecho a punto de estallar y todo su cuerpo arder. La necesidad era cada vez más intensa y él… besaba tan bien.

Se colocó sobre ella y apoyándose sobre los codos para no aplastarla, la miró a los ojos, mientras con los pulgares le acariciaba

los pómulos.

—Eres una visión.

Ella iba a responder, pero sus besos la acallaron nuevamente y sólo pudo concentrarse en sentir su toque.

Lamió sus labios, su barbilla, y empezó a bajar por su cuello. Atravesó el canalillo y viró hacia la derecha, donde atrapó un seno con los labios y succionó el pezón.

Amanda soltó un gritito, presa de un placer indescriptible. Y se sintió huérfana cuando la boca de Edward abandonó su pecho para ir descendiendo por su vientre. Se detuvo unos segundos en el ombligo, mientras, con la mano, y sin que ella se diese realmente cuenta de qué estaba haciendo o qué iba a hacer, se abría camino entre sus muslos y ella los separaba, abriéndose para él.

Amanda abrió sus piernas, sin ser aún consciente de lo que pasaba, y Edward acarició sus pliegues con suavidad.

—Aaahh —gimió, cuando le introdujo un dedo, y luego otro.

No tenía la menor idea de qué le estaba haciendo, ni por qué, solo que era maravilloso y que no quería que parase.

Mientras la acariciaba, sus labios seguían viajando por su piel, trazando el sendero que antes habían recorrido sus manos.

Hasta que llegó a su sexo.

Fue entonces cuando Amanda abrió mucho los ojos y soltó un hondo gemido.

Agarró su melena y tiró de ella cuando empezó a sentir las oleadas de placer que le producía su lengua, suave y húmeda. Se retorció y movió ligeramente las caderas, buscándolo, hasta que al fin su centro estalló, como cuando las olas rompen contra un acantilado.

—¡Aaaaaaahh!

Gritó, y Edward no tardó en desandar el camino con la lengua hasta su boca, acallándola con un beso hondo y sentido.

—Oh, Amanda…

—Edward… —jadeó ella, enloquecida.

La miró a los ojos unos instantes, antes de volver a besarla.

Juntaron las frentes y él se colocó sobre ella.

—Amanda, no voy a detenerme ahora.

—¡No lo hagas! —suplicó—. Deseo estar unida a ti, de la forma que sea, por siempre.

Él pareció dudar. Amanda no podía ser realmente consciente de qué estaban a punto de hacer.

Al ver ese cambio de expresión en el rostro de Edward, se preocupó.

—¿Qué? —jadeó, expectante.

—Amanda, ya no hay marcha atrás. Y…

—No te detengas. No quiero que pares, Edward.

—No lo haré, pero te dolerá y…

—No me importa —interrumpió, aferrándose a sus hombros como si fueran una tabla de salvación en mitad del océano.

Él asintió, se acomodó sobre ella. Guio el miembro hacia su húmeda apertura empezó a introducirse, lentamente.

Ella abrió mucho los ojos al sentir su grosor, abriéndole la carne.

—Ahh…

Se detuvo, pero ella negó con la cabeza.

—No se te ocurra parar —ordenó, entre jadeos.

Sentía dolor, pero no tanto. Sabía, o creía que este no duraría demasiado. Las caricias y los besos de Edward la hicieron regresar al placer y buscó su boca, ansiosa.

Él empezó a moverse con lentitud. Mientras tanto, repartía pequeños besos por sus labios, sus mejillas, su frente. Amanda gemía, suspiraba, jadeaba, pero no había en su rostro ni un solo atisbo de dolor. En realidad, sí lo sentía, pero el placer era mucho más intenso y lo acallaba.

Retrocedió y entró varias veces, su cavidad era estrecha y resbaladiza, y quemaba. Estaba tan excitado que temía hacerle daño de veras.

—Amanda…

Ella empezó a moverse de forma maravillosa, acompasándose a sus movimientos, era como si hubiesen sido creados el uno para el otro. No pudo evitar moverse más rápido y ella lo acogió, gustosa. Con cada acometida, ella gritaba y balanceaba las caderas, con la sensualidad de una experta bailarina.

El orgasmo los sobrevino a ambos, justo al mismo tiempo.

Cuando todo acabó y aún en su interior, Edward besó su rostro, acariciándola, reverenciándola, susurrándole tiernas palabras al oído.

Se miraron a los ojos y ambos sonrieron.

—¿Podemos repetir? —le sorprendió ella.

Él soltó una carcajada, antes de besarla nuevamente.

—¿Estás segura?

Ella asintió, absolutamente convencida.

—De acuerdo —cedió—. Pero no seas tan escandalosa.

—No soy escandalo… —abrió mucho los ojos y lo miró, mortificada—, ¿crees que los criados nos habrán oído?

—Los de aquí y los de Londres, seguro.

Amanda apretó los labios y pellizcó el costado de Edward, que no pudo evitar reírse. Forcejeó con ella hasta sujetarle las muñecas.

—No vas a preocuparte por tus pequeños gritos de amor.

—Ah, ¿no?

—No. Resulta que me encantan —se puso más serio y miró sus labios como si no pudiera resistirse por más tiempo, porque, aunque ya debería estar saciado de ella, no lo estaba en absoluto. Y mucho sospechaba que no lo estaría jamás.

Capítulo 45

Estaban en la cama, con los cuerpos sudorosos abrazados, mientras por la ventana abierta se colaba el frescor de lo que quedaba de noche, pues el firmamento ya empezaba a teñirse de violeta.

—Deberías haber abierto antes —protestó Amanda, sofocada.

—¿Y dejar que escucharan lo escandalosa que eres?

Amanda se incorporó sobre su hombro y miró el rostro de Edward, estaba sonriendo. Era tan apuesto… jamás creyó que un hombre tan formal, podría llegar a tener una sonrisa tan endiablada.

—No soy escandalosa.

Él soltó una carcajada que se apresuró a esconder.

—Si tú lo dices.

Amanda le pellizcó el hombro y él la rodeó entre sus brazos para besarla fugazmente.

—Lo eres, y me encanta.

Ella se sonrojó y se acurrucó contra su costado. Mientras la abrazaba, suspiró satisfecha. Si había algo parecido a la felicidad más absoluta, tenía que ser estar en brazos de Edward.

—He de confesar que pensé que dolería más, y que me gustaría menos.

Edward miraba al techo mientras con la mano derecha acariciaba los mechones dorados de Amanda, que resplandecían como el oro blanco bajo un chorro de luz lunar.

—He de confesar que nunca pensé encontrarme en esta situación.

—¿En tu cama con una mujer desnuda? —Ahora quien se burlaba era Amanda.

—No —le pellizcó el trasero y ella le dio un manotazo en el pecho—. Me refería a que la mujer desnuda en mi cama fueras tú.

—¿Estás decepcionado? —Amanda buscó sus ojos, por un momento temerosa de que lo estuviera.

—¿Bromeas? —respondió, con ternura, besando el puente de su nariz—. No pensé ser tan feliz en la vida.

Los ojos de Amanda parecieron iluminarse, el centelleo se intensificó y Edward no tardó en darse cuenta de que era por el brillo emocionado de las lágrimas.

La meció en sus brazos y sus rostros quedaron uno frente al otro.

—Te amo, Amanda. —Se encogió de hombros—. ¿Cómo ha pasado? No tengo la más remota idea —se confesó a sí mismo—, pero creo que te quiero desde siempre. Si lo pienso bien, esto era más que inevitable.

Ella le besó el cuello y sonriente, volvió a mirarle a los ojos.

—Yo no creo amarte desde siempre —hizo un mohín—. Te juro que cuando te tiré esa boñiga a la cara pensé que te odiaba con toda mi alma, pero… creo que también hubiera pateado a cualquiera que te hubiera hecho daño. Es una sensación extraña.

—No tanto —dijo Edward, al fin—. Yo podría darte unos azotes, pero no consentiría que nadie te los diera.

—Serás…

El pellizco que el vizconde se llevó en el estómago hizo que se retorciera, pero enseguida empezó a reír. Buscó las muñecas de Amanda y se las inmovilizó mientras la aplastaba con su cuerpo desnudo.

—Edward, acabo de darme cuenta de una cosa. Creo que… mi hermano no castigó a Livia aquella noche. —Él enarcó una ceja,

mientras una sonrisa burlona nacía de sus labios—. Oh, y James… siempre pensé que también castigaba a Violet.

La carcajada quedó amortiguada cuando Edward hundió el rostro en la espalda de Amanda y esta sonrió satisfecha de haber descubierto ciertas cosas sobre el matrimonio que antes no sabía.

—Para, Amanda.

—¡Te has ruborizado! —se burló, muerta de risa.

—Cállate.

—Siempre dices que me calle…

Esta vez Edward la besó tan apasionadamente que ella se olvidó de qué más quería decirle. El beso se volvió profundo, hasta que los dos quedaron jadeantes.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, nos casaremos.

—¿De verdad? —preguntó, con dudas.

Edward la miró con el entrecejo fruncido.

—¿Lo preguntas en serio?

—No lo sé. Desde luego, Robert está muy decidido a llevarte a rastras al altar.

Edward asintió.

—¿Y tú? ¿Estás decidida a ir por tu propia voluntad?

—No lo sé —se hizo de rogar—. Dime otra vez que me quieres, y tal vez vaya voluntariamente.

Él la miró lleno de ternura y Amanda se puso seria de nuevo.

—Te amo, Amanda Belford —confesó—. Te amo desde siempre y para siempre. Y nada podrá cambiar eso, jamás.

Tras soltar una carcajada musical llena de satisfacción, lo estrechó con más fuerza y él sonrió contra sus labios cuando la escuchó decir.

—Yo también te amo, Edward Chambers.

***

Una hora después, Amanda estaba sentada sobre los muslos de Edward. Ambos se mecían por el vaivén del caballo. Él la rodeaba con sus brazos y ella mantenía la cabeza apoyada en su pecho, disfrutando ambos de los últimos momentos de la noche que pasarían juntos. Pero habría más.

Habían decidido que era mejor que Amanda regresara antes de que alguien la echara de menos. Había invitados en su casa, y quizás alguien la hubiera visto salir de la mansión, por no decir que

Robert podría estar vigilándola. Pero a medida que se acercaban de nuevo a Thornfield, todo estaba a oscuras y en calma.

Se ocultaron en la arboleda, recorriendo un camino más largo, pero seguro. Se estaban ocupando de que nadie desde las ventanas de la casa pudiese verlos llegar, al menos hasta el último tramo. Desde ese pequeño bosque, se podía acceder a los jardines traseros y desde allí, Amanda estaba segura de poder entrar por la puerta de la cocina que había dejado abierta.

Al detener el caballo frente a la entrada del servicio, hizo descender a Amanda, quien se agarró a sus piernas, esperando que se inclinara a por un beso.

—Mañana vendré a hablar con tu hermano.

—Edward —le dijo Amanda— ¿Por qué le dijiste a Robert que quizás habría motivos para adelantar la boda? ¿Ya estabas convencido de que iría a verte esta noche?

Sonriente, él negó con la cabeza.

—No, es simplemente porque conozco a tu hermano y quizás se le hubiera ocurrido retrasar la boda hasta que alguno de los dos cambiara de opinión.

Amanda no dijo nada, pero al pensarlo mejor, le entristeció que Robert pensara que ella no sabía lo que le convenía. Y sí que lo

sabía. ¿Quién podía ser mejor para ella que Edward Chambers?

—Hasta mañana —escuchó que decía Edward, y ella frunció el ceño.

—Edward.

—¿Qué? —rio, sabiendo qué esperaba—. Vete, Amanda. Es tarde, mañana hablaremos.

—¿Y mi beso de despedida?

Suspirando, el vizconde se inclinó y besó sus labios fugazmente. Amanda se decepcionó y se lo hizo saber con su cara.

—¿Eso es todo?

Él no contestó.

¿Cómo decirle que si empezaba a besarla no querría parar, y al infierno con todo?

—Vamos, ve —la apremió, volviendo grupas.

Ella resopló, pero al final obedeció.

Trotó hasta la puerta de la cocina y miró por encima del hombro cuando esta se abrió sin esfuerzo. Le saludó con la mano y Edward esperó a que ella entrara en el interior para poner al caballo directamente al galope.

No quería que nadie lo viera allí, pero tampoco podía dejar que Amanda regresara sola. Demasiados peligros para una dama,

sola, de noche.

Edward pensó bien, pues se avecinaba algo terrible.

Desde una de las ventanas del primer piso, una figura masculina, esbelta y desnuda, observaba como los dos jóvenes amantes se despedían.

—Creo que no somos los únicos que nos hemos divertido esta noche —dijo el hombre, con una copa de vino en la mano y apoyándose contra el marco de la ventana, viendo como Edward Chambers besaba a Amanda Belford. ¿O había sido al revés?

—¿A quién te refieres?

Su amante, también desnuda, salió de la cama y se acercó a él, abrazándolo por la espalda. Pegó su mejilla a la cálida piel y lo besó sonoramente. Después se inclinó a un lado para ver lo que él estaba mirando. No era nada más y nada menos que a Amanda y Edward, juntos. Era más que evidente que habían pasado la noche juntos, fuera de Thornfield.

—Vaya —sonrió, divertida—. Al parecer, cierta indomable señorita, acaba de lograr que el caballero más decente de toda Inglaterra caiga rendido a sus encantos.

Con total seguridad, ella habría escapado para encontrarse con Edward en su mansión y él, como el caballero que era, la había acompañado justo antes de que salieran los primeros rayos.

—No podemos culparles —dijo el hombre, acariciando distraídamente el brazo de su amante—. Cuando el amor y el deseo florecen, especialmente tras la tormenta, resultan ser indomables. Irresistibles. Me alegra que estén enamorados, ahora podrán casarse.

—La mayoría de veces no suele ser así —respondió ella, algo triste.

—Cierto, es una rara avis. Pero es tan hermoso cuando el destino nos sorprende… ¿no crees, querida?

Con sumo cuidado y ternura, el hombre pasó los brazos alrededor del cuerpo voluptuoso de la mujer. Le besó la coronilla y después el cuello, con parsimonia, pero sin dejar de mirar a los enamorados, que estaban a punto de despedirse ya.

Ella suspiró, muy feliz de que Amanda y Edward, por fin, se hubieran declarado su amor. No es que lo hubiera escuchado, por supuesto, pero su actitud evidenciaba que habría una boda inminente.

—¿Estás contenta, Regina?

—Muy contenta, Harvey.

Capítulo 46

Cuando Amanda entró en la cocina, lo hizo sonriente. En su mente solo aparecían las escenas vividas esa misma noche con Edward, otras que pensó que protagonizarían muy pronto y algunas… que no tenía la menor idea de que podían suceder entre un hombre y una mujer y que le parecieron… excitantes y muy pecaminosas.

Ruborizada por esos recuerdos, se llevó la mano a los labios y los notó sensibles. Seguro que estaban hinchados, pero no le importaba. No le importaba nada en absoluto.

De pronto soltó un gemido al pensar que se había olvidado completamente de David y su propuesta de matrimonio.

Oh, debería salir de ese lio cuanto antes. Debió haber sido mucho más clara con David cuando rechazó su proposición y él insistió en que se lo pensara. Pero no había nada que pensar. Los sentimientos que había tenido hacia él, palidecían en comparación con lo que sentía por Edward. Lo amaba, no había más que decir. De

casarse, se casaría con él, y no por su dinero, que era mucho, o por su título, era porque lo amaba. ¿Y cómo se había producido ese milagro, ni siquiera ella se lo podía explicar?

Rio como una tonta y avanzó por la amplia cocina.

Pero no llegó muy lejos.

Un ruido a su espalda le dejó claro que no estaba sola.

No tuvo tiempo de reaccionar, ni de soltar un grito.

Algo húmedo le tapó la boca. Forcejeó y estiró las piernas dando patadas en el aire.

No sirvió de nada.

—No luches, mi dulce niña. Solo será un momento.

Conocía esa voz, era… era…

Los hilos de pensamiento de fueron desvaneciendo en la neblina, mientras esta se transformaba en oscuridad. No pudo mantener un solo pensamiento coherente mientras se dejaba caer en la inconsciencia.

Gimió, antes de perder el sentido.

Lo había encontrado, la familiaridad de esa voz pertenecía a alguien y ella sabía a quién.

Dominic Wilmot.

Dominic sacó a Amanda en volandas.

Abrió la puerta de la cocina y a grandes zancadas avanzó por los estrechos senderos de los rosales, junto a los setos, ocultándose entre las sombras. A varios metros más allá, en el pequeño camino lateral, lo esperaba su cochero. Había permanecido con las lámparas apagadas y preparado para lo que estaba a punto de ocurrir.

—No hagas ruido, espérame a mí y a mi hijo, hasta el amanecer si hace falta y serás recompensado.

Pero el traidor de su hijo no había aparecido bajo el árbol donde él quería contarle su plan. Daba por perdido el hecho de que Harvey se pudiera casar con Amanda sin un poco de esfuerzo por su parte. Y es que Harvey, a veces parecía mucho más idiota de lo que podía sospechar. Además, había heredado el corazón tierno de su madre. Era un pusilánime, pero él lo solucionaría, como siempre había hecho.

Dominic se esforzaba para que le interesaran el mundo de los naipes y las apuestas, porque era allí donde uno podía hacer grandes contactos, pero no. Se le daba fatal el juego y además, carecía de esa malicia descarada que a un hombre le puede empujar a hacer lo que sea necesario para salvarse de la ruina.

Cuando no había aparecido bajo el árbol, donde habían acordado verse, para secuestrar a Amanda, regresó furioso hacia la casa. Su plan era sencillo, aprovechar que todo el mundo dormía y que Amanda lo hacía sola en su cama para entrar y secuestrarla. Para cuando se despertara del largo letargo que le habría proporcionado el cloroformo, estarían rumbo a Gretna Green. Harvey se casaría con ella, y él haría de testigo. Con su dote, salvarían sus deudas y, por consiguiente, su reputación. El nombre de los Wilmot quedaría limpio. Al fin. Y poco importaría ya el escándalo que pudieran protagonizar, pues una vez que las parejas se casaban, la reputación era restituida. Amanda pasaría de ser una golfa, a una mujer decente, y solo porque sería la esposa de alguien. A veces adoraba las leyes de su país y la moral hipócrita de sus contemporáneos.

Pero Harvey no había aparecido y Dominic volvía a la casa, solo y maldiciendo la suerte de haber tenido a un hijo tan inútil.

Fue en ese preciso instante que vio a lo lejos un jinete que se acercaba, cuando entró en la arboleda, Dominic frunció el ceño por lo extraño de la acción. Si quisiera volver a la casa, ¿por qué no hacerlo por el camino? Pero antes de que jinete y caballo desapareciera entre la espesura de los árboles, se dio cuenta de que

ese caballo no iba con un solo jinete, había una mujer entre sus brazos.

Dominic se apresuró a entrar por la puerta trasera de la cocina y miró por la ventana, esperando que aparecieran. Cual fue su sorpresa al ver al vizconde de Glastonbury y a la joven señorita Belford, despidiéndose con un beso en los labios.

Se apartó de la ventana.

¿Y por qué no? Se dijo Dominic.

Si el destino quería ponerle a esa mujer en bandeja de plata, ¿sería él quien iba a rechazarla? No hacía falta que fuera su hijo quien se casara con ella. Él no era ningún viejo decrépito, podrían engendrar otro heredero con una damita tan joven y tal vez el futuro retoño no resultaría ser tan improductivo como su primogénito. Aunque eso significara hacer un tremendo sacrificio, sus gustos estaban muy alejados de lo que era la señorita Amanda. Para empezar, no tenía entre las piernas, nada que pudiera tentarle.

Se palpó el bolsillo en busca del frasco de cloroformo y esperó en las sombras.

Cuando la muchacha abrió la puerta de la cocina y empezó a avanzar con sigilo, él lo fue todavía más. Vertió el líquido en el pañuelo y pronto la tuvo a su merced.

Avanzó a grandes zancadas por la hierba húmeda de la noche. Abrió, no sin dificultad, la verja que daba al camino, donde le esperaba el carruaje y murmuró al cochero.

—Ayúdame, imbécil.

El hombre se sorprendió de quien iba con él fuera la señorita Belford, pero le pagaba demasiado bien como para dudar de si se mantendría fiel a su patrón.

—Pongámonos en marcha —le dijo sin contemplaciones, cuando la estiró en el interior del carruaje. Subió tras ella y el cochero se enfiló en el pescante. El estallido del látigo resonó en la noche, pero no le importaba, pues cuando quisieran perseguirlo estarían muy, muy lejos.

Edward regresaba a casa con una sonrisa en los labios y el corazón latiendo con fuerza. Pasar la noche con Amanda, había sido algo maravilloso. No veía el momento para casarse con ella y poder hacerle el amor cada noche. Cerró los ojos, y respiró profundamente, al recordar los momentos vividos hacía solo unas horas. Sí, serían muy felices.

Cuando Edwar se dio la vuelta a medio camino, las penumbras de la noche le jugaron una mala pasada.

Frunció el ceño al llegar a lo alto de la loma, después de salir de la arboleda, y se fijó en una pequeña sombra salir de la parte trasera de la casa. ¿De la puerta de la cocina? Sí. Giró su montura y prestó más atención, achicando los ojos y sintiendo un mal presentimiento que hizo que se le acelerara el pulso.

La sombra se dirigía a gran velocidad hacia el camino oculto, más allá de los setos.

—¿Qué demonios…?

Apretó los flancos del caballo y se puso en movimiento.

Tenía que averiguar qué estaba pasando.

Se maldijo por dudar, pero si solo era un sirviente saliendo, para preparar los caballos o cualquier otra cosa para sus señores… No, imposible, se dijo. Era de madrugada, faltaba mucho para el amanecer.

No obstante, no podía arriesgarse que lo vieran desde la casa, y volvió por donde había venido, por el camino largo de la arboleda. Sin embargo, hizo trotar el caballo.

Al llegar junto a la casa, recorrió los senderos hasta llegar a la puerta de la cocina. Miró a uno y otro lado y pensó que quizás todo había sido fruto de su imaginación. Pero en ese preciso momento, una figura salió a grandes zancadas de la cocina.

—Pongámonos en marcha. No estarán lejos.

—¿Cómo?

Edward permanecía con la boca abierta, sin poder salir de su asombro.

La fría mirada de Daemon se fijó en su amigo.

—Os vi besuqueándoos. —Era evidente a quién se refería—. Cuando volvió a abrirse la puerta me asomé, pero quien llevaba a Amanda en brazos no eras tú, así que me vestí enseguida.

—¿Qué? —El caballo se puso nervioso al sentir la tensión de su jinete, quien maldijo entre dientes—. ¿Qué estás diciendo?

Daemon se abrochaba la camisa y empezaba a correr a grandes zancadas hacia el establo.

—¡No pierdas tiempo! Ve tras ellos —le gritó—. Por el camino lateral. Se ha ido en dirección norte.

—¿Gretna Green?

¡Maldito fuera!

Edward gritó.

—Debemos decírselo a Robert.

—Ya lo creo que no. —A pesar de que no había dejado de correr, le echó un vistazo por encima del hombro, como si fuera

imbécil—. ¿Quieres que tengamos un suculento escándalo y mañana Amanda sea la señora Wilmot?

—¡Maldición! —rugió Edward.

—Ya me imaginaba que no.

Corrió con más ganas, desapareciendo en el interior del establo, y para cuando Daemon salió con un caballo, Edward ya perseguía a su amada y al vil hombre que se la había llevado, como alma que lleva el diablo. Maldito fuera Dominic Wilmot y que Dios lo protegiera, porque si caía en sus manos, lo mataría.

Pero la suerte no estaba de su lado.

No los encontró.

Capítulo 47

Dos días después había sido inevitable escribir a Robert.

—Va a matarnos.

—Ya lo creo que lo hará —aseguró Daemon—, pero quizás, si le llevamos a Amanda sana y salva…

Edward se estiró de los cabellos y apoyó los codos sobre la mesa.

La taberna estaba bastante concurrida y habían alquilado un salón privado, no obstante, cuando la camarera abrió la puerta se dio cuenta de que muchos los miraban, curiosos.

—Tranquilízate —dijo Daemon, con su característica frialdad —. He mandado un mensaje a mis hermanos.

Edward alzó la mirada.

—¿Tus hermanos?

—Oh, créeme —sonrió como un diablo—, les esperaran en Gretna Green. El jinete que he contratado, no descansará hasta llegar ahí y lo hará antes que Dominic Wilmot.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Pues porque le he prometido una gran cantidad de dinero.

—¿Cómo no? Crees que todo se compra con dinero.

Una sombra cruzó la mirada de Daemon.

—Todo —sentenció con amargura. Luego volvió a su cinismo habitual—. No temas, no permitirás que se case con ese miserable.

—Yo soy quien debería impedírselo. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Descansar. Apenas te tienes en pie.

Edward apretó los labios. Llevaba casi tres días sin dormir. No podía rebatir a Daemon su observación. Estaba agotado. La preocupación se lo comía por dentro, como una marabunta de hormigas arrasan con todo. La rabia que sentía hacia Wilmot no ayudaba demasiado. Mataría a ese hombre con sus propias manos.

—Duerme unas horas, partiremos al alba —se levantó y tiró unas monedas sobre la mesa— Y ¿Edward? —Captó su atención por la seriedad de su voz.

—¿Sí?

—No se casará con ese miserable —aseguró—. Amanda y tú tendréis vuestro final feliz.

Era una promesa y por la mirada del vizconde Sinclair, una que no pensaba romper.

***

Amanda se debatía entre el sueño y la vigilia. No sabía cuanto tiempo llevaba dormitando, pero sí tenía claro que ese hombre le estaba suministrando algún tipo de droga. Los párpados le pesaban y cuando abría los ojos, sentía la cabeza dar vueltas y más vueltas. A pesar de ello, intentaba fijarse en todo y así mantener la mente ocupada, buscando alguna forma de escapar. Algo de momento imposible, pues a duras penas podía moverse. Solo podía ver el techo de lo que parecía un carruaje y cómo su cuerpo se movía con el traqueteo.

—¿Estás despierta? —le preguntó una voz masculina, sentado frente a ella, en el otro asiento del carruaje.

Lo vio inclinarse sobre ella y Amanda intentó levantar un brazo para que se apartara.

—Mmmm… te veo aún un poco apagada, sigue así un rato, ya te calmaré antes de llegar a la taberna.

—No… por favor —dijo, con la boca pastosa—. Agua —suplicó.

Dominic hizo un mohín y le acercó a los labios un poco de agua que ella bebió con ansias.

—Deja de darme eso —dijo, al limpiarse los labios con el dorso de la mano.

—Oh, pero no puedo arriesgarme a que te escapes. Es muy importante para mí que lleguemos a Escocia.

Amanda recostó la cabeza contra el costado tapizado del carruaje, le pesaba tanto como le dolía.

¿Escocia? Abrió los ojos para preguntar, y como si lo hubiera hecho el señor Wilmot sonrió.

—Sí, ya puedes deducir mis planes. —Hizo un gesto con la mano, restándole importancia—, pero no te preocupes, solo te necesito por tu dote. Si te casas conmigo de buena gana, te prometo dejarte languidecer en una polvorienta casa de campo, como siempre has deseado.

—¿Qué sabe de lo que deseo? —le espetó, molesta.

—Oh, he averiguado muchas cosas sobre ti. —Chasqueó la lengua—, de verdad, me hubiera gustado mucho que tú y mi hijo os

llevarais bien. Si te hubieras casado con él, nada de esto habría pasado. Pero no, te decidiste por el vizconde.

Amanda cerró los ojos, intentando contener las náuseas.

—Edward —gimió, y una lágrima amenazó con escapar.

—Sí —se rio—, no pensé que fueras tan casquivana, Amanda. ¿Te escapaste para tener una noche de pasión con tu amante? ¿Qué dirá Robert cuando se entere? Pero supongo que ya no importará, serás mi esposa.

—No lo creo.

Dominic puso los ojos en blanco.

—Yo creo que sí. No te queda otra opción. A estas alturas no son pocos los que saben que te has fugado, ¿cómo sino tu hermano justificará tu ausencia en una casa llena de invitados, sobre todo invitadas chismosas?

A Amanda no le hizo falta más cloroformo, ni láudano para volver a caer en un sueño superficial, pero efectivo, si lo que quería Dominic era mantenerla serena y callada.

Soñó con Edward y con la furia de su hermano cayendo sobre ella.

No es culpa mía, Robert —sintió que sus labios intentaban moverse, pero no escuchó sonido alguno.

***

Al norte de Inglaterra, mientras descansaban en una de las posadas del camino, Edward comía deprisa, dispuesto a reanudar la marcha cuando cambiaran los caballos por otros de refresco.

Miró a Daemon por sobre la jarra de cerveza y lo apremió con la mirada para que comiera, pero antes de que pudiera hablar, fueron interrumpidos por la dueña del establecimiento, que se acercó con una carta en la mano.

—Creo que esto es para usted.

Al ver el nombre y, sobre todo, reconocer la letra, Daemon alzó una ceja.

—Muchas gracias, bella dama.

La mujer entrada en carnes y rubicunda, sonrió de oreja a oreja e hizo una graciosa reverencia que Daemon correspondió con un guiñó pícaro.

Edward se preguntaba por qué estaba de tan buen humor si estaban lejos de conseguir su objetivo.

—¿Qué es eso?

—Noticias —dijo Daemon, sin más.

Edward iba a insistir en que le dijera de qué se trataba, pero antes de hacerlo, Daemon empezó a hablar en voz alta después de inclinarse hacia su amigo.

Señor, he encontrado a sus hermanos en un burdel.

Daemon hizo un gruñido de desaprobación, aunque no es que pareciese sorprendido.

Tal y como dijo, estaban cerca de Nottingham. He conseguido hablar con los tres, aunque el pirata parecía estar demasiado borracho para emprender el viaje.

—¿Pirata? —preguntó Edward, desconcertado.

Daemon lo ignoró y prosiguió.

Pero he conseguido que los otros dos se unan a la búsqueda. No han dudado al saber que venía de su parte. El pirata se unirá a la persecución en cuanto despierte, le han dejado un recado con la señora del establecimiento. Los demás nos marchamos de inmediato en dirección a York. Los otros dos señores a los que les ha pedido

ayuda, han respondido encantados, aunque, solo después de conseguir dominar su ataque de risa.

Daemon puso los ojos en blanco.

—Ya me lo imagino.

Han comentado que no entienden qué hace el vizconde Diablo persiguiendo a una damisela, pero que, sea lo que sea, se unen a su empeño de encontrarla. Así pues, nos dirigimos a Gretna Green como destino final, si es que antes no conseguimos atraparlos en York.

Daemon silbó.

—¿Has pedido ayuda en Nottingham? —preguntó Edward.

—Sí, y ya van rumbo a York.

—Nos llevan días de ventaja.

Daemon asintió.

—Te dije que eran rápidos. Dudo que Wilmot lo sea tanto. Con un poco de suerte, los atraparán antes de llegar a Escocia.

—Siempre cabe la posibilidad de que no los encuentren —se desanimó Edward—, quizás se haya escondido un par de días, para que no podamos seguirle la pista.

Como le hubiese hecho algo a Amanda…

Daemon negó.

—No lo creo. Si se detuviera, Amanda llamaría demasiado la atención.

—¿Tú crees?

El vizconde Sinclair alzó una ceja y sonrió.

—¿Crees que no intentará arrancarle la garganta de un mordisco?

Esas palabras hicieron que Edward comprendiera que corría mucho peligro.

—Si le hace algo… Si llega a ponerle un solo dedo encima…

—No… no creo que haga nada.

Por el tono en que lo dijo, Edward sospechó que le estaba ocultando algo.

—¿Por qué lo dices? ¿Crees que el miedo a que Robert lo mate será suficiente para detenerlo?

Otra mueca de duda.

—No exactamente.

Edward se inclinó hacia delante y lo tomó por la pechera.

—¡Habla, maldito seas!

—Está bien —claudicó—. No creo que Amanda corra esa clase de peligro porque al señor Wilmot no le gustan las jovencitas.

—¿No le gustan…?

—No —sonrió Daemon, mirándolo fijamente para que comprendiera, pero Edward estaba demasiado desconcertado—. Sé de buena tinta que ha hecho insinuaciones a caballeros par que compartan su cama.

—¡Jesús! —lo soltó y volvió a reclinarse en su asiento—. ¿Y son fuentes fiables?

Se encogió de hombros.

—Una soy yo, así que ya me dirás.

Esa respuesta dejó a Edward con la boca abierta.

—¿Tú…?

—Oh, decliné su oferta. Me gustan demasiado las mujeres. Aunque debo admitir —pareció pensárselo—, que cambiar mis inclinaciones sexuales, aunque solo fuera de palabra, con la única idea de joder a mi padre… es tentador.

—Daemon… un día tendrás que superarlo.

La sonrisa se esfumó de sus labios y de sus ojos.

—Jamás, Edward. Jamás superaré nada.

Su amigo se lo quedó mirando, pero tuvo el buen tino de no profundizar en la herida. Fuera lo que fuese lo que le hizo su padre, Daemon no estaba dispuesto a perdonar.

Capítulo 48

El viaje fue a un ritmo frenético. Después de que le llegara una última carta de parte de su ayudante, informando que habían localizado a Dominic Wilmot y a Amanda, Edward, no quiso escuchar razones y se dio descanso. Cambió los caballos en la casa de postas y siguió con Daemon pisándole los talones.

Gretna Green estaba cerca y deseaba con todas sus fuerzas llegar a tiempo para impedir esa boda. No razonaba, pues si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que sería prácticamente imposible obligar a Amanda a hacer algo que no quería.

Al llegar al pueblo, corrió por sus calles gritando a todo pulmón dónde estaba la maldita herrería.

Se paró en seco, en medio del lodazal que se había formado frente a esta, debido a la lluvia del día anterior.

—¿Dónde…? —empezó a decir, pero su voz tembló.

El herrero trabajaba en la forja y dejó de martillear al ver el rostro desencajado de Edward.

—¿Qué desea, señor?

—Yo… —seguía temblando—. La boda. Amanda Belford. Una joven rubia…

—Oh, la jovencita rubia —se rio el herrero—. Sí, su boda…

—¡Dígame! —exclamó, con cierta desesperación, mientras Daemon desmontaba a su lado—. ¿Llego tarde?

—Oh, mucho me temo que sí —dijo el herrero, parpadeando confuso—. Ya hace cerca de una hora que se han marchado.

Y entonces fue cuando el mundo se le vino encima.

***

Una hora antes.

Amanda se había portado bien esa última semana. Cuanto más calladita y silenciosa estaba, menos la forzaba ese malnacido de Dominic a beber láudano. De hecho, se había propuesto hacerle creer que su insistencia en darle ciertas sustancias la había dejado atontada.

Eso la beneficiaba, obviamente. No la ataba para que la gente no sospechara que era una jovencita en problemas, y tampoco era necesario, pues Amanda fingía que apenas podía caminar.

El objetivo de Dominic estaba claro, llegar a Gretna Green y casarse con ella. Por otro lado, Amanda tenía una esperanza y un objetivo. Mantenía la esperanza de que Edward la salvara antes de que llegaran a su destino, y eso la llevaba a su objetivo de que, si llegaban a Gretna Green, evitar la boda a como diera lugar.

Por fin llegaron. En su inocencia, Amanda había pensado que irían hacia una posada para resguardarse de la lluvia, pero al parecer, el barón tenía otros planes.

—Vamos, palomita —le dijo, ayudándola a bajar del coche.

Para su sorpresa, no le ofreció ningún paraguas cuando la bajó del carruaje para que apoyara sus pies en un lodazal.

No se habían detenido delante de una posada, ni de algún lugar donde poder tomar algo y descansar. Como ya se temía, Wilmot tenía prisa.

—Andando —le dijo, posando una mano sobre su hombro y apretándola con fuerza para que entendiera que no aceptaría un no por respuesta.

Amanda jadeó cuando la lluvia helada le empapó el vestido. Por suerte, su fina capa no dejó que se le transparentara. Se agarró la prenda y la cerró en el pecho.

Cuando un nuevo apretón en el hombro la frenó, Amanda se dio cuenta que ya no llovía sobre su cabeza. Se habían resguardado en una herrería. Frente a ella, un yunque y un hombre fornido los saludó amablemente. Tras él, la fragua.

Amanda parpadeó, como si se hiciera a la idea de que aquello no era un sueño, sino que era real.

—Buenas tardes, ¿qué desean?

Por un momento, no contestó nadie, pero cuando sintió una mano firme sobre su hombro, Amanda supo que Wilmot tenía muy claro lo que quería.

—Queremos casarnos.

Fue a protestar, pero ahora la garra estaba cerrada sobre su brazo y apretaba con una fuerza desmedida. Gimió y el herrero alzó una ceja.

Se escuchó el carraspeo del hombre y entonces se dio cuenta que no estaban solos.

Tras su espalda, Amanda vio a dos figuras con largos abrigos que estaban firmemente plantadas con los pies en el barro. Llevaban

sobreros donde, desde su ala, chorreaba un hilo de agua. No pudo ver sus rostros, pero solo su presencia era intimidante, sobre todo uno de ellos. Debía medir por lo menos dos metros y el abrigo de piel le venía estrecho en los hombros, como no podía ser de otra manera. De no verlo, Amanda habría dudado de que hicieran prendas de semejante tamaño.

Dominic Wilmot, visiblemente nervioso, dio un paso adelante, y fue entonces cuando apareció una tercera figura.

—¿Es esta la pareja que esperabais? —preguntó el herrero al hombre que acababa de aparecer.

Este asintió.

Amanda lo vio apoyarse contra uno de los postes de la herrería. Iba vestido mucho más elegante que los demás. Su abrigo era de mejor calidad, lejos de la ropa tosca del gigante. Su sombrero de ala ancha desapareció de su cabeza para dejarse ver.

Parpadeó sorprendida. Era un desconocido, guapo y de ojos color esmeralda. Su cabello negro como un ala de cuervo le recordaba a alguien, a Daemon. Quizás porque su pose segura, con ese deje de cinismo en la mirada, la había visto en algún lado.

—¿Lo liquidamos de una vez? Me gustaría tomar un trago antes de que llegue Daemon.

Como si hubiera sido una invocación, Amanda dio media vuelta, totalmente sorprendida. Quien había hablado era el gigante que ahora la miraba a ella con fijeza. Ojos de diamante, espesa barba negra y un tamaño que evidenciaba que ese era un hombre con quien no se podía jugar.

—¿Quiénes sois? —Dominic no la soltó, pero miró a su alrededor. Tenía claro que estaba en peligro, porque esos tres eran una amenaza—. Largaos. Voy a casarme con esta dama y no vais a impedírmelo.

—¿Eso cree? —se rio el tercero, que parecía impaciente por dejar de estar bajo la lluvia.

—Sí.

—¡No! —gritó Amanda, zafándose de él.

Retrocedió un paso, pero Dominic volvió a por ella.

—Sí, lo harás.

—¡No! No me casaré con usted.

En ese instante, Dominic se dio cuenta que Amanda no estaba influenciada por ninguna sustancia y es que no se la había suministrado desde hacía mucho tiempo. Maldita fuera… ¡Había estado fingiendo!

—¡Claro que lo harás! —la tomó del brazo con tanta fuerza que la hizo soltar un gruñido de dolor.

Los tres hombres se adelantaron un paso, pero no fue necesaria su intervención. Amanda sabía muy bien lo que hacía.

—¡He dicho que no! —Lo miró con malicia y fue cuando se inclinó hacia abajo para tomar impulso. Dobló el codo mientras saltaba y el hueso se clavaba en el puente de la nariz de Dominic.

Se escuchó un fuerte alarido y las tres figuras se quedaron quietas, mirando a Amanda con asombro.

Pero la joven no había terminado.

Dominic se llevó las manos a la nariz rota. La sangre se mezclaba con la lluvia y caía sobre su pecho y al suelo indistintamente.

—Maldita…

No pudo decir mucho más. La pierna de Amanda se elevó para que la punta de su zapato impactara contra el hueso de su espinilla, un segundo después, el hombre saltaba sobre una pata, aguantándose la pierna con ambas manos y dejando que su nariz sangrara profusamente.

Pero tampoco había terminado.

Por último, dobló una rodilla al tiempo que se lanzaba hacia delante e impactaba en el punto exacto donde su amiga Maranta había dicho que tenía que golpear.

¡Perfecto!

El cuerpo de Dominic Wilmot cayó sobre el lodazal, retorciéndose de dolor.

—¡Ja! —Amanda apretó los puños en señal de triunfo y sonrió de oreja a oreja.

Escuchó un silbido de asombro y aprobación, a su espalda. Era el gigante quien la miraba con una expresión entre sorprendida y divertida. De pronto, el que estaba a su lado, empezó a aplaudir y lo siguió el tercero, que estaba resguardado bajo el tejado de la herrería. Por su cara, era más que evidente que los tres hermanos habían disfrutado del espectáculo.

—Vaya, señorita. Veo que Daemon se preocupó demasiado por usted.

—¿Daemon? —preguntó ella.

—Sí, él y un tal Edward Chambers están de camino. —le guiñó un ojo—. Al parecer, este último estaba muy interesado en que no se celebrara la boda.

Amanda pensó en Edward, y se le ensanchó el corazón. Sabía que no la abandonaría.

Pobre, seguro que había estado muy preocupado.

No veía el momento de correr a sus brazos.

***

Una vez el herrero le hubo indicado la dirección por la que se fueron, Edward cabalgó bajo la lluvia hacia las afueras del pueblo, donde le había dicho que se encontraba una posada respetable, donde los tres hombres habían llevado a la dama para que se repusiera de las emociones vividas.

Había comentado también, algo acerca de que no es que lo necesitara.

—De hecho, no parecía necesitar ayuda de nadie.

Edward no lo entendió y entendió aún menos todo lo que veían sus ojos.

Frenó el caballo cuando la lluvia empezaba a amainar. Se había hecho de noche, pero casi una milla antes de llegar a la posada, pudo ver bajo un frondoso árbol, dos antorchas y algunos hombres y caballos.

Cuando Edward se acercó, reconoció enseguida a Amanda, con un vestido claro y una capa corta de viaje sobre los hombros.

—¡Amanda! —se sintió la desesperación en aquel grito.

Edward corrió hacia ella, sin importarle nada más.

Se paró en seco cuando la vio sonreír abiertamente. Solo cuando sus ojos se posaron en él, pareció emocionarse lo suficiente como para que los párpados se le llenaran de lágrimas.

—¡Edward! ¡Oh! ¡Edward!

—¿Este es Edward? —preguntó el gigante. El hombre más elegante de su lado, que todavía llevaba un manojo de ortigas en la mano enguantada, asintió—. Me parece muy bajito.

El tercero puso los ojos en blanco, como si entendiera que todos los hombres de Inglaterra merecerían ese calificativo si se comparaban con él.

Amanda y Edward se fundieron en un abrazo.

—¿Estás bien? —Acunó el rostro amado entre sus manos y cuando la vio asentir, la besó, con una desesperación que demostraba cuan preocupado había estado.

Cuando pudo respirar, la risa de Amanda se escuchó en la noche.

—Estoy muy bien. Todo está bien —volvió a abrazarlo y él cerró los ojos unos momentos para sentir su calor. La estrechó contra sí y hundió la nariz en su melena. Cuanto la había echado de menos, cuanto había temido por ella.

Por encima del hombro de Edward, Amanda vio como Daemon desmontaba del caballo y se tocaba el ala del sombrero a modo de saludo mientras se acercaba.

—Daemon… —susurró ella y corrió a abrazarlo cuando estuvo cerca.

—Oh, vaya —se sorprendió.

—Gracias —le dijo Amanda, apartándose—. Tus hermanos me han dicho que has estado persiguiéndonos para salvarme.

—¿Hermanos? —susurró Edward, que miró a los tres hombres con pintas siniestras.

—Sí, siempre están cuando se les necesita —les guiñó un ojo y todos hicieron un gesto, quitando importancia a su hazaña—. Bueno, siempre que se les pueda encontrar.

—Has tenido suerte —dijo el gigante—. He desembarcado hace tres días.

—Yo estoy de paso, voy a Escocia.

—Y yo iba a verte —dijo el terceo—. Te echaba de menos —sonrió, burlón.

El buen humor reinaba en el ambiente hasta que alguien gimió desde las alturas.

—¿Qué demonios?

Edward miró hacia arriba. Sobre sus cabezas, un hombre colgaba boca abajo.

—¿Es Wilmot? —preguntó, pues por su aspecto, parecía más bien un mendigo desarrapado.

—Sí —dijo Amanda, algo avergonzada.

Uno de los hermanos tiró de una cuerda que tenían sujeta a una roca e hizo descender al hombre.

Dominic Wilmot estaba boca abajo, despeinado, sin chaqueta, con los pantalones bajados y sangrando por la nariz.

El instinto de Edward fue taparle los ojos a Amanda, pero ella se apartó, riendo.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? ¿Le habéis roto la nariz? —preguntó, mirando a los hombres

—No, eso se lo ha hecho tu damita —dijo uno, señalando a Amanda.

—Y lo he hecho muy bien, ¿verdad?

—Ha sido impresionante —aseguró otro de los hermanos, cruzándose de brazos.

—No creo que vuelva a secuestrar a más damiselas —dijo el tercero.

Edward dio un paso atrás y ladeó la cabeza para verlo mejor.

—¿Y por qué va sin pantalones?

Fue entonces cuando Amanda se encogió de hombros.

—Yo pensé que romperle la nariz y golpearle en sus partes era castigo suficiente, al fin y al cabo, se ha comportado como un caballero, —pareció meditarlo—, en según qué aspectos.

Edward apretó los puños, pero la dejó continuar.

—No obstante, aquí Nathaniel ha dicho que todo hombre que intenta abusar de una mujer sea del modo que sea merece un peor castigo. —Ella asintió, satisfecha—. Es cuando hemos decidido azotarle el culo con las ortigas.

—Por favor… por favor —lloriqueó Dominic—. Bajadme de aquí, yo mismo me entregaré a las autoridades.

Daemon puso los ojos en blanco.

—No —gruñó el gigante—. Yo me ocuparé de él.

—Sabastien…

—Uno de mis barcos parte en breve, el señor Wilmot se merece disfrutar de una larga travesía.

Todos parecieron estar de acuerdo con la decisión, sobre todo Amanda, que sospechaba que, de lo contrario, Edward no esperaría al alguacil y haría justicia por su mano. Y no estaba muy de acuerdo con ello. Edward había resultado ser más impulsivo de lo que ella hubiera creído posible. No deseaba que, en uno de sus arrebatos, su vizconde terminara colgado por asesinato.

—Chicos, me ha encantado esta aventura, pero… —miró a Edward, abrazándolo por la cintura.

—¿Pero…?

—¿Tiene que acabarse? —la voz de Amanda fue dulce y él quedó totalmente desconcertado.

—Claro que tiene que acabarse —dijo Edward, sin saber qué quería decirle ella—. Volvamos a casa.

Amanda lo agarró de la mano y tiró de él hasta que volvió a abrazarla.

—Ya que estamos aquí… —empezó a decir, con voz juguetona.

Edward alzó una ceja.

—¿Qué? —preguntó, confuso.

Pero Amanda miró por encima de su hombro hacia los presentes.

—Podemos volver a la herrería.

La miró, confuso.

—¿Para qué querríamos volver a la herrería?

Uno de los hermanos alzó una ceja, como si le costara entender qué había visto la chica en él, porque no lo consideró muy listo.

—El juez de paz estaba preparado.

—Y hasta tenéis testigos —dijo Nathaniel, sonriente.

Daemon estalló en carcajadas.

—¿No es así? —le recriminó Amanda a Daemon.

—Por supuesto —dijo con rapidez—. Yo seré el testigo principal.

—Oiga, le hemos salvado la vida —dijo Neil—. ¿No va a dejarme llevarla al altar?

Amanda rio, entusiasmada.

—¿Qué dices, Edward? ¿Quieres casarte conmigo?

Él la estrechó con fuerza entre los brazos.

—Amanda, debes dejar de pedirle eso a los hombres.

A pesar de que estaba refunfuñando, ella no perdió la sonrisa.

—No lo haré más, si te casas conmigo.

La ternura apareció en el rostro de Edward.

—Entonces, me veo en la obligación de hacerlo.

Amanda gritó de entusiasmo y arrastró a Edward hacia el improvisado altar. Todo el séquito los siguió, hasta Dominic, atado con las manos a la espalda, tuvo que ver como se llevaba a cabo la sencilla ceremonia.

No hubo traje de novia, ni familiares, ni la melodía del órgano a la salida de la iglesia. Sí hubo anillos, hechos con unas pequeñas ramitas de un sauce llorón cercano, y un improvisado ramo de cardos violetas y flores silvestres.

También hubo miradas cómplices, sonrisas y amor, mucho amor.

—Te tomo a ti como mi legitima esposa…

Las palabras se sucedieron y, mirándose a los ojos, entendieron que habían estado evitando inútilmente ese momento, pues… siempre supieron, en el fondo del corazón, muy en el fondo, que estaban hechos el uno para el otro.

Capítulo 49

Jamás pensaron que su noche de bodas la pasarían en la habitación de una posada que, aunque era limpia y cómoda, era también humilde.

Amanda entró en brazos de Edward, mientras reía y se abrazaba a su cuello, inmensamente feliz.

La depositó en el suelo de madera, después de cerrar la puerta de una patada.

La habitación era sencilla, pero muy acogedora. Había una pequeña chimenea, que estaba encendida, dos lámparas de aceite, una sobre cada mesilla de noche, y justo en el centro una bonita cama con una colcha colorida, cosida con retales cuadrados de punto. Más al fondo, junto a la ventana que daba a una bonita colina, había un pequeño escritorio de madera oscura y una silla.

No había nada más, pero lo cierto es no necesitaban mucho, con tenerse el uno al otro bastaba.

Amanda miró a Edward, con ojos soñadores, sin dejar de rodearle el cuello con los brazos.

—Mi valiente esposo, ha venido a rescatarme —arrugó la nariz, antes de besarle en los labios—. ¡Qué romántico!

—No me disgusta reconocer que mi intrépida esposa sabe bien como defenderse —le devolvió el beso con ternura, para añadir, esta vez con semblante algo preocupado—. Aunque espero sinceramente que no vuelva a suceder. Casi muero —cogió la mano de Amanda y se la puso en el corazón—. Si te llega a pasar algo…

—Pero no ha pasado—respondió, abrazándolo con fuerza—. Gracias por estar aquí, por ser mi esposo, y… por quererme tanto.

Estuvieron largo rato abrazados y, de nuevo, el recuerdo del secuestro y de que, si a Dominic le hubiese salido bien la jugada, en esos momentos no estarían casados, los asoló. Por fortuna, todo había quedado en un susto.

Poco a poco, los labios de ambos fueron buscándose, hasta encontrarse.

El beso comenzó siendo suave, tierno, pero pronto las lenguas comenzaron a danzar, una con otra. Amanda gimió contra la boca de Edward cuando él empezó a desatarle el vestido. Al no conseguir su objetivo, rio contra sus labios.

—Será mejor que te des la vuelta —le dijo.

Amanda hizo un puchero encantador, pero obedeció.

Los dedos hábiles de Edward lograron desatar las cuerdas y pronto, la prenda cayó al suelo emitiendo un suave vaivén al arrugarse a sus pies.

Amanda quedó en ropa interior. No llevaba corsé y sus senos se marcaban debajo de la fina camisola.

—Dios, eres un sueño —dijo, colocando las manos sobre ellos, por encima de la tela.

Ella se mordió el labio, mientras se dejaba acariciar. Al mismo tiempo, le quitó el chaleco, y después la camisa. Cuando su torso quedó al descubierto, sus mejillas se sonrojaron y su boca se abrió para expulsar un sensual gemido, que provocó en Edward una dolorosa erección.

—Eres tan excitante…

—Y tú tan… —volvió a gemir, cuando, atrevida, le desabrochó ella misma el pantalón, a la altura de la cintura.

Al caer la prenda al suelo, volvió a gemir.

Era tan… perfecto.

Alzó la mirada hacia su rostro, y lo que vio en él la hizo estremecer.

Los ojos de su esposo la miraban con tal pasión…

—Edward —jadeó

Sus manos volvieron a tocarla, mientras se sacaba las botas él mismo con los pies. Torpemente, cuando logró desnudarla, trastabilló y ambos cayeron sobre la cama, ella sobre él.

—¡Ouch!

Amanda rompió a reír y él, a modo de venganza, la aprisionó con los brazos y rodaron sobre la colcha hasta que la aprisionó con el peso de su cuerpo.

—No te rías. Voy a hacerle el amor a mi mujer, y es algo muy serio —dijo, mirándola fijamente.

—¿A qué estás esperando, esposo? —rio Amanda.

La besó con excesiva pasión, una pasión que ella correspondió de igual forma. De nuevo, rodaron por el colchón, enredados en besos y caricias, pero esta vez fue ella quien acabó sobre él.

A Edward se le secó la boca al verla desde esa perspectiva.

Desnuda a horcajadas sobre él, podía sentir su divino y húmedo sexo, contra su virilidad. Y por su sonrojo, diría que ella también. Tenía ambas manos a cada lado de su cabeza, los cabellos largos y sedosos acariciaban su frente y caían hasta rozarle el torso.

Y sus senos… ¡Oh, eran divinos! Temblaban sobre él, con cada entrecortada respiración de Amanda.

Alzó las manos y los capturó, los apretó y ella gimió hondamente. Instantes después se sentó sobre él y arqueó la espalda, echó el cuello hacia atrás y gimió, intensamente.

Edward tragó saliva cuando ella lo miró de nuevo.

Amanda abrió mucho los ojos y se apartó unos centímetros para observar el duro miembro de su esposo. Gimió, al tomarlo entre las manos. Escuchó sus hondos jadeos cuando empezó a masajearlo, lentamente.

—Edward, ¿esto te da placer?

Él, con los ojos cerrados, apretó la colcha, cerrando los puños en ella.

—Oh, sí…

De pronto, sintió como la humedad lo envolvía. Y al mirarla, descubrió los labios de Amanda, rodeando la base de su virilidad. Estaba disfrutando, gemía cada vez que se retiraba para después volver a introducírsela en la boca, y él podía sentir cada vibración de su voz, apretándolo, succionándolo, volviéndolo loco por momentos.

—Amanda… —tiró ligeramente del pelo hasta que logró apartarla.

Ella lo miró, ladeando la cabeza y, de pronto, parecía preocupada.

—¿No te ha gustado?

—S.. sí… demasiado.

—¿Entonces?

—Yo… Sí, me ha gustado, muchísimo, pero deseo hacerte el amor.

Amando sonrió.

—Esta vez, deseo hacértelo yo a ti.

No tuvo tiempo para sorprenderse, pues Amanda guio ella misma su miembro hasta su hendidura y, poco a poco, fue empalándose.

Edward creyó que estaba viendo a un ser celestial, a la mismísima Afrodita, sobre él. Y una vez más supo que habían sido creados para estar juntos.

Cuando las caderas femeninas comenzaron a balancearse sobre él, sintió que estaba alcanzando el cielo con las yemas de los dedos.

Era tan hermoso verla cabalgar, verla descubrir su propio placer y dárselo a él al mismo tiempo.

Pronto, empezó a moverse más rápido.

De repente, sus jadeos se volvieron más intensos y tuvo que apoyar las manos sobre su pecho.

Supo cuando a ella le sobrevino el orgasmo, porque se apretó más y, exhausta, cayó sobre él.

Edward la rodeó con los brazos y cerró los ojos. Estaba tan excitado, que empezó a mover las caderas y, sin dejar de besarla, rodaron de nuevo sobre el colchón hasta quedar sobre ella.

—Oh… Edward… —gemía Amanda, contra su boca.

Empezó a bombear, primero despacio, después más y más rápido. Ella estaba tan húmeda y tan caliente, que resultaba ser irresistible, como una dulce tortura.

—Amanda…

—Más rápido —jadeó ella, clavándole las uñas en los hombros.

—Oh, Dios… ¡Amanda!

El orgasmo fue devastador, un estallido de placer que los sorprendió a ambos de igual forma, y justo en el mismo instante.

Aún unidos en la carne, las miradas de ambos y sus cuerpos, sudorosos y jadeantes, se dijeron muchas cosas.

Cuando recobraron el aliento, no perdieron el tiempo en hacer otra cosa que amarse, una vez más. Y otra.

***

Bien entrada la mañana siguiente, después de un copioso desayuno, Edward había mandado a preparar el carruaje. Salieron de la posada, con la esperanza que el tiempo se mantuviera como de momento, soleado y fresco.

Amanda salió del brazo de Edward, ya su marido, y miró a sus nuevos amigos, llena de agradecimiento.

—Muchas gracias por todo, prometo recordaros siempre.

Sebastien gruñó como lo haría un escocés, restándole importancia y avergonzándose por los cumplidos, algo que, a Amanda, teniendo en cuenta su rudeza, le pareció encantador. Neil y Nathaniel le sonrieron con amabilidad.

Amanda se dirigió a Daemon, soltando por un momento a Edward, para caminar hasta él.

—¿No vuelves con nosotros? —le dijo, dejando que Daemon tomara su mano y se la llevara a los labios.

—Me temo que no —miro a Edward, que enseguida supo los motivos por los que su amigo se marchaba a Nottingham, en lugar de regresar con ellos a Somerset.

Inclinó la cabeza y recordó la conversación de la noche anterior.

El hermano de Daemon, Neil, le había informado que era mejor que se quedara cerca de Nottingham una temporada. El motivo, es que, al parecer, William Sinclair, el hijo menor del conde de Sinclair, había pedido en matrimonio a Alana Anderson.

Por supuesto, el compromiso era secreto, pero no tanto como para que los espías de su hermano no le informaran de ello. Con ese telón de fondo le era imposible desentenderse. Conocía bien a su padre y por eso sabía que esa boda jamás iba a celebrarse. El conde era demasiado cruel y William, demasiado cobarde.

Daemon le había contado a Edward que, si volvía a casa y no se encontraba a su hermano hecho un ovillo y llorando en un rincón, querría decir que su padre no se había enterado todavía y que quizás pudiera evitar la tragedia. También le contó que había decidido pasar a visitar a Clementine y enterarse qué sabía su octogenaria amiga sobre el compromiso de su sobrina nieta.

—Que tengas buen viaje —le deseó Edward—, espero tener noticias tuyas.

No hizo falta que le dijera que quería estar al tanto sobre la señorita Anderson, al fin y al cabo, no podía mantener el secreto por

mucho tiempo y su esposa Amanda querría saber todos los detalles.

—Por supuesto.

Los cuatro jinetes tomaron sus monturas y partieron sin demora, al galope tendido. Al parecer, la relación de los hermanos era buena, de hecho, Daemon los consideraba sus hermanos sin atisbo de duda, aunque su padre nunca los hubiera reconocido. Se quedarían una temporada en casa de Daemon, como solían hacer con frecuencia, hasta que sus negocios los reclamaran en otra parte.

—Por fin solos —dijo Amanda, rodeándole el brazo.

—Todavía no —le susurró.

En un par de zancadas abrió la portezuela del carruaje y ayudó a Amanda a subir. Ella lo hizo sonriente, no podía ocultar su felicidad. Había sido angustioso estar envuelta en un secuestro, sobre todo porque ella había sido la protagonista, pero todo había terminado bien. Y no podía negar que era una buena historia que contar a sus futuros nietos.

Pero ahora tenía otras cosas en qué pensar. Edward, ahora era su marido y su esperanza era que Robert no quisiera matarlo.

—¿Enviaste la carta a Robert?

Edward asintió ante la pregunta de Amanda y tocó el techo del carruaje para que este se pusiera en marcha.

—¿Crees que querrá matarte?

—¿Por casarnos sin su permiso? —se encogió de hombros y él mismo se contestó—. No lo creo.

—¿Y crees que querrá matarme?

Edward rio y antes de que Amanda se diera cuenta de qué hacía, la tomó de ambas manos y tiró de ella hasta tenerla sobre su regazo.

—Te aseguro que me ocuparé de que eso no pase.

Su hermano tenía muy mal carácter, pero entendería las circunstancias y aceptaría la decisión tomada.

Pasaron cerca de diez días en el camino. Recorrieron Inglaterra sin prisa, pero sin pausa y finalmente divisaron la mansión de los Belford.

Amanda no tenía ni la más mínima duda de qué les estaban esperando.

No había criados esperando en la puerta, y dedujo acertadamente que su hermano habría dado la orden de que se mantuvieran al margen. No querría hacer un espectáculo delante del servicio.

Amanda apretó la mano de Edward y este le sonrió.

—No permitirás que me golpee muy fuerte en el trasero, ¿verdad?

Con una risotada, se inclinó para besarle fugazmente los labios.

—Tranquila mi indomable esposa, si alguien toca ese trasero seré yo. No dejaré que tu hermano te reprenda.

Esas palabras, por muy tontas que fueran, la dejaron más tranquila. Las encontraba una tontería porque no creía posible que Edward pudiera evitar una reprimenda de Robert, por muy marido suyo que fuera.

El carruaje de detuvo y Amanda se dio cuenta de que Robert la esperaba. Solo él, no había criados, ni rastro de su cuñada o sus amigas.

Soltó un gemido. Pocas cosas temía Amanda, pero una de ellas era el carácter insufrible de su hermano.

—Va a ser una gran reprimenda si no quiere testigos.

Edward suspiró, también esperando que parte de su enfado cayera sobre él.

El carruaje se detuvo y al bajar, Amanda vio como Robert se acercaba a grandes zancadas.

Cuando su hermano llegó a su altura, Amanda tragó saliva, pero no se esperaba lo que sucedió a continuación.

Robert la envolvió entre sus brazos y la apretó con tanta fuerza que creía que le iba a partir unas cuantas costillas.

—Robert… —gimió.

Pero él no la soltó.

—Dios, Amanda.

—Sé que estás enfadado, por eso de que a los ojos de la sociedad debo estar deshonrada, pero…

Tardó en darse cuenta de que los hombros de su hermano se agitaron levemente, mientras seguía apretándola contra él.

Estaba llorando.

—¿Qué demonios estás diciendo? —replicó, ofendido.

Ella parpadeó confusa, cuando finalmente él se apartó un poco para mirarla a los ojos y dejarla respirar.

—¿No estás enfadado? —musitó, anonadada, al ver sus ojos azules brillando a causa del alivio y las lágrimas.

—¿Qué culpa tienes tú? ¿Te fuiste voluntariamente?

—No —respondió, horrorizada—. Pero eso a la sociedad sabes que no le importa. He… —agachó la cabeza—, creo que he manchado el buen nombre de la familia, otra vez.

Ante esas palabras, Edward y Robert se miraron.

Es cierto que había habido escándalos, pero nada que no hubieran solucionado.

—Amanda —la tomó de las manos y alzó la barbilla para hablarle, y en sus iris azules pudo ver concentrado todo el amor del mundo—. No hay nada que me importe más que mi familia, y la sociedad puede irse al infierno si piensan mal de ti. Yo… eres lo que más quiero en mi vida. Tú, nuestro hermano Charles, mi esposa y mi hijo, sois todo mi mundo. No hay nada que no haría para protegeros. ¡Al infierno con todos!

—Oh, hermano —dijo, conmovida.

—Me alegro tanto de que estés bien.

—Estamos bien y por si te lo preguntas, el señor Wilmot ha recibido su merecido.

Robert frunció el ceño.

—Eso decía la carta que mando Edward, pero no especificó.

El aludido carraspeó y se acercó un poco a él mientras Amanda sonreía.

—Uno de los hermanos de Daemon se encargó de él. —Robert alzó una ceja, pero no lo interrumpió.

—Al parecer, es un gran comerciante —se rio Amanda de su maldad, porque estaba segura que no lo era, más bien, Sebastien era un pirata—. Tiene a su disposición varios barcos y como temía que Edward se metiera en problemas si se tomaba la justicia por su mano, se apresuró a llamar a sus hombres para que se ocuparan del asunto. En estos momentos, debe de estar metido en una caja, rumbo a quién sabe donde.

Robert miró a Edward y este asintió.

—Sí, el capitán propuso un escarmiento de lo más original.

—¿Capitán?

Edward asintió a su cuñado.

—El señor Wilmot no será una molestia, ha subido a un barco supuestamente como polizón, rumbo a las Antillas. —Robert parpadeó, incrédulo—. Tardaremos un par de meses en tener noticias de él. No le veremos en una buena temporada.

Cuando Robert miró a Edward incrédulo, este se encogió de hombros.

—El capitán tiene muchos barcos, bueno, cuatro para ser exactos. Wilmot ha tenido suerte, otro iba rumbo a Australia a dejar un cargamento de prisioneros.

Robert estaba más que sorprendido, ¿qué clase de gente extraña conocía Daemon Sinclair?

—¡Amanda!

La puerta de la casa se abrió. Al parecer, Livia había decidido que la reprimenda de su esposo para con su hermana, había terminado.

Livia lloraba en silencio, abrazada por Violet. Cuando Amanda la vio, empezó a correr hacia ella. Ambas cuñadas se abrazaron con afecto y sumaron a Violet en el reencuentro.

—Me alegra tanto que estés bien.

Los dos hombres miraron a las mujeres y se acercaron. Entonces, Edward frunció el ceño.

—¿Dónde está tía Regina?

Fue evidente que algo había sucedido en su ausencia.

—Pasemos dentro, hay cosas de las que debemos hablar.

Edward estaba de acuerdo, aún tenía que comentarle a Harvey el destino del señor Wilmot, pero por sus miradas, dedujo que él también tenía algo importante que decir.

—Supongo que los invitados se han marchado —dijo Edward —, pero ¿por qué tía Regina no ha salido a despedirse?

El silencio fue sepulcral y hasta Robert apartó la mirada algo… ¿avergonzado?

—Esto… —dijo Violet—. Lamento comunicarte que dejó una nota.

—¿Una nota?

Robert alzó una ceja y lo miró elocuente.

—Al parecer se ha fugado.

—¡¿Qué?!

Amanda miró a su esposo y después a su hermano.

—¿Con quién?

—Con Harvey Wilmot.

***

Edward todavía no se había recuperado de la conmoción cuando el relincho de un caballo que llegaba a Thornfield a toda velocidad, captó la atención de todos.

Se puso tenso. No hacía falta que nadie le dijera quien era.

David cabalgaba veloz hacia ellos, o mejor dicho, hacia Amanda.

Cerró los ojos, sintiendo emociones contradictorias. Estaba contento de verlo, pero también quería que se quedar al margen. No se le olvidaba que hacía escasas semanas le había propuesto matrimonio a Amanda.

Era posible que ella estuviera prensando en lo mismo, se dio cuenta Edward, pues cuando llegó cerca del grupo, David desmontó y avanzó acalorado hasta abrazar a Amanda.

Robert carraspeó, pero Edward se mantuvo estático, mirándolos a ambos con fijeza. Amanda debió notar su malestar, pues lo miró por encima del hombro.

—David —le susurró, sonriendo.

—No sabes lo mucho que me alegro de que estés bien. —Robert y yo fuimos hacia el norte, pero cerca de Manchester recibimos la carta que nos enviasteis—. Volvimos cuando Edward nos hizo saber que estabais de regreso.

Amanda parpadeó.

—¿Eso significa que fuiste tras nosotros?

Robert frunció el ceño. Eso también significaba que muchas cosas hubieran podido salir mal, al menos para él. ¿Y si hubiera sido David quien hubiese estado en Gretna Green con Amanda? ¿La

habría perdido para siempre? ¿Se habrían casado y él habría perdido la posibilidad de ser feliz?

El temor lo paralizó, hasta que escuchó de nuevo la voz de David.

—¿Lo dudabas?

Ni siquiera se le había pasado la posibilidad por la cabeza.

—Creí que Edward os había avisado que él, junto a Daemon, ya iban en mi busca.

Las manos de David estaban sobre los brazos de Amanda, como si quisiera contarle mil cosas, como si no quisiera dejarla.

Edward dio un paso adelante.

Ahora Amanda era suya y no iba…

—Felicidades —dijo, con una sonrisa sincera, aunque triste—. También nos llegó la noticia de vuestra boda.

Miró a Amanda y después a Edward, que se acercó sin sostenerle la mirada.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, abrazó a su hermano con fuerza.

—Lo digo de corazón, Edward. Me alegro mucho.

Edward cerró los ojos, abrazado a su hermano.

—No sabes lo que significa para mí escucharte decir esto.

Amanda sonrió y se acercó a su esposo y al que seguía considerando su mejor amigo.

—¿Entramos? Ha sido un viaje agotador.

Ambos asintieron, y ambos la escoltaron al interior de la casa.

Capítulo 50

Esa misma noche, Edward miró al techo de su cama sin poder dormir.

—Es que no me lo creo.

A Amanda le dio un ataque de risa.

—No es gracioso.

—Lo siento —dijo ella, mientras intentaba respirar—. Pero ya has escuchado a Violet, tía Regina estaba muy contenta cuando se fue.

—Eso es seguro, por el tono de su carta —añadió—, ya te digo yo que estaba muy feliz.

Lo decía con enfado, pero también con sorpresa.

—¿Regina y Wilmot? —Sacudió su cabeza para quitarse esa imagen de la mente.

—Al parecer, mientras Regina intentaba distraer a Harvey para que tú y yo pudiéramos tener algún que otro momento juntos, surgió el amor.

—¿Amor?

No, no era amor. Por las palabras de Regina en su carta, era solo… que su tía se había cansado de una vida solitaria.

Por si te lo preguntas, no, no voy a casarme. Y si temes que lapide mi fortuna con Harvey, déjame recordarte que mi fortuna es mía. Tengo derecho a divertirme y ser feliz.

Por el contrario, si te alegras por mí, quiero que sepas que me sentiré mucho mejor. No voy a casarme, no deseo perder mi independencia, mucho menos mi libertad, pero Harvey ha decidido acompañarme a casa, y pienso aprovechar cada momento de alegría que pueda.

Amanda se volvió hacia su esposo y apoyó el peso de su cabeza en una mano.

—Alégrate por ella.

—Es que… ¿cuántos años de diferencia hay?

—Trece.

—¡¿Trece?! ¿Y ves eso decente?

—¿Ves decente que jovencitas de diecisiete se casen con hombres de cincuenta? Porque puedo hacerte una lista.

—¡No! —Le tapó la boca con la mano—. No más listas.

Para cerciorarse de que no hablaría más, la besó con toda la pasión que fue capaz.

Amanda dejó se alegró de que esposo la acallara, colocándose sobre ella y agarrándola por las muñecas, y recibió sus besos, entre gemidos y caricias apasionadas.

Él se maravilló, una vez más, de sentir como su esposa lo recibía siempre dispuesta, con esos ojos azules cargados de deseo y pasión.

—Eres increíble, Amanda.

Pronto, sus manos dejaron de aprisionar sus muñecas, y empezaron a recorrer su cuerpo, siguiendo el camino que anteriormente había trazado con la lengua.

Ella se retorcía, desnuda bajo su toque, mientras sus labios recorrían cada centímetro de su piel. Ya estaban desnudos, no era la primera vez esa noche que unían sus cuerpos, y tampoco sería la última.

—Oh, Edward —jadeó, incontrolablemente, cuando él lamió un pezón erecto, y luego el otro—. No pares… ¡Aaah!

Lamió sus senos, los pellizcó, y se deleitó escuchando sus suspiros cuando empezó a descender por su vientre, repartiendo

besos, lametazos y pequeños mordiscos. Al llegar al deseado monte de Venus, le abrió las piernas y lamió su vulva, abriéndose camino hacia su lugar más íntimo y caliente.

Era tan excitante sentir como gemía y se retorcía bajo su lengua. Sus gritos eran música para sus oídos.

Lamió, chupó, y succionó, hasta que su centro estalló contra sus labios, entre suaves estertores. Ella le tiró del pelo, obligándolo a regresar a su boca, al tiempo que gritaba, presa del éxtasis.

Se abrió camino entre sus piernas y la penetró con fuerza y precisión. Ella alzó las rodillas y se abrió para él gustosa, mientras abandonaba su melena y descendía por su espalda. Al llegar a sus nalgas, le clavó las uñas y él gruñó contra sus labios.

—¡Más rápido! ¡Aaah! —gimió, y él la acalló con un beso largo y húmedo, al tiempo que rodeaba su cabeza con los brazos y enterraba los dedos en su melena, dorada como el Sol.

—Amanda… Oh, te amo tanto…

—Yo… yo también te amo, Edward ¡Aaah!

Ella movía las caderas, acompasándose a sus movimientos, encajaban a la perfección, como si hubiesen nacido para estar unidos. No tardó en sentir sus tibias paredes, húmedas y

resbaladizas, apretándolo, succionándolo. Aumentó el ritmo y ella, apasionada, echó la cabeza hacia atrás.

De su garganta brotó un grito, justo en el momento en que el orgasmo la sobrevino con toda su gloria. Pero no dejó de moverse, al contrario, siguió retorciéndose, apretándolo con las manos, atrayéndolo hacia sí. Justo en ese instante, él se vació, marcándola con su esencia. Haciéndola suya, entre besos, caricias y jadeos.

Saciados, pero sin dejar de estar unidos, siguieron besándose, acariciándose, disfrutando del calor y el sudor del otro.

Amanda no estaba dispuesta a dejar que se retirase y lo abrazó con las piernas. Él tampoco había pensado hacerlo.

Empezó a moverse de nuevo, esta vez más tierno, más suave. Mientras cosía su mirada a la suya, acarició su divino rostro con las manos, apartando mechones rubios de sus pómulos sudorosos. Sus mejillas estaban sonrosadas, sus labios entre abiertos y sus senos se movían con cada gemido.

—Me siento tan dichoso de ser tu marido —le dijo, entre besos y caricias—. Me haces feliz, Amanda. No deseo separarme de ti, jamás.

Ella sonrió, devolviendo todos y cada uno de los besos que le daba.

—Te amo, Edward Chambers. Como jamás he amado a nadie antes. Y me siento profundamente orgullosa y satisfecha de haberte pedido matrimonio.

—Y yo de que hayas aceptado ser mi esposa, mi para siempre indomable señorita Belford.

Entre besos, caricias y sensuales gemidos, alcanzaron nuevamente el éxtasis.

Capítulo 52

Semanas después, y ya felizmente instalados en la casa de los vizcondes de Glastonbury, Amanda sentía como el sol de la tarde calentaba su piel. Aunque no solo el Astro Rey lo hacía.

—Yo… —Amanda todavía jadeaba, presa de un intenso gozo.

Sentía su cuerpo vibrar, quizás por el placer que acababa de experimentar por tercera vez, o quizás… simplemente porque estaba feliz.

—¿Sí?

—Nunca pensé que esto… en fin.

Edward hundió su nariz en el hueco de su cuello mientras intentaba abrazar su cuerpo.

—Me alegro de que sientas lo mismo.

—¿Tú sientes lo mismo? —preguntó, curiosa.

Edward alzó la cabeza.

—¿Crees que no lo disfruto como tú?

—No sé —dijo, pensativa—. Yo es que lo disfruto muchísimo.

La carcajada de su esposo inundó el dormitorio, y ella también se echó a reír cuando él pareció incapaz de parar.

—Me alegro mucho de que lo hagas —su risa se fue calmando. La miró con ternura y sus labios dejaron un reguero de besos de la sien hasta la barbilla, pero Amanda se movió para buscar su boca… y ¿quién podía resistirse?

Un rato después, dormitaban desnudos y abrazados. El sol del atardecer se escondía por detrás de las lejanas lomas y las sábanas de hilo blanco se teñían de un color dorado.

—Creo que no vi venir lo feliz que podía ser contigo.

Sin abrir los ojos, Edward sonrió ante la confesión de su esposa.

—¿De veras?

—Quiero decir, ahora veo que… —dudó al continuar y él abrió un ojo, consciente de lo mucho que le costaba esa confesión—. Quiero decir que tú…

—¿Sí?

—Tenías razón.

Edward abrió los ojos como platos y rodó hasta situarse sobre el joven cuerpo de su esposa.

—No, no… ¿has dicho que yo tenía razón en algo? Vas a enfermar. ¿Debería llamar al médico? ¡Auch!

Esta vez el pellizco no fue juguetón.

—Cállate y escucha —lo miró, seria—. Quiero decirte que tenías razón, nunca estuve enamorada de tu hermano.

El gruñido de Edward le dijo que no era una conversación que quisiera tener.

—¿Vamos a hablar de él mientras estamos desnudos en nuestra cama?

—¿Y qué más da? No puede vernos —puso los ojos en blanco —, te preocupas por unas cosas…

Se puso más serio y apoyó su peso sobre el codo, que acomodó cerca de la cabeza de Amanda.

—Me preocupaba que estuvieras enamorada de él.

—No lo estoy. Nunca lo estuve, de hecho.

Y él la creía. Dejó que continuara.

—Yo, creo que deseaba una vida con él, en esta finca… era mi mejor amigo, él era algo seguro. Pero ahora he comprendido… —le costó hablar cuando se perdió en los ojos azules de su esposo. Tan profundos, tan llenos de amor por ella, que hacían que su pecho se calentase, como si el mismísimo sol lo besara.

—¿Sí? ¿Qué has comprendido?

—Que solo deseaba la finca, así que tú me vales.

—¡Amanda!

Ella se echó a reír a carcajadas mientras él se vengaba de su broma, haciéndole cosquillas.

—No, para, para… —se abrazó a Edward y rodó hasta besarle sonoramente en los labios—. Edward, yo nunca sentí por David estas ganas que siento de besarte. Estas ganas que siento de estar contigo, de…

La sonrisa de Edward era de absoluta complacencia.

—¿Tienes ganas de besarme?

—Y de… otras más cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó, divertido.

Ella sonrió y se acurrucó contra él.

—Siempre tengo ganas de besarte —confesó—. A veces, me quedo fuera de la biblioteca y te observo por la mirilla. —Se rio, al verle parpadear, confuso—. Sé que no te gusta que te moleste, así que me aguanto las ganas de entrar y besarte. Y cuando el sol de la tarde cae y te da en la cara, ¿sabes que tu pelo parece encenderse como una vela? Estás tan guapo, y me digo que ya has trabajado lo suficiente y…

—Entra —dijo, muy serio—, la próxima vez entra y… —la tomó de la nuca y la besó con ternura hasta que su beso se volvió tan apasionado, que los dejó a ambos sin respiración—. ¿Sabes por qué estoy tanto tiempo sentado en ese escritorio?

Ella apenas pudo mover la cabeza, pero negó, sin apartarse de él.

—¿Por qué?

—Porque desde que estás aquí, tardo el doble de tiempo en hacer mi trabajo. Pienso todo el día en ti, en qué harás, donde estarás. Si habrás trepado a un árbol o sí estarás de pie sobre uno de nuestros caballos, intentando hacer yo qué sé qué acrobacia…

—Oh —Amanda suspiró, soñadora—. Es que Cabriola es maravillosa y con ella puedo ponerme de pi…

—Oh, ¡Santo Dios! Para —ella se rio, pero el miedo de Edward de que algo pudiera pasarle, era muy real.

Amanda se rio porque sus pensamientos le parecieron de lo más divertidos.

—Ya no haré esas cosas —dijo, sin perder la sonrisa—, las vizcondesas no podemos hacerlas.

—Y bien que me alegro de que lo sepas, pero… —volvió al tema de antes, cuando le acarició la boca con el pulgar— me paso el

día distraído, deseando esta boca —le rozó los labios con el dedo índice—. Quisiera besarte a todas horas, estar contigo, dentro de ti.

Amanda jadeó cuando de nuevo él se situó entre sus piernas y ella pudo enroscar las suyas en su cintura.

—No sabes qué feliz me hace que me desees como yo te deseo a ti. No sabes lo mucho que te amo, Amanda.

Ella enterró los dedos en su pelo y tiró de él para que la besara otra vez.

—Quizás no lo sé. Pero sé lo mucho que te amo yo a ti, y es muchísimo.

Se besaron, sellando una unión que se profetizaba larga y maravillosa, pero no exenta de algún que otro lanzamiento de boñigas de caballo.

Epílogo

Querido esposo,

Te escribo esta carta con la esperanza de que ambos lleguemos a un acuerdo y finalmente poder dejarte de llamar así. El título de esposo, probablemente a un militar como tú, le traerá sin cuidado, pero a mí siempre me pareció que era lo suficientemente importante como para que uno quiera conservarlo. Veo que no ha sido el caso.

Pongo en tu conocimiento que he contactado con dos abogados de renombre en Londres para que nos ayuden a llevar este divorcio con el objetivo de que finalice en buenos términos.

Te pido que seas generoso, no en cuanto dinero, que no necesito, sino en tiempo. Quisiera dejar de ser tu esposa cuanto antes, un hecho que, sin duda, tu amante agradecerá y creo que tú también.

Eres un hombre con títulos y propiedades, seguro deseas un heredero que yo no he sabido darte. Creo que este sería motivo más que suficiente como para que podamos separarnos sin que la sociedad sea excesivamente cruel con ninguno de los dos.

Ruego contestes esta carta con la mayor brevedad posible, para poner en marcha la solicitud de divorcio.

Terminemos en paz y no empecemos una guerra que ninguno podrá parar.

Atentamente, Violet.

La respuesta no se hizo esperar. Y es que, el hecho de que su esposo respondiera en solo tres semanas, quería decir que había contratado a un mensajero veloz para que le llevara la escueta respuesta.

Que empiece la guerra.

James.

Recomendaciones

Una rosa para el coronel



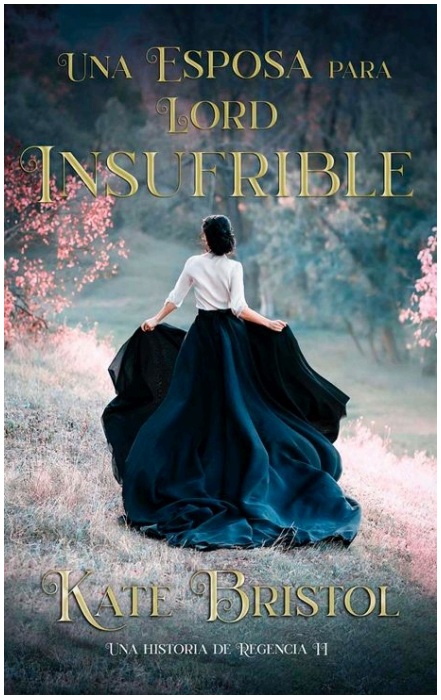
Rose Stratford, lleva enamorada de su vecino Lyonel Knigth, desde que era una niña. Un hecho curioso, pues todo el mundo piensa que su corazón le pertenece al hermano, Frederick Knigth. Pero nada más lejos de la realidad. Lyonel es apuesto, valiente, un coronel del ejército de su majestad al que ha amado en silencio desde siempre. Pero su carácter serio y el cierto hieratismo que

demuestra cuando está con ella, le hace pensar que le es totalmente indiferente, hasta que ocurre una tragedia.

Lyonel Knigth, regresa a casa, después de dos largos años en España, luchando contra Napoleón. Es hora de asumir las responsabilidades que conlleva su título como conde St Vincen. El destino quiere que, al llegar a Inglaterra, se encuentre a su viejo mentor, lord Stratford, en su lecho de muerte. Quizás por eso consigue arrancarle la promesa de que va a cuidar de Rose, su única hija. ¿Será el coronel capaz de pedirle en matrimonio, aun sospechando que Rose está enamorada de su hermano Frederick?

Una novela de la época de la regencia, llena de romance, malos entendidos y una pasión desbordante. Una rosa para el coronel, es la primera novela de Kate Bristol en el mundo de la regencia.

Una esposa para lord insufrible



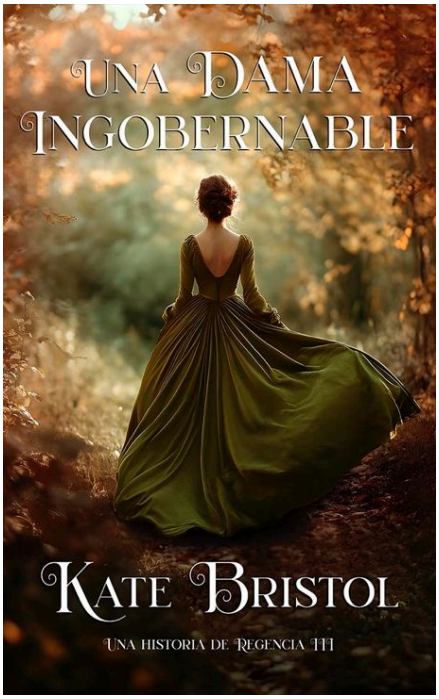
Robert Belford necesita una esposa. Después de la muerte de su hermano mayor, ha heredado el título de conde y debe responsabilizarse de la vida de su madre y sus dos hermanos menores. Obligado a dejar su carrera militar, está dispuesto a llevar una vida ejemplar y para ello necesita una esposa.

Encontrar a la candidata ideal hubiera sido imposible, pero el milagro se dio en Belinda Withman. Hermosa y de modales impecables, cumple todos los requisitos que él y su madre exigen.

Solo hay unos pequeños inconvenientes: las grandes deudas de juego de su padre y... Livia Withman.

Lord insufrible, así es como Livia ha apodado a su futuro cuñado. Déspota y altivo, no soporta estar cerca de él, pero al mismo tiempo, sabe que es la única opción de que su familia salga adelante. El pagará las deudas de su padre y cubrirá de oro a su hermana... ¿Qué podría salir mal?

Una dama ingobernable



La alta sociedad londinense sabe dos grandes certezas. La primera, que la señora Maranta Farrell es el paradigma de la moral y el buen comportamiento, y la segunda, que el valiente capitán Hilton es el peor de los libertinos.

Ninguno de los dos oculta su enemistad, aunque nadie sabe muy bien el origen de esta. Tampoco saben que ambos llevan una doble vida como espías para el ejército británico y que sus pasados están conectados por una noche aciaga que siempre permanecerá en su memoria.

Cuando los partidarios de Napoleón que quedan en Europa traman un plan para alzarse por última vez, deben ponerse manos a la obra y descubrir quienes son los traidores capaces de suministrar armas al grupo clandestino. ¿Qué mejor que poner a trabajar juntos a sus mejores espías?

Maranta se ve obligada por las altas esferas a volver a su trabajo, y no le importaría demasiado hacerlo si no fuera porque su compañero en esta misión no es otro que el capitán Anthony Hilton, a quien odia y desea a partes iguales.

¿Podrán ambos dejar a un lado sus diferencias y trabajar por el bien del país?

Una Dama Ingobernable **es la tercera entrega de la serie** ***Una historia de Regencia*****, donde la pasión y el odio se entremezclan en un sensual juego de amor y seducción.**

NOTA DE AUTORA

Querido lector, muchas gracias por leerme y espero sinceramente que hayas disfrutado de la historia de Edward y Amanda.

Permíteme invitarte a seguirme en mi página de Amazon, donde podrás estar al corriente de todas mis novedades y descubrir otras de mis novelas.

Kate Bristol, en Amazon

Y si deseas pasar un buen rato te animo a que te adentres en el maravilloso mundo del brilli-brilli, una comunidad de amigas maravillosas, en Facebook.

Las Chicas Brilli-brilli de la Juani.

Con cariño,

Kate Bristol